De ellas dos.
La biblioteca de Matilde Pacheco y Ana Amalia Batlle

De ellas dos.
La biblioteca de Matilde Pacheco y Ana Amalia Batlle

Museo Histórico Nacional, Uruguay, 2023

Ministro de Educación y Cultura
Pablo da Silveira

Subsecretaria de Educación y Cultura
Ana Ribeiro

Director general de Secretaría
Pablo Landoni Couture

Directora nacional de Cultura
Mariana Wainstein

Director del Museo Histórico Nacional
Andrés O. Azpiroz Perera

Coordinación general administrativa
Gianela Ponte

Secretaría
Esther Furest
Karina Silva

PÁGINA OPUESTA:
Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde Pacheco
Carlos María Herrera
Sin datos de lugar, 1913
Óleo sobre tela
MHN 3688
(Detalle)



Exposición

Coordinación:
Carolina Luongo
Lucía Mariño
Clara von Sanden

Coordinación sede Quinta de Batlle y Ordóñez:
Javier Royer

Curaduría y textos:
Ana Cuesta
Carolina de los Santos
Laura Irigoyen
Liliana Lagomarsino
Carolina Luongo
Lucía Mariño
Clara von Sanden
Karina Silva

Restauración:
Ernesto Beretta
Adriana Clavelli

Restauradora invitada:
Valeria Mastrangelo

Investigación hemerográfica:
Analaura Collazo

Diseño:
Matías Bernaola

Comunicación:
Matías Bernaola
Martín Varela Umpiérrez

Propuesta educativa:
Victoria Bonanata
Carolina Luongo
Lucía Mariño
Eduardo Rabelino

Montaje:
Zon

Catálogo

Editor:
Andrés Azpiroz Perera

Autoras:
Ana Cuesta
Laura Irigoyen
Carolina Luongo
Lucía Mariño
Clara von Sanden

Autoras invitadas:
Inés Cuadro Cawen
Margarita Patrón
Lourdes Peruchena
Daniela Tomeo

Asistencia de investigación:
Analaura Collazo
Carolina de los Santos

Fotografía y edición:
Matías Bernaola
Martín Varela Umpiérrez

Diseño:
Monocromo

Corrección:
Maqui Dutto

Impresión:
Gráfica Mosca

ISBN: 978-9974-36-475-2
Depósito Legal: 382.668

Agradecimientos
Enrique Aguerre
Fernanda Amengual
Lisa Block de Behar
Gerardo Caetano
Marcelo Copetti
Gabriel Fernández
Juan Ignacio Gil
Carlos Hernández
José P. Franzini Batlle,
Jorge C. Franzini Batlle
Andrés Linardi
Valeria Mastrangelo
Tulio Michaelsson
Beatriz Miranda
Ricardo Pou
Pablo Rocca
Ana María Rodríguez Ayçaguer (Mafalda)
Javier Royer
Graciela Sapriza
Daniel Serafini Otiaza
Jorge Sierra
Julia Sierra

Escuela Complejo Educativo Matilde
Pacheco de Batlle y Ordóñez, n.os 59 y 119
Museo de Ciencias de la Salud
Museo Nacional de Artes Visuales

Tabla de contenidos

Una biblioteca, la riqueza de una casa. 11
Mariana Wainstein

Investigar y exponer una biblioteca histórica. 12
Andrés Azpiroz Perera

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Ellas dos: Matilde y Ana Amalia. 21
Carolina Luongo

CAPÍTULO II

Mujeres y lecturas en el cambio de siglo. 90
Ana Cuesta, Lucía Mariño y Clara von Sanden

CAPÍTULO III

Las páginas leídas. La «Biblioteca de las dos» en Piedras Blancas. 130
Ana Cuesta, Laura Irigoyen, Lucía Mariño y Clara von Sanden

SEGUNDA PARTE

Soleada mañana de otoño bajo el vitral.
Una visita a la muestra *De ellas dos: la biblioteca de Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde Pacheco.* 173
Lourdes Peruchena

Ante la muerte, la imagen. 183
Daniela Tomeo

La politización femenina en los inicios del siglo xx en el Uruguay. 197
Inés Cuadro Cawen

Un regalo para doña Matilde. 209
Margarita Patrón

Ampliar las fuentes y las discusiones. Entrevista a Graciela Sapriza. 221
Ana Cuesta y Clara von Sanden

Las autoras. 234

Una biblioteca, la riqueza de una casa

Es un honor para la Dirección Nacional de Cultura y para el Museo Histórico Nacional reinaugurar la quinta de José Batlle y Ordóñez abriendo sus puertas a una exposición tan relevante como conmovedora.

Nos hallamos ante una biblioteca construida por una madre, Matilde Pacheco, y una hija, Ana Amalia Batlle, que atraviesa el Novecientos, un momento germinal y trascendente de nuestra historia social y política.

Salen a nuestro encuentro libros diversos en sus géneros: novelas, historia, arte, en español, inglés y francés. Lo hacen de la mano de autores universales como Goethe, Shakespeare, Darío, y también orientales, como nuestro reverenciado Poeta de la Patria, Juan Zorrilla de San Martín.

El estudio de esta biblioteca ha de ser para los académicos una fuente inagotable de datos y recursos que permitan entender mejor a una familia fundacional por definición e ineludible a la hora de abordar nuestra historia política, en una época de convicciones férreas y de un marcado enfrentamiento entre cosmovisiones diferentes. Asimismo, es un claro ejemplo de un tiempo de aceptación y puesta en vigencia de derechos esenciales en el plano social, que marcaron venturosos consensos en un país que a su propio modo se integraba a los desafíos de la modernidad.

También resulta relevante para comprender los códigos y las pautas que marcaban lo que leían las mujeres, incluyendo la observación de los comentarios y de objetos personales como flores y dibujos que dan cuenta de la atmósfera que vivían y del protagonismo que aun desde el hogar tuvo siempre la mujer en la conformación del país de tolerancia y respeto en que devino el Uruguay, más allá de momentos oscuros que no lograron empañar el destino democrático que quisimos darnos como sociedad.

Esta original propuesta llega asimismo al corazón del público a través del concepto de la *casa museo,* de la riqueza que significa una biblioteca en una casa, de lo que supone el intercambio de opiniones y sentimientos entre una madre y una hija a través de las lecturas y experiencias vitales, lo cual nos acerca a todos a la cotidianidad de la familia, esencia, fuerza y basamento de toda sociedad libre.

Felicitamos a los equipos de investigadores que pusieron de pie este montaje y deseamos que la quinta de Batlle vuelva a ser un centro de encuentro, ajeno a banderas o afinidades políticas, que enriquezca al barrio y al país entero para seguir vibrando con nuestra rica historia y nos permita identificarnos con el diario vivir de otras épocas que tan esenciales resultan, cada vez más, para entender el presente.

Mariana Wainstein
Directora nacional de Cultura



Investigar y exponer una biblioteca histórica

La historia de este catálogo se remonta muchos años atrás. En 2016, cuando trabajaba como investigador en el Museo Histórico Nacional, como equipo técnico realizamos algunas tareas de inventario de las colecciones de la quinta de José Batlle y Ordóñez, que se hallaba cerrada por aquellos años. Se trataba de una actividad de cierta complejidad que buscaba superar las inconsistencias que había en los registros de las colecciones. En ese contexto, junto con Jorge Sierra, Mariana Giménez y Liliana Lagomarsino, nos enfrentamos con un conjunto de bibliotecas que reunían una gran variedad de libros, firmados en su mayoría con la curiosa expresión «Biblioteca de las dos». Ese fue el puntapié inicial del desafío que concretamos años después, de encarar una exposición y una publicación que avanzaran en la historia de esa colección, así como en aspectos vinculados a lo que la historiografía ha denominado historia de la lectura en el contexto uruguayo.

En 2019, la Intendencia de San José nos invitó, a través de la maestra Celeste Verges, a participar en la 14.ª Feria Internacional de Promoción de la Lectura y el Libro que tan exitosamente organiza año a año. Ese contexto parecía ideal para iniciar un trabajo sistemático con esa biblioteca y presentar al público los primeros resultados. El equipo de trabajo estuvo integrado por Ana Cuesta, Laura Irigoyen, Liliana Lagomarsino, Clara von Sanden y Karina Silva. El volumen de la colección, la falta de experiencias similares conocidas por nosotros sobre cómo exponer una biblioteca, así como la necesidad de incorporar lecturas teóricas que permitieran un acercamiento complejo a ese acervo nos llevaron a continuar en el proyecto y potenciarlo en el marco de la reapertura de la quinta de José Batlle y Ordóñez, ocurrida en marzo del 2022.

Para ese fin se adaptó el equipo de curaduría, integrado ahora por Ana Cuesta, Laura Irigoyen, Carolina Luongo, Lucía Mariño y Clara von Sanden. Al mismo tiempo fue fundamental el trabajo de restauración de las colecciones llevado adelante por nuestro taller de conservación y restauración, dirigido por Ernesto Beretta, junto con el trabajo de Adriana Clavelli y Maximiliano Taborda. Además, Valeria Mastrangelo trabajó como conservadora invitada en la puesta a punto de los materiales textiles que se expusieron. Merece una mención especial la asistencia al proyecto que brindaron Analaura Collazo y Carolina de los Santos, tanto en la búsqueda de referencias en nuestra colección hemerográfica como en el inventario de la «Biblioteca de las dos». Martín Varela y Matías Bernaola asumieron también, y con impecables resultados, la ardua tarea de registrar y editar las numerosas fotografías que acompañan este texto. Además, Pablo Uribe diseñó esmeradamente este libro, que contó con la prolija corrección de Maqui Dutto.

El texto que hoy presentamos es el resultado de aquellas dos exposiciones y de un arduo trabajo de investigación con la «Biblioteca de las dos». En efecto, la confección del catálogo sirvió como incentivo para elaborar el inventario completo de la colección, cotejando en cada uno de los volúmenes huellas sobre los usos de esos libros y su historia. Así, este catálogo no es exactamente un mero registro de la exposición, sino más bien el desarrollo de sus temas generales, que discute en cada caso con una amplia y renovada bibliografía. Se trata entonces de la concreción de una idea que anima nuestro trabajo en el Museo: cada exposición y catálogo deben ser el resultado de un proyecto de investigación.

* * *

Es posible que muchos no asocien las colecciones de libros a los museos sino exclusivamente a las bibliotecas. Sin embargo, museos y bibliotecas tienen una larga historia en común y,

de hecho, si revisamos la historia del MHN se advierte la referencia a libros y bibliotecas desde los orígenes. Igualmente, el tratamiento del libro en el museo es diferente al de la biblioteca, pues en el museo es considerado también en su carácter de objeto. En ese sentido, las referencias a libros en la colección del MHN son tempranas, tanto como parte de colecciones donadas o adquiridas como por su incorporación en las exposiciones, sobre todo como objetos personales asociados a una figura pública, casi siempre varones, políticos o intelectuales.

En varias colecciones se da cuenta del ingreso de algunos libros, mientras que en otras se incorporó una biblioteca entera de miles de volúmenes. Por esta razón el Museo fue adquiriendo por diversas vías una valiosa colección que reunió en la denominada Biblioteca Americanista, ubicada hoy en la Casa Giró. Se encuentran allí, entre muchas otras, las bibliotecas de Diego Lamas, Ottorino Coppetti Burla, Elzeario Boix, una parte de la biblioteca de José Enrique Rodó y otra de la que perteneció a Dora Isella Russell. Además, en las quintas de Luis Alberto de Herrera y José Batlle y Ordóñez se custodian las bibliotecas personales de los históricos líderes del Partido Nacional y el Partido Colorado. A este conjunto hay que agregar la valiosa colección de Pablo Blanco Acevedo conservada en la Casa Lavalleja, una impresionante colección que da cuenta de sus intereses como historiador, político, bibliófilo y coleccionista. Este enorme conjunto, que supera largamente los 150.000 volúmenes, es objeto de consulta por todos los que trabajamos en las áreas técnicas del Museo, así como por investigadores externos de las más diversas ramas del conocimiento.

El libro o los libros, aunque integrados al acervo que custodiamos, nunca habían sido objeto de un análisis exclusivo, en el que una biblioteca fuera el tema central de una exposición. A este punto hay que agregar algunos aspectos singulares de la elección de la «Biblioteca de las dos»: se trata de un valioso ejemplo de una biblioteca femenina del Novecientos, donde no solo hay indicios de los libros que buscaron reunir por interés propio o sugerido, como se estudia en este catálogo, sino que también permite recuperar cuáles fueron efectivamente leídos, total o parcialmente. Este último aspecto convierte a esta biblioteca en un *rara avis,* pues ¿cuántos de los libros qué tenemos en nuestras bibliotecas efectivamente leímos? Asimismo, la colección está jalonada por múltiples ejemplos, marcas personales de la lectura que dan cuenta de momentos diversos, desde la reunión con amistades hasta la proximidad con la muerte de sus dueñas.

Esta densidad de información contenida en cada uno de los ejemplares, sumada a los datos relacionados con la circulación de esos volúmenes, por detallarse quiénes los habían obsequiado o en qué circunstancia habían sido adquiridos, fueron elementos sustantivos al momento de definir embarcarnos en este proyecto.

* * *

El libro busca ser un aporte a la historia de las colecciones con énfasis en las colecciones bibliográficas, con foco en una historia de la lectura y en especial de la lectura femenina en el Uruguay de las primeras décadas del siglo XX. Como viene sucediendo en el MHN desde la edición del catálogo *Un simple ciudadano, José Artigas* (2013)*,* la obra se divide en dos partes. La primera está vinculada a lo que efectivamente se expuso, con capítulos centrales realizados por el equipo de investigación del Museo, y la segunda parte reúne una serie de textos de autoras invitadas y una entrevista con temas, problemas y reflexiones que surgieron de la visita a la exposición y el desarrollo de este proyecto de investigación.

En el primer capítulo, Carolina Luongo presenta las vidas de Matilde Pacheco y Ana Amalia Batlle a partir de la revisión de un variado conjunto de documentos, que busca rescatar sus trayectorias vitales y ubicar en su contexto a estas dos mujeres. Del capítulo se advierte el período bisagra que esas mujeres encarnaron y cómo cada una representó un modelo de género distinto. La vida de Matilde y sus sacrificios personales permiten conocer asuntos como los prejuicios ante su unión en concubinato con Batlle y, por otro lado, el «modelo» que significó para algunos sectores del país. Al mismo tiempo, la peripecia de madre e hija da cuenta de la formación, los intereses y los gustos de la clase social a la que pertenecían. Una mención especial tiene la referencia a la tuberculosis, enfermedad que marcó la vida de Matilde al quitar la vida a su hija Ana Amalia y, antes, a su hijo Juan Luis Michaelsson.

El segundo capítulo, «Mujeres y lecturas en el cambio de siglo», de Ana Cuesta, Lucía Mariño y Clara von Sanden, analiza «qué prácticas y sentidos estaban asociados a la lectura en los distintos sectores sociales y qué particularidades tenía esta actividad cuando era realizada por mujeres». Con esta premisa y tomando algunos textos fundamentales como los de Pierre Bourdieu, Roger Chartier, Alejandra Parada, Pablo Rocca



y William Acree, las autoras reflexionan sobre las formas de consumo asociadas al libro, las políticas de alfabetización y la importancia de la lectura en la formación de las mujeres del Novecientos. Resulta de particular interés el análisis que realizan de los sellos editoriales y los textos que esas firmas nacionales e internacionales ofrecían al público lector femenino, pautando de esa forma las lecturas esperables o deseables para una mujer culta del Novecientos. Además, analizan lo relativo a los lugares de la lectura con el comentario de algunos ejemplos singulares.

En el tercer capítulo, «Las páginas leídas. La "Biblioteca de las dos" en Piedras Blancas», Ana Cuesta, Laura Irigoyen, Lucía Mariño y Clara von Sanden, a partir del análisis de los volúmenes que integran esa biblioteca, caracterizan diferentes aspectos relacionados con las formas de la lectura. Aparece aquí un conjunto de elementos de particular interés, como las pautas que guiaron la conformación de esa biblioteca y los textos que rompían esos dictados. El apartado estudia los géneros presentes en la biblioteca, los sellos editoriales y las múltiples huellas que aporta cada volumen, relativas a su forma de incorporación a la colección, su efectiva lectura y el registro de momentos y elementos que se le asociaban, que se dejan entrever por medio de la aparición de fotografías, flores y dibujos, entre muchos otros detalles.

De esta primera parte surge con claridad la necesidad de avanzar en estudios de otras bibliotecas que permitan análisis comparativos, a fin de recuperar de forma efectiva aspectos vinculados a la historia social del libro, la lectura y las mentalidades. Este punto es central, pues solo se podrá avanzar en estos estudios a partir de la conservación de buenos registros de inventarios de las bibliotecas en el marco de políticas que procuren reunir (haciendo uso de las posibilidades que ofrecen hoy las herramientas informáticas) las colecciones bibliográficas para que no se dispersen entre múltiples espacios patrimoniales o dentro de las colecciones generales de nuestras bibliotecas.

En la segunda parte se incluyen cuatro textos invitados y una entrevista. Para iniciarla, la historiadora especialista en historia de género Lourdes Peruchena «pasó al papel» la visita dialogada que lideró en el marco de la exposición. De la misma forma que lo hizo aquella mañana en el Museo, el texto atrapa al lector imaginando una visita de Lourdes a sus dos anfitrionas, Matilde y Ana Amalia. En aquel encuentro, el tema principal son los libros, argumento que utiliza la autora para presentar y comentar algunos ejemplos que llaman su atención de la «Biblioteca de las dos».

Daniela Tomeo analiza los retratos pictóricos y las esculturas que buscaron recuperar el recuerdo de Ana Amalia luego de su muerte. El capítulo pasa revista a las obras y a sus autores, con comentarios muy pertinentes que permiten entender mejor la sensibilidad que animó a los Batlle para su encargo. Como sugiere la autora, la imagen (en el óleo o en la escultura) fue una poderosa herramienta para mantener viva la memoria de Ana Amalia, una forma de recordarla sin dolor ni atravesada por las consecuencias visibles de la dura enfermedad que la llevó a la muerte.

El capítulo de Inés Cuadro Cawen, síntesis de otras publicaciones de la autora, permite conocer de primera mano diferentes aspectos relacionados con las formas de hacer política de las feministas liberales, católicas, anarquistas y socialistas. El texto describe esas formas de actuación política en los ámbitos públicos y privados. Se centra, además, en el marco de ampliación de derechos políticos a las mujeres y revisa las formas de organización de las feministas en ese contexto.

Desde la historia local, Margarita Patrón se enfoca en un obsequio otorgado por un grupo de mujeres en ocasión de una visita de Batlle y Matilde a San José, en 1919. La intención de incorporar este texto surgió en 2019, cuando el Museo organizó la exposición en el Teatro Macció y Margarita se acercó al equipo a comentar diversas trayectorias de quienes aparecían firmando el pergamino que se hallaba expuesto en una vitrina, entregado por las maragatas a la esposa del expresidente. El texto permite recuperar la vida de un conjunto de mujeres, militantes locales, cuyas historias en muchos casos han quedado en el olvido. Además, resulta de particular interés la observación del contexto local de la visita, por el rechazo que generó en algunos sectores de la sociedad en un departamento con una larga tradición de mayorías del Partido Nacional.

Finalmente, la entrevista a la historiadora Graciela Sapriza, realizada por Clara von Sanden y con fotografías de Ana Cuesta, profundiza en diferentes aspectos vinculados a la labor historiográfica y los avatares de la historia de las mujeres y de

género en el Uruguay a partir de la experiencia personal de la entrevistada. Incluye menciones a etapas embrionarias de los estudios de género en el contexto de la reapertura democrática de los años ochenta del siglo pasado, así como a asuntos propios del oficio del historiador vinculados a los temas que analiza el libro.

Este catálogo, al igual que los demás publicados por el Museo en los últimos años, busca dar cuenta del esfuerzo institucional por consolidar un equipo de investigación que refleje su trabajo en exposiciones, actividades educativas y publicaciones. Se trata de una tarea que no se realiza en solitario sino con una comunidad académica de la cual nos sentimos parte. En ese camino el libro pretende hacer públicos los resultados de la investigación llevados adelante por un solvente equipo de investigadoras en diálogo con destacadas autoras que sumaron su trabajo a este proyecto.

Es una obra abierta, pues pretende propiciar diálogos con colegas e interesados en el estudio de las colecciones bibliográficas y en particular la historia de la lectura. Asimismo, busca ser un aporte a los estudios sobre la historia de los museos y la historia de las colecciones. Sin perjuicio de estas afirmaciones, no se trata de un libro para especialistas; por el contrario, la vida de las protagonistas de esta historia o las lecturas que atesoraban ofrecen al lector una posible guía de lecturas para adentrarse en diversos asuntos e invitan a pensar sobre nuestro presente con la complicidad de Matilde y Ana Amalia.

Andrés Azpiroz Perera
Director del Museo Histórico Nacional

Primera parte



CAPÍTULO I

Ellas dos: Matilde y Ana Amalia[1]

Carolina Luongo

Matilde Irene Pacheco Stewart nació en Buenos Aires, en el seno de un hogar unitario y colorado, en el mes de setiembre de 1854.[2] Era hija de Ana Stewart Agell y de Manuel Pacheco y Obes, un militar unitario que participó en el conflicto bélico regional conocido como Guerra Grande (1839-1852). El hermano de Manuel, Melchor Pacheco y Obes, tuvo destacada participación en el llamado Gobierno de la Defensa, uno de los dos que se autoproclamaron legítimos simultáneamente en territorio uruguayo durante el desarrollo de la guerra. Fue padrino de Matilde el coronel Francisco Tajes, también militar colorado, y su madrina fue su tía abuela materna, Dorotea Agell de Stewart.[3] Matilde tuvo una hermana, Narcisa, y dos hermanos, Melchor y Jorge. Sus lazos con la ciudad porteña continuaron durante toda su vida: a través de su correspondencia pueden verse los frecuentes intercambios en forma de cartas y postales con familiares que habitaban en Buenos Aires.[4]

---

[1] Existe una serie de trabajos previos que indagan en las biografías de estas dos mujeres. Además de los textos de Dora Isella Russell y Graciela Sapriza citados en este capítulo, véase Vigil, Mercedes, *Matilde, la mujer de Batlle* (3.ª ed.), Buenos Aires, Planeta, 2004; Ultra, Hugo, *Ana Amalia. La hija de Batlle y Ordóñez,* Montevideo, Fin de Siglo, 2014.

[2] Las fuentes discrepan con respecto a la fecha de nacimiento de Matilde. Mientras su partida de bautismo indica que fue el día 20, las postales que le enviaban por su cumpleaños durante su adultez están fechadas el 21.

[3] Archivo parroquial de la basílica de Nuestra Señora del Rosario (Buenos Aires, Argentina), libro de bautismos del año 1854, partida de Matilde Irene Pacheco, foja 297. Agradecemos a Javier Royer las gestiones para la obtención de este documento.

[4] MHN, Archivo de manuscritos, fondo José Batlle y Ordóñez, carpeta 3412, sin número de foja, 3/8/1906. Carta dirigida a Matilde comentando sucesos varios, asuntos domésticos, y agradeciéndole la mensualidad que tan generosamente le envía. La remitente se identifica como la prima y mejor amiga de Matilde y escribe desde Buenos Aires; carpeta 3464, foja 3, 10/4/1920, carta dirigida a Matilde desde la localidad de Gorchs, en la provincia de Buenos Aires, en la que la felicita luego de lo ocurrido a José Batlle y Ordóñez y por haber salido ileso de ese lance; carpeta 3464, foja 5, 19/9/1925, carta dirigida a Matilde (a quien llama «Querida abuelita») desde la localidad de Rivas, en la provincia de Buenos Aires, para saludarla por su cumpleaños, que se envía junto con «un quesito» de la estancia.





Enagua que perteneció a Matilde Pacheco
Sin datos de fabricante ni de lugar,
1910 (aprox.)
Algodón con puntilla
90 × 95 × 49 cm
MHN 3615

Aunque hay registros de su uso en siglos anteriores, la enagua fue una prenda de ropa interior femenina característica de fines del siglo XIX y principios del XX. Su finalidad principal era cubrir las piernas y otorgar volumen a faldas y vestidos. Se confeccionó principalmente de algodón y lino, pero también las hubo de muselina, franela, lana, seda y tafetán, casi siempre de color blanco o tonalidades claras. Estos colores eran muy frecuentes en la lencería por estar relacionados con la pureza del cuerpo y el espíritu.

De acuerdo con Dora Isella Russell, periodista de origen argentino que se desempeñó como directora del *Suplemento Dominical* del diario *El Día* entre 1969 y 1989,[5] Matilde se trasladó a Montevideo junto con su hermana y hermanos siendo una niña, ya que habían quedado huérfanos. Pasaron a vivir en la quinta del comerciante y saladerista Francisco Hocquart y su esposa María Antonia Agell, otra tía abuela materna, ubicada en el barrio montevideano de la Aguada.[6] Según una recopilación de datos sobre su vida, Matilde fue educada en su casa por una maestra inglesa, Mrs. Arthington.[7]

Es escasa la información acerca de la adolescencia y la juventud de Matilde hasta su matrimonio, a los 18 años, con Ruperto Michaelsson, en 1872. Ruperto era sobrino de Francisco Hocquart, lo que permite suponer que él y Matilde se conocieron durante la estancia de ella en la quinta de Hocquart. Simultáneamente Ruperto era, por vía materna, sobrino de Lorenzo Batlle, el padre de José Batlle y Ordóñez (su madre, Gertrudis Batlle Grau, era hermana de Lorenzo). La quinta de Hocquart en la Aguada era lindera a la de la familia de Lorenzo Batlle, lo que agrega un vínculo de vecindad, además del familiar, entre Matilde, Ruperto y los Batlle.

Matilde y Ruperto tuvieron cinco hijos: Sofía, Ruperto, Juan Luis, Guillermo y Carlos. El matrimonio tuvo problemas al menos a partir de 1880, cuando Ruperto viajó a Londres a gestionar la herencia de su tío Francisco. La falta de noticias sobre el paradero de Ruperto afectó emocionalmente a Matilde, quien comenzó a evidenciar síntomas de lo que en ese momento se conocía como *histeria*.[8]

La preocupación que Lorenzo Batlle mostró por Matilde durante la ausencia de Ruperto quedó registrada en las cartas que aquel enviaba a sus hijos José y Luis, quienes estaban de viaje, el primero en Europa y el segundo por el interior de nuestro país: «Matilde, la mujer de Ruperto, está muy desazonada con la tardanza en la vuelta de su marido, y las cartas que de él ha recibido hoy, diciéndole [que] no sabe cuándo se desocupará la han puesto de bastante mal humor».[9] En marzo de 1881, ante la ausencia

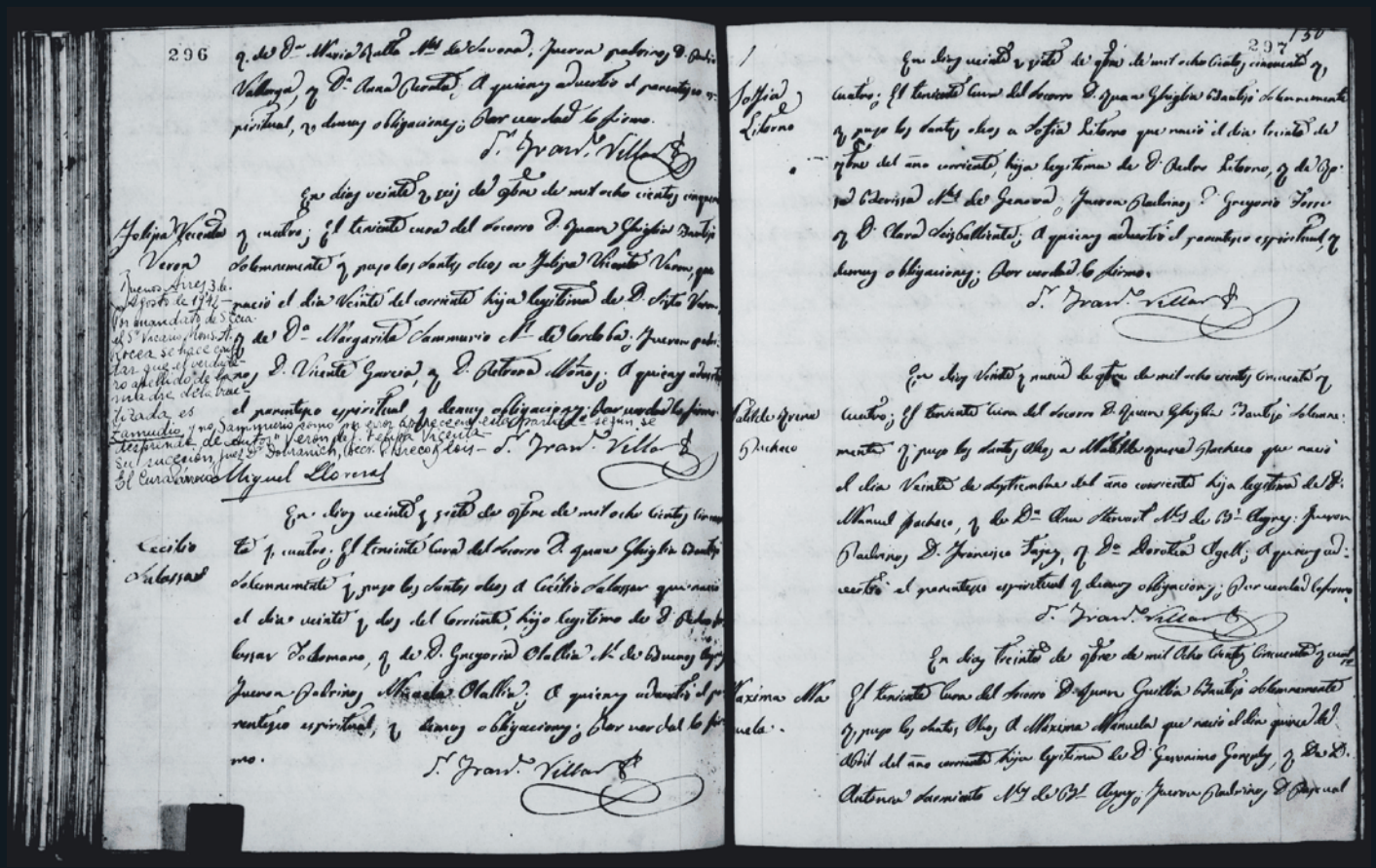
[5] Irigoyen, Laura, «Las letras y las cosas. Formas de decir y coleccionar de Dora Isella Russell», página web del Museo Histórico Nacional, http://www.museohistorico.gub.uy/innovaportal/v/125062/33/mecweb/las-letras-y-las-cosas-formas-de-decir-y-coleccionar-de-dora-isella-russell?parentid=98356.

[6] Russell, Dora Isella, «Misia Matilde, ventura en el destino de un hombre», *El Día. Suplemento Dominical,* Montevideo, año XXVII, n.º 1309, 9/2/1958, p. 8.

[7] «Datos biográficos de Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez», Cámara de Senadores, Comisión de Educación y Cultura, *Complejo Educativo Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez. Se designa con su nombre a las escuelas Nos. 59 y 119 del departamento de Montevideo,* Montevideo, s/d, p. 13.

[8] Enfermedad de diagnóstico impreciso y que estaba asociada desde su origen etimológico a lo femenino, ya que proviene del vocablo ὑστέρα (*hystera*), que en griego antiguo significa 'útero'. La histeria se diagnosticaba a mujeres de todas las edades que presentaban episodios de ansiedad, mareos, desmayos, insomnio, dificultades para respirar y amnesias transitorias. Culturalmente se atribuía a la falta de contención emocional o sexual de un varón, considerando la «soledad» de las mujeres como una situación perjudicial para ellas mismas que debía ser corregida.

[9] Lorenzo Batlle a José Batlle y Ordóñez, 7 de setiembre de 1880. Citado en Cantera Carlomagno, Marcos, *Lorenzo. El mundo íntimo del primer Batlle presidente,* Montevideo, Búsqueda y Fin de Siglo, 2012, p. 259.



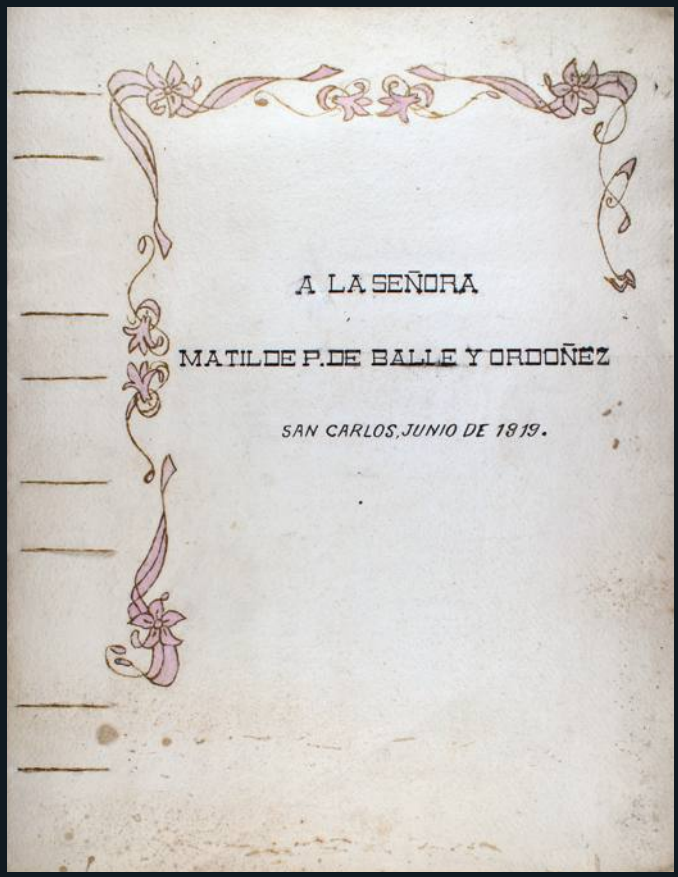
Archivo de la parroquia del Socorro, Buenos Aires, foja del libro de bautismos donde figura la partida de bautismo de Matilde Irene Pacheco, 29 de octubre de 1854



Jarra que perteneció a Matilde Pacheco
B & G
Sin datos de lugar, 1854
Plata
7,4 × 7,1 × 10 cm
MHN 3615

Esta jarra de plata probablemente formaba parte de un ajuar de bebé confeccionado para Matilde. El detalle clave es la inscripción grabada en el fondo de la pieza: «Matilde, 17 de junio de 1854». Dado que Matilde nació en el mes de setiembre de 1854, es posible que esta pieza, y quizás otras más, haya sido pensada como un regalo preparado con anticipación para el momento de su nacimiento.

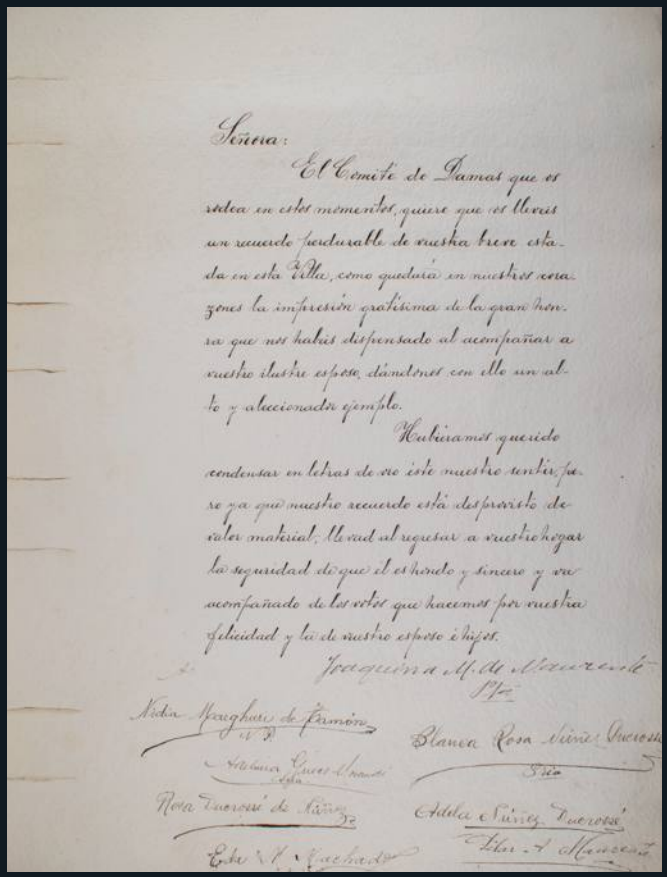

Matilde.



A LA SEÑORA

MATILDE P. DE BALLE Y ORDOÑEZ

SAN CARLOS, JUNIO DE 1819.



Señora:

El Comité de Damas que es
redea en estos momentos, quiere que os llevéis
un recuerdo perdurable de vuestra breve esta-
da en esta Villa, como quedará en nuestros cora-
zones la impresión gratísima de la gran hon-
ra que nos habéis dispensado al acompañar a
vuestro ilustre esposo, dándonos con ello un al-
to y aleccionador ejemplo.

Hubiéramos querido
condensar en letras de oro este nuestro sentir, pe-
se ya que nuestro recuerdo está desprovisto de
tal material, llevad al regresar a vuestro hogar
la seguridad de que él es hondo y sincero y va
acompañado de los votos que hacemos por vuestra
felicidad y la de vuestro esposo é hijos.

Joaquina M. de Manrique

Nidia Manrique de Jiménez

Blanca Rosa Núñez Dueñas

Nora Dueñas de Núñez

Adela Núñez Dueñas

de novedades sobre el regreso de Ruperto, Lorenzo hizo que Matilde se trasladara a su casa y procuró tratamiento médico para su enfermedad. José Batlle y Ordóñez, quien había regresado de su estancia parisina a fines del año anterior, se involucró activamente en sus cuidados. Así lo describió Lorenzo en una de sus cartas a su hijo menor, Luis: «La asistencia de Matilde le ha tomado [a José] estos días bastante tiempo, así de día como de noche, pues la ha velado dos seguidas».[10]

Ruperto regresó a mediados de 1881. A comienzos de 1883, una supuesta crisis de asma que no cedía a los tratamientos hizo sospechar a la familia que había contraído una infección respiratoria. La tuberculosis, con altísimas tasas de mortalidad durante todo el siglo XIX, era un temor siempre latente cuando aparecía esa sintomatología. A esto se sumaba una sombría situación económica: «Lo ha perdido todo en la Bolsa, a la que ya no puede ni asistir; no tiene ni para el mercado ni quién le fíe, ni en qué trabajar, ni quién le dé trabajo»,[11] comentaba José Batlle y Ordóñez a su hermano a propósito de Ruperto.

Matilde seguía sufriendo sus «ataques nerviosos», y desde el mes de junio de 1883 contaba con la compañía de su tía Matilde Stewart, viuda de Melchor Pacheco y Obes, quien se había ido a vivir con ella. Asimismo, Lorenzo y José Batlle la acompañaban durante las tardes y hasta la noche. Poco tiempo después, ante los acuciantes problemas económicos, Ruperto debió rematar los muebles de la familia y todos se mudaron a la casa de tía Matilde en la Aguada, dejando la quinta de Hocquart a Jorge Pacheco y su familia.[12] La intención de Ruperto era dejar a su familia instalada allí y trasladarse temporalmente a la estancia de su concuñado Guillermo Stewart (esposo de la hermana de Matilde) en Buenos Aires, en busca de aire puro para curar sus pulmones. Ni Matilde ni la familia Batlle tuvieron más noticias de Ruperto hasta su muerte, diez años después, en setiembre de 1893.

Entretanto, los nacimientos de César, Rafael y Amalia Ana, en 1885, 1887 y 1892, evidencian que Matilde y José habían iniciado un vínculo afectivo antes de la muerte de Ruperto. Es difícil establecer qué tan pública era esta relación antes de la celebración de su matrimonio, en setiembre de 1894. En una carta enviada un mes antes, Luis Batlle le había dicho a su hermano: «Matilde se verá rehabilitada ante los ojos de los suyos, volverán todos sus hijos a su lado y todo eso es lo menos que tú podrías hacer ante la magnitud de los sacrificios que ella por ti ha hecho».[13] Las palabras de Luis hacen suponer que la unión no oficial de Matilde con José no era aprobada por las personas cercanas a ella. Las obligaciones y normas de comportamiento impuestas


EL DIA

Retrato de Matilde Pacheco en la portada de *El Día, Suplemento Dominical*, Montevideo, 2 de setiembre de 1958

PAGINA OPUESTA:
Pergamino de firmas dedicado a Matilde Pacheco por el comité de damas de la villa de San Carlos
Autoras varias
San Carlos, Maldonado, 1919
Papel y tinta, manuscrito
44 × 34,5 cm
MHN

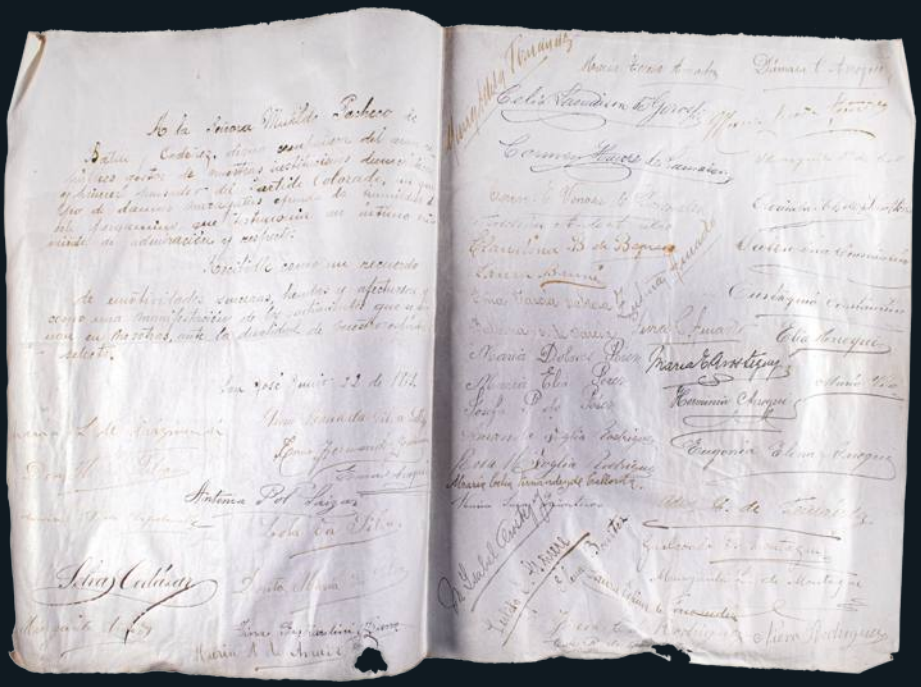
En el interior se lee: «El Comité de damas que os rodea en estos momentos, quiere que os llevéis un recuerdo perdurable de vuestra breve estada en esta Villa, como quedará en nuestros corazones la impresión gratísima de la gran honra que nos habéis dispensado al acompañar a vuestro esposo dándonos con ello un alto y aleccionador ejemplo». Firmaron el documento Joaquina M. de Maurente, presidenta; Nidia Marghieri de Tamon, vicepresidenta; Blanca Rosa Núñez Ducrosse, secretaria, y 13 mujeres más.

[10] Lorenzo Batlle a Luis Batlle y Ordóñez, 21 de marzo de 1881. Citado ibidem, p. 303.

[11] José Batlle y Ordóñez a Luis Batlle y Ordóñez, 27 de mayo de 1883. Citado ibidem, p. 368.

[12] Así lo consignaba una carta enviada por Lorenzo a Luis Batlle y Ordóñez. No se aclara el parentesco entre Ruperto, Matilde y Jorge Pacheco, ni tampoco el motivo por el que Ruperto y su familia debieron abandonar la quinta de Hocquart. Citado ibidem, p. 410.

[13] Luis Batlle y Ordóñez a José Batlle y Ordóñez, 10 de agosto de 1894. Citado ibidem, p. 458.



Pergamino de firmas dedicado a Matilde Pacheco por una agrupación de «damas maragatas»
Autoras varias
San José, 1919
Papel y tinta, manuscrito
32 × 24 cm
MHN

En el interior se lee: «A la Señora Matilde Pacheco de Batlle y Ordoñez, digna compañera del repúblico gestor de nuestras instituciones democráticas y primer pensador del Partido Colorado, un grupo de damas maragatas ofrenda la humildad de este pergamino, que testimonia un íntimo sentimiento de admiración y respeto». En el capítulo de Margarita Patrón, se puede apreciar una imagen ampliada y mayor información al respecto.

PAGINA OPUESTA:
Matilde Pacheco junto a un grupo de mujeres en la ciudad de San José de Mayo
Francisco Chabalgoity (?)
San José, 1919
Fotografía en gelatina y plata sobre papel y cartón
28 × 23 cm
MHN 3615

Al dorso se lee: «Al distinguido e incansable político señor don José Batlle y Ordóñez en recuerdo de su visita a San José. Su admirador y colega de brega periodística Francisco Chabalgoity. San José, Junio 22 de 1919».

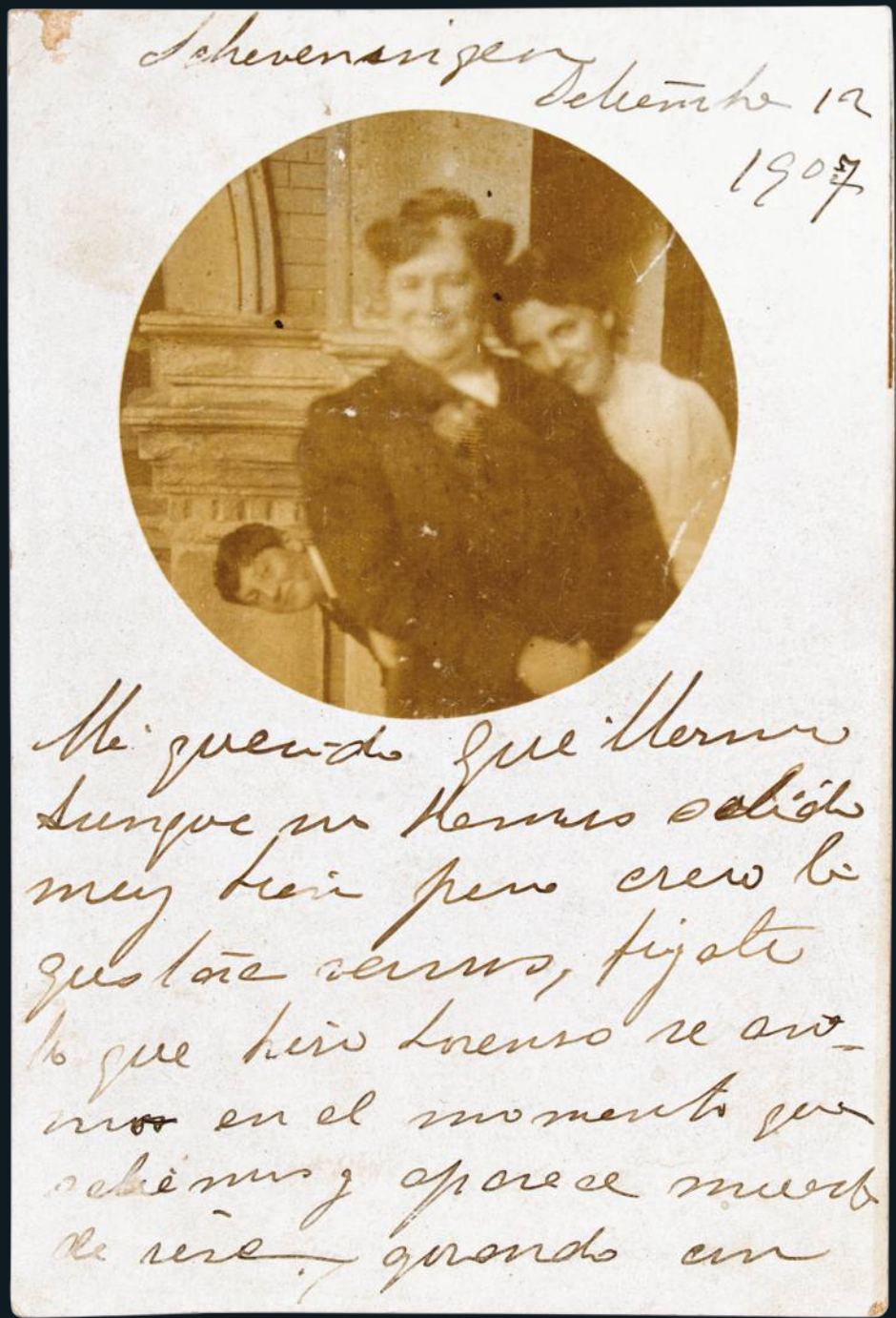
Francisco Chabalgoity, nacido en 1888, provenía de una familia de fotógrafos de origen vasco-francés. Su padre, Juan Pedro Chabalgoity, estuvo a cargo de la casa Fotografía del 18 de Julio, en Montevideo, hasta por lo menos 1892. Posteriormente se trasladó con su esposa, Ana Bidegain, y sus cuatro hijos a la ciudad de San José de Mayo, donde los cuatro hermanos se dedicaron a la fotografía. Francisco, el segundo, también se desempeñó en el periodismo. Participó en los periódicos *El Trabajo* y *El Deporte Maragato*. En 1930 dirigió la revista ilustrada *Cumbre* y en 1932 apareció *La Prensa*, también dirigida por él.

Se desconoce el contexto en que Chabalgoity tomó este retrato de Matilde Pacheco y quiénes eran las demás mujeres presentes en el lugar.



Tarjeta postal enviada por Matilde Pacheco a Guillermo Michaelsson Pacheco
Sin datos de editor/a
Scheveningen (Países Bajos) 12 de setiembre de 1907
Fotografía en gelatina y plata sobre cartón manuscrito
13,8 × 9 cm
MHN

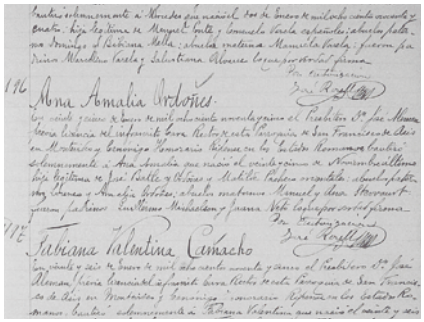
Esta fotografía, tomada durante el viaje por Europa posiblemente por un fotógrafo ambulante, muestra a Matilde y Ana Amalia en primer plano, y al menor de los hijos Batlle Pacheco, Lorenzo, asomado detrás de ellas. En el texto, Matilde narra cómo Lorenzo se colocó allí al momento de tomar la fotografía, «pues no le hacía gracia ninguna que Ana se sacara sola conmigo».



a las mujeres del Novecientos tenían un doble origen y, en consecuencia, una doble fuerza: la moral católica y el patriarcalismo burgués. Este último se materializaba en «la creencia femenina en los valores de la "honra" y la "buena fama" y el temor "al qué dirán"».[14] Pese a la ausencia de su esposo, Matilde fue considerada una mujer casada hasta la noticia de la muerte de Ruperto. En este marco debe ser entendido el hecho de que, a pesar de ser hijos de Batlle y Ordóñez, César, Rafael y Amalia Ana llevaron el apellido Michaelsson hasta el matrimonio de Matilde con José.

A comienzos de 1894, el mismo año en que Matilde y José contrajeron matrimonio, falleció su primera hija, Amalia Ana, a los 16 meses. Hacia fines de ese año, el 25 de noviembre, nació Ana Amalia. Fue bautizada en enero del año siguiente en la parroquia de San Francisco de Asís, ubicada en la Ciudad Vieja, y sus padrinos fueron su hermano Guillermo Michaelsson y Juana Neto, de quien no tenemos datos.[15] Resulta llamativo que Amalia Ana, la primera de las hermanas, no haya sido bautizada y Ana Amalia sí.[16] La coincidencia en los nombres de las niñas no es casual: se acostumbraba dar a las hijas e hijos los nombres de sus abuelas y abuelos. De ahí que las dos hijas de la pareja llevaran los de Amalia Ordóñez Duvall —madre de José— y de Ana Stewart Agell. Lo mismo sucedió con Lorenzo, quinto y último hijo de la pareja, nacido en marzo de 1897 y llamado así en honor a su abuelo paterno. Pocos meses después del nacimiento de Lorenzo, en junio de 1897, falleció de tuberculosis Juan Luis Michaelsson, hijo de Matilde y Ruperto, con 18 años.

Los datos disponibles sobre los primeros años de Ana Amalia, la hija menor de José y Matilde, son escasos. Sin embargo, alguna documentación producida por su padre testimonia el afecto que sentía por ella: «Es linda y parece que lo será en adelante, es graciosa, se ríe siempre, tiene aire de bondad y chiquita como es, ya es simpática». También relataba: «Le mudo a veces el pañal, la pongo de espaldas sobre mis rodillas, la hamaco así, la doy vuelta, la echo sobre el hombro izquierdo y hago descansar la cabeza sobre mi brazo derecho y cuando llega a este punto está casi siempre dormida. Con qué gusto tengo entre mis brazos a esta bolita de carne tan dulce y cuando está despierta tan sonriente y buena».[17]


Ana Amalia Ordóñez
Fabiana Valentina Camacho

Archivo de la parroquia de San Francisco de Asís, Montevideo, foja del libro de bautismos donde figura la partida de bautismo de Ana Amalia Batlle Pacheco, 25 de enero de 1895

[14] Barrán, José Pedro, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos,* Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2008, p. 46.

[15] Archivo de la parroquia San Francisco de Asís (Montevideo), libro XIII de bautismos, partida n.º 1196, de Ana Amalia Ordóñez [sic], foja 259.

[16] En la investigación realizada para la preparación de este capítulo no se halló partida de bautismo correspondiente a Amalia Ana Batlle Pacheco. Una posible explicación a la decisión de bautizar a la segunda hija estaría relacionada con el miedo de raigambre católica acerca del destino de los niños fallecidos sin bautizar, recrudecido por la reciente muerte de Amalia Ana. Ninguno de los hijos varones de Matilde y José fue bautizado.

[17] Diario de José Batlle y Ordóñez iniciado el 4/4/1893. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, (Udelar), Departamento de Historia del Uruguay, Archivo Milton Vanger, carpeta n.º 22, sin número de foja.

PÁGINA OPUESTA:
Matilde Pacheco
Estudio Chute & Brooks
Montevideo, 1907
Fotografía en gelatina y plata sobre papel y cartón
20,3 × 25,3 cm
MHN 3615

Contiene la siguiente dedicatoria: «A mi querida amiga Isabel M. S. de Rolando en prenda de amistad y cariño. Matilde P. de Batlle y Ordóñez. Marzo 8 de 1907». Elizabeth (o Isabel) Mary Saunders (1877-1951) fue una compositora y directora de orquesta uruguaya que se casó en primeras nupcias con Víctor Rolando, luego con Guillermo Michaelsson Pacheco y en terceras nupcias con Pate. Formó parte de la Liga Antituberculosa y del Consejo Nacional de Mujeres y compuso numerosas obras para piano, una de ellas dedicada a Ana Amalia Batlle Pacheco, denominada *Gipsy*.

Como era de esperarse en una familia con larga trayectoria política en el país, tanto por vía paterna como materna, Ana Amalia se vinculó desde su infancia con algunas de las familias de la élite montevideana. Así lo atestigua una fotografía que le tomaron de niña junto a Juan Carlos Figari Castro, un año mayor que ella, hijo del artista plástico y político colorado Pedro Figari.[18] También sabemos que recibió la educación típica de las niñas burguesas de su época, que incluía la formación musical como componente fundamental en su socialización. Era habitual que tomaran clases de piano y canto desde la infancia, y frecuentemente amenizaban reuniones familiares y sociales con la interpretación de obras clásicas y populares a partir de los conocimientos adquiridos en esas lecciones. El profesor de canto de Ana Amalia fue el intérprete y compositor Alfonso Broqua, uno de los más destacados representantes del nacionalismo musical en Uruguay.[19]

Eran épocas de reformismo: el batllismo buscaba, por la vía legislativa, equilibrar la balanza en favor de los más débiles de la sociedad, a través de iniciativas teñidas de anticlericalismo e intervencionismo estatal. Este primer batllismo tuvo muchos y variados opositores que apelaron a todo tipo de armas discursivas en la contienda política, incluyendo la vida privada de José Batlle y de su familia. Así, las damas católicas de la alta sociedad montevideana no le perdonaron a Matilde el haber mantenido una unión en concubinato con José, ni siquiera después de que contrajeron matrimonio.

En este sentido es ilustrativo un episodio que se produjo al inicio de la primera presidencia de José Batlle y Ordóñez, en 1903, cuando se organizó una visita protocolar a la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis a la que debía asistir la esposa del presidente. Esta institución, como muchos otros ámbitos de asistencia y caridad, era un espacio femenino por excelencia, ya que el papel de las mujeres en la sociedad estaba muy vinculado a la piedad cristiana y a las tareas de cuidado. En efecto, piedad, caridad y asistencia eran virtudes que siguieron siendo apreciadas e inculcadas en las mujeres uruguayas por largo tiempo, incluso varias décadas después de la secularización oficial del Estado. En estos espacios de beneficencia se reunían las esposas de los varones más connotados de la sociedad, socializaban y organizaban actividades. En la ocasión a la que hacemos referencia, cuando Matilde llegó, fue recibida por pocas integrantes de la Comisión de Damas, pues «[l]a gran mayoría de las señoras católicas que la integraban se negó a asistir».[20] El suceso da cuenta de la persistencia de preconceptos fuertemente arraigados que superaban las jerarquías políticas y sociales.

[18] Ana Amalia Batlle Pacheco y Juan Carlos Figari Castro, sin datos de autor/a ni de lugar, 1907 (aprox.). Fotografía en cartón postal, 12,3×8,9 cm. MHN 3452.

[19] Un libro de la biblioteca de Matilde y Ana Amalia contiene la siguiente dedicatoria: «Ana Amalia Batlle Pacheco. Junio 1911. Plaza Independencia. Recuerdo de su profesor de canto Alfonso Broqua». Tiersot, Julien, *Gluck,* París, Felix Alcan, 1910.

[20] Manini Ríos, Carlos, *Anoche me llamó Batlle,* Montevideo, s/d, 1973, p. 83.



A mi querida amiga Isabel M. S
de Rolando en prueba de amistad y cariño.
Chute & Brooks
Bmé Mitre 29
Montevideo
Isabel M. P. de Ballez Rolando

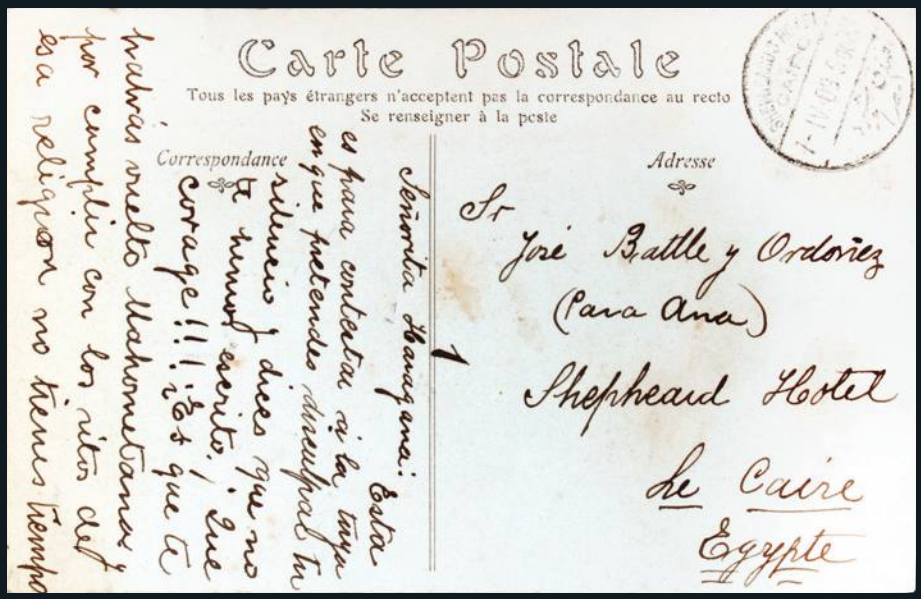
Marzo 8 de 1907.

c. 3615

1º INV. 17

Dos tarjetas postales enviadas por Carlos Michaelsson Pacheco a José Batlle y Ordóñez
Sin datos de editor/a
París (Francia), 1 de abril de 1909
Cartón impreso y manuscrito
14 × 9 cm
MHN





PÁGINA OPUESTA:
Bombilla que perteneció a Matilde Pacheco
Sin datos de fabricante, lugar ni fecha
Plata labrada
23 cm de largo
Colección particular

El mensaje se extiende a lo largo de dos postales, por eso están numeradas. A pesar de que estaban dirigidas a José, debajo Carlos agregó «Para Ana», especificando que se dirigía a su hermana, y expresó: «Señorita Haragana: Esta es para contestar a la tuya en que pretendes disculpar tu silencio y dices que no te hemos escrito. ¡Qué coraje!!! ¿Es que te habrás vuelto Mahometana y por cumplir con los ritos de esa religión no tienes tiempo para escribirnos? Acuérdate de las amenazas que te hice y piensa que todavía no has concluido el viaje. ¡Ojo pues! Esperando me contestes y por separado, pues no me hace gracia ninguna que nos escribas englobado, recibe un fuerte beso de tu hermano que verte desea. C.». La documentación que se conserva, en particular la colección de postales producidas durante el viaje a Europa y África, demuestra una comunicación asidua y estrecha y una relación cariñosa entre los hermanos Batlle Pacheco y Michaelsson Pacheco, hijos de ambos matrimonios de Matilde.

A pesar de los juicios negativos que le dirigió un sector de la sociedad, Matilde fue una mujer destacada en su época. Las figuras cercanas a la familia la recordaban como la incansable compañera de José Batlle y Ordóñez, quien fue dos veces presidente de la República. Domingo Arena, uno de los colaboradores más cercanos a José, habló del «sereno estoicismo con que le había acompañado su gran mujer». Matilde «unía a la máxima ternura la fibra espartana». Sobre su relación, Arena apuntaba: «Todo lo que él hiciera era bueno para ella y merecía su apoyo entusiasta, sin averiguar a dónde llevara. Identificada totalmente con él, vibraba siempre a su unísono, lo mismo cuando apremiaban las dificultades comunes, que cuando desvelaban los problemas políticos, o sonaban los llamados de la tragedia».[21]

Cuando finalizó el primer período presidencial de José, a principios de 1907, se embarcó para Europa en lo que algunos autores han calificado como un exilio autoimpuesto,[22] llevando con él a toda su familia: Matilde, César, Rafael, Ana Amalia y Lorenzo. Los acompañaron los integrantes más cercanos del servicio doméstico: los mucamos Adolfo y Pío y la cocinera Rosa. También fue con ellos Juan Bernassa y Jerez, colaborador de José Batlle y Ordóñez y jefe político de Montevideo durante su primera presidencia. Pedro Manini Ríos, uno de los batllistas jóvenes más connotados y cercanos al presidente en ese momento, se sumó a la comitiva pues también había partido para Europa en viaje de luna de miel. Al año siguiente se incorporó Carlos Michaelsson, hijo de Matilde y Ruperto, quien viajaba a Europa para realizar un tratamiento médico. Luis y Duncan Batlle Berres, jóvenes sobrinos de José, quienes habían quedado huérfanos tras el fallecimiento de su padre, Luis Batlle y Ordóñez, y de su madre algunos años antes, también formaron parte del grupo.

El largo viaje —del que retornaron en febrero de 1911— les permitió conocer una gran cantidad de ciudades de Europa occidental (francesas, italianas, suizas, españolas), de África del norte y de Oriente Próximo. Las vivencias de Matilde durante la estadía, al igual que las de los demás integrantes de la familia, quedaron registradas en forma de postales y cartas que intercambiaban entre sí y también con otras personas. Las postales, además, eran objetos coleccionables muy populares desde fines del siglo XIX gracias a los avances en la industria gráfica, que permitieron la incorporación de imágenes y diseños, y reflejaban los intereses y experiencias de quienes las enviaban y recibían. Testimonio de esta práctica son, a su vez, varios álbumes de postales que se conservan de la familia.



[21] Arena, Domingo, *Batlle y los problemas sociales en el Uruguay,* Montevideo, Claudio García y Cía., 1939, pp. 244-245.

[22] Este *exilio* se realizaba con el objetivo de preparar la segunda campaña presidencial de Batlle sin que su figura interfiriera en la coyuntura política de Uruguay. Cf. Vanger, Milton I., *El país modelo. José Batlle y Ordóñez, 1907-1915,* Montevideo, Arca y Ediciones de la Banda Oriental, 1991, p. 54; Sapriza, Graciela, «Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez. La esposa del presidente», en AA.VV., *Mujeres uruguayas 2,* Montevideo, Lumen, 2021, p. 200.

Estas fuentes dejan ver el cuidado y la preocupación de Matilde por sus hijos mayores, quienes vivieron algunos meses solos en París, ciudad que a comienzos de siglo era el centro artístico y cultural del mundo occidental. También echan luz sobre dinámicas familiares que podemos suponer extendidas en la sociedad montevideana del Novecientos, como el hecho de escribir una postal cada vez que llegaban a una nueva ciudad, incluyendo un comentario sobre el estado de salud de todos los integrantes de la familia. A su vez, permiten constatar algunas dificultades en los vínculos, como se advierte en una carta enviada por Matilde a su hijo Guillermo, en la que describe cierto malestar en la relación con su hija mayor, Sofía: «yo ya he desistido de escribirle más a Sofía[;] la desgraciada seguirá su camino».[23]

La correspondencia también permite acercarse a las redes sociales en las que participaba Matilde: muchas mujeres de la burguesía montevideana, esposas de políticos, profesionales o diplomáticos —lo sabemos porque firmaban siempre con su apellido y el de su pareja—, le enviaron periódicamente postales para su cumpleaños y para las fiestas tradicionales de fin de año, haciéndole sentir a la distancia su pertenencia a aquellos círculos. Un ejemplo de esto fue su vínculo con la compositora y directora de orquesta Isabel o Elizabeth Mary Saunders, quien formó parte de la Liga Antituberculosa y del Consejo Nacional de Mujeres. Isabel se casó en segundas nupcias con Guillermo Michaelsson, aunque sabemos que el vínculo con Matilde era anterior, ya que una fotografía dedicada por Matilde en 1907 decía: «A mi querida amiga Isabel M. S. de Rolando en prenda de amistad y cariño».[24] Rolando era el apellido del primer esposo de Saunders.

A través de los intercambios epistolares también se puede constatar la vinculación de Ana Amalia, ya adolescente, con las familias coloradas de Uruguay. Un ejemplo es la postal que ella envió en enero de 1908, cuando tenía 14 años, a Carmen Martínez, esposa de quien era en ese momento el presidente de la República, Claudio Williman. La tarjeta contenía un saludo por el nuevo año que comenzaba.[25] La joven también mantuvo un prolífico intercambio de correspondencia con sus hermanos mayores durante el viaje. Estas comunicaciones nos permiten conocer las vivencias de Ana Amalia. En una postal que le envió desde Pompeya a César, comentaba sobre las ruinas de esa ciudad: «Qué lindo! y qué triste! Yo no puedo explicar en carta el efecto que me hizo». El texto cierra con una expresión de afecto para sus dos hermanos mayores, quienes compartían casa en París: «Muchos besos y abrazos de tu hermana que tiene unas ganas locas de

[23] Postal enviada por Matilde Pacheco a Guillermo Michaelsson. Sin datos de editor/a. Ámsterdam, 24 de octubre de 1907. Cartón impreso y manuscrito, 14×9 cm, MHN.

[24] Matilde Pacheco. Estudio Chute & Brooks. Montevideo, 1907. Fotografía en gelatina y plata sobre papel y cartón, 20,3 × 25,3 cm. MHN 3615.

[25] El texto dice: «Deseándoles muchas felicidades les envía un fuerte beso Ana A. Batlle Pacheco. Enero 1.º, 1908». Tarjeta postal enviada por Ana Amalia Batlle Pacheco a Carmen Martínez de Williman. Sin datos de editor/a ni de lugar, 1 de enero de 1908. Cartón impreso y manuscrito, 13,5×8,6 cm. Colección particular.

Tarjeta postal enviada por la maestra Lola a Matilde Pacheco
Sin datos de editor/a ni de lugar, 24 de setiembre de 1903
Cartón impreso y manuscrito
8,5 × 14 cm
Colección particular

Postal enviada por la maestra de alguno de sus hijos, posiblemente por el cumpleaños de Matilde, con la dedicatoria «Con los mejores deseos para Vd. en tan señalada fecha, formula los votos más sinceros de felicidad la Maestra de sus Nenes».



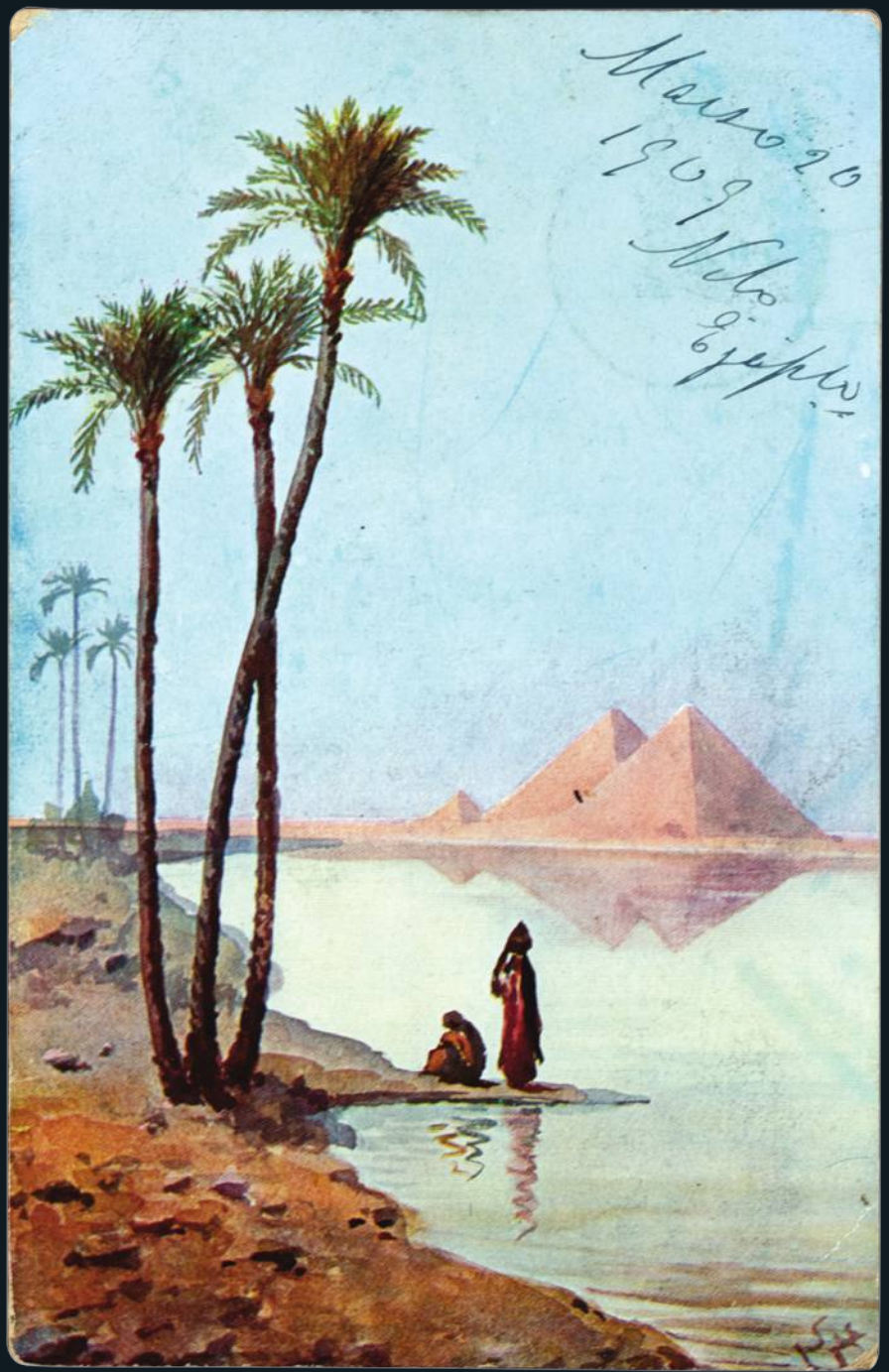




Tarjeta postal enviada por Ana Amalia Batlle Pacheco a César Batlle Pacheco
Sin datos de editor/a
Pompeya (Italia), 27 de mayo de 1909
Cartón impreso y manuscrito
14 × 9 cm
MHN 3615

En esta postal Ana Amalia anotó el impacto que le generaba ver las ruinas de la ciudad romana sepultada por las cenizas del volcán Vesubio en el año 79 d. C. En el dorso expresó: «Cuánto! me he acordado de Vds. Llegamos antes de anoche. Ayer, se puede decir que hemos pasado todo el día en las ruinas. Qué linda! y qué triste! Yo no puedo explicar en carta, el efecto que me hizo. Así es que tienes que tener paciencia y esperar nuestra vuelta. Muchos besos y abrazos de tu hermana que tiene unas ganas locas de verlos».



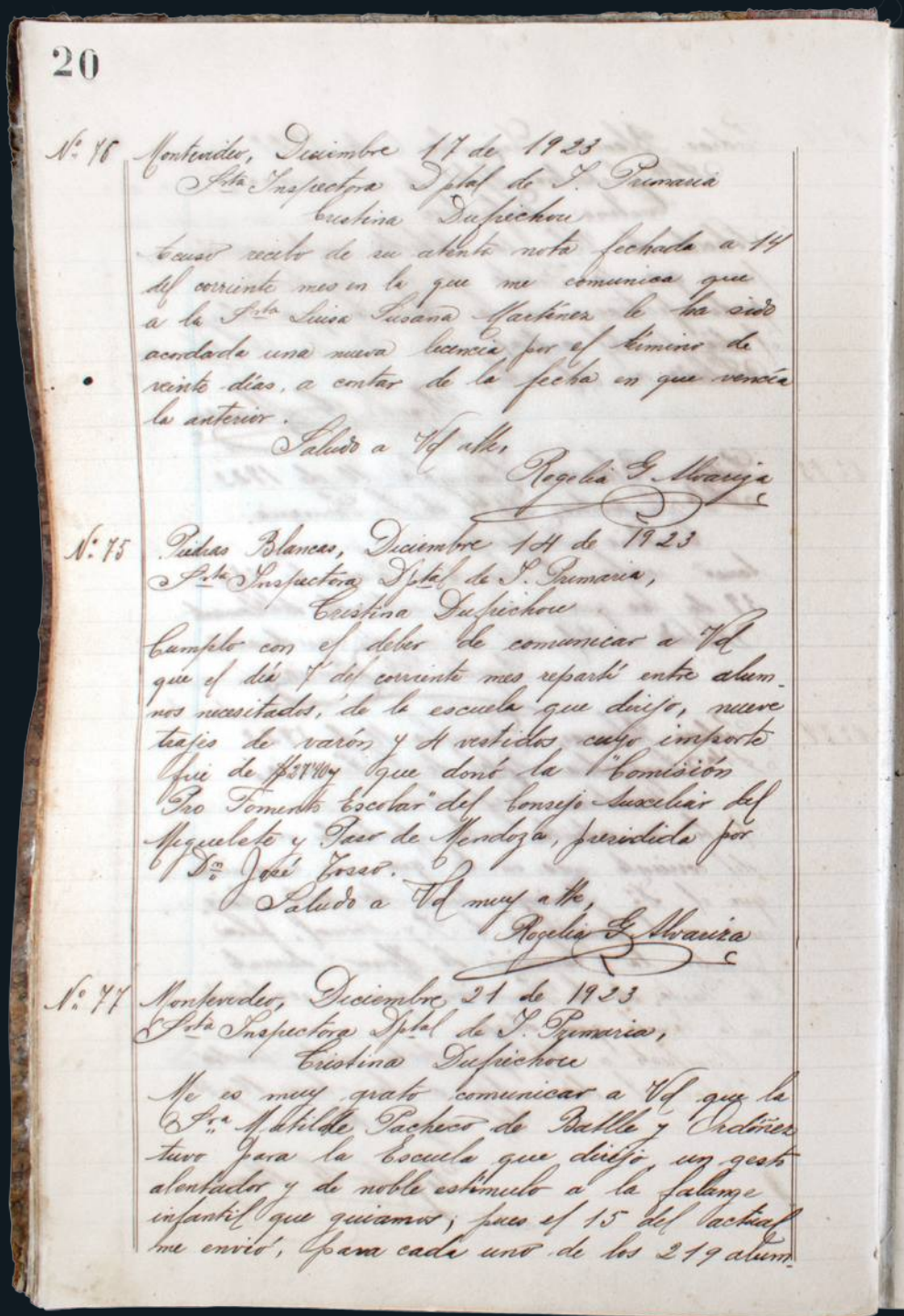


Tarjeta postal enviada por Matilde Pacheco a César Batlle Pacheco
Sin datos de editor/a
Egipto, 20 de marzo de 1909
Cartón impreso y manuscrito
14 × 9 cm
MHN 3615

Matilde escribió a su hijo: «Recibe un fuerte abrazo que desde aquí te envía tu madre».

Libro copiador de notas de la escuela n.º 59 de Piedras Blancas
Rogelia G. Alvariza, maestra
Montevideo, 1923-1927
Cartón, papel y tela
22,5 × 32 × 1,5 cm
Colección de la Escuela pública Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez, n.os 59 y 119

En la nota número 77 se lee: «Montevideo, diciembre 21 de 1923. Srta. Inspectora Dptal. de I. Primaria, Cristina Dufréchou.
Me es muy grato comunicar a Vd. que la Sra. Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez tuvo para la Escuela que dirijo, un gesto alentador y de noble estímulo a la falange infantil que guiamos, pues el 15 del actual me envió, para cada uno de los 219 alumnos inscriptos, hermosos y bien escogidos paquetes que fueron distribuidos el día de la "Fiesta de la Promoción" proporcionando así a los niños momentos de intensísimo júbilo que revelaban en sus alegres semblantes. Muy atte. saluda a Vd. Rogelia G. Alvariza».

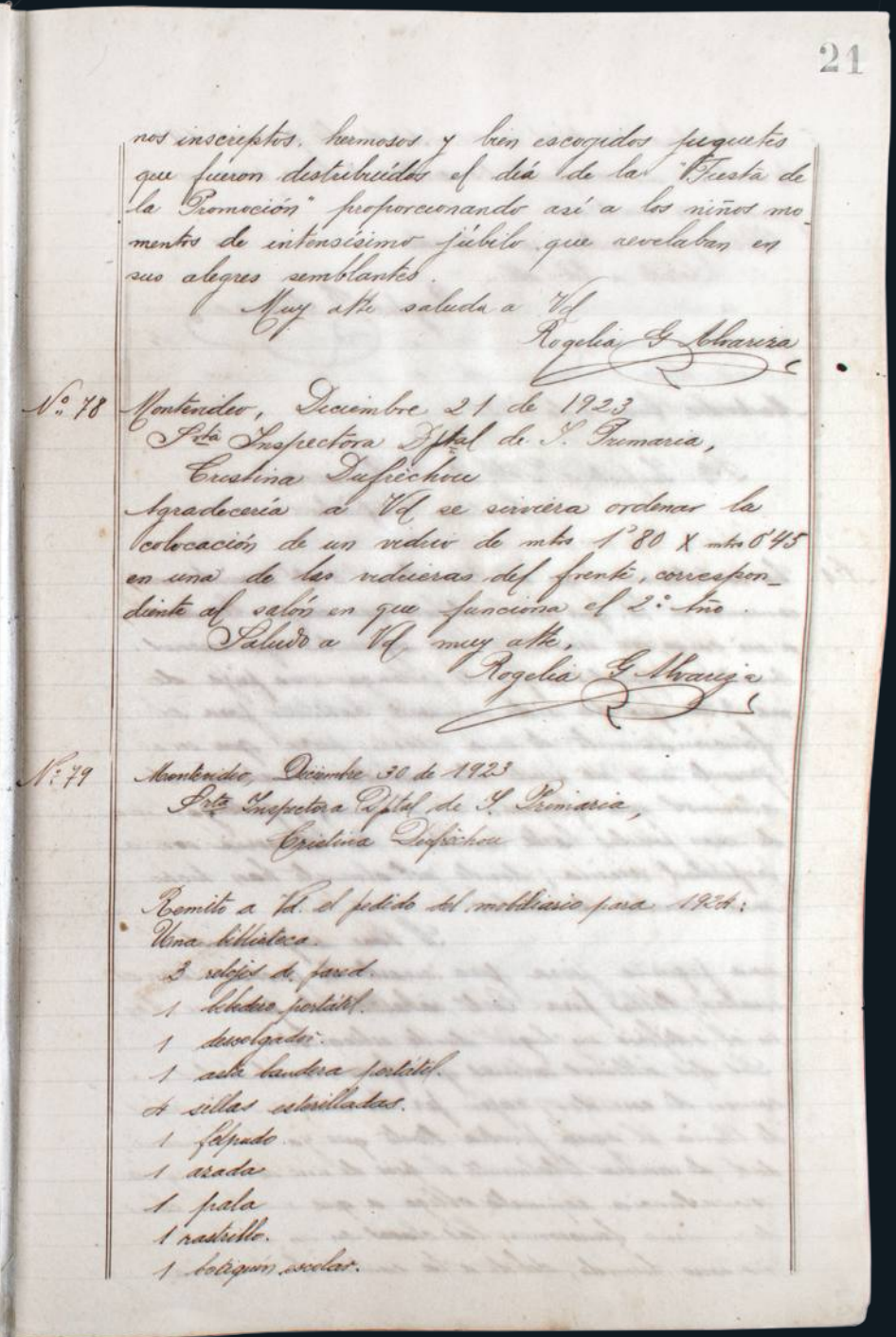


20

Nº 76 Montevideo, Diciembre 17 de 1923
Srta Inspectora Dptal de I. Primaria
Cristina Dufréchou
Tengo recibo de su atenta nota fechada a 14 del corriente mes en la que me comunica que a la Srta Luisa Susana Martínez le ha sido acordada una nueva licencia por el término de veinte días, a contar de la fecha en que vencía la anterior.
Saludo a Vd atte.
Rogelia G. Alvariza

Nº 75 Piedras Blancas, Diciembre 14 de 1923
Srta Inspectora Dptal de I. Primaria,
Cristina Dufréchou
Cumplo con el deber de comunicar a Vd que el día 7 del corriente mes repartí entre alumnos necesitados, de la escuela que dirijo, nueve trajes de varón y 4 vestidos cuyo importe fue de $ 37.00 que donó la "Comisión Pro Fomento Escolar" del Consejo Auxiliar del Arquelete y Paso de Mendoza, presidida por Dn José Fosar.
Saludo a Vd muy atte,
Rogelia G. Alvariza

Nº 77 Montevideo, Diciembre 21 de 1923
Srta Inspectora Dptal de I. Primaria,
Cristina Dufréchou
Me es muy grato comunicar a Vd que la Sra Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez tuvo para la Escuela que dirijo, un gesto alentador y de noble estímulo a la falange infantil que guiamos; pues el 15 del actual me envió, para cada uno de los 219 alum



21

nos inscriptos, hermosos y bien escogidos juguetes que fueron distribuídos el día de la "Fiesta de la Promoción" proporcionando así a los niños momentos de intensísimo júbilo que revelaban en sus alegres semblantes.

Muy atte saluda a Vd

Rogelia G. Olivera

N.º 78 Montevideo, Diciembre 21 de 1923

Sta Inspectora Dptal de 1ª Primaria,

Cristina Dufrechou

Agradecería a Vd se sirviera ordenar la colocación de un vidrio de mts 1'80 x mts 0'45 en una de las ventanas del frente, correspondiente al salón en que funciona el 2.º año.

Saludo a Vd muy atte,

Rogelia G. Olivera

N.º 79 Montevideo, Diciembre 30 de 1923

Sta Inspectora Dptal de 1ª Primaria,

Cristina Dufrechou

Remito a Vd. el pedido del mobiliario para 1924:

Una biblioteca.

3 relojes de pared.

1 tablero portátil.

1 disco-landre.

1 asta bandera portátil.

4 sillas estrelladas.

1 fajinado

1 azada

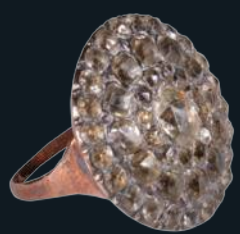
1 pala

1 rastrillo.

1 botiquín escolar.



Pulsera con la inscripción «Matilde»
Sin datos de fabricante ni de lugar,
1910 (aprox.)
Cinta de tela y metal
5 cm de diámetro × 2 cm de alto
MHN



Anillo
Sin datos de fabricante ni de lugar,
1900-1920 (aprox.)
Metal y piedras de brillante
2,1 cm de aro × 2,45 cm de chatón
MHN 3615



Gargantilla de fiesta perteneciente a Matilde Pacheco
Sin datos de fabricante ni de lugar, década de 1920 (aprox.)
Terciopelo y metal (en estuche de madera, cuero, seda y vidrio)
19 × 4,8 × 0,5 cm (estuche 28,7 × 6,5 × 6,5 cm)
MHN 3615

verlos».[26] Además de la experiencia de conocer nuevas ciudades, Ana Amalia comunicó en la correspondencia la adquisición de otros aprendizajes, como el de la fotografía. En una postal enviada desde Lausana (Suiza) a José Batlle y Ordóñez, le decía: «Papá[,] hoy le saqué una fotografía a César. Cuando tú vuelvas te sacaré a ti y a mamá».[27]

El viaje también cobra relevancia en conexión con la formación de la biblioteca de Matilde y Ana Amalia. En efecto, durante la estadía en Europa ellas adquirieron y recibieron como obsequio gran parte de los libros que componen la colección. Una carta de tono familiar enviada por el diplomático uruguayo Virgilio Sampognaro a José Batlle y Ordóñez en 1909 dejaba constancia de esa intención: «a la nena [dígale] que no he olvidado que está formando una biblioteca y que trataré de buscar algo que pueda serle enviado».[28] Esta circunstancia revistió el viaje de un valor capital, no solo para sus experiencias vitales, sino también como lugar de inicio de la progresiva construcción de una biblioteca propia común a ambas mujeres. Simultáneamente, los libros se convirtieron en evocadores de recuerdos y vivencias del viaje en los años siguientes.

Mientras visitaban ciudades europeas, los Batlle Pacheco iban dando forma a una idea que concretaron a su regreso a Montevideo, en 1911: establecer la quinta de Piedras Blancas como su vivienda permanente. La propiedad había sido adquirida por la

[26] Tarjeta postal enviada por Ana Amalia Batlle Pacheco a César Batlle Pacheco. Sin datos de editor/a. Pompeya (Italia), 27 de mayo de 1909. Cartón impreso y manuscrito, 14×9 cm. MHN 3615.

[27] El texto completo de la postal es el siguiente: «Mi muy querido papá: A cada momento pensamos en ti. Escríbenos para saber cómo has llegado. Vení pronto. Muchísimos besos y abrazos de tu hija que te quiere mucho. Ana Amalia». Al frente dice: «Papá[,] hoy le saqué una fotografía a César. Cuando tú vuelvas te sacaré a ti y a mamá». Tarjeta postal enviada por Ana Amalia Batlle Pacheco a José Batlle y Ordóñez. Sin datos de editor. Lausana (Suiza), 16 de setiembre de 1908. Impresión fotomecánica sobre cartón, 14 × 9 cm. MHN.

[28] Carta de Virgilio Sampognaro a José Batlle y Ordóñez desde Scheveningen (Países Bajos), 6 de enero de 1909. Archivo Batlle, carpeta n.º 166, sin número de foja. Agradecemos a Gerardo Caetano por facilitarnos una copia de este documento, con la autorización de la familia Franzini Batlle.

Matilde Pacheco
R. Carlomagno
Montevideo, 1927
Porcelana
15 × 11,1 cm
MHN

Probablemente se trate de un retrato funerario que no fue colocado en el panteón de su destinataria. Las imágenes sobre porcelana, donde se copiaba mediante procesos fotográficos el busto de la persona fallecida, se registran desde mediados del siglo XIX y mantuvieron vigencia durante el siglo XX. Habitualmente tenían forma de óvalo y eran expuestos en vertical. Podían realizarse en blanco y negro, sepia o color, y se colocaban en el sepulcro con marcos metálicos ornamentados o de cerámica y porcelana coloreadas.





Matilde Pacheco en evento público
Sin datos de autor/a ni de lugar,
1916-1926 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
32,7 × 26,5 cm
MHN 3615

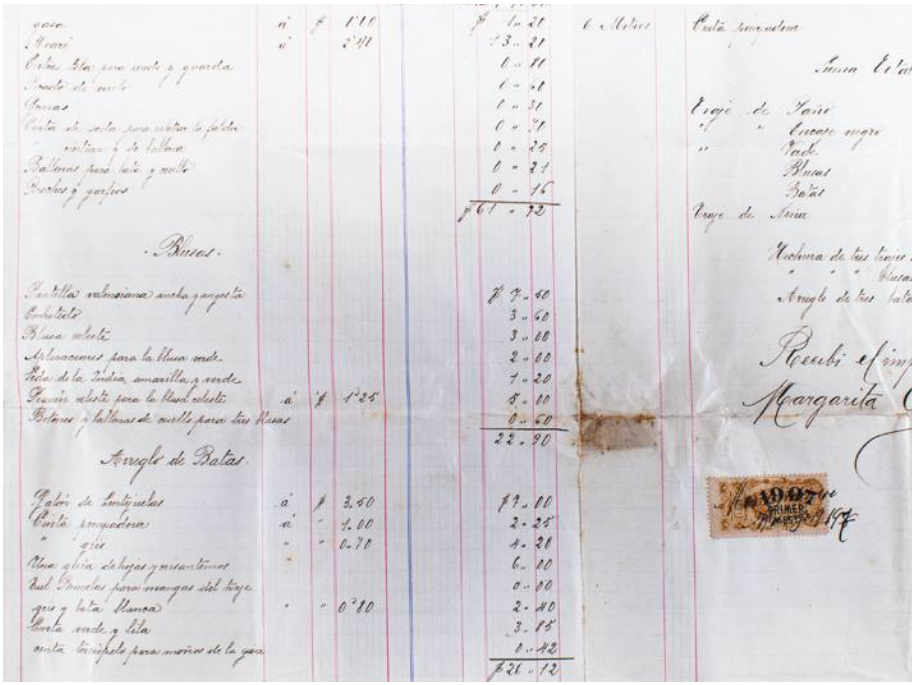
PÁGINA OPUESTA:
Matilde Pacheco junto a un perro
Sin datos de autor/a ni de lugar,
1911-1926 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel en marco de bronce y vidrio
17 × 17,3 cm
MHN, Colección fotográfica

Es posible que el perro de este retrato sea Márquez, el mismo que aparece junto a Ana Amalia en la escultura de Ceccarelli, aunque también podría ser otro de la misma raza. El hecho de que la familia viviera en una quinta en las afueras de la ciudad, con grandes espacios interiores y exteriores disponibles, permite suponer que tenía varias mascotas.



Detalle de gastos y materiales de la hechura y el arreglo de vestimenta de Matilde Pacheco
Margarita Arthaberro
Sin datos de lugar, 1907
Papel y tinta manuscrita
27,8 × 42 cm
MHN, Colección de manuscritos

La documentación existente en la Colección de manuscritos del MHN correspondiente a la familia Batlle Pacheco incluye principalmente papelería de carácter económico. Entre boletas de venta de productos y servicios diversos se encuentran documentos como este, que dan cuenta de las características de la vestimenta que Matilde encargó a una modista en 1907, año en que la familia partió de viaje a Europa y África tras finalizar el primer período de José Batlle y Ordóñez en la Presidencia.



familia a Pablo Duplessis, uno de los fundadores del malogrado Banco Comercial, en 1904. El predio, de 36 hectáreas, incluía una casona de estilo renacentista italiano a la que se le hicieron algunas reformas, llevadas a cabo por el arquitecto militar Alfredo R. Campos. De la documentación se infiere que la familia había comenzado a usar la propiedad como casa de vacaciones poco tiempo después de haberla adquirido: boletas y recibos de tiendas y fletes testimonian el proceso de amoblamiento de la casa.[29] Sin embargo, los trabajos requeridos para transformarla en residencia fija se efectuaron durante el viaje.

Desde Europa, José Batlle y Ordóñez dirigía las obras a través de las comunicaciones que le enviaba a su colaborador Domingo Arena, residente en la cercana zona de Manga. En la nueva residencia estaba prevista «una sala para Matilde», comunicada al comedor por «una buena portada».[30] Allí, puede suponerse, ella se reuniría con amigas y familiares. No parece casual que la sala pensada para Matilde, la mujer de la casa, fuera contigua a las áreas domésticas. Quedaba de esa manera vinculada al ámbito de lo íntimo y lo familiar, alejada del quehacer político. Dentro del servicio

[29] MHN, Archivo de manuscritos, fondo José Batlle y Ordóñez, carpetas nos.° 3400 a 3409.

[30] Carta de José Batlle y Ordóñez a Domingo Arena desde París, 10/8/1910. Citada en Manini Ríos, op. cit., p. 394.

Vestido de noche estilo *art déco* perteneciente a Matilde Pacheco
Sin datos de fabricante ni de lugar,
1920 (aprox.)
Seda y tul decorado con lentejuelas fantasía
133 × 70 × 50 cm
MHN 3615



Este tipo de vestido tuvo su auge durante las décadas de 1920 y 1930, junto con la moda Flapper y el vestuario para bailes tipo Charleston. Sus diseños simétricos y de figuras geométricas seguían las tendencias arquitectónicas del *art déco*. Rascacielos y vestidos se elevaban de forma semejante, soltando la figura femenina hacia un nuevo arquetipo que acompañaba las corrientes estéticas emergentes, asociadas al futurismo, la velocidad y la luminosidad. Nótese este último aspecto en el vestido de Matilde, en el que la costura encimada de lentejuelas ofrece un juego de ilusión visual que va del brillo a la opacidad y viceversa.

Historiadores, antropólogos y sociólogos estudian el vestuario como indicador del estatus social, étnico y económico. A propósito, en el siglo XVIII hubo leyes que regularon y limitaron el uso de determinada vestimenta (tipos de prendas, telas, estampados) para los sectores populares, con el objetivo de proteger a los grupos privilegiados. A través de la ropa se hicieron evidentes las distinciones sociales. Este asunto ha prevalecido a través del tiempo, aunque los contextos y sociedades sean cambiantes. El vestido de noche de Matilde (entre otros casos) es un claro ejemplo del poderío económico, el gusto y el estilo de la burguesía del Novecientos.

Tarjeta postal enviada por María Aída Herrera a Ana Amalia Batlle Pacheco
Sin datos de editor/a ni de lugar, 1904
Cartón impreso y manuscrito
14 × 9 cm
Colección particular de Gabriel Fernández



En el frente se lee: «Que en el álbum de postales de mi joven amiguita figure este testimonio de cariño y simpatías». El sello postal, correspondiente a 5 milésimos de peso, muestra el primer monumento a Artigas, inaugurado en la ciudad de San José de Mayo en 1898.
El coleccionismo de postales se volvió una práctica ampliamente difundida en el Montevideo de principios del siglo XX. La multiplicación de firmas editoriales especializadas en la producción de este tipo de papelería, sumada al atractivo de las ilustraciones y fotografías que incluían, la convirtieron en uno de los artículos coleccionables por excelencia. El Museo Histórico Nacional custodia varios álbumes de postales pertenecientes a la familia Batlle Pacheco que testimonian, a su vez, los vínculos de cordialidad y afecto que sostenían con diversas personas.



Ana Amalia Batlle Pacheco y Juan Carlos Figari Castro
Sin datos de autor/a ni de lugar,
1907 (aprox.)
Fotografía en cartón postal
12,3 × 8,9 cm
MHN 3452

Ana Amalia Batlle y Juan Carlos Figari eran casi de la misma edad y se conocieron en la infancia gracias al cercano vínculo político entre sus padres, José Batlle y Ordóñez y Pedro Figari, destacadas figuras del Partido Colorado que llegaron a ser muy cercanas y se distanciaron posteriormente, como resultado de una serie de enfrentamientos que culminaron en 1917 con la renuncia de Figari a la dirección de la Escuela de Artes y Oficios.

Ana Amalia y Juan Carlos compartieron posiblemente el gusto por las bellas artes, y Juan Carlos llegó a dedicarse a las artes plásticas y la arquitectura algunos años antes de su temprana muerte, a los 33 años.

Ana Amalia Batlle Pacheco
Estudio fotográfico de Alejandro Baselli
Montevideo, 1900 (aprox.)
Fotografía en papel albuminado
10,7 × 16,3 cm
MHN 3615



Ana Amalia Batlle Pacheco
Sin datos de autor/a ni de lugar,
1900-1905 (aprox.)
Fotografía sobre papel, en marco de bronce y vidrio con decoración en tela y vidrio
32,5 × 21,5 cm
MHN 2976



Blusa atribuida a Ana Amalia Batlle Pacheco
Sin datos de fabricante ni de lugar,
1910 (aprox.)
Algodón
50 × 70 cm
MHN 3615

Estas prendas solían usarse debajo de la blusa principal o camisa y por debajo del culote y las enaguas. Se confeccionaban en telas de origen natural como lino, algodón, batista, chifón o seda, que permitían la respiración de la piel. Para comienzos del siglo XX la cantidad de prendas interiores que las mujeres usaban había disminuido considerablemente. Estas blusas pasaron a utilizarse sobre el sujetador de busto, sacando de circulación casi totalmente al corsé.

Las camisas también cumplieron la función de ropa íntima en algunas épocas. Las de este tipo, con mangas, cuello y parte delantera abotonada, fueron usadas indistintamente por varones y mujeres. Sin embargo, las blusas fueron una pieza específicamente femenina y sobre fines de siglo XIX se usaron en colores claros, relacionados con la idea de higiene, pureza y limpieza.

Otras prendas íntimas fueron los corpiños o apretadores, calzones, medias y enaguas. Los primeros fueron ceñidos al cuerpo (de ahí el término *apretadores*) y, por tanto, un marcador de género. De uso frecuente, se incluyeron junto con las demás prendas en los inventarios de bienes y dotes.

La blusa que aquí se expone conserva algunas manchas de uso que se presume nunca se quitaron de la prenda luego de fallecida su dueña, lo cual sugiere la intención de atesorar sus objetos más íntimos intactos.



de la casa se destacaba Rosa, la cocinera, quien, según se desprende de la correspondencia familiar, había ayudado a criar a los hijos y la hija que Matilde había tenido con Ruperto y pasó a vivir en la quinta de Piedras Blancas cuando la familia se mudó allí, además de acompañarlos en el viaje a Europa y África. Esta circunstancia reafirma el papel de cuidados y tareas domésticas que se asignaba a las mujeres. Asimismo, refleja el vínculo cercano que frecuentemente desarrollaban los niños y las niñas de una familia con las trabajadoras involucradas en su crianza.

La apacible vida femenina en la quinta, al margen de la agitada actividad política de José, se vio sacudida por los primeros síntomas respiratorios de Ana Amalia, que se registraron a la salida de un baile en el Teatro Solís. Según Dora Isella Russell, el contagio ocurrió en un hotel suizo donde la familia se alojó durante el viaje a Europa.[31] En

[31] Russell, Dora Isella, «Ana Amalia Batlle Pacheco», *El Día. Suplemento Dominical,* año XXXII, n.º 1569, 3/2/1963, p. 9.

abril de 1912 la joven enfermó definitivamente. Esta fecha permite descartar el relato, muchas veces repetido, de que la familia Batlle Pacheco tomó la decisión de mudarse a Piedras Blancas en busca de un lugar alejado para propiciar la recuperación de Ana Amalia. Si bien es cierto que la teoría miasmática de las enfermedades, en auge en ese momento, aconsejaba la exposición de los pacientes tuberculosos al aire puro para su curación, no fue esta razón la que motivó el traslado de la familia desde el centro hacia las afueras de Montevideo.

Ana Amalia quedó confinada al interior de su casa, y salía en contadas ocasiones al jardín en una silla de ruedas techada que le habían traído para ese propósito, ya que caminar la fatigaba. El 5 de noviembre de 1912 inició un diario en el que escribió: «Hace 6 meses y 17 días que estoy enferma! Cuál es mi enfermedad, no sé seguro, pero me inclino a creer en una… Yo se los he dado a entender varias veces en casa, que yo conozco lo que tengo».[32] Al omitir su nombre y evitar hablar directamente de ello en la familia, se percibe el miedo al diagnóstico de tuberculosis, que era, en la mayoría de los casos, una sentencia de muerte.

El diario de Ana Amalia nos acerca a su sensibilidad y a las vivencias de sus últimos meses de vida. Dora Isella Russell ha rescatado varios pasajes de ese documento donde se muestra a una joven delicada que gustaba de la naturaleza. El 7 de noviembre escribió: «el sol se esconde en el horizonte […], los pájaros se recogen en sus nidos, y las ranas, sapos y grillos comienzan a dejar oír sus simpáticas vocecitas. Desgraciadamente es a esta hora tan linda que yo también me recojo (a pesar mío). Pero no importa! Yo contemplo a mis anchas toda la inmensidad del campo! ¡Qué tranquilidad! ¡Qué melancolía! ¡Cómo me gusta esto!».[33] El diario es un valioso testimonio que recoge comentarios y observaciones de puño y letra de Ana Amalia.

Cuando el tratamiento inicial, a cargo del doctor Américo Ricaldoni, no dio los resultados esperados, la familia optó por trasladar a la enferma a la estancia de la familia Puppo, en la localidad de Rincón del Pino, cercana a la costa del Río de la Plata en el departamento de San José. A instancias de Ricaldoni, recibieron allí al doctor Juan Bautista Morelli, italiano radicado en Montevideo que había estudiado en la joven Facultad de Medicina de nuestro país. Vale señalar que Morelli militaba en filas del Partido Nacional y llegó a integrar su directorio, por lo que acceder a pedir su ayuda significó para Batlle una concesión política.[34] Morelli fue el médico encargado de aplicar a Ana Amalia el tratamiento conocido como *neumotórax artificial,* que buscaba hacer colapsar uno de los pulmones de la paciente inyectando aire en la cavidad pleural con el fin de impedir que el bacilo continuara propagándose. Este procedimiento fue



Tarjeta postal enviada por Mateo Magariños Solsona a Matilde Pacheco
Sin datos de editor/a
Montevideo, 17 de setiembre de 1904
Cartón impreso y manuscrito
14 × 10 cm
MHN 3615

En el anverso se ve un retrato de Ana Amalia realizado en grabado por el artista uruguayo Manuel Correa (1864-1919). En la dedicatoria de la tarjeta, que sugiere un vínculo afectuoso entre el autor y la joven retratada, se lee: «La más cara imagen al más puro de los afectos. Montevideo. Setiembre 17/4».

Mateo Magariños Solsona fue un novelista y político uruguayo, perteneciente al Partido Colorado, que desarrolló una importante labor como promotor de la cultura en el extranjero durante la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez (1911-1915).

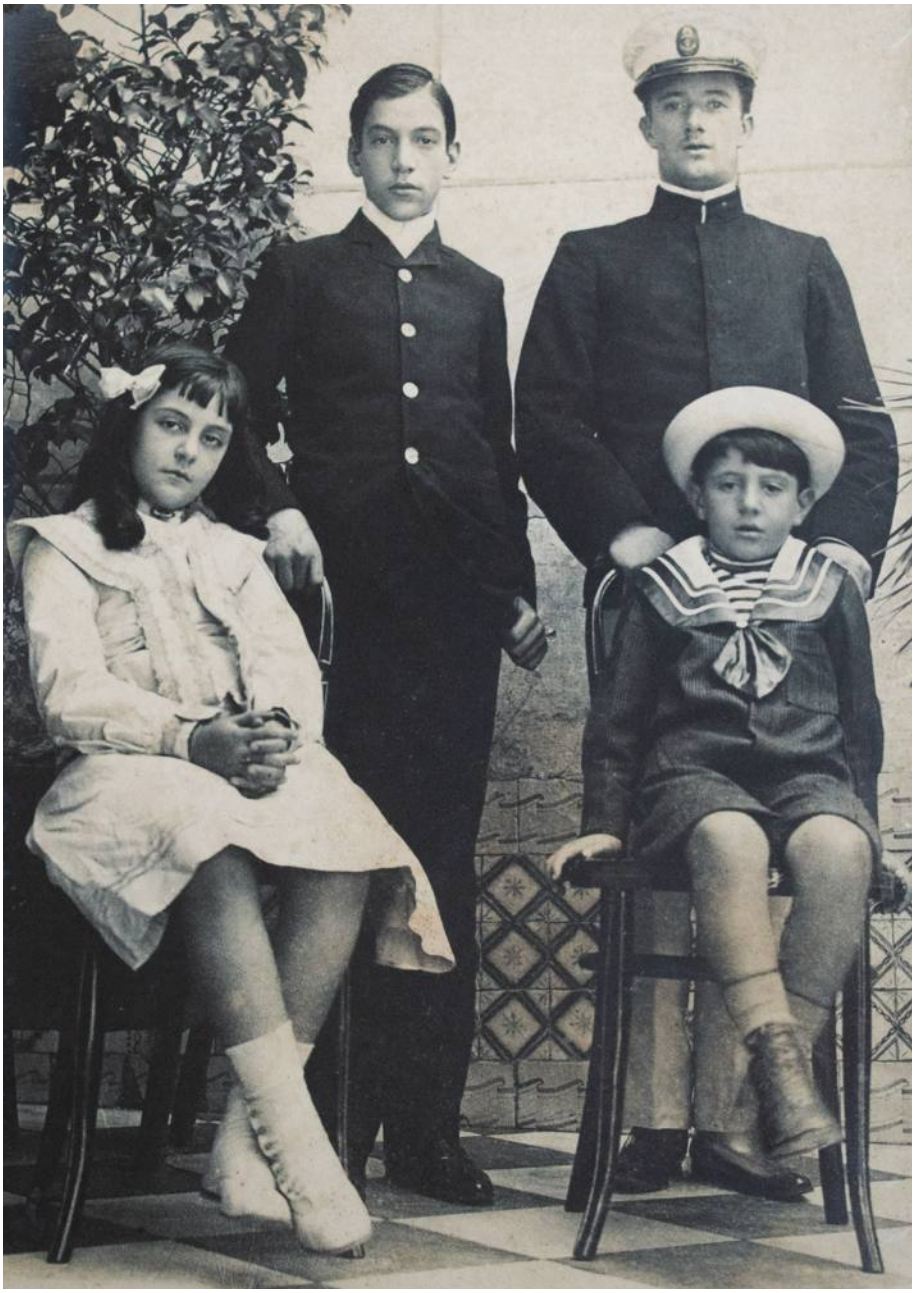
[32] Russell, Dora Isella, «El diario de una agonía», *El Día. Suplemento Dominical,* año XXXV, n.º 1724, 23/1/1966, p. 4.

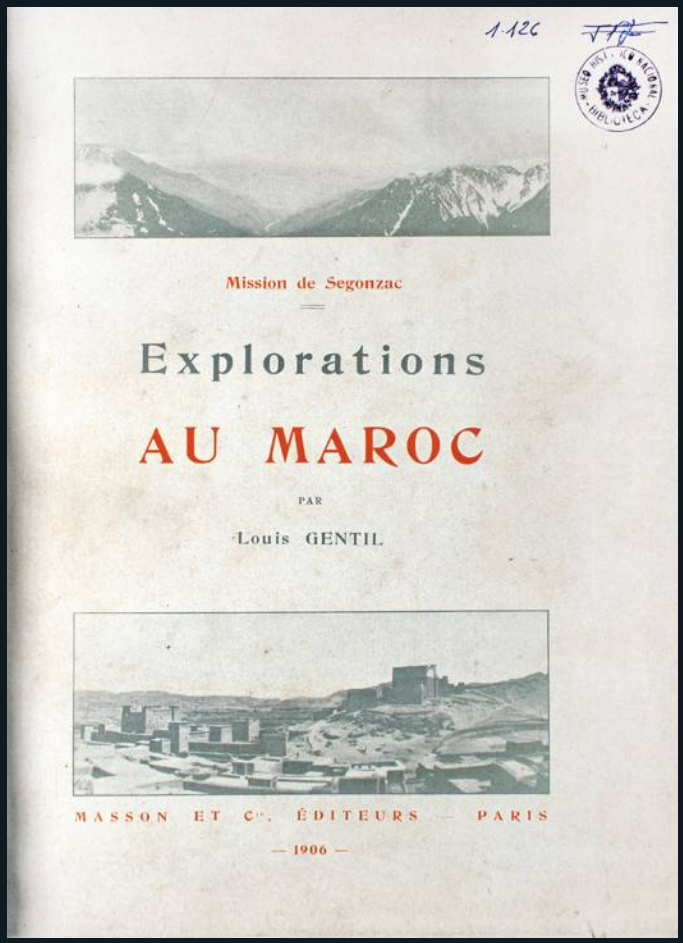
[33] Ibidem.

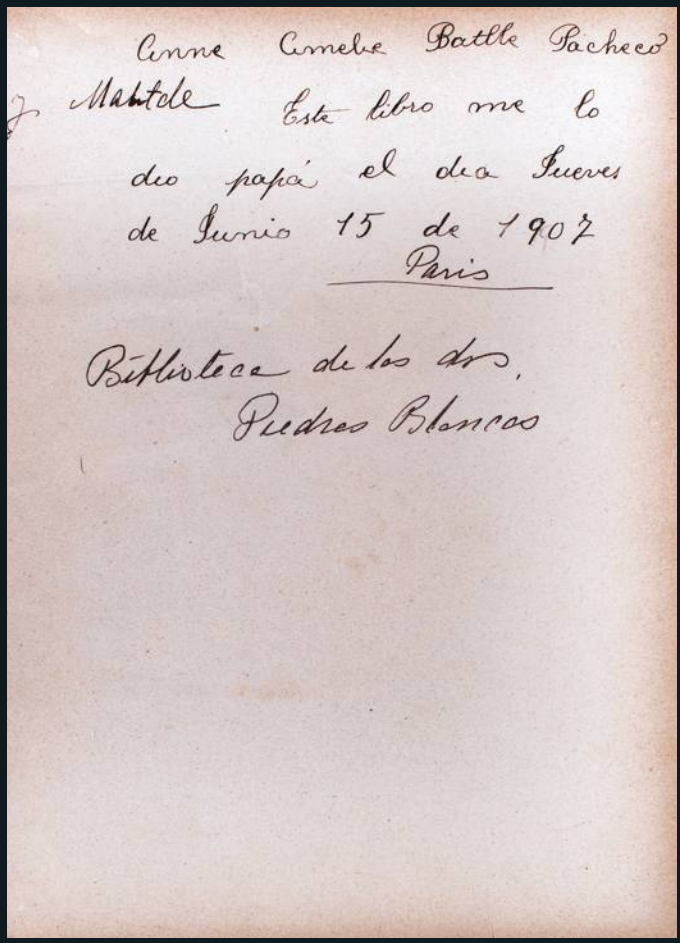
[34] Mañé Garzón, Fernando, y Pou Ferrari, Ricardo, *Juan B. Morelli en la historia de la medicina uruguaya,* Montevideo, s/d, 2004, caps. VIII y IX.

César, Rafael, Ana Amalia y Lorenzo Batlle Pacheco
Sin datos de autor/a ni de lugar, 1905 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel en marco de madera y vidrio
44,5 × 60 × 2 cm
MHN

En esta fotografía de los hermanos y la hermana Batlle Pacheco se puede ver a Lorenzo, el menor de la familia, vestido con traje de marinero. Este tipo de vestimenta para niños se popularizó en la segunda mitad del siglo XIX. También César, el mayor, luce gorra y chaqueta de estilo náutico.







Louis Gentil, *Explorations au Maroc*, París, Masson et Cie., 1906
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En este ejemplar se pueden observar dos caligrafías atribuidas a Matilde y Ana Amalia, cuyo nombre aparece en francés: «Anne Amelie».





Tarjeta postal enviada por Óscar de Palleja a Ana Amalia Batlle Pacheco
Sin datos de editor/a ni de lugar, 11 de enero de 1913
Cartón impreso y manuscrito
14,1 × 9 cm
MHN 3615

La postal fue enviada al balneario Arazatí, en la costa del Río de la Plata (departamento de San José), donde la familia Batlle Pacheco se instaló unos meses antes de la muerte de la joven. Contiene la dedicatoria: «Sta. Ana Amalia Batlle, P. Oscar de Palleja hace votos por su mejoría para alegría de sus Srs. padres». El remitente es descendiente del coronel León de Palleja, militar del ejército de la Defensa durante la Guerra Grande (1838-1852), enrolado en 1843 en el batallón comandado por Lorenzo Batlle (padre de José Batlle y Ordóñez). Presumiblemente, las familias entablaron contacto en esa época.

realizado dos veces, el 22 y el 24 de diciembre de 1912, sin éxito. Antes de la segunda aplicación, Ana Amalia escribió por última vez en su diario: «Hoy viene otra vez. Veremos. Mañana sabré el resultado».[35]

La familia regresó a Piedras Blancas en enero de 1913 y Ana Amalia murió en la quinta el viernes 24. Algunos testimonios relatan que el cajón fue colocado sobre el piano de cola que ella solía tocar y la velaron allí.[36] El entierro en el Cementerio Central se realizó al día siguiente e iba encabezado por José Batlle y Ordóñez.[37] Dora Isella Russell narró que «por mucho tiempo» después de la muerte de Ana Amalia Matilde iba «a sentarse cotidianamente, largas horas, junto al sepulcro, inconsolable. Sus nietas, Ana, Teresita, la acompañaban, llevándole el banquito plegadizo donde la abuela se sentaba entablando mudo diálogo con la ausente. Iban todos los días».[38] El largo duelo de Matilde puede seguirse en las inscripciones de sus libros, que siguió rotulando, muchos años después, con el nombre de las dos.

Finalmente, Matilde comenzó a retomar sus compromisos sociales como esposa del presidente. En consecuencia, desplegó una intensa actividad desde la quinta de Piedras Blancas. Integró durante varios años la comisión de fomento de la escuela número 59 de Piedras Blancas, también conocida como *escuela campamento,* que estaba localizada originalmente en el camino Cuchilla Grande, hoy avenida José Belloni, justo frente a la entrada principal de la casaquinta de la familia Batlle Pacheco. También podemos encontrar a Matilde en el libro copiador de notas de esa misma institución, donde se consigna que obsequió «hermosos y bien escogidos juguetes» a niños y niñas en la fiesta de fin de año de 1923.[39] El documento da cuenta de la presencia de Matilde en la vida del barrio y sus eventos significativos.

Se la podía ver, asimismo, en reuniones sociales con las damas de la élite montevideana y también del interior. Ejemplo de esto es un pergamino de firmas, que forma parte del acervo del Museo, entregado a Matilde por un grupo de mujeres de San José luego de una visita y acto político en la capital de ese departamento en 1919. La dedicatoria es elocuente en cuanto a la jerarquía del varón con respecto a la mujer. Obsérvese cómo el texto elogia más la figura de José Batlle y Ordóñez que la de la homenajeada: «A la Señora Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez, digna compañera del repúblico gestor de nuestras instituciones democráticas y primer pensador del Partido Colorado, un grupo de damas maragatas ofrenda la humildad de este pergamino, que testimonia



Pañuelo atribuido a Ana Amalia Batlle Pacheco
Sin datos de fabricante ni de lugar,
1912 (aprox.)
Lino
46 × 44 cm
MHN 3615

Los pañuelos solían estar confeccionados con los mismos géneros con los que se fabricaba la ropa interior, como lino, algodón, encaje y seda. A comienzos del siglo XX eran usados tanto por mujeres como por varones y se vinculaban a las prácticas de higiene. Usualmente eran llevados por las mujeres en el interior de la ropa o en falsos bolsillos de falda. En la pieza reproducida se aprecian varias manchas de sangre, posiblemente relacionadas con la enfermedad de Ana Amalia, pues uno de los síntomas de la tuberculosis es la expectoración con sangre.

[35] Ibidem, p. 5.

[36] Diversas memorias vinculadas a familias cercanas a los Batlle Pacheco testimonian este detalle, obviado por las crónicas de prensa seguramente para resguardar la intimidad de los deudos.

[37] «Imponente manifestación de duelo», *La Semana*, Montevideo, año V, n.º 179, 1/2/1913, sin número de página.

[38] Russell, «Ana Amalia Batlle Pacheco», op. cit., p. 4.

[39] Libro copiador de notas de la escuela n.º 59 de Piedras Blancas. Rogelia G. Alvariza, maestra. Montevideo, 1923-1927. Cartón, papel y tela, 22,5 × 32 × 1,5 cm. Colección de las escuelas públicas números 59 y 119, Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez.

un íntimo sentimiento de admiración y respeto».[40] El documento está firmado por más de cincuenta mujeres que en muchos casos son madres e hijas, según podemos inferir de sus apellidos. Acompañando el pergamino hay una fotografía que muestra a Matilde junto a una veintena de mujeres, vestidas con los abrigos y sombreros que se popularizaron en los años veinte. Al dorso figura una dedicatoria para el esposo: «Al distinguido e incansable político señor don José Batlle y Ordóñez en recuerdo de su visita a San José. Su admirador y colega de brega periodística Francisco Chabalgoity. San José, Junio 22 de 1919».[41] A pesar de los saludos y obsequios, la visita de Batlle no reunió un público muy nutrido, según consignaba una crónica local: «fue reducido el número de los manifestantes que, desde la avenida Yaguarón y 25 de Mayo llegaron hasta el domicilio del señor Arizmendi».[42]

Su posición como esposa de quien ya en ese momento era considerado uno de los políticos más sobresalientes que había tenido Uruguay hizo que la muerte de Matilde generara repercusiones en los círculos políticos e intelectuales de su época. El Museo conserva un conjunto de tarjetas de condolencia que fueron enviadas a la familia Batlle Pacheco por el fallecimiento de Matilde, el 13 de febrero de 1926. Entre ellas hay tarjetas enviadas por el entonces presidente de la República, José Serrato, los expresidentes Claudio Williman y Feliciano Viera y los arquitectos Mauricio Cravotto y Carlos Surraco. También transmitieron sus condolencias varias mujeres trabajadoras y profesionales como María Espínola y Enriqueta Compte y Riqué, maestras; María Alustiza, médica cirujana, y Dora Espinosa, exenfermera del Hospital Maciel. Asimismo, envió sus saludos a la familia, María Abella, militante de la Liga Feminista Nacional. Otras tarjetas contienen las firmas de trabajadores, como la de Alfredo Rolleri, fotograbador del diario *El Día,* y Darío Carrasco Nieto, del mismo periódico, o de integrantes de clubes políticos barriales, como Máximo Cabral, que se presentaba como Socio del Club Libertad Sayago.[43]

Conocer las trayectorias vitales de estas dos mujeres ayuda a dimensionar el valor afectivo del proyecto en común que constituyó la «Biblioteca de las dos» y el papel que jugó en el vínculo entre madre e hija, incluso como forma de recordar a Ana Amalia después de su muerte.

---

[40] Pergamino de firmas dedicado a Matilde Pacheco por una agrupación de «damas maragatas». Autoras varias. San José, 1919. Papel y tinta manuscrita, 32 × 24 cm. MHN.

[41] Matilde Pacheco junto a un grupo de mujeres en la ciudad de San José. Francisco Chabalgoity. San José, 1919. Fotografía en gelatina y plata sobre papel y cartón, 28 × 23 cm. MHN 3615.

[42] «La venida de Batlle», *El Pueblo,* San José de Mayo, año XXXVI, n.º 4981, 24/6/1919, p. 1. Agradecemos a María Julia Sierra por esta referencia.

[43] Conjunto de tarjetas de condolencia enviadas a la familia Batlle Pacheco con motivo del fallecimiento de Matilde. Autores varios. Sin datos de lugar, 1926. Cartón impreso, medidas diversas. MHN 3615.

Ana Amalia Batlle Pacheco junto a otras jóvenes sin identificar
Sin datos de autor/a
Quinta de la familia Batlle Pacheco, Piedras Blancas, Montevideo, 1911 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
20 × 28,2 cm
MHN 3615



Grupo de personas en el frente de la quinta de Piedras Blancas, entre las que se encuentran José Batlle y Ordóñez, Matilde Pacheco y Ana Amalia Batlle
Sin datos de autor/a
Quinta de la familia Batlle Pacheco, Piedras Blancas, Montevideo, 1911 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel con marco de cartón
20,8 × 37,2 cm
MHN, Colección fotográfica

Sobre esta fotografía se reencuadró la imagen anterior. Esta permite saber que el interés original del fotógrafo no era el grupo de mujeres entre las que se encontraba Ana Amalia, sino una escena en la que participaban otras personas expectantes de algo que ocurría fuera de lo que captó la cámara. Luego la imagen fue reencuadrada y ampliada para destacar la presencia de Ana Amalia junto a las otras jóvenes.

Desde la década de 1860 los avances tecnológicos en el campo fotográfico permitieron una mayor circulación de fotografías. Si bien los retratos siguieron siendo principalmente patrimonio de la burguesía, la aparición de las copias a la albúmina provocó una relativa popularización de la fotografía durante este período. Sin embargo, fue a partir de 1880, junto con el desarrollo de la placa seca de gelatina y plata, que se dio en el país una verdadera difusión de la fotografía. Este procedimiento permitía la tan ansiada *instantaneidad,* a la vez que facilitaba la realización de retratos fuera de estudio. Todo esto significó un cambio en las formas de fotografiar y en la circulación de imágenes, que acompañaban transformaciones culturales más profundas. Por un lado, los estándares de representación de niños y niñas se diferenciaron de los del mundo adulto mediante la inclusión de objetos asociados a la niñez y poses más relajadas, lo que revela la valorización de esa etapa de vida. Por otro lado, las fotografías grupales comenzaron a multiplicarse a partir de 1890, lo que refleja transformaciones en los vínculos personales.

Como señala la historiadora Magdalena Broquetas, «las fotografías grupales representan relaciones fraternales entre los individuos que compartían asociaciones políticas, laborales, filantrópicas, entre otras». A su vez, para el período de cambio de siglo, los retratos fotográficos tenían gran valoración en el imaginario afectivo de los uruguayos. Era habitual que los individuos se retrataran y que esos retratos, en diversas presentaciones, fueran guardados por las familias como forma de atesorar la memoria común o se intercambiaran con otras personas como muestra de afecto.



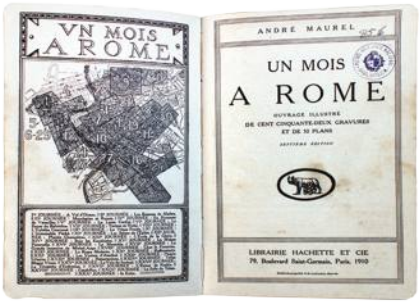


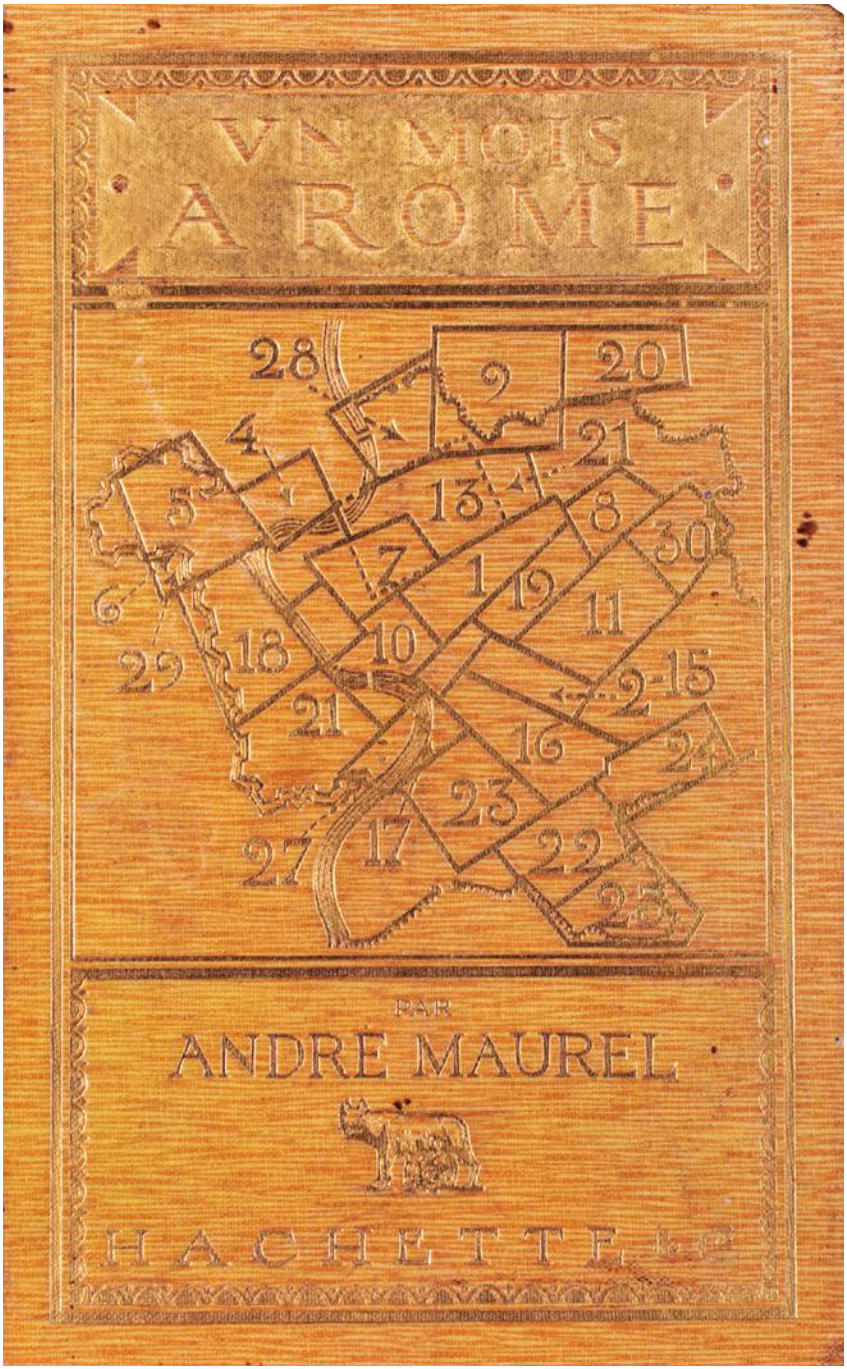
André Maurel, *Un mois à Rome*, París, Librairie Hachette et Cie., 1910
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En el interior se lee: «Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde P. de Batlle y Ordóñez. 22 de enero 1913, Piedras Blancas. Este libro se lo regaló el doctor Morelli a Ana dos días antes de su muerte. Biblioteca de las dos».

Fueron varios los médicos y tratamientos ensayados para tratar la tuberculosis de Ana Amalia. El doctor Américo Ricaldoni (1867-1928), hombre de confianza de la familia Batlle Pacheco, recomendó hacer una consulta con Juan Bautista Morelli (1968-1947), italiano radicado en Montevideo que había estudiado en la joven Facultad de Medicina de nuestro país. Solicitar los servicios de Morelli significó para José Batlle y Ordóñez realizar una concesión política, ya que el médico militaba en filas del Partido Nacional y llegó a integrar su directorio. Morelli fue el responsable de aplicar a Ana Amalia el tratamiento conocido como *neumotórax artificial.* Hizo dos intentos, pero no tuvo éxito.

Pocos días después, Ana Amalia falleció en la quinta de Piedras Blancas.





Aparato para neumotórax artificial
Sin datos de fabricante, de lugar ni de fecha
Vidrio y goma en estuche de madera
Museo de Ciencias de la Salud

Este instrumento perteneció al doctor Fernando Herrera Ramos (1902-1991), profesor de Medicina y fundador de la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina. Fue utilizado para realizar en pacientes tuberculosos el neumotórax artificial o procedimiento de Forlanini, que consistía en inyectar aire en la pleura para hacer colapsar el pulmón y detener el avance de la enfermedad.





Aplicación por Forlanini:
Imagen proveniente del Museo per la Storia dell'Università de Pavia citada en Mazzarello, P., «A Physical Cure for Tuberculosis: Carlo Forlanini and the Invention of Therapeutic Pneumothorax», *Applied Sciences,* 10(9), 2020, p. 3138.

Ana Amalia Batlle Pacheco y José Batlle y Ordóñez
Sin datos de autor/a ni de lugar, 1911 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel en marco de madera
44 × 37 × 3 cm
MHN 3615



Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde Pacheco
Marcelino Buscasso
Montevideo, 1911 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel entelado en marco de madera y yeso
152 × 110 × 8 cm
MHN 3615

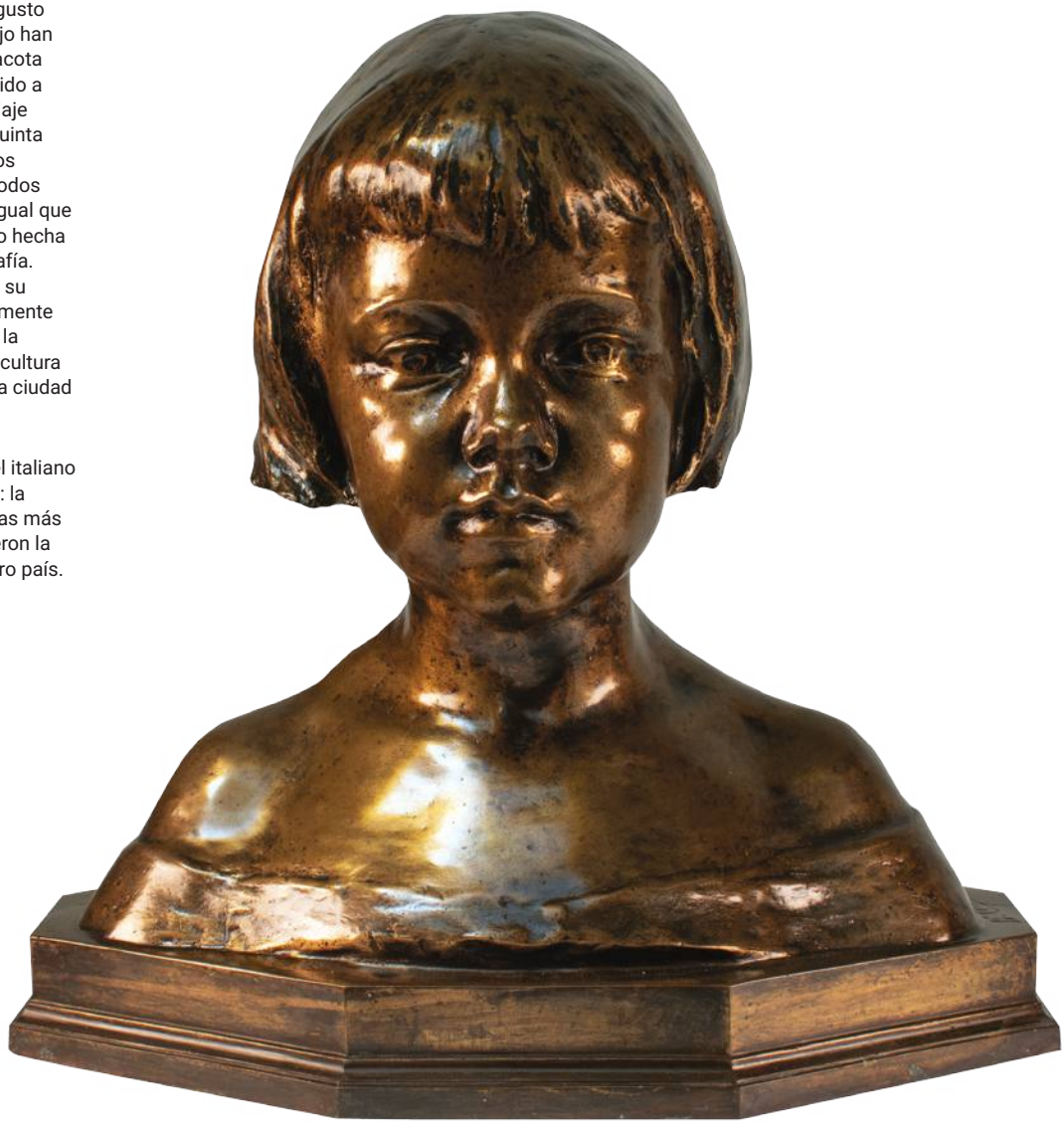
Estas fotografías son parte de una serie de retratos de Matilde Pacheco y su hija tomadas en el estudio de Damonte y Buscasso, que funcionó a partir de 1908 en la avenida Uruguay n.º 57. Se estima que en esa misma sesión se tomaron varias versiones del retrato, una de las cuales fue impresa en gran formato, retocada y firmada por Buscasso.
Isidoro Damonte y Marcelino Buscasso no solo eran fotógrafos retratistas, sino también reconocidos fotorreporteros, que trabajaron, por ejemplo, para la sección «Notas Gráficas» del diario *El Día* desde 1907. Marcelino Buscasso era, además, dibujante y docente de fotografía y dibujo. Entre sus discípulos se encuentran el fotógrafo Juan Caruso y el artista Eduardo Vernazza.



Ana Amalia Batlle Pacheco
Ezio Ceccarelli/ Fond. G. Vignali
Florencia (Italia), sin datos de fecha
Bronce
36 × 38 × 24 cm
MHN

El escultor Ezio Ceccarelli (1865-1927) nació en Florencia, donde estudió en la Academia de Bellas Artes como discípulo de Augusto Rivalta y Antonio Bortone. De su trabajo han quedado valiosos testimonios en terracota y bronce. Es probable que haya conocido a la familia Batlle Pacheco durante su viaje por Europa, entre 1907 y 1911. En la quinta de Piedras Blancas se conservan varios testimonios escultóricos de su obra, todos inspirados en Ana Amalia. Quizás, al igual que otras de sus esculturas, esta haya sido hecha póstumamente, a partir de una fotografía. El libro de visitas de la quinta muestra su presencia en el lugar en 1915, posiblemente con ese cometido. Otro testimonio de la obra de Ceccarelli en Uruguay es la escultura ecuestre de José Artigas ubicada en la ciudad de Paysandú.

Esta escultura, aunque diseñada por el italiano Ceccarelli, es de producción uruguaya: la fundición artística Vignali era una de las más eminentes de su época y allí se fundieron la mayoría de los monumentos de nuestro país.



Vestido de verano para el día atribuido a Ana Amalia Batlle Pacheco
Sin datos de fabricante ni de lugar,
1910 (aprox.)
Algodón con vivo de raso en el cuello
y decorado con técnica de fruncido
126 × 105 × 46 cm
MHN 3615

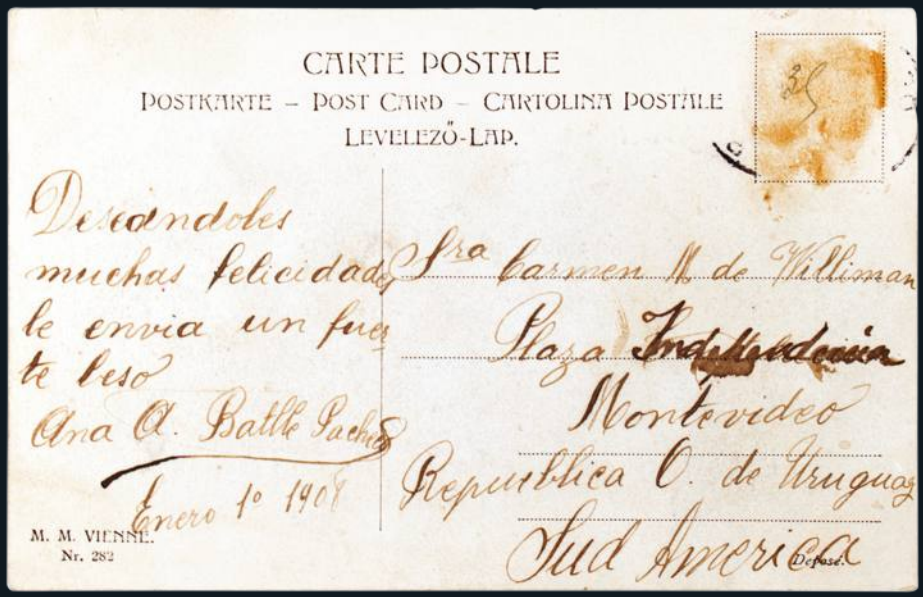
A comienzos del siglo XX, aún se estilaba el cambio de vestuario de acuerdo a los momentos del día, considerando la apariencia natural del entorno, en busca de unicidad y armonía estética. Esta práctica era desarrollada principalmente por las clases altas, aunque también se extendió al resto de la sociedad. Las prendas de uso diurno podían asociarse a paseos al aire libre, como picnics o recorridas por playas, parques y áreas silvestres.

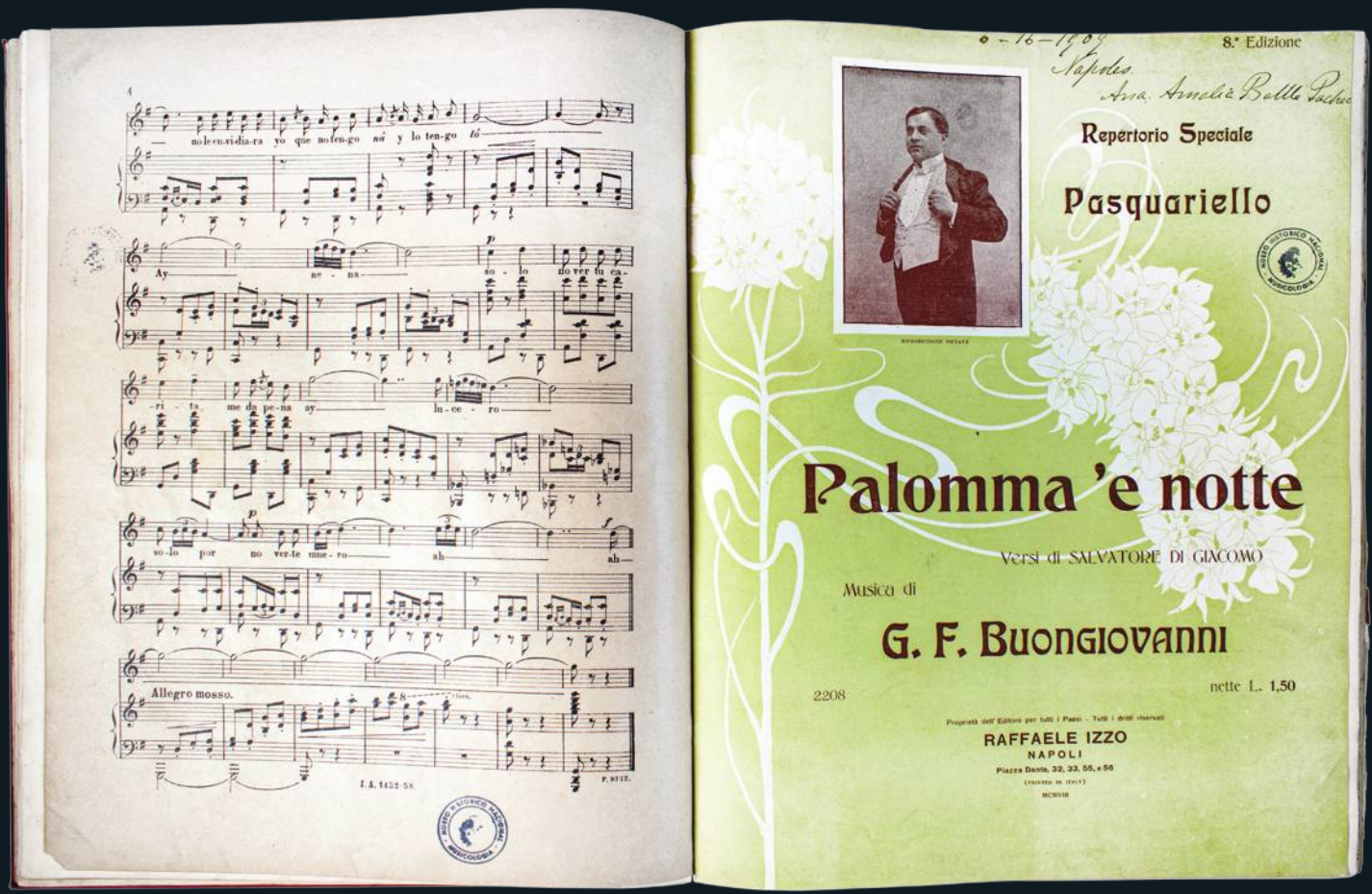


Tarjeta postal enviada por Ana Amalia Batlle Pacheco a Carmen Martínez de Williman
Sin datos de editor/a ni de lugar, 1 de enero de 1908
Cartón impreso y manuscrito
13,5 × 8,6 cm
Colección particular

Esta postal escrita por Ana Amalia a sus 14 años contiene un saludo de Año Nuevo desde Europa: «Deseándoles muchas felicidades les envía un fuerte beso. Ana A. Batlle Pacheco». La destinataria de la tarjeta, Carmen Martínez, era esposa del presidente de la República, el colorado Claudio Williman. Por el empleo del plural en la dedicatoria, es posible suponer que la postal iba dirigida a toda la familia.







Conjunto de partituras para voces y piano pertenecientes a Ana Amalia Batlle Pacheco
Autores varios
Varias ciudades, 1909
Impresos varios sobre papel encuadernados con tapas de tela
26 × 34 × 1 cm
MHN, sección Musicología

La formación musical de las niñas y mujeres jóvenes burguesas del Novecientos era un componente fundamental en su socialización. Era habitual que tomaran clases de piano y canto desde la infancia, y frecuentemente amenizaban reuniones familiares y sociales con la interpretación de piezas clásicas y populares a partir de los conocimientos adquiridos en esas lecciones.

Algunas de las partituras reproducidas aquí fueron adquiridas por Ana Amalia entre mayo y junio de 1909 en Nápoles y Atenas, y con ellas conformó una pequeña colección de piezas musicales populares europeas para interpretar al piano y cantar. Una de ellas le fue obsequiada y dedicada por su hermana mayor, Sofía Michaelsson.

Ana Amalia Batlle Pacheco
Carlos María Herrera
Sin datos de lugar, 1910 (aprox.)
Pastel sobre papel
76 × 60 cm
MHN 3688

Carlos María Herrera (1875-1914) inició su formación en Montevideo y Buenos Aires y fue becado en dos oportunidades, a Italia y España, donde tuvo como profesores, entre otros artistas, a Salvador Sánchez Barbudo, Mariano Barbasán y Joaquín Sorolla. Practicó especialmente la pintura al óleo y el pastel. En esta última técnica fue realmente apreciado por la sociedad finisecular urbana del Novecientos. Característicos de esa etapa son sus retratos femeninos e infantiles. Herrera fue representante del espíritu burgués que se expresó en la captación de lo íntimo de la vida familiar, de los momentos fugaces de la vida cotidiana, en el retrato naturalista. Algunos de sus retratos más destacados son el del escritor Alberto Nin Frías y el de la madre del artista. En cuanto al género histórico, merece una mención especial el óleo de Artigas en el Hervidero, de 1911, que forma parte del acervo del MHN.





Placa mortuoria dedicada a Ana Amalia Batlle Pacheco
Sin datos de fabricante ni de lugar, 1913
Bronce
37 × 34 cm
MHN 2976

La ornamentación incluye una flor de lis, como símbolo de la pureza, y una corona fúnebre. Dedicada por A. Guidini, en la placa puede leerse: «A la memoria de Ana Amalia Batlle Pacheco ¡que solo vivió la primavera de la vida!».

Augusto Guidini (1853-1928) fue un arquitecto y urbanista suizo que desarrolló parte importante de su carrera en su país. En 1909 se trasladó a Montevideo, donde vivían dos de sus hermanos. En 1911, durante la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez, se presentó en el concurso internacional de proyectos para el trazado general de avenidas y ubicación de edificios públicos en Montevideo, gracias a una invitación recibida del Gobierno uruguayo. El objetivo de este proyecto era mejorar la red vial urbana, teniendo en cuenta la futura expansión de la ciudad. A la vez, se buscaba planificar la ubicación de los edificios públicos proyectados por el programa del concurso. Guidini obtuvo el primer premio, que finalmente no sería ejecutado, pero en 1912 integró la comisión para elaborar un Plan Regulador de Montevideo, que constituyó uno de los trabajos más importantes de su carrera. De acuerdo con el libro de audiencias de la quinta, el 22 de enero de 1914 el arquitecto Augusto Guidini se entrevistó allí con Batlle. También aparece registrada su presencia el 13 de mayo de 1922.

Máscara mortuoria de Ana Amalia Batlle Pacheco
Sin datos de fabricante, lugar ni fecha
Vaciado en yeso
19,5 × 25,5 × 19 cm
Colección particular

Las máscaras mortuorias fueron una expresión artística difundida entre la nobleza y el clero durante la Edad Media, aunque existen registros de esta práctica en algunas culturas antiguas, como la romana o la egipcia. En Uruguay, su uso se extendió entre los estratos altos de la sociedad durante el siglo XIX y al menos hasta la década de 1930, cuando fue cayendo en desuso.

Esta costumbre reflejaba la necesidad de conservar la memoria de quien había fallecido a través de una réplica exacta de su rostro instantes después de la muerte. El procedimiento consistía en obtener un molde tomado directamente del rostro de la persona fallecida, al que luego se aplicaba la técnica de vaciado en yeso. Las piezas obtenidas podían servir a escultores o artistas plásticos para realizar bustos o retratos verosímiles.

En el acervo del Museo Histórico Nacional se conservan varias de estas piezas, entre ellas tres copias de la máscara mortuoria de José Batlle y Ordóñez.



PÁGINA OPUESTA:
Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde Pacheco
Carlos María Herrera
Sin datos de lugar, 1913
Óleo sobre tela
176 cm × 150 cm
MHN 3688







Portapañuelo bordado que perteneció a Matilde Pacheco
Sin datos de fabricante ni de lugar,
1910-1920 (aprox.)
Lino bordado con hilo de seda
27 × 12 cm
MHN 3615

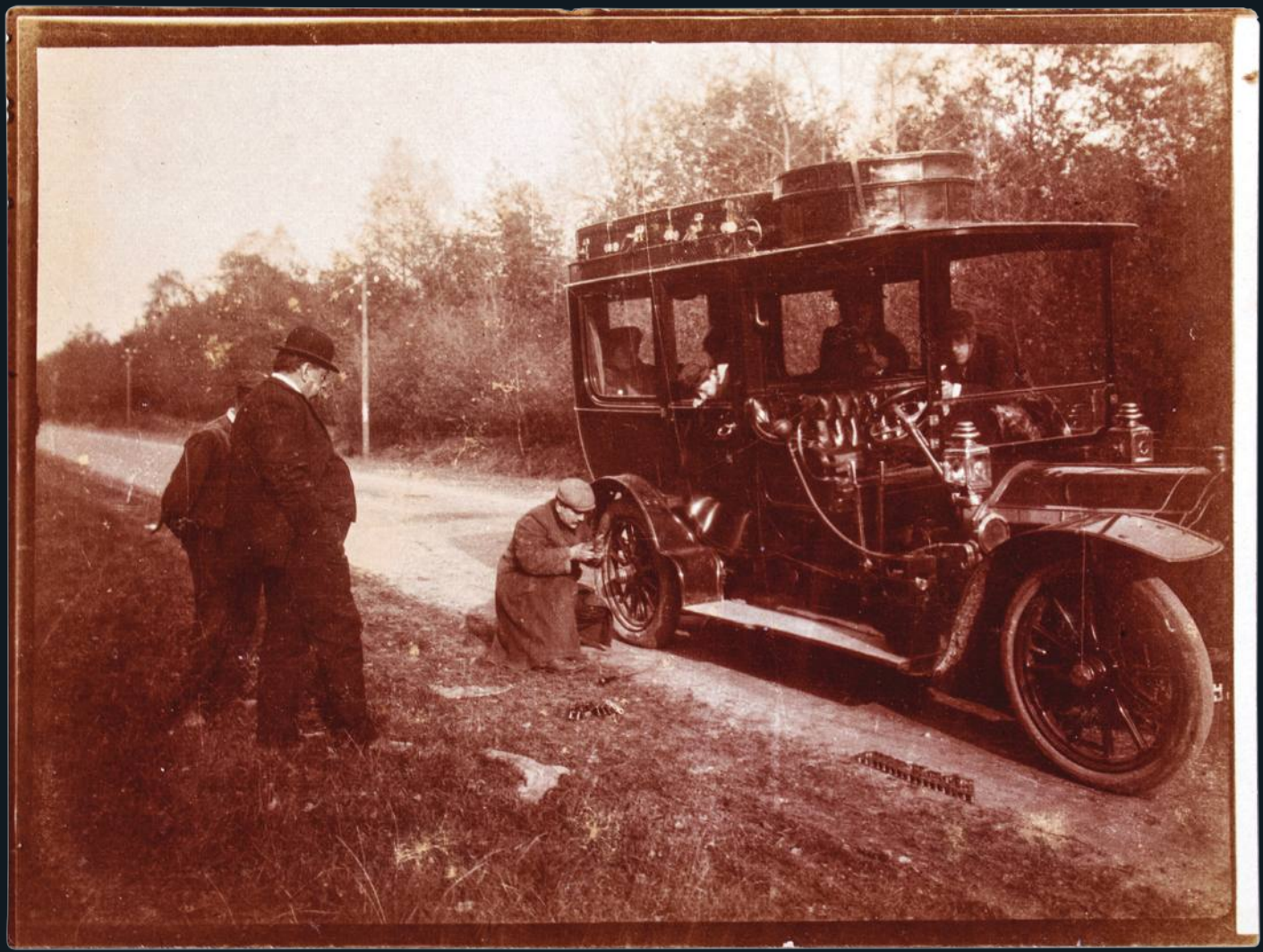
Durante el siglo XIX el pañuelo íntimo femenino, generalmente decorado, era una prenda que se mantenía oculta por razones de higiene y decoro. Al tratarse de una pieza privada, se colocaba en un portapañuelo, igualmente ornamentado, que a veces hacía juego con el diseño de aquel. A finales del siglo XIX y sobre todo comienzos del XX, el portapañuelo se convirtió en pieza de intercambio entre las mujeres. Allí se guardaban servilletas y pañuelos decorados con encajes o bordados.



Matilde Pacheco, Ana Amalia Batlle Pacheco, José Batlle y Ordóñez, Lorenzo Batlle Pacheco y César Batlle Pacheco
Sin datos de autor/a
Scheveningen (Países Bajos), octubre de 1907
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
9,2 × 12,2 cm
MHN, Colección fotográfica



Familia Batlle Pacheco durante un paseo al aire libre
Sin datos de autor/a ni de lugar,
1907-1908 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
9,2 × 13 cm
MHN, Colección fotográfica



Familia Batlle Pacheco durante un recorrido en automóvil
Sin datos de autor/a
Países Bajos, 1907
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
9 × 13 cm
MHN, Colección fotográfica

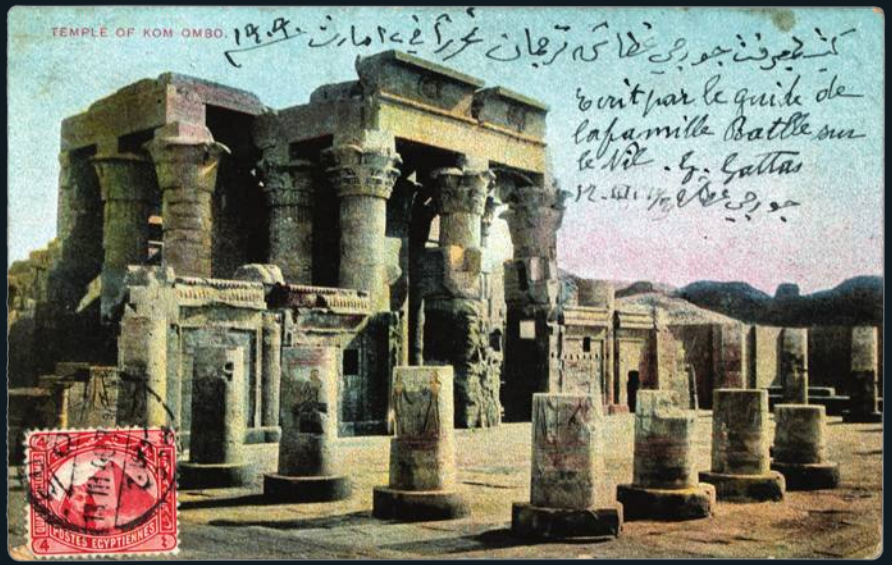


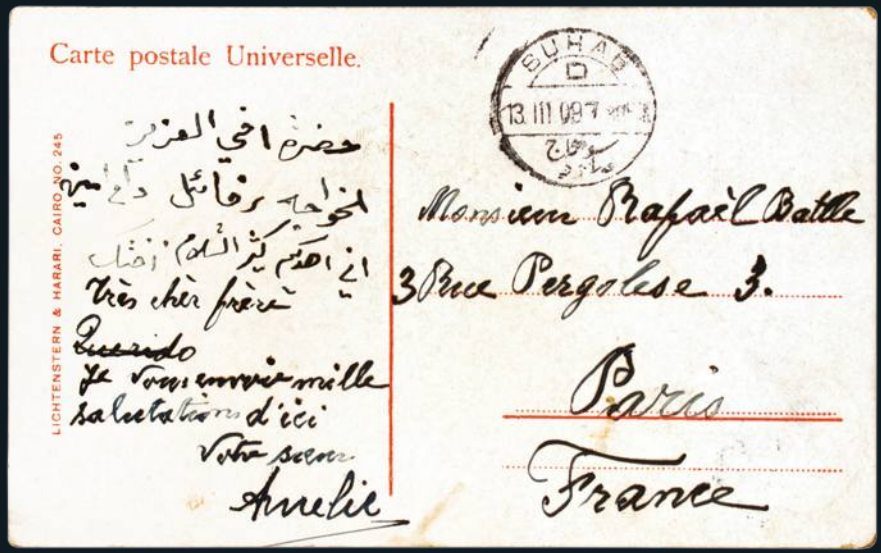
Familia Batlle Pacheco en su viaje a Egipto
Sin datos de autor/a ni de lugar,
1909-1910 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel y cartón
25 × 33 cm
MHN, Colección fotográfica

Al dorso se observa una descripción de José Batlle y Ordóñez del contenido de la fotografía: «Anita en el birlocho con Matilde. Lorenzo y yo en camellos. Sentado: mi guía, de Argelia. Los demás, gentes que alquilaban el coche y los caballos».

Tarjeta postal enviada por Ana Amalia Batlle Pacheco a Rafael Batlle Pacheco
Sin datos de editor/a
Egipto, 12 de marzo de 1909
Cartón impreso y manuscrito
14 × 9,5 cm
MHN

Al frente, la postal está escrita en árabe y francés. El texto en francés dice lo siguiente: «Escrito por el guía de la familia Batlle en el Nilo. G. Gattas. 12-III-1909». Al dorso, también en francés, se lee: «Très cher frère: Je vous envoie mille salutations d'ici. Votre soeur Amelie» ['Muy querido hermano: Te envío mil saludos desde aquí. Tu hermana Amalia'].





Tarjeta postal enviada por Matilde Pacheco a Rafael Batlle Pacheco
Sin datos de editor/a
Roma (Italia), 15 de junio de 1909
Cartón impreso y manuscrito
14 × 9 cm
MHN 3615

En la postal se lee: «Que tal el paseito? Les ha gustado Suiza? Nosotros [salimos] pasado mañana para Florencia desde Marsella donde hemos estado de vuelo; y creo que no saldremos hasta que estén de vuelta en París. Cariños de todos y muchos besos de tu madre que desea darte muchos fuertes».







Familia Batlle Pacheco en su viaje de ida a Europa
Sin datos de autor/a ni de lugar, 1907
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
25,2 × 30,5 cm
MHN, Colección fotográfica

Al dorso se describe: «Anita está sentada. César, también sentado, a la derecha; Matilde al lado de Anita, muy poco parecida, Rafael sentado en el suelo; yo y Lorenzo en el centro, [Pedro] Manini al lado, detrás de Lorenzo; [Juan Bernassa y] Jerez al lado de César. Detrás: Rosa, la sirvienta, cerca de Matilde y Pío y Adolfo, mucamos míos, detrás de César y de Jerez».

Pedro Manini Ríos fue un abogado, periodista y líder colorado inicialmente ligado a la figura de José Batlle y Ordóñez. Fue parlamentario y ministro del Interior durante la segunda presidencia de Batlle, pero a partir de 1911 se distanció de este para fundar un nuevo sector en el Partido Colorado, anticolegialista y opositor al batllismo, denominado *riverismo*. Fue fundador del diario *La Mañana*, identificado con su postura política, y ocupó el cargo de canciller y ministro en gobiernos posteriores, como el de José Serrato y el de Gabriel Terra.

Juan Bernassa y Jerez fue un militar uruguayo defensor de la profesionalización y la autonomía del Ejército y de su función como defensor del orden constitucional por encima de las lealtades políticas. En ese sentido, en un editorial de prensa en 1887, Bernassa aseveró: «Nadie, nadie, abandonará su puesto por seguir a un hombre; porque antes que los impulsos personales está la lealtad jurada a los Gobiernos constituidos, y por encima del cariño y agradecimiento al hombre, están, pero muy encima, los mandatos inviolables de la Constitución». Fue jefe político de Montevideo varias veces y ministro de Guerra y Marina a partir de 1911, cuando regresó de Europa con la familia Batlle Pacheco.

Ambos líderes coincidieron en el viaje de ida a Europa con la familia Batlle Pacheco, convivieron con ella y, al igual que otras personas a lo largo del período, sirvieron como asesores y mensajeros en la comunicación con Uruguay.

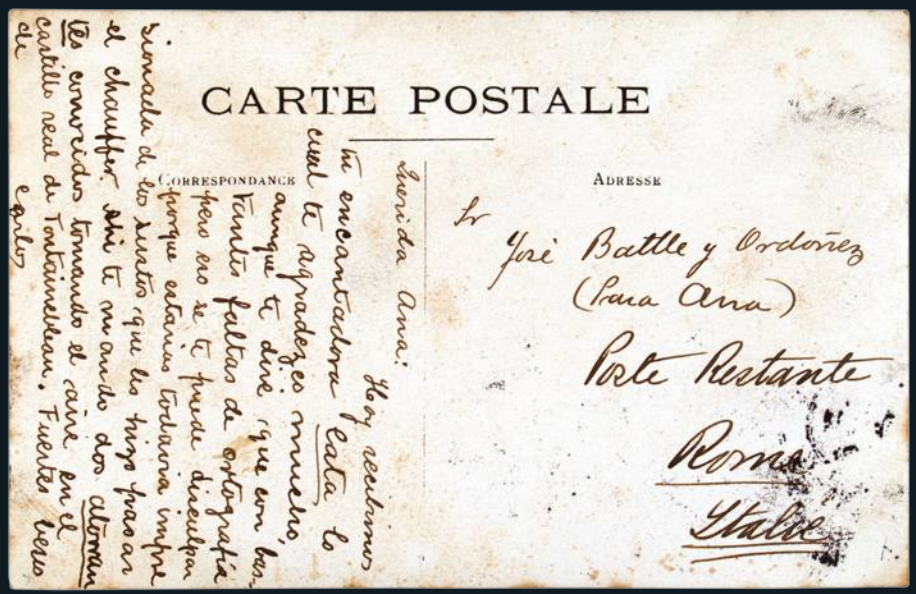


Rafael Batlle Pacheco, Ana Amalia Batlle Pacheco, Matilde Pacheco, Lorenzo Batlle Pacheco y José Batlle y Ordóñez
Sin datos de autor/a
Scheveningen (Países Bajos), setiembre 1907
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
37,5 × 30,5 cm
MHN, Colección fotográfica

Tarjeta postal enviada por Carlos Michaelsson Pacheco a Ana Amalia Batlle Pacheco
Sin datos de editor/a
París (Francia), 11 de mayo de 1909
Fotografía sobre cartón manuscrito
14 × 9,5 cm
MHN

Esta postal, enviada a Ana Amalia por su hermano Carlos, dice en su dorso: «Querida Ana: Hoy recibimos tu encantadora lata lo cual te agradezco mucho, aunque te diré que con bastantes faltas de ortografía pero eso se te puede disculpar porque estarías todavía impresionada de los sustos que les hizo pasar el chauffer. Ahí te mando dos atorrantes conocidos tomando el aire en el castillo real de Fontainebleau. Fuertes besos de Carlos». Al frente se puede ver una fotografía de César y Rafael Batlle Pacheco.

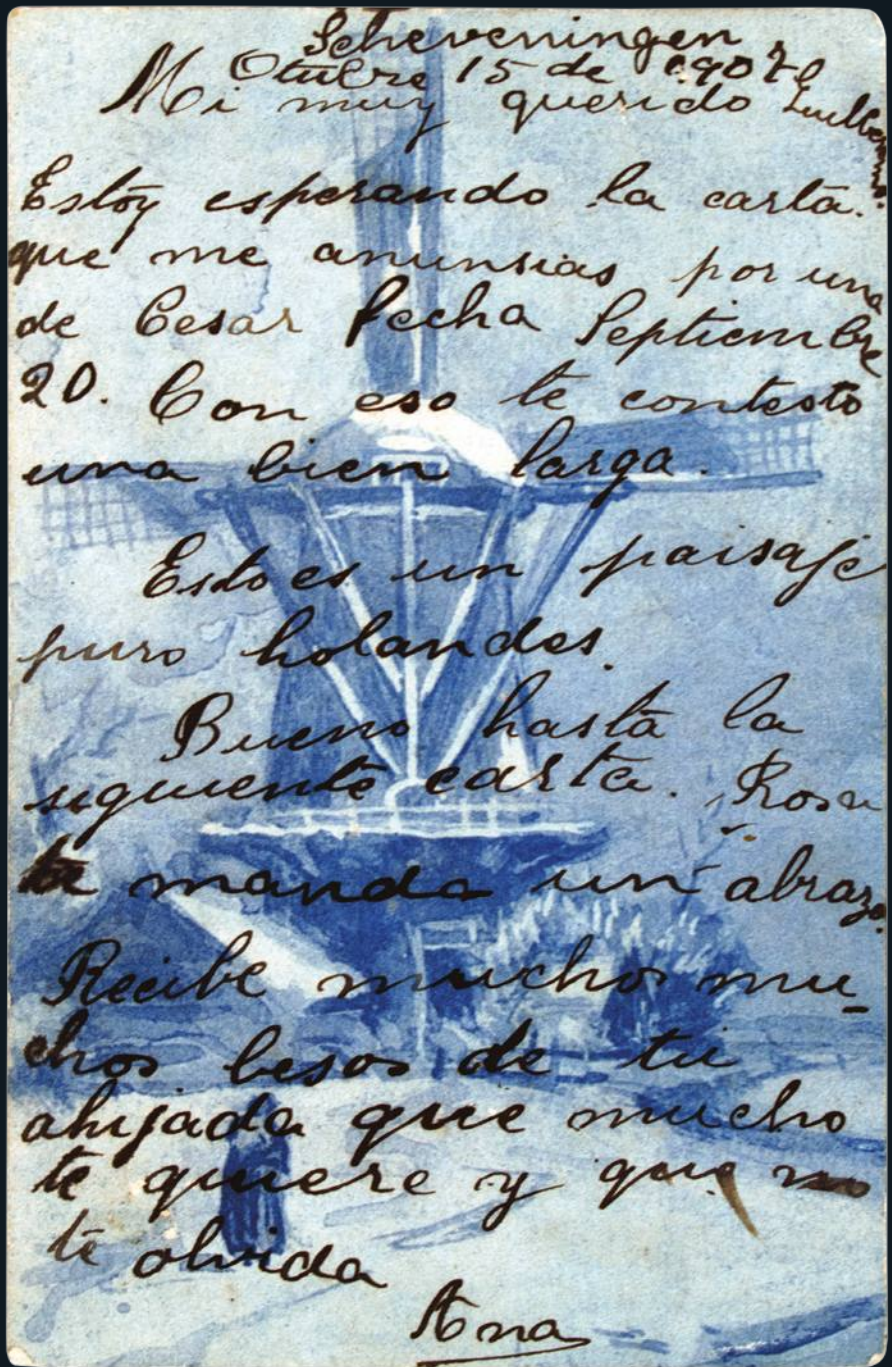




Tarjeta postal enviada por Ana Amalia Batlle Pacheco a Guillermo Michaelsson Pacheco
Sin datos de editor/a
Scheveningen (Países Bajos),
15 de octubre de 1907
Cartón impreso y manuscrito
14 × 9 cm
MHN

En esta postal, Ana Amalia le enviaba a Guillermo la ilustración de «un paisaje puro holandés». También le hacía llegar saludos: «Rosa te manda un abrazo. Recibe muchos muchos besos de tu ahijada que mucho te quiere y no te olvida».

La postal también refleja el afectuoso vínculo entre Rosa, una de las integrantes del personal de la casa, y los hijos de Matilde. Además de realizar el viaje a Europa con la familia, Rosa les enviaba postales a los hijos mayores que se encontraban en otras ciudades.



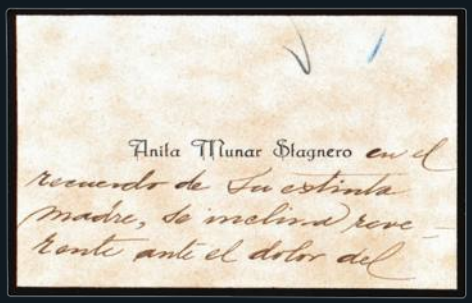
Ana Amalia Batlle Pacheco, Matilde Pacheco y Rafael Batlle Pacheco durante un paseo en automóvil
Sin datos de autor/a
Países Bajos, octubre de 1907
Fotografía en gelatina y plata sobre papel y cartón
28,5 × 33,5 cm
MHN, Colección fotográfica

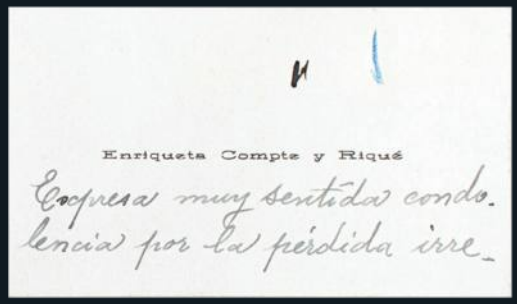


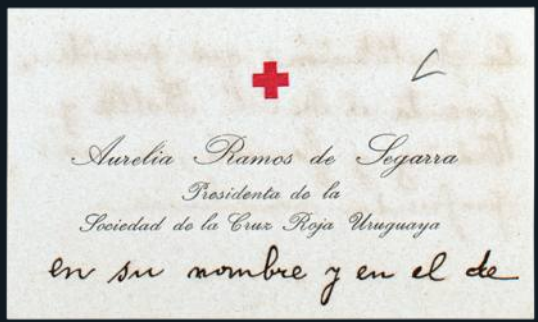
Parte del recorrido de la familia Batlle Pacheco en su viaje por Europa fue realizado a bordo de un automóvil que se adquirió con ese objetivo. Varias de las fotografías que se conservan de esa travesía son de espacios rurales tanto de Francia como de los Países Bajos, cuya localización exacta es desconocida. Posiblemente en los trayectos entre ciudades —que las características de los vehículos y el estado de los caminos hacían mucho más dilatados de lo que son en la actualidad— aprovechaban las paradas para reconocer paisajes y elementos de la naturaleza que les resultaban llamativos.

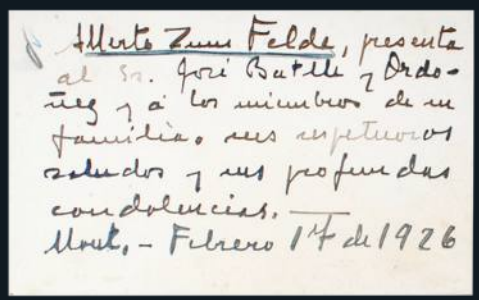
Conjunto de tarjetas de condolencia enviadas a la familia Batlle Pacheco con motivo del fallecimiento de Matilde
Autores varios
Sin datos de lugar, 1926
Cartón impreso
Medidas diversas
MHN 3615

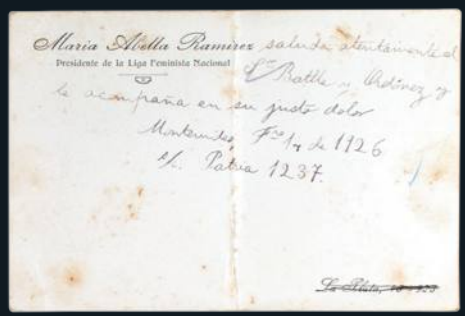
El material conservado supera las 500 tarjetas, lo que da cuenta de las redes sociales y políticas de la familia. Entre las personas que saludan a José Batlle y Ordóñez tras la pérdida de su esposa se encuentran el presidente José Serrato; los expresidentes Claudio Williman y Feliciano Viera; María de Castro de Figari, hija de Isabel Caravia y del abogado Carlos de Castro y esposa de Pedro Figari; el fundador del Museo Histórico Nacional, Dr. Joaquín de Salterain; la maestra Enriqueta Compte y Riqué; el historiador y político Eduardo Acevedo; la profesora de Francés en la Universidad de Mujeres Fanny G. de Rozes; la educadora María Espínola; la militante de la Liga Feminista Nacional María Abella; la médica cirujana María Inés Alustiza. Además figuran tarjetas con las firmas de algunos trabajadores, como el fotograbador de *El Día*, o integrantes de clubes políticos barriales.

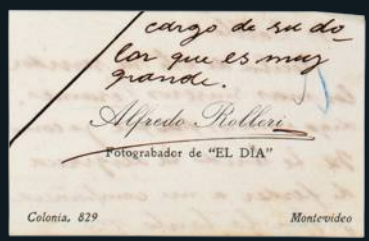

Anita Munar Flagnero en el
recuerdo de su estimada
madre, se inclina reve
rente ante el dolor del

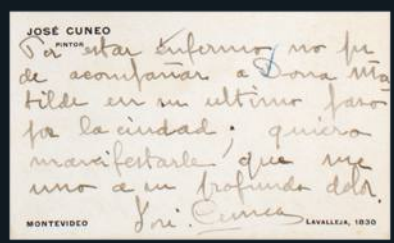

Enriqueta Compte y Riqué
Expresa muy sentidas condo.
lencias por la pérdida irre-


Aurelia Ramos de Segarra
Presidenta de la
Sociedad de la Cruz Roja Uruguaya
en su nombre y en el de


Alberto Zum Felde, presenta
al Sr. José Batlle y Ordo-
ñez y á los miembros de su
familia, sus respetuosos
saludos y sus profundas
condolencias.
Mont. - Febrero 14 de 1926


María Abella Ramírez saluda atentamente al
Presidente de la Liga Feminista Nacional
Batlle y Ordóñez y
le acompaña en su justo dolor
Montevideo Feb.o 14 de 1926
Pabia 1237


cargo de sen-
timiento
dor que es muy
grande.
Alfredo Rollier
Fotograbador de "EL DIA"
Colonia, 829 Montevideo


JOSÉ CUNEO
PINTOR
Si estar enfermo no pu-
de acompañar a Doña Ma-
tilde en su último paseo
por la ciudad, quiero
manifestarle que me
uno a su profunda dola.
José Cuneo
MONTEVIDEO LAVALLEJA, 1830



Ana Amalia Batlle Pacheco
Sin datos de autor/a
1911 - 1912 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel, con *passepartout* de cartón y marco de madera y yeso
56,3 × 81 cm
MHN 3615



Matilde Pacheco
Sin datos de autor/a ni de lugar,
1916-1926 (aprox.)
Fotografía sobre papel en marco de madera
37,4 × 58,5 × 1,7 cm
MHN 3615



CAPÍTULO II

Mujeres y lecturas en el cambio de siglo

Ana Cuesta, Lucía Mariño y Clara von Sanden

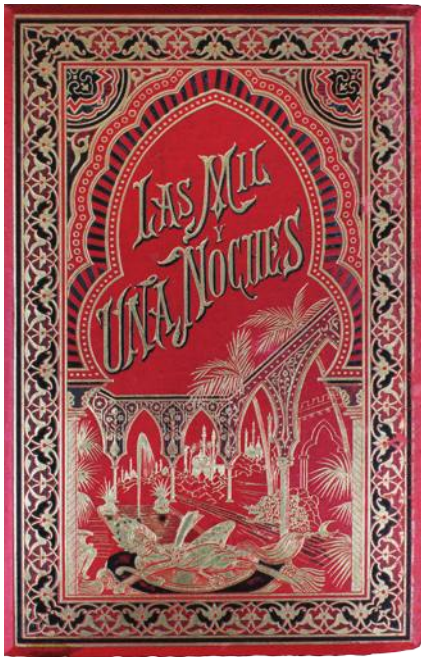
Para comprender históricamente una colección de libros como la que nos ocupa es necesario, primero, situarse en lo que la lectura representaba para una sociedad específica, como en este caso la del Uruguay de entresiglos. Por eso nos interesa ubicar qué prácticas y sentidos estaban asociados a la lectura en los distintos sectores sociales y qué particularidades tenía esta actividad cuando era realizada por mujeres. La perspectiva de la historia de la lectura propone un acercamiento al mundo de los libros y otros impresos que no se relaciona únicamente con la identificación de los autores de cada época o sus textos más influyentes, sino también con las dimensiones simbólicas y materiales de lo que implicaba leer para las personas en cada contexto específico.

En ese sentido, nos proponemos observar la biblioteca de Matilde y Ana Amalia como una muestra de los libros e impresos que dos mujeres de la alta sociedad rioplatense de su tiempo pudieron —y quisieron— reunir y leer. A su vez, es un ejemplo con particularidades dictadas, probablemente, por los intereses de ambas, pero también por el modo de pensar de otros adultos de la familia respecto a la educación de las mujeres. Asimismo, permite asomarnos a una red de contactos con los que intercambiaban lecturas o de quienes las recibían como obsequio.

Respecto a los desafíos de la historia de la lectura, el sociólogo Pierre Bourdieu y el historiador Roger Chartier han hecho notar, por una parte, el poder que le otorga un libro a su autor, de «actuar a distancia transformando las visiones del mundo y las prácticas cotidianas» en los más diversos aspectos de la vida de quienes leen sus obras. Sin embargo, estos investigadores advierten también la necesidad de concebir la lectura como «un espacio de apropiación jamás reductible a lo que se lee», es decir, un lugar de apropiación e interpretación en el que el mensaje de un autor se ve combinado con otras variables en su camino a ser apropiado por los lectores.[1] Ejemplos de ello son los circuitos de distribución, las decisiones tomadas en la edición de cada libro y sus características materiales, la forma en que se leyó, el énfasis o la explicación puestos en juego, las discusiones paralelas a la lectura, entre otros.

PÁGINA OPUESTA:
Ana Amalia Batlle
Sin datos de autor/a
Francia, 20 de agosto de 1908
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
9 × 12 cm
MHN, Colección fotográfica

[1] Bourdieu, Pierre, y Chartier, Roger, «La lectura: una práctica cultural», en Bourdieu, Pierre, *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, pp. 253-273.



Autores varios, *Las mil y una noches: cuentos árabes*, París, Garnier Hermanos, 1886
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Este libro de autoría anónima es una recopilación medieval de cuentos tradicionales orales procedentes de Oriente Medio. Comprende relatos narrados en lengua árabe durante quince siglos en las tierras de Arabia, Indochina, India, Siria, Persia y Egipto. Los cuentos, en su mayoría con fines ejemplarizantes, son relatos enmarcados en la historia de Sherezade, una mujer que los narra a su esposo, el sultán Shariar, y a su hermana, para evitar que la ejecuten. La estrategia de Sherezade es dejar cada noche inconclusa la historia para continuarla la noche siguiente, de modo que la curiosidad de ambos por conocer el final impide concretar la condena de muerte. *Las mil y una noches* tuvo gran impacto en Occidente debido a sus rasgos exóticos y eróticos. Fue traducida por primera vez en Francia en 1704 y se convirtió en un éxito popular, lo que generó controversia en los sectores conservadores de la sociedad.

Como sugiere el historiador Alejandro Parada, es preciso hacer algunas salvedades a la hora de estudiar bibliotecas: no se puede suponer que los libros que las componen son el conjunto de lecturas que una persona o grupo realizó. Muchos libros pueden haber sido comprados pero no leídos, por ejemplo, mientras que se pueden haber leído libros prestados o que no se conservaron. La diferencia entre los libros poseídos y los efectivamente leídos es difícil de reconocer para quien investiga.[2] Los apuntes al dorso o, como en el caso de la biblioteca de Matilde y Ana Amalia, las notas que indicaban «leído» —o, en algunos casos, «inconcluso»— en el interior de un ejemplar son una señal explícita de haber tenido contacto con cada texto en particular y muestra la costumbre de indicar el final de un proceso.

Este texto indaga en estas cuestiones que circundan la lectura desde distintos ángulos. En primer lugar, analiza las formas de venta y adquisición de libros y los modos en que eran leídos. Se adentra, en segunda instancia, en los diversos proyectos editoriales que pusieron a disposición libros e impresos a nuevos sectores y grupos sociales. La tercera cuestión que aparece son los métodos de aprendizaje de la lectura en una sociedad donde lo escrito tomaba cada vez más protagonismo y el público lector se iba ampliando paulatinamente, con claras distinciones entre los géneros a la hora de adquirir conocimientos. Finalmente, examina los usos del libro en cuanto objeto, particularmente en el universo femenino, y su empleo como custodio de recuerdos. Asimismo, explora los espacios en que se desarrollaba su lectura y los contenidos de una biblioteca femenina en relación con los gustos del Novecientos y las lecturas consideradas adecuadas para las mujeres.

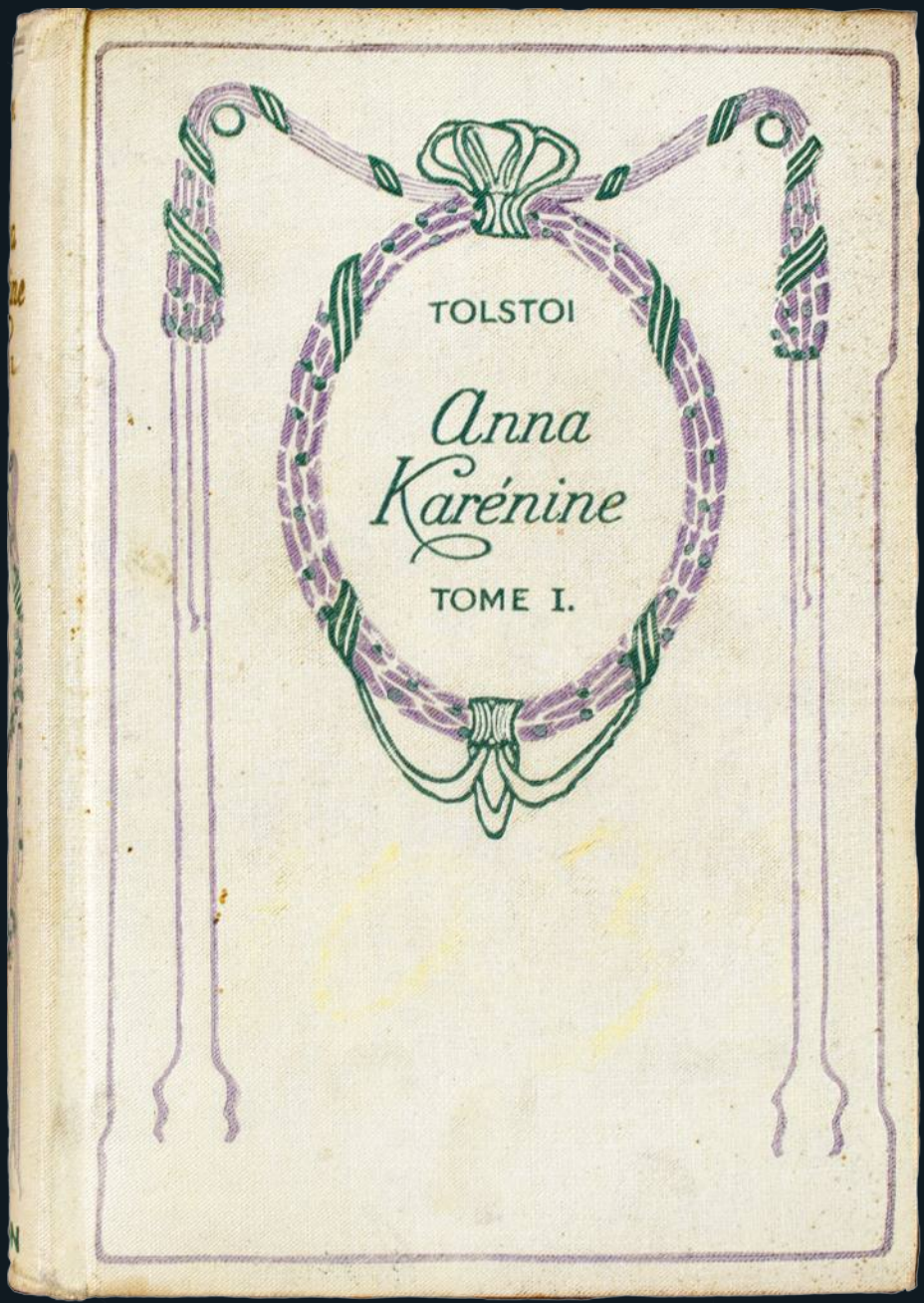
Librerías, consumo y alfabetización

En cuanto a la dimensión material de los libros y otros impresos, el censo realizado en 1908 en Uruguay revela algunos datos destacables. En ese momento había en el país «siete imprentas, veinticuatro tipografías, dos talleres gráficos, ocho talleres de encuadernación y dieciséis establecimientos de librerías, además de otros veintiocho que compartían el comercio de libros con la venta de papelería y anexos».[3] Varios cientos de personas trabajaban en aquellos establecimientos, que hacia 1903 —tras la apertura de la Librería Moderna de Orsini Bertani, ubicada en la calle Sarandí 240, esquina Bartolomé Mitre— aseguraban una oferta muy actualizada de libros extranjeros, en particular europeos.

De acuerdo con lo que expresa el investigador Pablo Rocca, estos comercios eran frecuentados por varones de la alta sociedad, en particular aquellos que no tenían oportunidad de adquirir las obras por su cuenta en viajes a Europa. Para promocionar sus

[2] Parada, Alejandro E., «La historia de la lectura como laberinto y desmesura», *Páginas de Guarda*, n.º 1, 2006, pp. 89-100.

[3] Rocca, Pablo, «Las ediciones populares de Claudio García (Un proyecto cultural y su época, 1900-1945)», *Anuario del Centro de Estudios Gallegos*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, y Centro de Estudios Gallegos, 2005, p. 98.

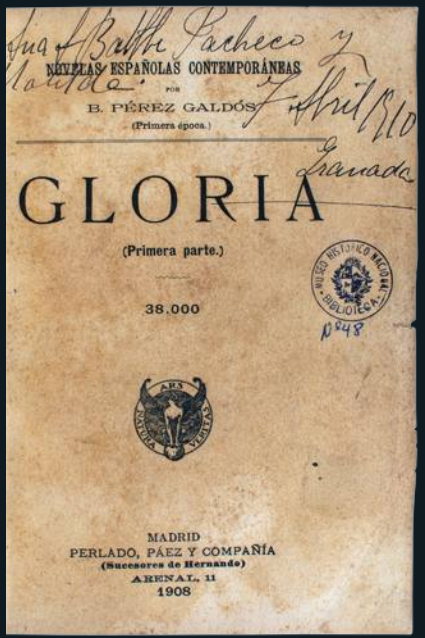


León Tolstoi, *Anna Karénine*, tomos I y II, París: Nelson Éditeurs, s.d.
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

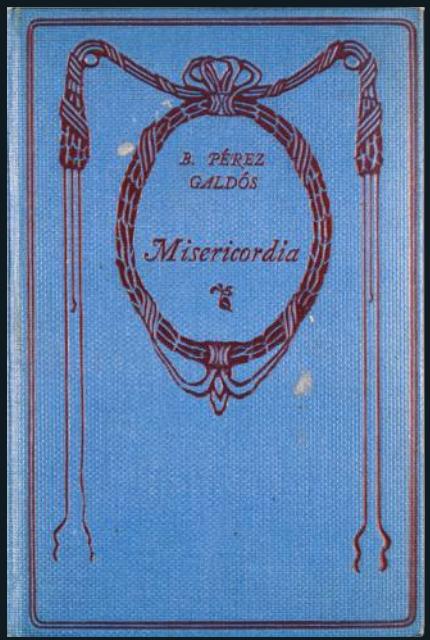
Esta novela fue publicada en forma de libro en 1878, y antes, entre 1875 y 1877, en la prensa rusa como folletín. De especial trascendencia como obra literaria, fue traducida a múltiples idiomas y tuvo, como en este caso, versiones de bolsillo.

Se trata de uno de los principales ejemplos de novelas realistas rusas, caracterizadas por la multiplicidad de personajes principales, las descripciones minuciosas de espacios y personas y las historias que se suceden en paralelo. El argumento en este caso se centra en la vida de Ana, una mujer rusa que vive en San Petersburgo con su marido —Karenin— y su hijo. En un viaje a Moscú, Ana conoce a un joven militar, de quien se enamora y con quien entabla una relación. La historia gira en torno al adulterio, la censura social de su comportamiento y las complicaciones que esto le genera a Ana, quien finalmente decide terminar con su vida. De todos modos, además de la trama romántica, el libro se propone exponer diversidad de aspectos de la sociedad y la mentalidad rusa de finales del siglo XIX, con las contradicciones y problemas surgidos de las transformaciones económicas y políticas en curso.

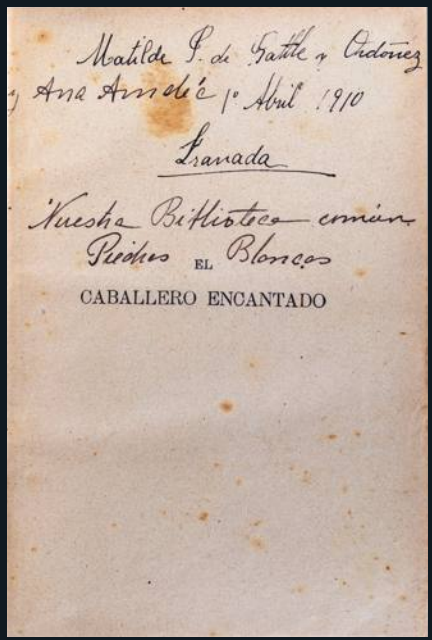
Esta fue una de las más valoradas obras del autor, que lo llevaron al reconocimiento internacional. León Tolstoi (1828-1910) nació en Rusia, en el seno de una familia noble. Se formó en letras y derecho en la Universidad de Kazán y más tarde se incorporó al Ejército ruso, con el que participó en varias campañas, como la Guerra de Crimea. Su experiencia vital le permitió conocer de primera mano las condiciones de pobreza de la población, los paisajes y costumbres de diversas regiones rusas, los avatares de la guerra y otros aspectos de la sociedad que plasmó en sus numerosas obras literarias. Fundó una experiencia novedosa en materia educativa que fue censurada por su carácter libertario, y tuvo conflictos con la Iglesia ortodoxa y el Ejército debido a sus convicciones políticas y religiosas.



Benito Pérez Galdós, *Gloria. Primera parte*, Madrid, Perlado, Páez y Compañía, 1908
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»



Benito Pérez Galdós, *Misericordia*, París, Thomas Nelson and Sons, s.d.
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»



Benito Pérez Galdós, *El caballero encantado: cuento real… inverosímil*, Madrid, Perlado, Páez y Compañía, 1909
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Benito Pérez Galdós (1843-1920) es considerado uno de los mayores exponentes de la novela realista española del siglo XIX. Nació en Las Palmas de Gran Canaria (España). Durante su juventud se trasladó a Madrid, donde incursionó en el periodismo y estudió derecho, carrera que abandonó para dedicarse a la escritura. En esta etapa publicó novelas folletinescas y paralelamente comenzó a publicar libros, obras influidas por el romanticismo. Fue durante este período que escribió *Gloria*, publicado por primera vez en 1877, que narra la dramática relación entre Gloria y Daniel en un contexto provinciano. Los jóvenes enamorados no pueden estar juntos debido a la intolerancia entre el catolicismo y el judaísmo, religiones que profesan sus respectivas familias.

En 1881 publicó *Lo prohibido,* novela que inauguró su literatura naturalista. Algunas de sus obras más destacadas son *Fortunata y Jacinta* (1887) y *Tristana* (1892). Sus novelas se caracterizaron por ser fieles retratos de la sociedad de su época. En 1889 fue elegido académico de la Real Academia Española, plaza que no ocupó hasta 1897, cuando concluyó *Misericordia.*

La novela *El caballero encantado: cuento real… inverosímil* (1909) es una de las últimas producciones de Pérez Galdós. En esta se distancia del realismo decimonónico e incursiona en la modernidad de comienzos de siglo, que conjuga con lo maravilloso. Se considera una novela con contenido político y social, que adquiere esa dimensión por el impacto que tuvieron en su escritura la guerra de Marruecos o guerra de Melilla (entre julio y diciembre de 1909), la Semana Trágica de Barcelona (del 23 al 31 de julio de 1909) y la actividad parlamentaria llevada a cabo gracias a la Conjunción Republicano-Socialista. La trama de la obra puede sintetizarse en las experiencias de don Carlos de Tarsis, marqués de Mudarra, y Suárez de Almondar, conde de Zorita de los Canes, ambos aristócratas que gozan de una vida fastuosa gracias a la explotación campesina. Esta situación cambia cuando la madre transforma al primero en Gil, jornalero miserable que vivirá una serie de infortunios trabajando en faenas de campo por toda Castilla, lo que le permitirá conocer de primera mano la vida del campesinado, para luego emprender una suerte de purificación social y lograr la transformación de todo el país. La identificación de las clases sociales y el detalle de sus condiciones de vida dan cuenta de la realidad española de comienzos del siglo XX.

En la colección *De ellas dos* se encuentran también otras obras de Pérez Galdós, como *Marianela,* de 1878.

negocios, libreros como Orsini Bertani exponían en las vitrinas tarjetas e imágenes de los líderes políticos del momento, a cuyos seguidores procuraban atraer. Varias de las librerías montevideanas del Novecientos congregaban en sus instalaciones tertulias y «peñas culturales», como era el caso de Barreiro y Ramos.[4]

El desarrollo del negocio de la venta de libros nacionales y extranjeros se vinculó con la ampliación del público lector. Como expresan los historiadores Adela Pellegrino y Nicolás Duffau, la capacidad de leer fue considerada una de las claves para lograr la modernización del país, ya que convertía a las personas en potenciales receptoras de información. Por eso, al finalizar el siglo XIX, la cultura escrita comenzó a ganarle terreno a la cultura oral como fuente de conocimiento.[5] Esto constituyó una de las transformaciones culturales más importantes del período, que tuvo fuertes implicaciones en la vida social. Hasta la década de 1870, la lectura grupal fue la práctica más frecuente, realizada en plazas del pueblo, iglesias, pulperías y bares o en la mesa familiar.

La reforma educativa impulsada por José Pedro Varela, concretada mediante el Decreto-ley de Educación Común, aprobado el 24 de agosto de 1877, estableció la educación primaria, gratuita y obligatoria de los seis a los catorce años en todo el territorio nacional. La expansión de la educación primaria aumentó la tasa de alfabetización en todo el país. Se calcula que ya hacia 1900 más del 50 % de los mayores de seis años estaban alfabetizados. Según el censo de 1908, estos índices eran sensiblemente más altos en Montevideo —donde llegaban a un 77 %— que en el interior del país.[6]

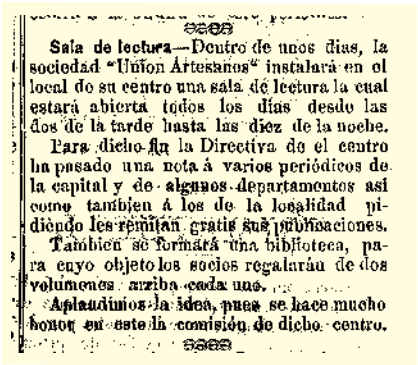
Así, a los lectores del siglo XIX —un grupo selecto de integrantes de la alta sociedad montevideana— se sumó a inicios del siglo XX un heterogéneo conjunto de intelectuales burgueses que participaban en debates en cafés e incluso en la prensa y demandaban novedades. Pero poco a poco también fue incorporándose un creciente número de lectores de sectores populares, como fruto de la expansión de la alfabetización y del aumento del ingreso de los hogares.

Estos eran el público objetivo de editores locales como Claudio García y Orsini Bertani, quienes generaban ediciones a bajo costo de diversas obras. A ellas se sumaban las producciones de intelectuales de las clases populares que, como señala el historiador Carlos Zubillaga, desde las organizaciones sindicales y agrupaciones militantes de matriz proletaria (anarquistas, socialistas o socialcristianos) buscaban contrarrestar la cultura oficial. En este sentido, la difusión de impresos, inicialmente proveniente de editoriales extranjeras —a las que en la década de 1910 se sumaron editoriales

[4] Sosa, Gabriel; Michelena, Alejandro, y Linardi, Andrés, *Historia de las librerías montevideanas, 1830-1990,* Montevideo, Planeta, 2021, p. 37.

[5] Duffau, Nicolás, y Pellegrino, Adela, «Población y sociedad», en Caetano, Gerardo, *Uruguay. Reforma social y democracia de partidos,* tomo II, 1880-1930, Montevideo, Fundación Mapfre, 2015, p. 204.

[6] Acree, William, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910,* Buenos Aires, Prometeo, 2013, pp. 125-127.



Sala de lectura—Dentro de unos dias, la sociedad "Unión Artesanos" instalará en el local de su centro una sala de lectura la cual estará abierta todos los días desde las dos de la tarde hasta las diez de la noche.

Para dicho fin la Directiva de el centro ha pasado una nota á varios periódicos de la capital y de algunos departamentos asi como tambien á los de la localidad pidiendo les remitan gratis sus publicaciones.

Tambien se formará una biblioteca, para cuyo objeto los socios regalarán de dos volumenes arriba cada uno.

Aplaudimos la idea, pues se hace mucho honor en esto la comisión de dicho centro.

Aviso relativo a la conformación de una biblioteca popular de la Unión de Artesanos de Salto, publicado en *La Idea Moderna,* Salto, 30 de abril de 1893, p. 143.

autónomas locales—, junto con una gran producción de prensa periódica, permitió ampliar el público lector de diversas clases de textos.

A su vez, las asociaciones y los sindicatos se preocuparon por crear bibliotecas que permitieran a sus asociados formarse en torno a sus derechos, en las que se preveía el «préstamo a domicilio para fomentar la lectura reposada y ahorrar la fuerza de las clases pobres».[7] Se defendía la necesidad de que esos espacios se multiplicaran por el territorio para que estuvieran al alcance de más personas: «No requiere ni grandes bibliotecas ni costosos edificios. Una pieza en cada barrio, atendida por una sola persona, reduce notablemente los gastos y llena mejor los fines propuestos, que un costoso y único edificio central».[8]

Proyectos editoriales

El historiador Alcides Beretta, en sus investigaciones sobre inmigración y proyectos editoriales en Uruguay, señala que hacia 1850 el 27 % de los libros editados en Francia tenían como destino a Hispanoamérica, y que esta región se convirtió en el segundo mercado mundial de libros en francés.[9] Los principales centros de operaciones se localizaron en Argentina y México, desde donde los impresos de origen galo se publicitaron, difundieron y distribuyeron.

La editorial Garnier Hermanos de París fue una empresa familiar dedicada a imprimir textos en castellano para el mercado bibliográfico de América que generó un vínculo económico, literario e ideológico entre los editores y los escritores de las antiguas colonias españolas establecidos en París. Uno de los mayores aportes de Garnier fue la traducción y la multiplicación del patrimonio bibliográfico y el incremento del público lector.

Su mayor producción estuvo orientada a la recopilación y divulgación de obras europeas clásicas, aspecto que se refleja claramente en la colección titulada Biblioteca de los Novelistas que reunieron Matilde y Ana Amalia. Entre los libros que ellas tenían se encuentran más de setenta títulos de prosa épica histórica cuyos autores más sobresalientes son Walter Scott, Charles Dickens y Alejandro Dumas. Garnier también publicó otras colecciones, como la Biblioteca de las Religiones, la Biblioteca de la Mujer, la Biblioteca Poética, la Biblioteca Selecta para los Niños y la Biblioteca Selecta para la Juventud, la Biblioteca de Utilidad Práctica (manuales) y la Biblioteca Contemporánea. Sin embargo, estos conjuntos no aparecen en la biblioteca de Matilde y Ana Amalia,

[7] «Comisión de biblioteca», *Acción Femenina,* Montevideo, año I, n.º 1, julio de 1917, p. 18.

[8] Ibidem, p. 18.

[9] Beretta, Alcides, *Inmigración europea, artesanos y formación del capital en la temprana industrialización del Uruguay, 1870-1914: los inmigrantes españoles y el sistema comanditario-familiar. El caso del librero y editor Antonio Barreiro y Ramos (1851-1916)*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, 2016, p. 232.

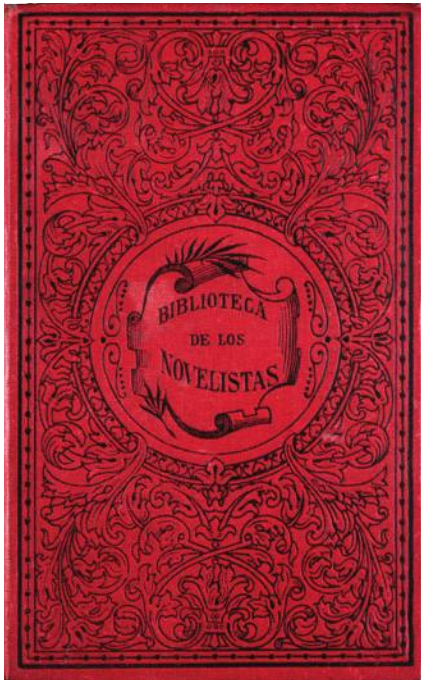
lo que podría responder a sus intereses personales así como a razones comerciales, como la disponibilidad en las librerías que visitaban.

A diferencia de las editoriales francesas, las españolas tuvieron dificultades hasta mediados del siglo XIX para avanzar en la conquista del mercado hispanoamericano por el elevado precio al que se vendían sus libros. Entre otros factores, influyeron en ello el alto costo de insumos básicos como el papel, el proteccionismo estatal (frente a la importación/exportación) y el lento desarrollo de la industria papelera.

La casa barcelonesa Montaner y Simón fue pionera en la empresa de cruzar fronteras y captar nuevos públicos. Hacia 1884 tenía una red de trece sucursales en territorio hispanoamericano.[10] Sus libros se caracterizaron por un moderno diseño ilustrado y arte gráfico de vanguardia a cargo de renombrados artistas del período. Asimismo, en materia literaria contó con prestigiosos autores españoles, como José Zorrilla, y se ocupó de traducir a célebres escritores extranjeros, como Virgilio o Dante Alighieri. Innovó en materia de formato incorporando objetos de tamaño lujoso y monumental. En lo referente a contenidos, además de literatura universal y contemporánea, se destacó por sus textos de ciencia e historia.[11]

En el Río de la Plata el campo editorial se desarrolló tardíamente. Alcides Beretta señala que en Buenos Aires recién en 1880-1890 comenzaron a multiplicarse las librerías y los comercios editores (con un total de 58 en 1887), creció el volumen de publicaciones y surgió la figura del editor.[12] La producción estuvo orientada a los libros de enseñanza y a los temas criollistas y populares, que dieron origen a las primeras colecciones de tipo tradicionalista.

En Montevideo, Antonio Barreiro y Ramos fue pionero en este rubro. En 1871 fundó la Librería Nacional, con el respaldo del librero español Hipólito Real y Prado. En 1879 Barreiro se lanzó a la actividad editorial con una serie de libros ligados a un pensamiento nacionalista reflexivo, para promover, entre otros, a autores como Alejandro Magariños Cervantes, Francisco Bauzá, Carlos María Ramírez, Eduardo Acevedo Díaz, Benjamín Fernández y Medina y Juan Zorrilla de San Martín. De estos últimos tres autores y publicados por Barreiro y Ramos, en la «Biblioteca de las dos» se localizan *Brenda* (1894), *Poesías camperas y serranas* (1912), *Tabaré* (1889) y *La leyenda patria* (1896). Luego de 1884, con un establecimiento tipográfico nuevo que produjo libros, grabados, encuadernaciones e impresos comerciales diversos, la empresa se aventuró en la promoción y el desarrollo de una Biblioteca de Autores Uruguayos.[13]



Tapa de la colección Biblioteca de los Novelistas de la editorial Garnier hermanos (París)

[10] Ibidem, pp. 234-236.

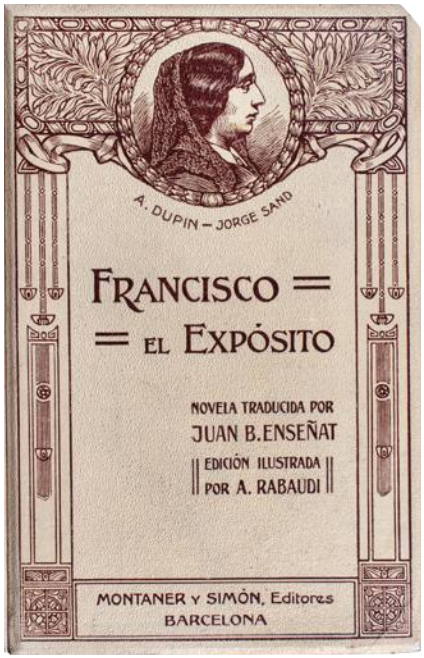
[11] Bellever Poissenot, Laura, *La editorial Montaner y Simón (1868-1981). El esplendor del libro industrial ilustrado (1868-1922)*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2017.

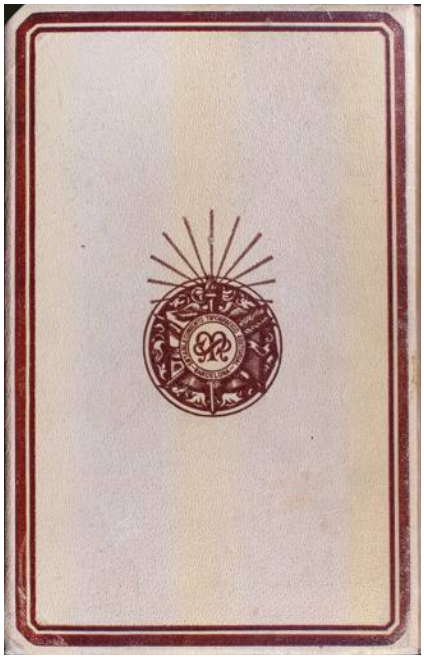
[12] Beretta, *Inmigración europea…*, op. cit., p. 238.

[13] Ibidem, pp. 251-252.

George Sand [seudónimo de Amandine Dupin], *Francisco, el expósito*, Barcelona, Montaner y Simón, 1912
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

George Sand fue el seudónimo de una destacada escritora francesa nacida con el nombre de Amandine (o Amantine) Aurore Lucile Dupin (1804-1876). Contrajo matrimonio con el barón de Dudevant, con quien tuvo dos hijos. En 1830 se separó de su marido e inició una relación con el escritor Jules Sandeau, a la vez que comenzó a desempeñarse como artista plástica y literata. En 1831 publicó en conjunto con Sandeau su primera novela, *Rose et Blanche,* bajo el seudónimo Jules Sand. Al año siguiente, bajo el seudónimo George Sand, publicó dos nuevas obras, entre ellas *Lélia,* que resultó su primer éxito entre el público lector. Fue pareja del escritor Alfred de Musset y luego del músico Fréderic Chopin, y se relacionó con diversos referentes de la literatura y la filosofía de su tiempo. Su figura fue especialmente cuestionada por sus actitudes rupturistas con las convenciones sociales, como su insistencia en vestir prendas masculinas. Con fuertes ideales sociales y humanitarios, participó activamente en la rebelión denominada Comuna de París, en 1848, que obligó a la abdicación del rey Luis Felipe I e instaló un régimen republicano. Varias de sus obras, como *Francisco el expósito,* revelan su especial sensibilidad hacia las condiciones de vida de los campesinos en Francia.





Otros editores locales acompañaron a Barreiro y Ramos en las primeras décadas del Novecientos, con diversa producción y alcance en el mercado. Tal es el caso del ya mencionado Orsini M. Bertani, de Claudio García (con su sello La Bolsa de los Libros)[14] y de la Librería Vázquez Cores.[15]

La enseñanza de la lectura

La lectura y la escritura eran parte central de la educación primaria, ya que eran necesarias para el aprendizaje de otras materias. Según el investigador estadounidense William Acree, para iniciar a los niños en su práctica se realizaban diversas actividades, como la lectura en voz alta de sílabas, palabras o párrafos enteros, o la lectura silenciosa, la asociación con imágenes y la incorporación por etapas de diversos tipos

[14] Nicasio García decía sobre él: «Pasó casi cuarenta años con el "vicio" de editar, sin preocuparse poco ni mucho de la utilidad y sinsabores que esta tarea le reportara» (citado en Speroni Vener, Julio, «Las ediciones furtivas de Claudio García», *Revista de la Biblioteca Nacional,* Montevideo, n.º 26, diciembre de 1989, p. 9). Así superó, de acuerdo con Julio Speroni, el medio millón de títulos en su colección La Bolsa de los Libros, donde incluía «los temas más variados, alcanzando todos los aspectos del saber posibles de ser difundidos, y donde junto a la firma del escritor ya consagrado aparece la del autor novel, que sacaría del anonimato a más de un valor real» (ibidem, pp. 9-10).

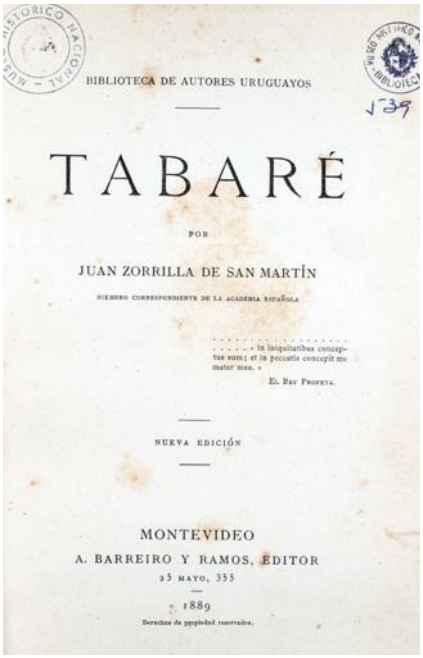
[15] Torres, Alejandra, «Apuntes para una historia de la edición en Uruguay: el trabajo pionero y olvidado de Luis Bertrán (Montevideo, 1931)», *Amoxtli*, n.º 3, Santiago de Chile, Universidad Finis Terrae, 2019, pp. 1-16.

de textos, con énfasis en la comprensión de sus funciones y sentidos.[16] De todos modos, como atestiguan los textos escolares de la época, la lectura conservaba la doble dimensión de actividad privada (en silencio) y acción grupal compartida (en voz alta). En la formación de las niñas y los niños lectores, se recurría a la lectura en voz alta para subrayar su rol como divulgadores de textos —y sus mensajes—.

Como señala la investigadora Verónica Leone, los manuales para escolares permiten apreciar conceptos cuya transmisión se consideraba prioritaria en la formación. En este sentido, la difusión del imaginario nacionalista adquirió gran importancia hacia 1880. Ello se reflejaba principalmente en los textos para la enseñanza de historia, geografía, educación moral y también lectura, que convirtieron a aquellos manuales en verdaderos «catecismos cívicos».[17] La elaboración de esos libros, que debían ser autorizados por la Dirección General de Instrucción Primaria, estuvo a cargo de diversos autores. Entre los avalados por el Estado podemos señalar a Eduardo Acevedo, Enrique Antuña, Julián Miranda o Emma Catalá de Princivalle, quizás la única mujer registrada como escritora de manuales en el período 1880-1933.

Particularmente, los textos para la enseñanza de la lectura incluían conocimientos de diversas áreas y contenían además lecciones morales que podían evocar ideas de patria, hogar, esfuerzo y valores. Los manuales de Catalá, *Ejercicios progresivos. Lectura, ortología y ortografía*, son un claro ejemplo de ello. Publicados desde mediados de la década de 1910, se elaboraron versiones para todos los grados de la educación primaria. En el *Libro cuarto* —destinado a tercer grado—, se menciona que las fábulas utilizadas para «despertar el interés en los niños de corta edad […] encierran una enseñanza moral muy provechosa para la niñez».[18] Acree explica que ya en marzo de 1901 el inspector de Instrucción Pública destacó que el acceso a la cultura impresa era la mejor forma de transmitir estas enseñanzas, por lo que la Dirección General de Instrucción Pública debía promover el apoyo a las bibliotecas escolares.[19]

La formación incluía, además, lecturas que se proponían afirmar ciertos roles de género ya establecidos. En el *Libro primero de lectura* de la Asociación de Maestros, publicado en 1895, se incluían relatos que distinguían los tipos de juegos de niñas y niños: «Este es el patio de una escuela del Cerro. Los niños están jugando: remontan una linda cometa. Uno va soltando el hilo y otro sostiene el ovillo. […] Unas niñas están sentadas a un lado y esperan a sus hermanos y mientras tanto, cuidan a sus muñecas».[20]



Juan Zorrilla de San Martín, *Tabaré*, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1889.
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

[16] Acree, op. cit., pp. 115-116.

[17] Leone, Verónica, «Manuales escolares e imaginario social en el Uruguay del Centenario», en Caetano, Gerardo (coord.), *Los uruguayos del Centenario,* Montevideo, Taurus, 2000, pp. 142-143.

[18] Catalá de Princivalle, Emma, *Ejercicios progresivos. Lectura, ortología y ortografía. Libro cuarto,* Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1907, pp. 7-9.

[19] Acree, op. cit., p. 110.

[20] Asociación de Maestros, *Libro primero de lectura,* Montevideo, Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos, 1895, p. 48.

Por su parte, el manual de lectura para escolares de José Henriques Figueira *¿Quieres leer? Libro primero de lectura y ortografía para niños de 6 a 7 años de edad, para escuelas urbanas y rurales,* publicado en 1900, incluyó un «Decálogo de la mujer (consejos para ser feliz). Ideas guías». En él se enumeraban las conductas que debían tener las niñas y se explicaban las características consideradas positivas en ellas:

> Proponte ideas nobles de moralidad, justicia, saber, bondad, virtud y belleza […]. Sé hacendosa y aprende el difícil arte de ser ama de casa. Para ello necesitas tener conocimientos teóricos y prácticos en la cocina higiénica, planchado, costura y corte, higiene y medicina doméstica, economía y ahorro, crianza y educación de los niños […]. Sé sociable, evita el enojo, resuelve con serenidad y valor las situaciones más críticas y difíciles, hazte respetar.[21]

Pese a las discusiones y transformaciones surgidas del proceso de secularización que el país atravesaba desde décadas atrás y el batllismo buscó consolidar, la moral católica[22] siguió influyendo en las concepciones de género dominantes. En el Novecientos no se cuestionó el rol maternal y de «ama del hogar» de las mujeres desde casi ningún ámbito de la sociedad. Según la historiadora Ana Frega, «el papel que los liberales adjudicaron a las mujeres […] derivaba de la propia "naturaleza femenina": establecía la procreación y el cuidado del hogar».[23] Como señala la historiadora Inés Cuadro, el esencialismo, entendido como la exaltación de las características femeninas, no fue cuestionado en este período.[24]

Esto también se reforzaba en las publicaciones dirigidas a mujeres jóvenes y adultas, y producidas por varones, que daban cuenta de los gustos y comportamientos considerados deseables en las mujeres. Algunos ejemplos de ello presentes en la colección de Matilde y Ana Amalia son *La honrada: novela de costumbres contemporáneas,* de Jacinto Picón; *Las personas decentes: novela de costumbres contemporáneas,* de Enrique Gaspar, y *El carácter nacional: consolidado por el hogar, la escuela, el trabajo y el ideal,* de Rafael Arlas Buccelli. En la misma línea, las publicaciones periódicas dirigidas a las mujeres versaban sobre temas asociados a la femineidad, como el buen vestir, la

[21] Figueira, José H., *¿Quieres leer? Libro primero de lectura y ortografía para niños de 6 a 7 años de edad, para escuelas urbanas y rurales,* Montevideo, Dornaleche, 1900, citado en Leone, op. cit., pp. 168-170.

[22] De acuerdo con lo que explica Leila Mezan (2014, p. 49), «portarse de modo recatado (distante del espacio público), tener gestos comedidos y postura sumisa, o vestirse con modestia, rezar a las horas canónicas, confesarse con frecuencia y ser instruidas en la doctrina de la iglesia» no eran costumbres exigidas únicamente a las consagradas, sino comportamientos esperados de las buenas mujeres en general.

[23] Frega, Ana, «Redentores, amos y tutores. La concepción dominante sobre el papel de la mujer en el Uruguay a comienzos del siglo XX», en Feijoó, M. del Carmen (comp.), *Tiempo y espacio: las luchas sociales de las mujeres latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso, 1993, p. 302.

[24] Cuadro Cawen, Inés, *Feminismos y política en el Uruguay del Novecientos. Internacionalismo, culturas políticas e identidades de género (1906-1932),* Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2018, p. 296.

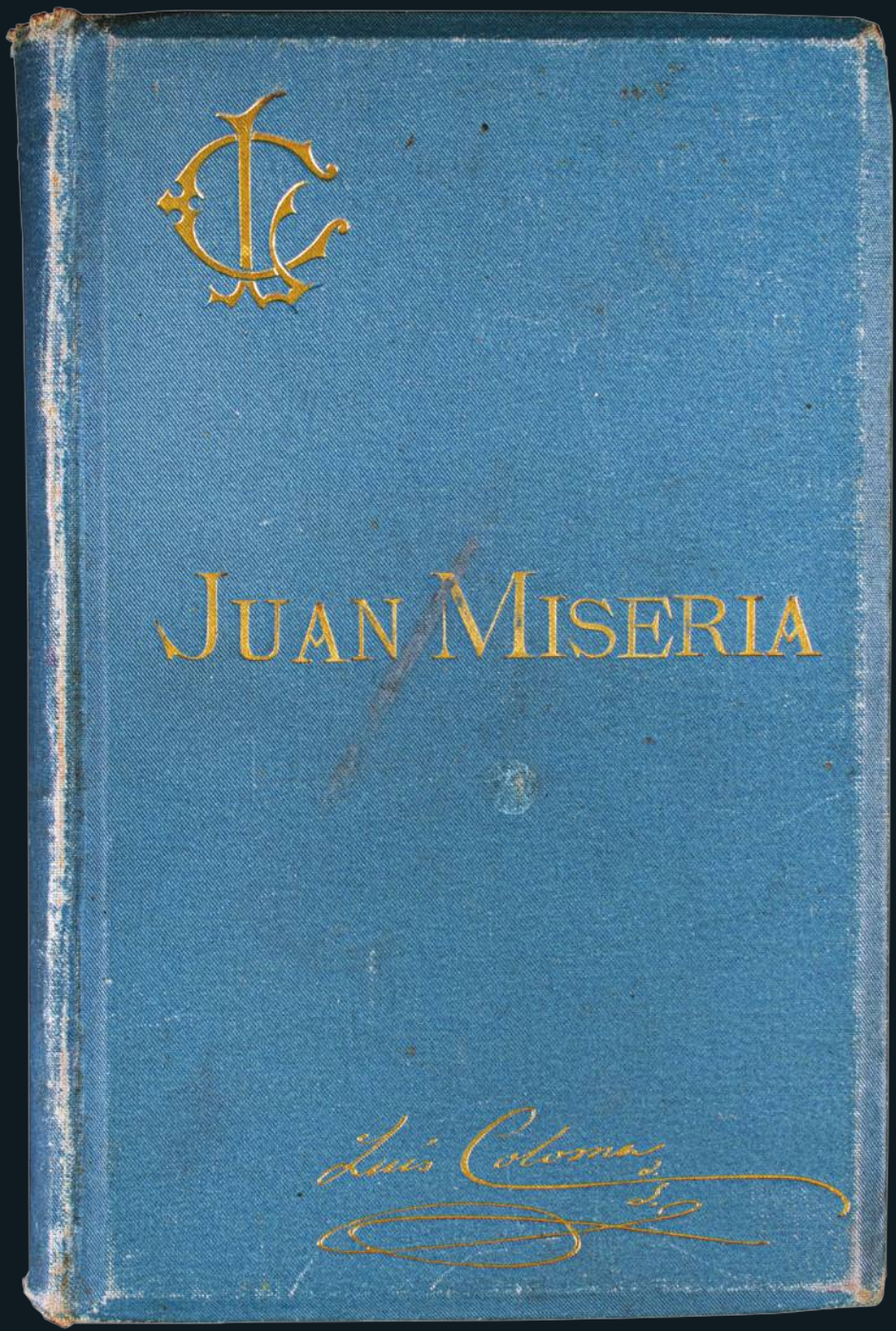
Luis Coloma, *Juan Miseria,* Bilbao, Administración del Mensajero del Corazón de Jesús, 1888
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

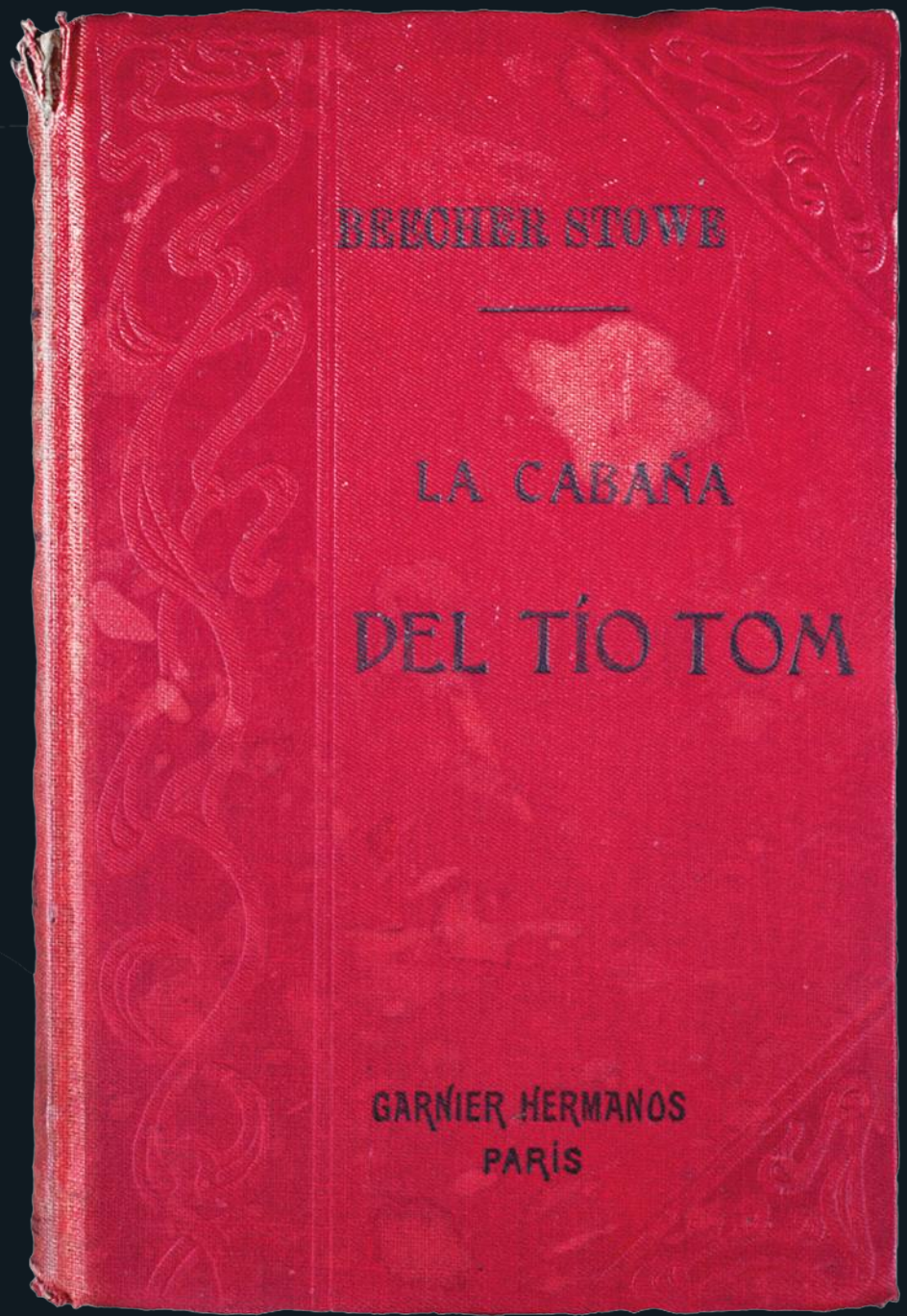
En la primera página se lee: «Matilde P. de Batlle y Ordoñez y Ana Amalia, Febrero 7 de 1892».

Luis Coloma Roldán, conocido como *Padre Coloma* (1851-1915), fue un sacerdote jesuita español recordado por su labor literaria en el género narrativo, particularmente en la novela histórica y el cuento costumbrista, ambos destacados por ser soporte de enseñanzas religiosas y morales. Varias de sus obras, como las que aquí se exponen, han sido reeditadas muchas veces, incluso avanzado el siglo XX.

La primera versión de *Juan Miseria* data de 1873. Se trata de una novela en la que el protagonista, Juan (apodado *Miseria*), disputa el amor de una mujer contando únicamente con su habilidad y su fuerza de trabajo. Más allá de la trama, el texto tiene valor de documento histórico pues refleja las condiciones de pobreza y precariedad socioeconómica de pueblos andaluces como Jerez, donde transcurre el relato.

Otra novela de Coloma presente en la colección es *Jeromín. Estudios históricos sobre el siglo XVI,* una novela histórica y de aventuras inspirada en la vida de Juan de Austria (1545-1578), gobernador de los Países Bajos Españoles y comandante de la Santa Liga de Estados. En esta narración la historia europea se utiliza para otorgar realismo a los personajes, situaciones y acontecimientos descritos.



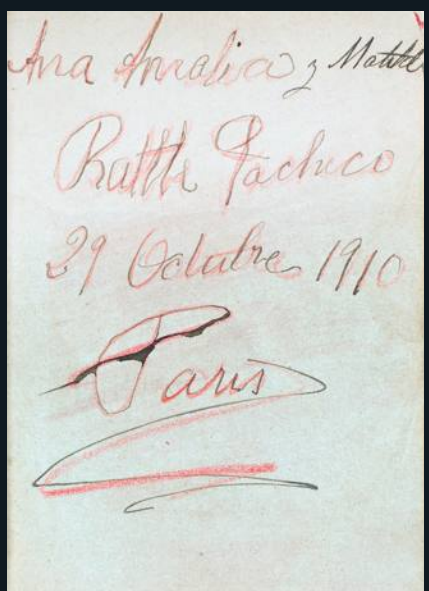


Harriet Beecher Stowe, *La cabaña del Tío Tom*, París, Garnier Hermanos, 1890
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En la portada se lee: «Ana Amalia Batlle Pacheco 29 Octubre 1910 Paris». Con otra caligrafía aparece el nombre de Matilde.

Esta obra, escrita por una mujer norteamericana, fue adquirida durante la estadía de la familia Batlle Pacheco en París. El libro tuvo repercusiones directas en la causa abolicionista de la esclavitud en Estados Unidos. Su impacto fue tal que el presidente Abraham Lincoln, en entrevista con la autora, caracterizó a la obra como un desencadenante de la guerra de Secesión (1861-1865). En él se condena la crueldad e inmoralidad del esclavismo, y las mujeres (más allá de las críticas estereotípicas) asumen un importante papel en el sostén de la familia y el combate de las injusticias. Traducida a diversos idiomas, se reconoce como la novela más vendida en el siglo XIX.

Su autora, Harriet Beecher Stowe (1811-1896), fue una mujer criada en un ambiente puritano que publicó en su adultez varias obras dedicadas a las tradiciones de su tierra natal, Nueva Inglaterra, y a las problemáticas derivadas de la esclavitud, a la que se opuso férreamente.



apariencia, los buenos modales y la vida social de las «señoritas» en la llamada *belle époque*. Estas evidencian el ideal femenino de la burguesía de comienzos del siglo XX.

En el mismo sentido, en las librerías circulaban diversos títulos que, aunque no estaban únicamente destinados a mujeres, se promocionaban como una lectura útil para ellas. La baronesa Staffe, una escritora francesa especialmente promocionada en la prensa y en publicaciones acerca de las novedades editoriales, como el *Boletín Bibliográfico Uruguayo*, era una de las referencias al respecto.

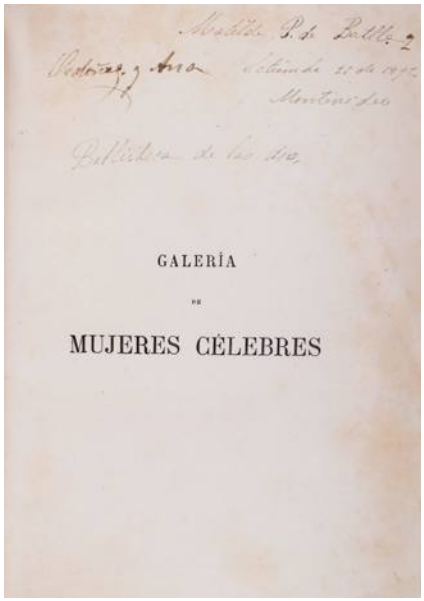
> *Mis secretos* […] trata de la cultura de la belleza, de sus condiciones, de los medios de conservarla, de perfeccionarla y hasta de suplirla. Se entiende que es de la belleza femenina que trata el libro, de la belleza física y moral de las mujeres […]. En la segunda parte, con una penetración, experiencia é ilustración muy notables, considera, explica y enseña en qué consiste la belleza moral, cómo puede obtenerse y cómo se debe demostrar en la vida, realizando el ideal de la definición clásica *Splendor boni,* que la belleza es el esplendor del bien, de la bondad.
>
> Sea bienvenido el nuevo libro, al que las damas se apresurarán á dar un lugar preferente en sus interesantes y á veces misteriosas bibliotecas.[25]

El énfasis en la belleza femenina como un mandato y a la vez como una combinación de virtudes, no únicamente vinculadas al aspecto físico, era un modo de actualizar el modelo ya mencionado de mujer recatada y correcta, proveniente de la tradición religiosa. De esta autora en particular existen varias obras en la «Biblioteca de las dos», así como otros textos de similares características.

A su vez, en este período la educación religiosa en las mujeres, en especial de los sectores sociales más altos, continuaba siendo fundamental. Aunque en el caso particular que nos ocupa no abundaran este tipo de lecturas y las lectoras ya desde el siglo XIX daban pruebas de tener intereses más seculares que sus antecesoras,[26] habitualmente en las bibliotecas y colecciones personales de mujeres de inicios del siglo XX figuraban textos de culto, como misales, ejercicios espirituales o textos hagiográficos, es decir, vidas de santos y santas. Debe recordarse que entre los católicos no era tan común la lectura directa de la Biblia, como sí incentivaba la tradición protestante en general.

Las mujeres lectoras

En este período en Uruguay, como en otras partes del mundo, la formación de los niños fue recayendo sobre las mujeres, a tal punto que *ser maestra* se convirtió en una actividad típicamente femenina.[27] Esta expectativa contribuyó a la creciente alfabetización de las mujeres.[28]


GALERÍA

DE

MUJERES CÉLEBRES

Charles Augustin Sainte-Beuve, *Galería de mujeres célebres*, París, Garnier Hermanos, 1882
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Este libro, que recopila las vidas de algunas mujeres europeas, en su mayoría nobles, es una traducción al castellano de una obra publicada en francés en 1859 por Charles Augustin Sainte-Beuve (1804-1869).
La práctica de reunir biografías de hombres y mujeres notables fue un fenómeno editorial frecuente durante el siglo XIX e inicios del XX. Esto surgía de una concepción de la historia que se resumía como el resultado de la actuación de algunas personas especialmente destacadas. Tales obras se presentaban como repositorios de las historias de vida que era necesario conocer, por haber sido señaladas como influyentes o virtuosas.

En este caso, la obra recoge, según dice el texto introductorio escrito por los editores, la vida de mujeres que «despiertan mejor las ideas de virtud, de mérito, de decoro y de gracia», entre las que se incluyeron María Estuardo, Margarita de Navarra, duquesa de Montpensier, María Antonieta y madama Necker, entre otras.

[25] *Boletín Bibliográfico Uruguayo*, n.º 5, Montevideo, mayo y junio de 1898, p. 35.

[26] Cavallo, Guglielmo, y Chartier, Roger, *Historia de la lectura en el mundo occidental,* Madrid, Taurus, 2004, p. 546.

[27] Duffau y Pellegrino, op. cit., p. 205.

[28] Cavallo y Chartier, op. cit., p. 545.



ARRIBA:
Juan Manuel Blanes, *Orando*, ca. 1898
Óleo sobre tela, 37 × 33 cm. MNAV.

A LA DERECHA:
Carlos Federico Sáez, *Il primo romanzo*, 1897
Óleo sobre tela, 60 × 60 cm. MNAV.

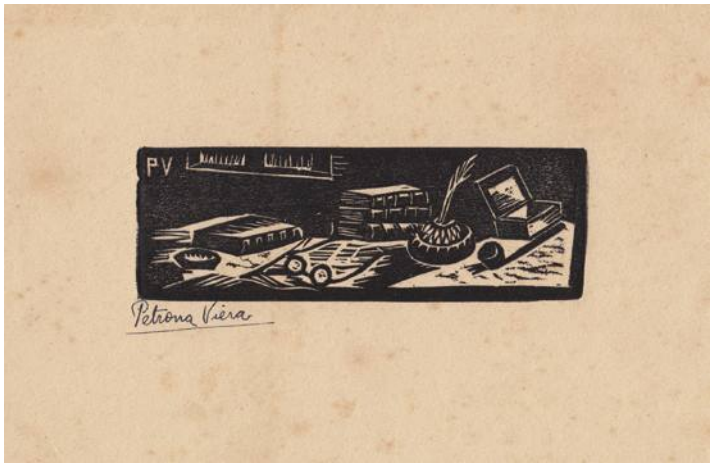


En este sentido, la representación de mujeres lectoras en creaciones literarias y pictóricas, resultado del proceso de alfabetización, se había naturalizado para inicios del siglo XX.[29] Según Chartier y Cavallo, en Europa la lectura apareció reflejada con mayor frecuencia en la literatura y las artes plásticas ya hacia fines del siglo XIX. Algunos pintores, como Édouard Manet, distinguieron entre prácticas de lectura femeninas y masculinas. Las primeras fueron representadas con vestimenta elegante, en un café, al aire libre, hojeando una revista ilustrada, con actitud distraída, mientras que los varones fueron representados de formas serias y eruditas.[30] En el ámbito local, el interés en representar mujeres lectoras también se puede apreciar en obras de artistas como Juan Manuel Blanes, Carlos Federico Sáez o Rafael Barradas.

[29] Batticuore, Graciela, «Lectoras de novela en el siglo XIX», en *Caiana,* n.º 16, 2.º sem. 2016, p. 4.

[30] Cavallo y Chartier, op. cit., p. 552.





A LA IZQUIERDA:
Rafael Barradas, *Lectura*, ca. 1918.
Tinta sobre papel, 10 × 13 cm. MNAV.

A LA DERECHA:
Petrona Viera, *Mesa de lectura*, s/f.
Xilografía, 4,5 × 13 cm. MNAV.

Esto se reflejó también en las imágenes de mujeres en los manuales escolares para aprender a leer. En la cubierta del libro *Ejercicios progresivos. Lectura, ortología y ortografía,* para primer año, y en los grabados de su interior, se representaba a varias niñas leyendo, y en un relato titulado «La niña laboriosa» los libros eran el premio para una niña que cumplía correctamente sus tareas.[31] Otro manual, destinado a tercer grado, incluía un cuento sobre una niña en cuya casa había cien libros «de cuentos y de viajes», valorados como un tesoro. Este relato también mostraba como habitual y positiva la práctica de prestarse libros entre amigas.[32] En el ya citado «Decálogo de la mujer…» incluido en un manual de este tipo, se instaba a las niñas: «Lee buenos libros y periódicos. Aprende alguna de las bellas artes (la música, el dibujo, el canto)»,[33] actividades asociadas a la formación en las virtudes femeninas.

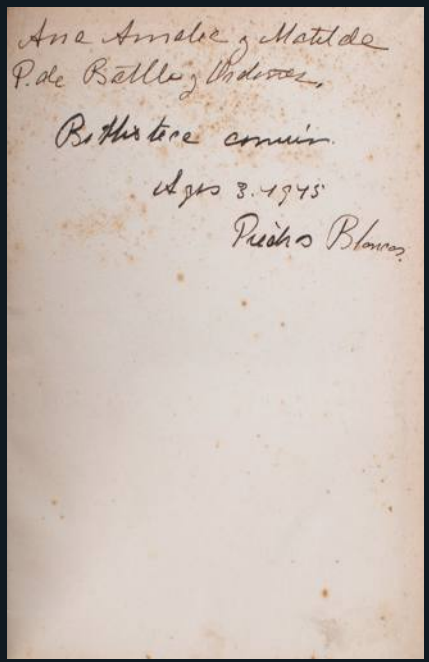
Hacia 1880 la producción y el consumo de novelas se intensificó en el Río de la Plata. Las novelas y obras de teatro de tono realista que recopilaban dramas amorosos relacionados con el casamiento y la vida conyugal fortalecían los mandatos femeninos imperantes, como la maternidad, la obediencia, el recato, las buenas maneras, la sensibilidad y el decoro.

La circulación de novelas extranjeras, a las que hacia fines del siglo XIX se sumaron algunas producciones locales, se vio especialmente apoyada en la aparición de *folletines* en la prensa, es decir, la publicación de una novela mediante varias entregas en

[31] Catalá de Princivalle, op. cit., pp. 114-115.

[32] Ibidem, pp. 173.

[33] Figueira, op. cit., pp. 168-170.





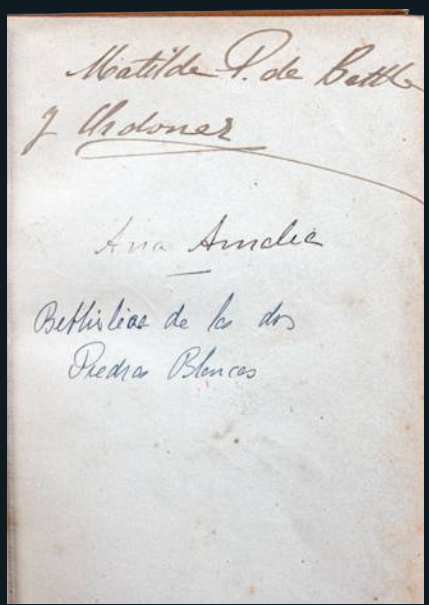
***Modo de ser feliz en el matrimonio*, Barcelona, Montaner y Simón, 1915**
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

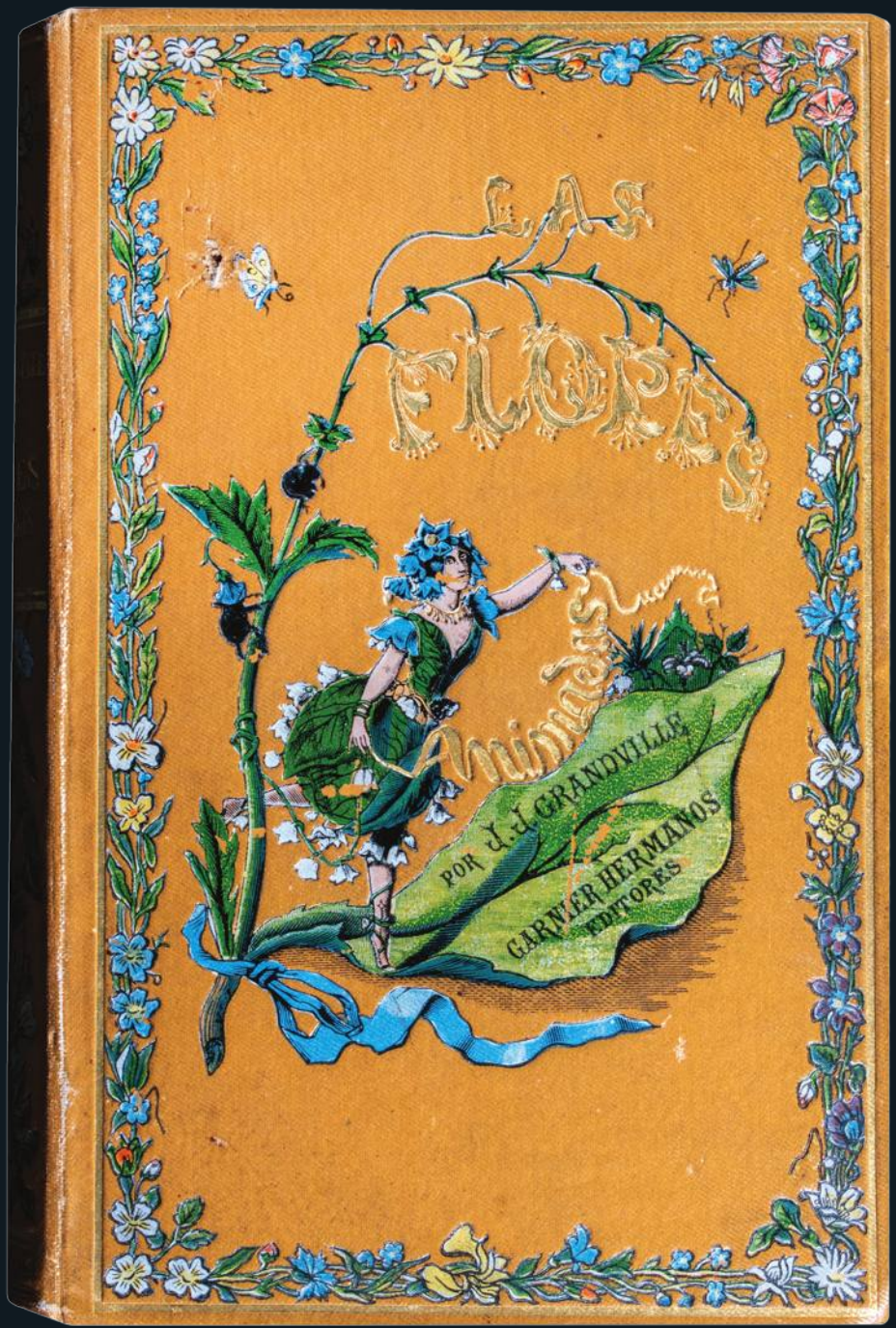
Este libro no menciona el nombre de su autor, pero sí señala que es una «obra escrita en inglés por un licenciado de la Universidad del Matrimonio». En él se pueden encontrar recomendaciones para llevar una vida de pareja exitosa, trata temas como «la elección de la mujer» y «la elección del marido», la edad más indicada para casarse, costumbres matrimoniales y cuestiones en torno a la crianza de los hijos. Todo el libro está atravesado por la reafirmación de los roles de género predominantes en la época. Se enfatizan las actitudes esperables tanto en varones como en mujeres y se señalan como indeseables las personas que no cumplen con estos aspectos. Este es el caso de las mujeres que no quieren tener hijos, a quienes se califica como poco confiables y con las que los varones no deberían entablar relaciones.

J. J. Grandville [seudónimo de Jean Ignace Isidore Gérard], *Las flores animadas*, París, Garnier Hermanos, 1899
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

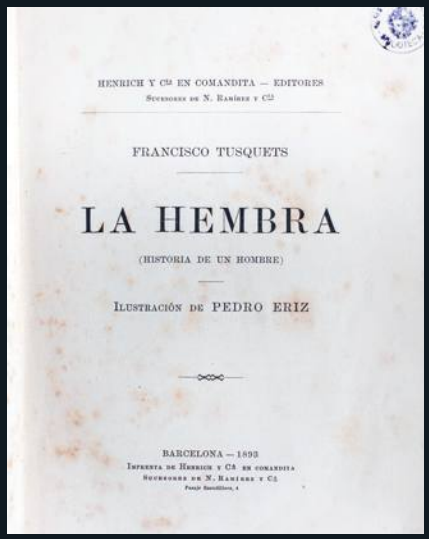
Esta obra, cuyas anotaciones demuestran que fue leída por varias personas, es un compendio de grabados y ensayos de ficción que describen características de algunas especies botánicas mediante historias breves en las que antropomorfizan las especies y las convierten en protagonistas. En ese marco, Grandville inserta variadas representaciones del rol femenino en la sociedad de su época. El libro fue publicado por primera vez en Francia en 1847.

Su autor, Jean Ignace Isidore Gérard (1803-1847), un reconocido caricaturista francés, trabajó en diversos medios de prensa parisinos y publicó varias obras satíricas, hasta que la instalación de la censura previa a la caricatura en 1835 lo obligó a dedicarse a ilustrar obras literarias y a crear publicaciones ilustradas de cierto tono surrealista, como la que reproducimos aquí. Opositor a la monarquía, Grandville fue perseguido por sus obras críticas. Perdió precozmente a su primera esposa y sus tres hijos, quienes fallecieron en la infancia.









HENRICH Y Cª EN COMANDITA — EDITORES
SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y Cª

FRANCISCO TUSQUETS

LA HEMBRA

(HISTORIA DE UN HOMBRE)

ILUSTRACIÓN DE PEDRO ERIZ

BARCELONA — 1893
IMPRENTA DE HEINRICH Y Cª EN COMANDITA
SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y Cª

Francisco Tusquets, *La hembra (historia de un hombre)*, Barcelona, Imprenta de Heinrich y Comp.ª en Comandita, 1893
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Francisco Tusquets (1841-?) fue un escritor catalán que escribió y publicó en París varias novelas, como *La negra* y *La Serafina*. Seguidor del padre Luis Coloma, se lo considera exponente del espiritualismo, que defendía la fuerza espiritual como única forma de resistir a las pasiones, verdaderos peligros para las personas.

Esta novela, que cuenta la historia de dos gemelos enamorados de una misma mujer, ha sido categorizada como *potboiler,* es decir, una obra realizada con sentido comercial, para el sustento de su autor, sin un destacable valor literario.

Es a su vez un ejemplo de libro valorado especialmente por sus características como objeto, dado que el diseño y la fabricación de las tapas grabadas y en relieve fueron realizados por el reconocido dibujante y decorador catalán Joseph Pascó y Mensa, con un estilo moderno.

ejemplares consecutivos de un periódico.[34] Este mecanismo comenzó a utilizarse en el país a mediados del siglo XIX y fue otra vía de inclusión de sectores hasta entonces relegados de la lectura.[35]

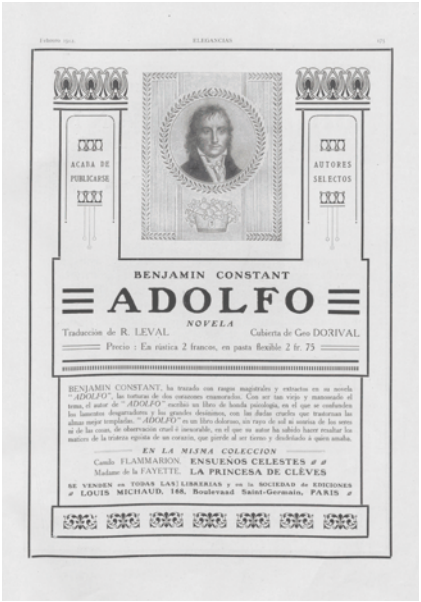
Para quienes discutían la necesidad de expandir la práctica de la lectura en sectores más amplios, aunque no fuera un contenido de calidad, la novela resultaba una herramienta útil. El escritor y político argentino Domingo Faustino Sarmiento la catalogó tempranamente como «la golosina» de los lectores, ya que ayudaba a incentivar el hábito de la lectura. Y el formato de folletín tomaba un carácter específicamente femenino en el marco de los contenidos de un periódico. Ya en 1842, desde las páginas del periódico chileno *El Progreso*, Sarmiento advertía en una nota introductoria denominada «al oído de las lectoras»:

> Nadie que no sea criatura femenina ponga sus ojos en esta parte del diario. Es un asunto reservado del que tengo que hablar con mis lectoras, y muy pelmazo ha de ser el que se ponga a oír nuestra conversación sin nuestro consentimiento. El folletín de El Progreso ha sido mandado hacer ex profeso para las niñas y las viejas; y ningún barbilampiño ni barbicano haya de meterse con las cosas que son para la toaleta de aquéllas. Eso sería de una impolítica grosera.[36]

En Montevideo, el periódico *El Comercio del Plata,* por ejemplo, desarrolló una estrategia editorial similar con la publicación simultánea de dos series coleccionables con cada número del diario: la Biblioteca del Comercio del Plata y el folletín destinado específicamente a mujeres.

Aunque no solo las mujeres leían novelas, se las consideraba sus destinatarias. Esa feminización de las lectoras de novelas confirmaba los prejuicios sobre la inteligencia de las mujeres y favorecía la idea de que eran frívolas y «emocionales». La novela era entendida como la antítesis de la literatura práctica e instructiva. Exigía poco y buscaba simplemente entretener; además, pertenecía al ámbito de la imaginación. También podía ser vista como amenaza porque podía excitar las pasiones o fomentar ilusiones románticas poco razonables y hacer peligrar la castidad.[37]

En efecto, en el Uruguay del Novecientos la lectura de novelas podía considerarse tan peligrosa para las mujeres como para que un padre prohibiera a su hija leer cualquier libro. En una obra autobiográfica, Josefina Lerena Acevedo de Blixen relataba sus dificultades para acceder a la lectura debido al mal concepto que su padre tenía de esa actividad para su educación.



Publicidad de la novela Adolfo de Benjamin Constant (editada originalmente en 1816) que apareció entre las novedades editoriales en *Elegancias. Revista mensual ilustrada, artística, literaria, modas y actualidades*, edición especial para los abonados del *Diario del Plata* de Montevideo, vol. 2, n.º 16, París, febrero de 1912, p. 175.

[34] Pas, Hernán, «La educación por el folletín: prácticas de lectura y escritura en la prensa latinoamericana del siglo XIX», en *Cuadernos Americanos,* 151, México, 2015/1, pp. 37-61.

[35] Batticuore, op. cit., p. 4.

[36] *El Progreso*, Santiago (Chile), 1842, citado en Batticuore, op. cit., p. 4.

[37] Cavallo y Chartier, op. cit., pp. 545-551.



***Secrétaire* de riñón estilo Luis XV**
Georges Van de Voorde
Sin datos de lugar, 1900 (aprox.)
Marquetería en madera de cedro lustrada con apliques en bronce dorado
88 × 100 × 55 cm
MHN 3688

Georges Van de Voorde (1878-1970) fue un escultor flamenco formado en la Academia de Courtrai (actual Bélgica), bajo la dirección de Constant Devreese. Posteriormente trabajó en Bruselas con el escultor Victor Rousseau. Diseñó monumentos relativos a las guerras mundiales y esculturas decorativas. Además, había trabajado para empresas de fundición diseñando piezas que luego se reproducían de forma seriada, como los tinteros y apliques de bronce de esta escribanía.

Los *secrétaires* son escritorios de tamaño pequeño con varios cajones, en los que se solía escribir correspondencia y guardar papelería. En 1913, la revista *Elegancias* publicó una nota escrita por Marie Bertin titulada «El arte de la dueña de casa. El escritorio», donde se explicaban los distintos tipos de escritorio y las tareas que una mujer podía realizar en ellos: «Comparar los ingresos con los gastos, esforzándose en restablecer el equilibrio del presupuesto; escribir las cartas; anotar impresiones serias de lectura; anotar los hechos más importantes de la vida de la familia; copiar recetas escogidas; clasificar las del doctor; examinar los trabajos que hacen los niños en su colegio ó bajo la tutela de sus profesores… Y en ocasiones, para quien puede hacerlo, redactar sus memorias».

> No me quedaba otro recurso que leer de pie, al lado de su biblioteca, pronta a restituir el volumen apenas se presentara una sospecha de alarma. Con los ojos cerrados habría podido ir a los anaqueles, pero asimismo muchas veces mi libro no estaba, y casi siempre era difícil encontrar dónde había interrumpido la lectura. […] ante el severo concepto que cerraba aún más aquel círculo de hierro, continué leyendo como antes, a escondidas y como pecando…[38]

Durante mucho tiempo las novelas fueron asociadas a la lectura ociosa, tanto femenina como de los sectores populares. En el siglo XIX, novelistas como el británico Walter Scott enaltecieron el estatus del género con repercusión internacional y se convirtieron en un éxito entre las mujeres burguesas.

Las novelas fueron la lectura predilecta entre las integrantes de las élites uruguayas. Gracias a este tipo de libros pudieron fantasear con heroínas e historias de amor que transgredían las normas socialmente establecidas. Tal es el caso de *Anna Karenine,* donde el adulterio femenino estaba «permitido», al menos en el argumento. Solo en la literatura se habilitó la pasión desenfrenada que una madre, esposa e hija ideal, sumisa y afable, no debía encarnar.

La crítica se encargó de distinguir entre «buena» y «mala» literatura. Se señalaba cuáles eran las novelas y los novelistas recomendables y los que debían ser descartados. La novela sentimental, «rosa» o «lasciva», debía evitarse, mientras que las que enseñaban historia o educaban en la moral o el patriotismo eran aceptadas.[39]

Quizás en respuesta a la popularización de novelas que se destacaban por su contenido erótico, como la colección de «autores modernos» publicitada en la revista *Elegancias,* se generaban ediciones con títulos que aseguraban, tanto a varones como a mujeres, que su contenido era apto para el «público sensible».[40] En el catálogo *Boletín Bibliográfico Uruguayo*, novelas como *El triunfo del siglo,* de Isaac Pearson, se promocionaban como seguras en ese aspecto, con relación a otros ejemplos contemporáneos:

> El carácter moral del distinguido escritor argentino se refleja en su obra y la hace doblemente recomendable a los lectores, que encontrarán en ella una de esas pocas producciones modernas que no turban el espíritu ni desencantan de la vida.[41]

Se valoraba el rol de estas lecturas como instrumentos para proteger las tradiciones y las costumbres, temáticas que pueden observarse en tomos de la biblioteca de Matilde y Ana Amalia, como *Sans famille,* de Hector Malot, y *Misericordia,* de Benito Pérez Galdós. En contraste, autores promocionados en las revistas como «novelistas modernos», como Marcel Prévost, Paul Bourget, Maurice Barrès o Jeanne Landre, están

[38] Lerena Acevedo de Blixen, Josefina, *A contraluz*, Montevideo, Gaceta Comercial, 1948, pp. 100-101.

[39] Batticuore, op. cit., p. 8.

[40] Cavallo y Chartier, op. cit., p. 545.

[41] *Boletín Bibliográfico Uruguayo*, n.º 11, Montevideo, marzo de 1900, p. 84.



Matilde Pacheco y César Batlle Pacheco
Sin datos de autor/a
Países Bajos, octubre de 1907
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
9,2 × 12,2 cm
MHN, Colección fotográfica

Estas fotografías forman parte de un álbum posiblemente elaborado a partir de las fotografías tomadas con una cámara doméstica por miembros de la familia Batlle Pacheco durante el viaje a Europa y África. Aunque con ciertas limitaciones en la calidad de las imágenes, las cámaras domésticas permitieron, a partir de su aparición en el mundo, a fines del siglo XIX, captar lugares y momentos de la cotidianidad de las personas desde su propia perspectiva. En varios de estos ejemplos, el horizonte bajo sugiere que quien operaba la cámara podía ser uno de los niños de la familia, a quienes incluso la publicidad de este tipo de cámaras, de muy sencillo uso, incentivaba a utilizarlas.

ausentes de la biblioteca. Esto podría asociarse quizás a algunas características novedosas que estos autores (muy publicitados) incorporaban, como el carácter rupturista en materia de sexualidad o la exaltación del nacionalismo.

Este tema preocupaba también a las feministas. En 1917 la Comisión de Biblioteca del Consejo Nacional de las Mujeres, presidida por Clotilde Luisi, recomendaba conformar bibliotecas populares para fomentar la lectura entre las socias, especialmente las provenientes de sectores obreros. Pero la lectura que promovían debía ser formativa y excluía explícitamente las novelas:

> […] es necesario combatir la malsana costumbre que tienen casi todas las mujeres de abstraerse en la lectura de ciertas novelas, obras falsas y absurdas, inmorales casi siempre, pues cuando no lo son intrínsecamente, lo son por la mentira y el artificio en que se sustentan. Nuestras bibliotecas populares podrían cumplir también con esta noble tarea, siempre que se hiciera una hábil selección entre las obras que las compongan, y que las personas que estuvieran a su frente tomaran empeño en eliminar de las masas femeninas, ese veneno tan funesto como el alcohol o la morfina, con que otros se idiotizan y atrofian su cerebro.[42]

Según la historiadora argentina Beatriz Sarlo, las novelas —y también la poesía— partieron de un universo de experiencias comunes de la sociedad, transformadas en virtud de lo estético para su lectura, a la vez que funcionaron como formadoras de activas fantasías sociales. Esto generaba una identificación moral y psicológica que se proyectaba más allá del momento de placer de la lectura.[43]

A los libros se suman en esta biblioteca varios ejemplares de revistas ilustradas, algo que no resulta llamativo puesto que estas publicaciones gozaron de gran popularidad en el período. Las revistas ilustradas eran ediciones periódicas en las que las imágenes pasaban a tener un protagonismo mayor o igual al del texto. Aparecieron en el Río de la Plata a mediados del siglo XIX, pero se multiplicaron hacia fines de siglo, a partir de la incorporación y generalización de tecnologías de impresión de imágenes más accesibles.[44] Se presentaban en general como productos editoriales que emulaban a otros similares europeos, con contenidos destinados al entretenimiento y el fomento de la cultura general. Sus características materiales eran más suntuosas que las de las publicaciones periódicas con las que convivían, por lo que se solían coleccionar. La inclusión de ilustraciones de actualidad y artísticas pretendía acercar a un público

---

[42] «Comisión de biblioteca», *Acción Femenina*, Montevideo, año I, n.º 1, julio de 1917, p. 18.

[43] Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos: narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires, Catálogos, 1985, pp. 9-50.

[44] La reproducción mediante grabado en madera y litografía existió en el Río de la Plata desde la década de 1820. En la década de 1880, la fotomecanización y la industrialización de la impresión mediante rotativas permitieron una expansión acelerada en el uso de imágenes en la prensa, que incluían por primera vez reproducciones directas de fotografías, sin recurrir al grabado. Por otra parte, la incorporación de la linotipia permitió la impresión simultánea de imágenes y texto. Szir, Sandra (coord.), *Ilustrar e imprimir. Una historia de la cultura gráfica en Buenos Aires, 1830-1930*, Buenos Aires, Ampersand, 2016, p. 18.

amplio contenidos culturales en muchos casos difíciles de conocer de otros modos.[45] Las revistas ilustradas, como *Selecta, Mundial Magazine* o *Elegancias,* destinadas particularmente a mujeres, hacían especial hincapié en que, para el caso femenino, la función de la lectura estaba especialmente relacionada con el entretenimiento, en contraste con los periódicos, fuentes de información, considerados lecturas masculinas.[46]

En su presentación al público lector, la revista *Vida Femenina,* aparecida en Montevideo en 1919, aclaraba sus objetivos al ampliar su tiraje:

> Y es que *Vida Femenina*, difundida en el hogar y leída con interés, como así nos lo demuestra la numerosa correspondencia que suscriptores, agentes, lectoras y preguntonas nos envían, ha hecho camino teniendo que aumentar notablemente su tiraje y su acción se intensificará mucho más, procurando la dirección hacer de la Revista un periódico literario y útil a la mujer y que a la par haga honor a la cultura del país. Se propone asimismo exhortar los números con páginas artísticas, que resulten verdaderos cuadros de interés. Continuará sirviendo las secciones de corte y confección, que siempre resultan de utilidad innegable en el local y la relativa al cuidado y conservación de la belleza femenina, capítulo que no debe ni puede faltar en la revista, dada su finalidad.[47]

En suma, los contenidos relativos a la cultura y el arte nacionales e internacionales se combinaban con otros de índole práctica y doméstica, asociados a los intereses femeninos.



Publicidad aparecida en la revista femenina ilustrada *Elegancias*, Montevideo, año III, vol. V, n.º 33, julio de 1913, p. XXVII.

Lugares y prácticas

En 1929, la autora británica Virginia Woolf publicó una obra que ponía en evidencia la ausencia de las mujeres en la historia de la producción literaria, aspecto que relacionaba con la imposibilidad de contar con condiciones materiales que hicieran posible a las mujeres leer y escribir por su cuenta. Reflexionaba:

> La libertad intelectual depende de cosas materiales. La poesía depende de la libertad intelectual. Y las mujeres siempre han sido pobres, no solo durante doscientos años, sino desde el principio de los tiempos. Las mujeres han gozado de menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses. Las mujeres no han tenido, pues, la menor oportunidad de escribir poesía. Por eso he insistido tanto sobre el dinero y sobre el tener una habitación propia.[48]

Los espacios propios para la lectura y la escritura resultaban un lujo, y no solo para las mujeres uruguayas. Acercarse a los libros e impresos de esta y otras colecciones

[45] Miseres, Vanesa, «Modernidad de bolsillo: imágenes, consumo e imperio en el viaje a Italia de Clorinda Matto de Turner», en *Revista Hispánica Moderna* 75.1 (2022), pp. 40-59, p. 42.

[46] Labra, D., «Un entretenimiento ilustrado. *Correo del Domingo* (1864-1868) y la consolidación de la prensa ilustrada en Buenos Aires», en *Quinto Sol*, vol. 26, n.º 1, enero-abril 2022, pp. 1-20, p. 15.

[47] «Primer año», *Vida Femenina*, año II, n.º 12, noviembre de 1919, p. 11.

[48] Woolf, Virginia, *Un cuarto propio. Tres guineas*, Barcelona, Debolsillo, 2018, p. 134.



Pierre Loti, *La mort de Philae*, París, Calmann-Lévy, s.d.
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Durante la revisión de esta biblioteca se encontraron en numerosas ocasiones fotografías, tarjetas personales, postales, materiales botánicos. En la imagen se observa un ejemplo de ello.

como vestigios del pasado implica también pensar el modo en que fueron utilizados, los espacios en que se los leyó, si fueron prestados o intercambiados con otras personas o si sirvieron a otros fines, además de ser leídos en silencio o en voz alta, y qué lugar ocuparon en la formación y en la vida de estas mujeres y su entorno.

Los apuntes de Ana Amalia respecto a las personas presentes para tomar el té en su casa, las flores, fotografías, postales y tarjetas, así como un autorretrato a lápiz, guardados en el interior de los libros nos muestran experiencias con estos objetos más allá de la lectura de sus contenidos. A su vez, son prácticas que evidencian el uso de los libros como un lugar donde atesorar recuerdos, una función típica de las mujeres en este período, encargadas de velar por la memoria familiar.

En *Historia de la vida privada,* los historiadores Philippe Ariès y Georges Duby explican que para las mujeres burguesas el coleccionismo de reliquias u objetos, así como las inscripciones o los adornos en álbumes de damas y señoritas (líneas, dibujos, versos, croquis y otros), se relacionan con una forma específicamente femenina de vivir el tiempo, marcada por los hábitos desarrollados en la casa con un ritmo ciertamente regular.[49]

La casa fue el lugar preferido para la lectura durante los siglos XIX y XX, aunque no el único. Los jardines, parques y patios eran utilizados para realizar esta actividad en contacto con la naturaleza. En la quinta de los Batlle Pacheco, hubo un sector de la vivienda destinado a las mujeres de la familia, con una sala común —que comunicaba los dormitorios de Matilde y Ana Amalia— en la que probablemente compartían la lectura y otras actividades. Esto resulta llamativo, ya que son pocos los ejemplos conocidos en Uruguay en que las casas contaran con un espacio propio para la lectura y la escritura femenina hasta avanzado el siglo XX.

Desde el punto de vista arquitectónico, las formas de habitar espacios y los roles desempeñados en la casa se definieron en Europa a partir de la revolución industrial. Según la arquitecta Lucía Bogliaccini, esto implicó la división de espacios con funciones específicas: se configuraron habitaciones para mujeres, como la *nursery* o el jardín, y para varones, como el escritorio, la biblioteca o la sala para fumar y hacer negocios.[50] En esta línea, cobra sentido la ausencia o excepcionalidad de los espacios físicos de mujeres destinados a la lectura.

La residencia de la familia Soca ubicada en la calle Divina Comedia, en el barrio de Carrasco (Montevideo), podría contarse como singular, ya que en ella se previó la construcción de un estudio para Susana, hija de la familia, quien años más tarde sería una reconocida escritora, intelectual y mecenas uruguaya. Del mismo modo, al trasladarse la familia a la calle San José, en el centro de la capital, en 1930, se proyectó un

[49] Ariès, Philippe, y Duby, Georges, *Historia de la vida privada,* tomo 4, *De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2005, p. 195.

[50] Bogliaccini, Lucía, *El lienzo doméstico.* Montevideo, Ediciones Universitarias, 2017, p. 61.

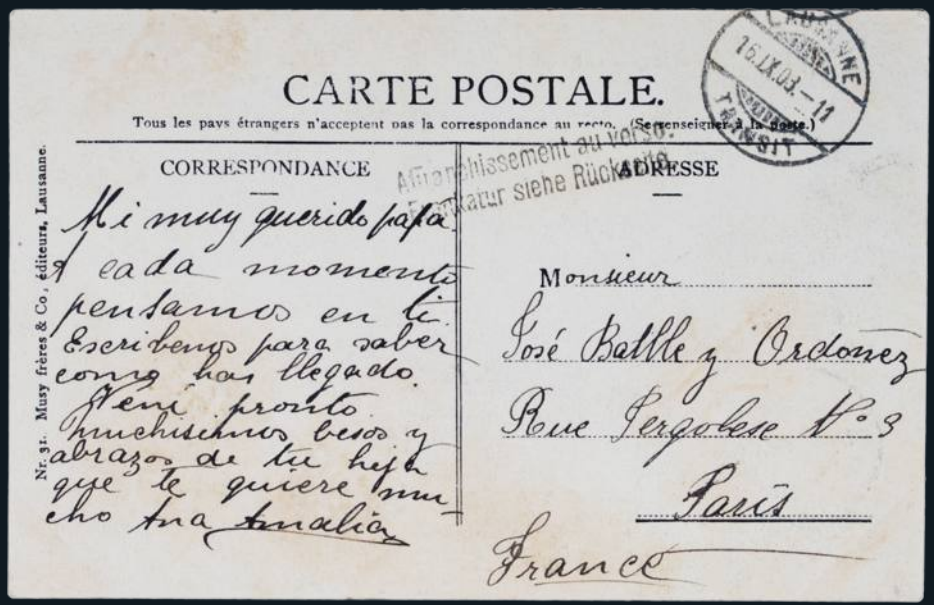
Matilde Pacheco, Lorenzo, Ana Amalia y Rafael Batlle
Sin datos de autor/a
París (Francia), 4 de abril de 1908
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
9 × 13 cm
MHN 3026, Colección fotográfica



Matilde Pacheco, Lorenzo, Ana Amalia y Rafael Batlle
Sin datos de autor/a
París (Francia), 4 de abril de 1908
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
9 × 12 cm
MHN 3026, Colección fotográfica





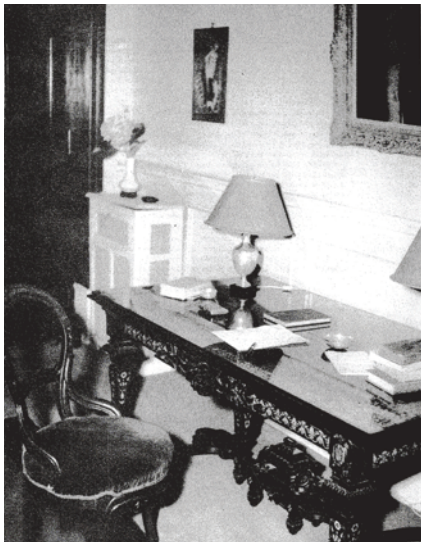


Tarjeta postal enviada por Ana Amalia Batlle Pacheco a José Batlle y Ordóñez
Sin datos de editor
Lausana (Suiza), 16 de setiembre de 1908
Impresión fotomecánica sobre cartón
14 × 9 cm
MHN

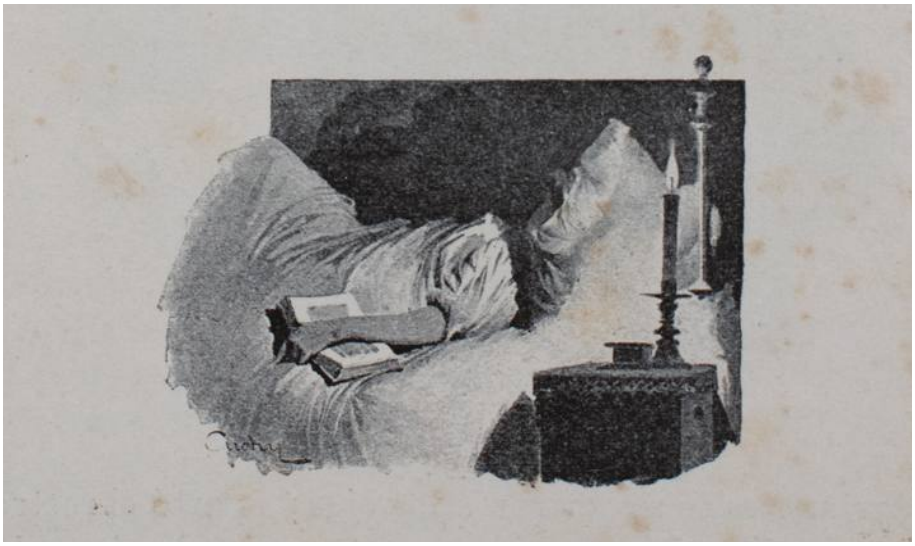
Al dorso se puede leer: «Mi muy querido papá: A cada momento pensamos en ti. Escríbenos para saber cómo has llegado. Vení pronto. Muchísimos besos y abrazos de tu hija que te quiere mucho. Ana Amalia». Al frente de la postal agrega: «Papá[,] hoy le saqué una fotografía a César. Cuando tú vuelvas te sacaré a ti y a mamá».



Rafael Batlle, mujer sin identificar
y Ana Amalia Batlle
Sin datos de autor/a
Sin datos de lugar ni fecha
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
9 × 12 cm
MHN 3615, Colección fotográfica



Escritorio personal de Susana Soca en su casa familiar al momento de su muerte, en 1959. *Entregas de la Licorne*, 2.ª época, n.º 16, Montevideo, enero de 1961, p. 79.



ARRIBA A LA DERECHA:
Ilustración del interior del libro *La honrada*, de Jacinto Octavio Picón (Barcelona, Imprenta Heinrich y Cía., 1898).

escritorio para ella. Por lo que se conoce, su biblioteca fue rematada hacia 1970 y así se dispersó entre varias colecciones particulares.[51]

El uso de espacios reservados era asociado a una práctica silenciosa e individual que revela nuevas concepciones de intimidad. Sin embargo, algunos apuntes en los libros de la biblioteca que nos ocupa señalan que fueron leídos en voz alta por Matilde o por su padre durante la enfermedad de Ana Amalia, lo que nos da la pauta de que también practicaban la lectura como una vivencia compartida y un motivo de complicidad entre las personas más cercanas.

Siguiendo a Ariès y Duby, no se trataría de una rutina, sino de una *ritualización* propia de las mujeres burguesas en sus espacios privados. Una repetición que prolongaba el instante, para el que existía un antes (la preparación) y un después (los comentarios o la reflexión). Esta ritualización podría haber otorgado a la lectura común un «valor de dicha destinado a convertirse en recuerdo».[52]

En la biblioteca de Matilde y Ana Amalia hay elementos que nos permiten imaginar una omnipresencia de los libros en la casa y en el viaje por Europa y el norte de África que la familia Batlle Pacheco realizó entre 1907 y 1911. La aparición de libros pertenecientes a la biblioteca de José Batlle y Ordóñez entre los de su esposa e hija, incluso con anotaciones realizadas por ellas, sugiere una circulación de lecturas dentro de la

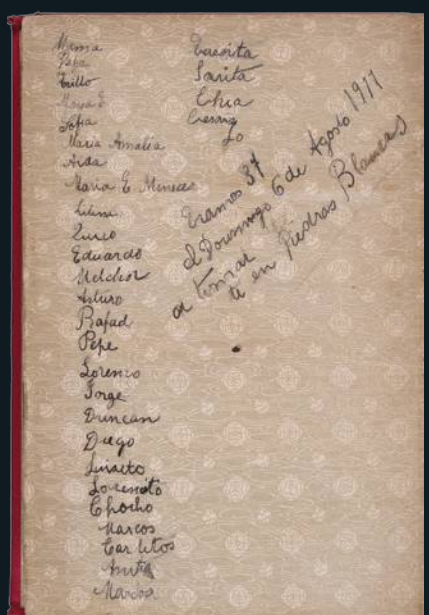
[51] La casa fue declarada Monumento Histórico Nacional en 2014 (resolución 674/014). Agradecemos la información brindada al respecto por el arquitecto Jorge Sierra.

[52] Ariès y Duby, op. cit., p. 195.

Eugenio Sue, *Matilde. Memorias de una joven*, Barcelona, Sopena, s.d.
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Este libro contiene en el interior de su contratapa una lista, escrita por Ana Amalia, de los invitados a tomar el té en la quinta de Piedras Blancas el 6 de agosto de 1911. A su vez, tiene en su primera página la anotación «regalo de mamá», con fecha 16 de mayo de 1911. Ambos escritos permiten suponer que los libros eran elementos presentes en la cotidianidad de la familia y lugares comúnmente destinados a registrar recuerdos. Por otra parte, el texto del libro tiene correcciones de traducción (del original en francés, también presente en la biblioteca) hechas a lápiz, probablemente por Ana Amalia al leerlo.

Eugenio Sue (1804-1857) fue un novelista francés que se desempeñó también como médico de la marina, lo que le dio conocimientos para ambientar sus primeras novelas. Su novela *Los misterios de París* (1842-1844) —que se encuentra en la «Biblioteca de las dos»—, gracias a la cual ganó gran popularidad, fue una de las primeras novelas en publicarse en formato folletín.







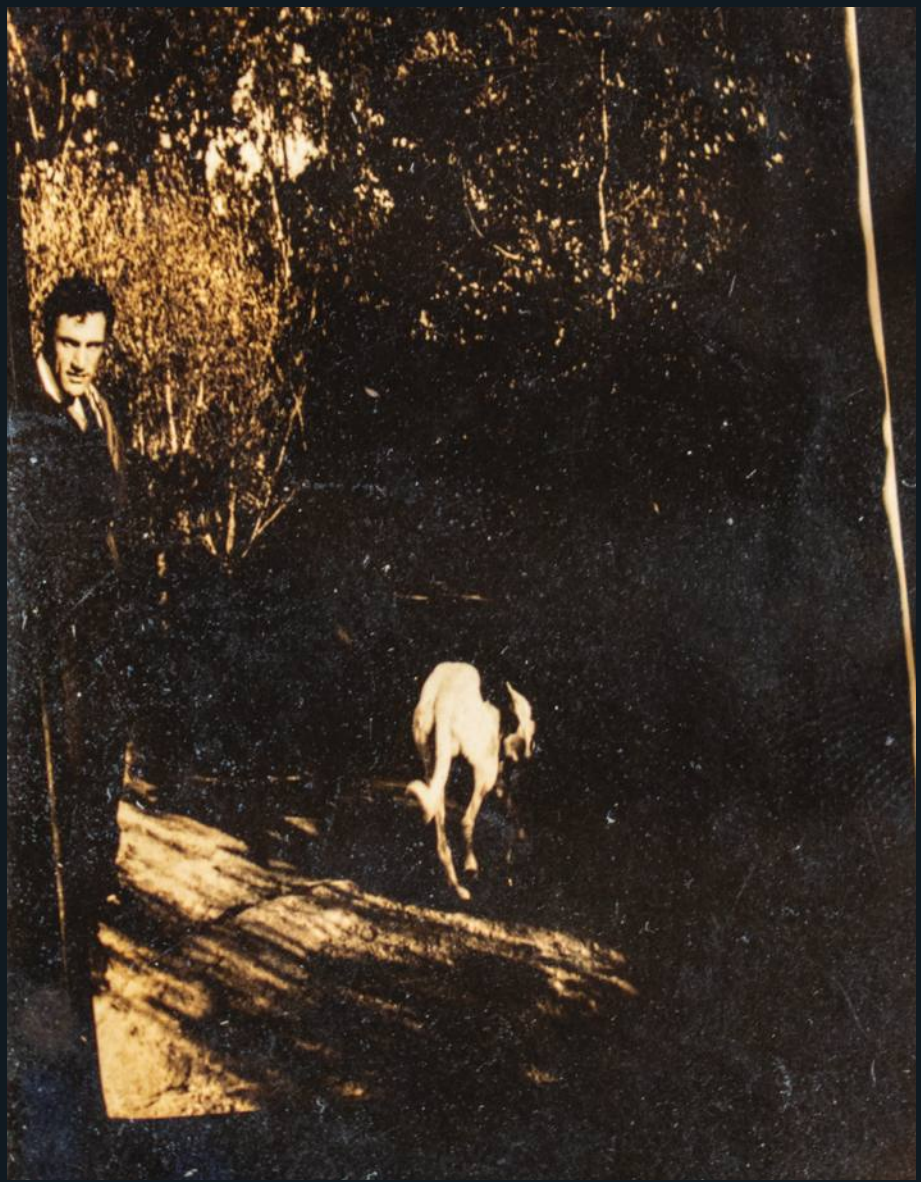
Honoré de Balzac, *Les employés*, París, Calmann Lévy, s.d.
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Dentro de este volumen se guardaron fotografías y tarjetas, reflejo de la práctica de utilizar los libros como lugares donde reunir recuerdos.

Honoré de Balzac (1799-1850) fue un escritor francés, reconocido como uno de los principales representantes de la novela realista del siglo XIX. En 1914 se trasladó con su familia desde su ciudad natal, Tours, hacia París. Allí comenzó estudios de derecho, aunque los abandonó para dedicarse a la literatura. En 1820 escribió su primera obra, *Cromwell,* un drama histórico compuesto en verso que tuvo poco éxito. Durante esa década se dedicó a escribir por encargo bajo diversos seudónimos. En 1829 publicó *El último chuan,* la primera novela editada con su nombre, con la que consiguió cierto reconocimiento. A partir de ese momento comenzó su prolífica producción literaria, con la que obtendría éxito internacional.

Les employés, novela histórica presente en francés en la «Biblioteca de las dos», se publicó originalmente en 1838 bajo el título *La femme supérieure.* Pocos años después, el autor cambió el título por el actual, para su publicación en *La comedia humana,* un conjunto de novelas, cuentos y ensayos escritos entre 1829 y 1850 que Balzac recopiló con el objetivo de representar a la sociedad.

En la colección de Ana Amalia y Matilde hay una gran selección de obras de este autor en francés que forman parte de *La comedia humana,* como *Béatrix, Sur Cathérine de Médicis, Le contrat de mariage, La femme de trente ans* y *Physiologie du mariage*, entre otros.



César Batlle
Sin datos de autor/a
Sin datos de lugar ni fecha
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
5,1 × 8,9 cm
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»





José Batlle y Ordóñez
Sin datos de autor/a
Sin datos de lugar ni fecha
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
5,6 × 8,5 cm
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Al dorso de la fotografía se lee «medias, lazo, flores», con la caligrafía de Ana Amalia.

casa, que posiblemente implicaba comentarios y conversaciones al respecto e incluía a otros miembros de la familia, trabajadores y allegados.

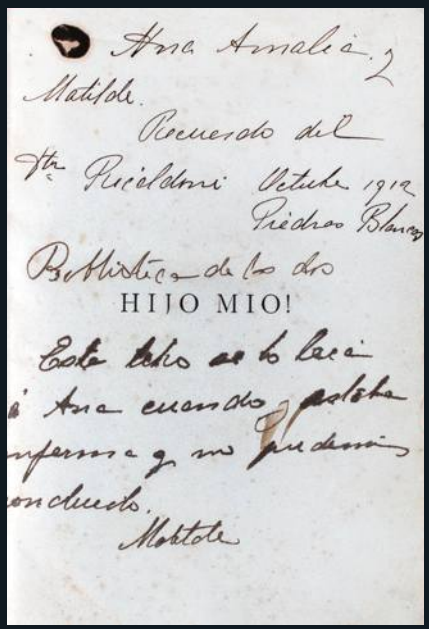
Los contenidos de la biblioteca de Matilde y Ana Amalia muestran un acercamiento a la lectura que escapa a lo que dictaba la educación formal, surgido de la curiosidad por temas diversos. El libro actuaba como «depositario de secretos» o como «guía de vida», clave para resolver una enormidad de asuntos e inquietudes vitales.[53] En efecto, desde mediados del siglo XIX y aún a inicios del siglo XX, además de ser fuente de entretenimiento y educación en diversas disciplinas, así como de formación religiosa y moral, los libros eran soporte de muchas discusiones políticas de actualidad. Ensayos filosóficos y políticos o incluso proyectos de ley en formato de libro dialogaban con las discusiones en la prensa periódica. La aparición de publicaciones de este carácter en la biblioteca demuestra el interés y la probable participación de estas mujeres en polémicas sobre temas de actualidad, al menos en el espacio doméstico. En ese contexto, la lectura posiblemente tenía, tanto en el caso que nos ocupa como en otros, un sentido doble, de actividad íntima y compartida.

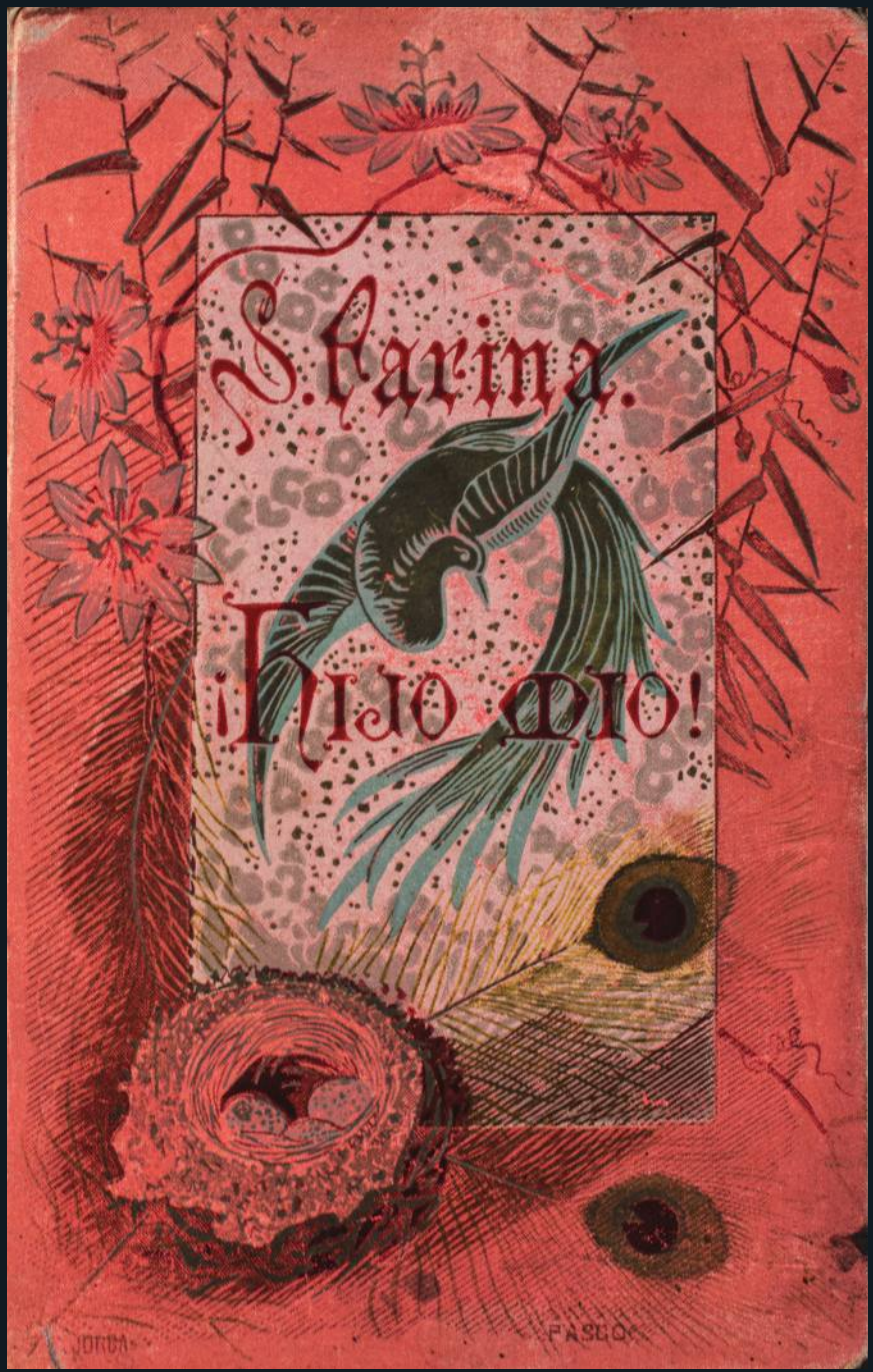
[53] Bourdieu y Chartier, op. cit., p. 262.

Salvador Farina, *¡Hijo mío!*, Barcelona, Daniel Cortezo y Cía.,1886
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En el interior puede leerse: «Este libro se lo leía a Ana cuando estaba enferma y no pudimos concluirlo. Matilde».

Salvatore Farina (1846-1918) fue un novelista y periodista italiano, conocedor de la novela francesa y preocupado por los asuntos teóricos de la literatura, que dirigió la *Rivista Minima*. Su influencia convocó a otros escritores, como Emilia Pardo Bazán, de quien tradujo artículos en su revista. Su estilo combinaba lo cómico y lo dramático con una preocupación acerca de la ética y el sentido de la literatura, y se lo ha comparado por ello con el escritor británico Charles Dickens. *¡Hijo mío!,* una de sus novelas, fue traducida al castellano poco después de publicada en italiano, en 1882.







Ludovic Baschet (dir.), Société Nationale des Beaux-Arts, *Catalogue illustré du salon de 1908*, París, Bibliothèque des Annales, 1908
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Las mujeres educadas en el seno de un hogar burgués de inicios del siglo XX debían desarrollar gustos y comportamientos acordes a lo que era considerado virtuoso para su género. Mujeres formadas para ser buenas esposas y madres hallaban en la cultura, especialmente en las artes plásticas y la música, la posibilidad de ampliar su conocimiento del mundo y ser en general valoradas como intérpretes o creadoras de productos *menores.* Los catálogos de museos, exposiciones, colecciones o salones de arte, particularmente los provenientes de Francia, eran parte de esta formación del gusto artístico femenino. Aunque se desconoce si la familia lo adquirió en ese contexto, este catálogo parisino de 1908 podría asociarse a una visita realizada a una exposición de arte por la familia Batlle Pacheco, que se hallaba en París en ese año.

Ninon de Lenclos, *Lettres de Ninon de Lenclos au Marquis de Sévigné*, París, Garnier Frères, [ca. 1879]
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En su interior aparece anotado lo siguiente: «1º Febrero, 1909. París. Regalo de César, Matilde P. de Batlle y Ordoñez y Ana Amalia». Esta publicación francesa de Garnier Frères conservada en la Biblioteca tiene como particularidad contener varios ejemplares de flores secas que seguramente fueron colocadas allí por Matilde o Ana Amalia. Entre las costumbres femeninas del período aparece la práctica de recolectar elementos de la naturaleza asociados a la belleza, que eran guardados en libros, cuadernos o diarios íntimos, como un hábito de privacidad y recreación que convivía con la lectura. En los mismos relatos de ficción que leían se menciona el gesto de preservar objetos o elementos naturales —en este caso, una flor— como demostración del deseo de atesorar un momento específico en el recuerdo.

Anne de l'Enclos, también conocida como Ninon de Lenclos (1616-1706), fue una reconocida mecenas del arte francés, integrante de la aristocracia. Defensora del hedonismo y seguidora del epicureísmo, promovió una vida dedicada al placer sin considerar las restricciones de la moral católica de su época. Organizó tertulias con intelectuales, dramaturgos y otras figuras de la cultura, que fueron frecuentadas, entre otros, por Racine, Molière y Voltaire. Esta obra, que reúne las cartas intercambiadas con el marqués de Sévigné, ha sido considerada un verdadero ensayo filosófico acerca del amor.





Retrato de la familia Batlle Pacheco y acompañantes en el barco genovés *Re Vittorio*
Estudio Fillat
Montevideo, 1911
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
43 × 38,5 cm
MHN, Colección fotográfica

Autorretrato de Ana Amalia Batlle Pacheco
A bordo de la embarcación *Re Vittorio*, febrero de 1911
Dibujo a lápiz sobre papel
21,5 × 24 cm
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

El dibujo, ubicado dentro del libro *Illustrations pour les œuvres,* de Alfred de Musset, es un autorretrato de perfil realizado por Ana Amalia durante su regreso de Europa a Montevideo junto con su familia en el buque *Re Vittorio,* en 1911, tal como se lee en el margen inferior derecho, debajo de la ilustración.

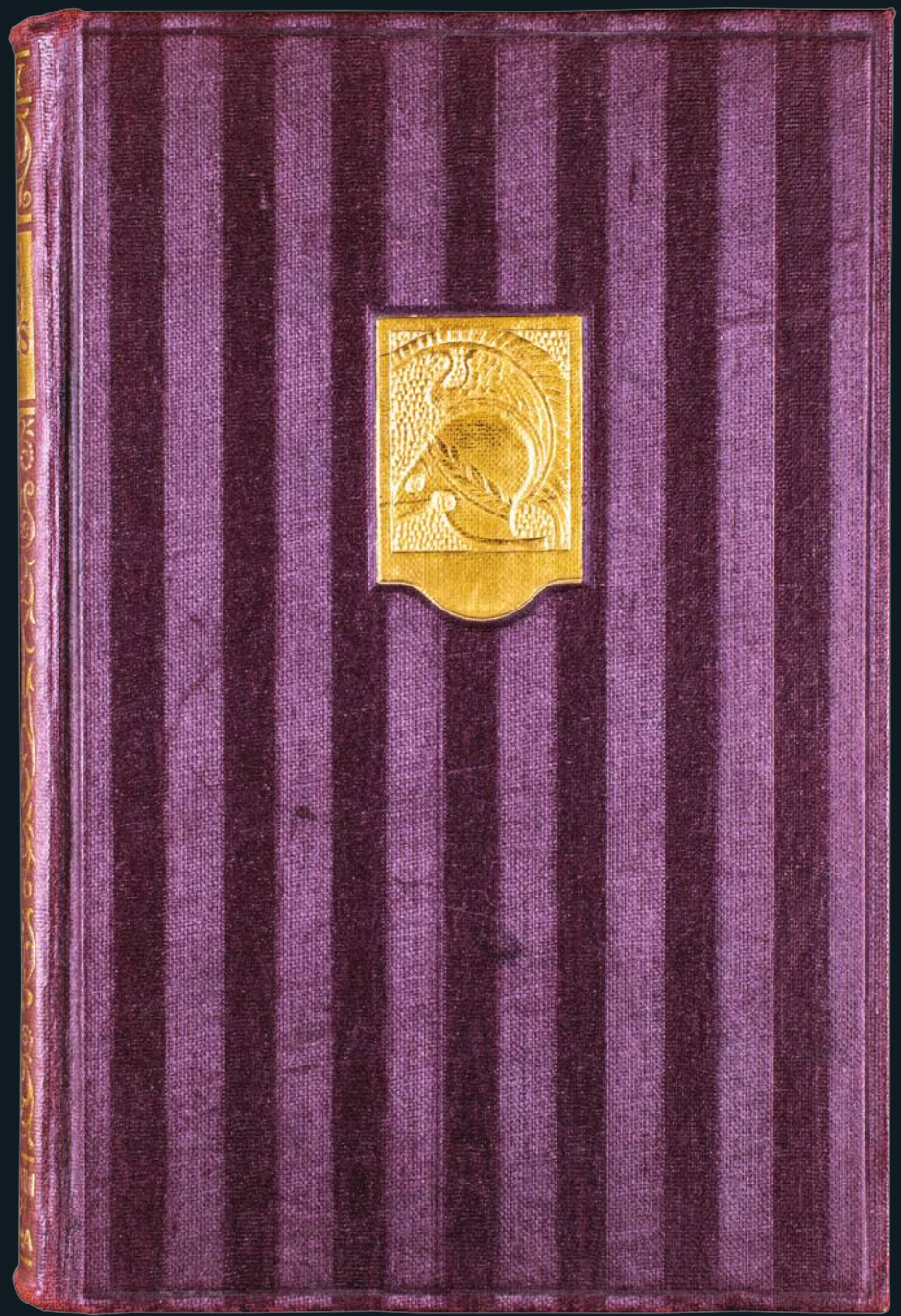
Presumiblemente la joven contaba con la fotografía grupal que se tomó la familia a bordo del barco a la hora de hacer su propio retrato, inspirado en el aspecto de su perfil que allí se observa.



Thomas Hardy, *Unos ojos azules*, Barcelona, Gustavo Gili, 1919
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Este es un ejemplo de novela dedicada a la temática amorosa. Atraviesan el texto asuntos como las relaciones sentimentales entre clases sociales diferentes, la naturaleza del amor romántico y su jerarquía frente a otro tipo de relaciones, o la fatalidad de la irrupción del deseo en marcos de comportamiento rígidos y controlados. Esta obra, considerada autobiográfica de Hardy, se publicó inicialmente en 1873.

Thomas Hardy fue un escritor inglés nacido en 1840. Formado inicialmente en arquitectura, ya en su juventud fue alentado a publicar sus novelas, algunas de ellas de carácter histórico, como *Los dinastas* (1903-1908), que se inspiró en su visita al lugar en que tuvo lugar la batalla de Waterloo (en la actual Bélgica).

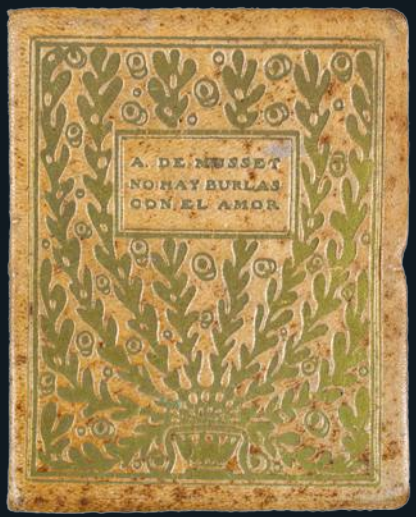


Alfred de Musset, *No hay burlas con el amor [y] La noche veneciana*, Madrid, G. Martínez Sierra, 1918
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Esta edición moderna de lujo, ilustrada por Manuel Fontanals (decorador teatral y figurinista) y con encuadernación de cuero, reúne dos obras teatrales breves de Musset escritas en la década de 1830 sobre los dramas surgidos del amor, con un estilo que se caracterizó como elegante y sutil pero a la vez grotesco, cuyos desenlaces fueron muy criticados por el público en su época.

Alfred de Musset fue un escritor parisino considerado un significativo exponente del romanticismo literario. Autor de varias novelas, obras de poesía y teatro, su estilo se centró en general en cierto intimismo y reflexión acerca de los avatares de la conciencia y la pasión amorosa. Varias de sus obras fueron reconocidas como autobiográficas. Musset fue miembro de la Academia Francesa y falleció en 1857.

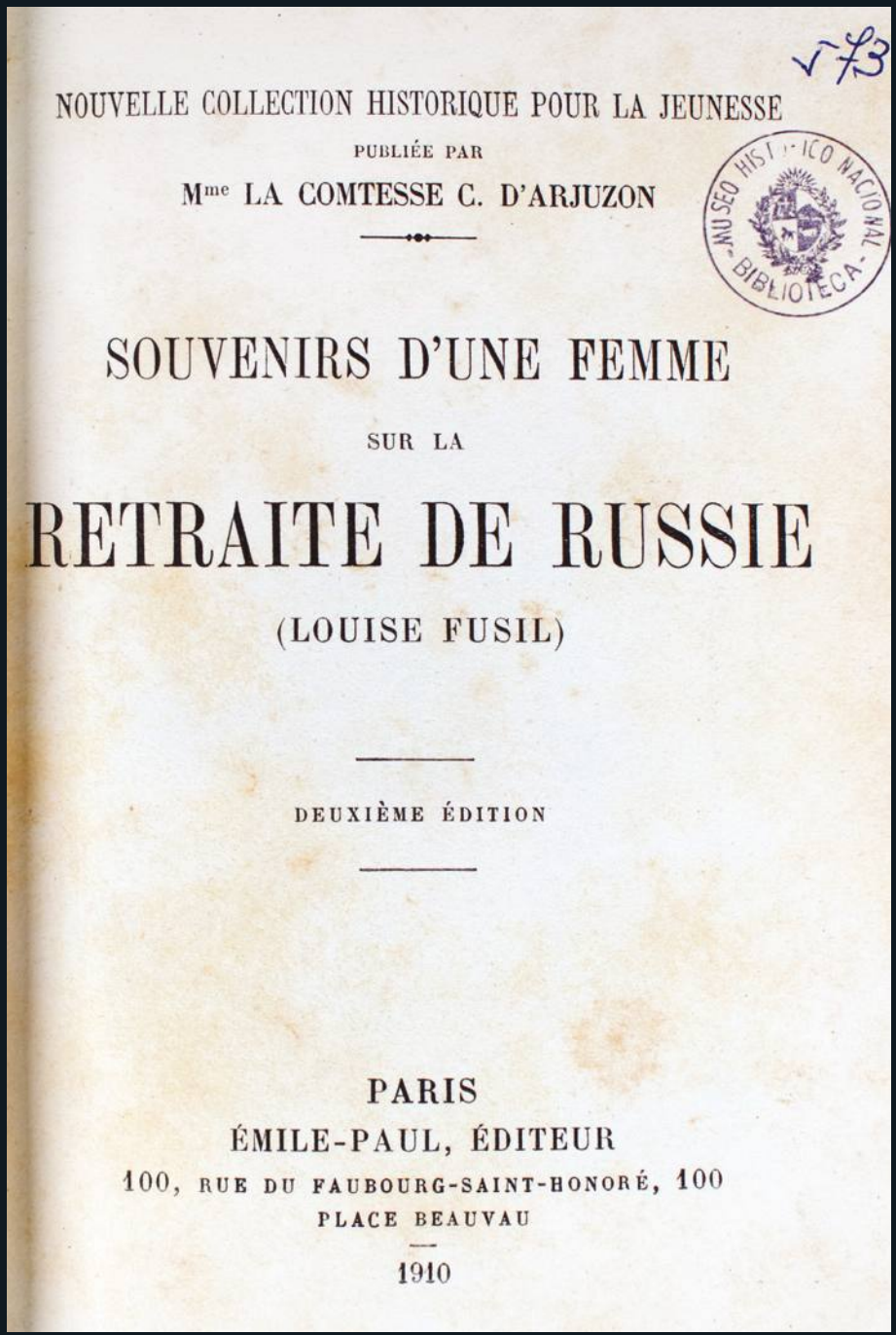




Louise Fusil, *Souvenirs d'une femme sur la retraite de Russie*, París, Émile-Paul, 1910
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En la portada se lee: «Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde P. de Batlle y Ordóñez, Biblioteca de las dos, Abril 25-1916, Piedras Blancas. Regalo de mi hijo César Batlle Pacheco». Este libro es un ejemplo de cómo Matilde continuó utilizando la anotación «Biblioteca de las dos» en los libros que incorporó luego del fallecimiento de Ana Amalia.

La obra, que puede considerarse una crónica de viaje, es un relato en francés de las impresiones de la cantante Louise Fusil sobre Rusia, y en particular sobre la toma de Moscú por el ejército francés al mando de Napoleón en 1860, episodio que presenció durante su viaje.



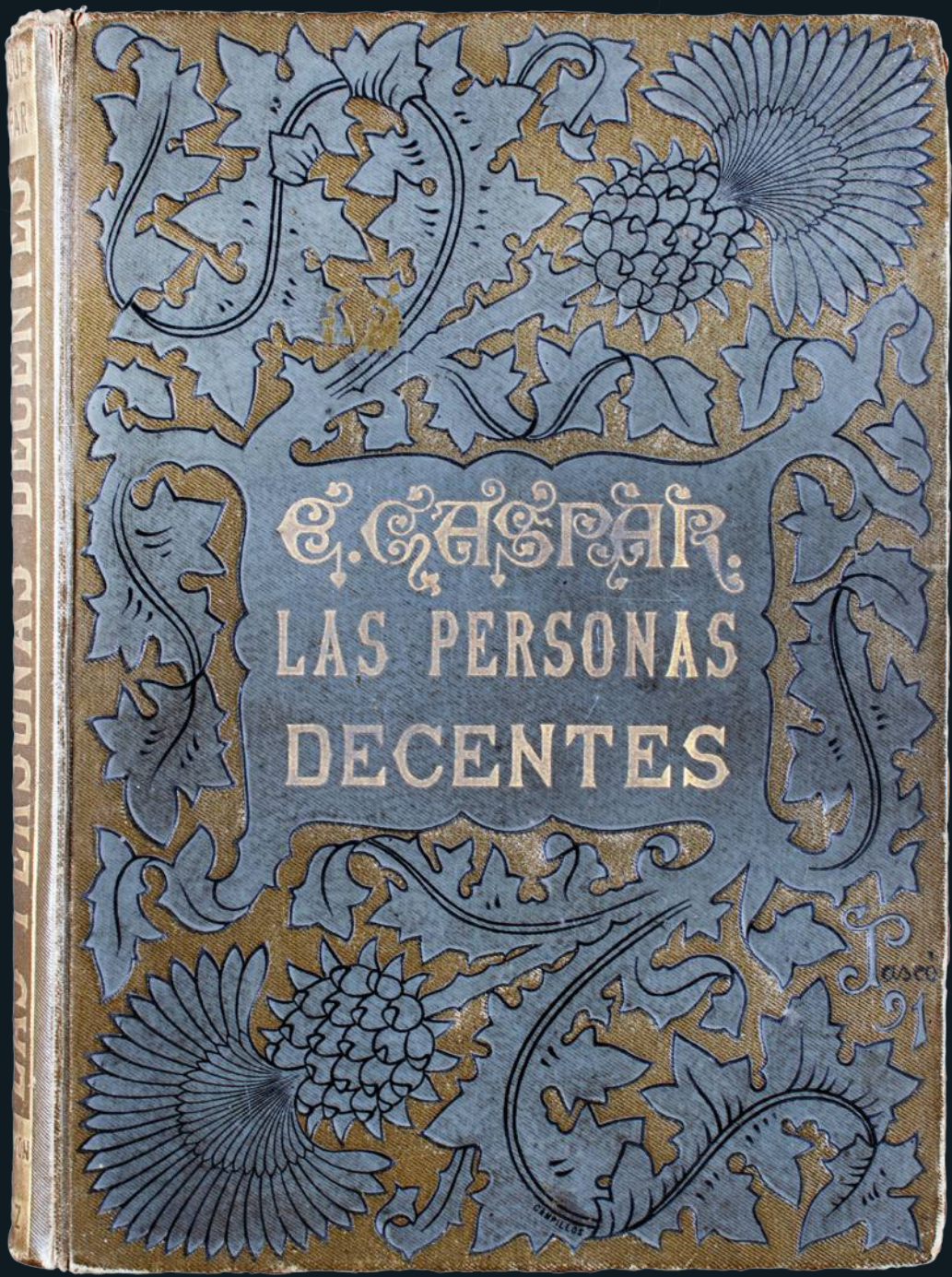
Casilla de madera ubicada en el jardín de la quinta de la familia Batlle Pacheco
Ricardo Aguerre
1936
Óleo sobre tela
68,8 × 58,5 cm
MHN 3615



Ricardo Aguerre (1897-1967) fue un pintor argentino-uruguayo. Nació en Buenos Aires, pero durante su niñez su familia se trasladó a Montevideo. En esta ciudad estudió entre 1917 y 1921 en el Círculo Fomento de Bellas Artes, bajo la orientación de Vicente Puig. También se formó en Europa, en la Academia de Arte de Múnich, gracias a una beca obtenida por concurso, y en la Grande Chaumière de París. Allí estudió en los talleres de André Lothe y Othon Friesz y trabajó sobre la técnica de grabado en el Real Instituto de Florencia con Guido Balsamo.

En 1927 regresó a Montevideo, donde realizó dos exposiciones individuales, en el Salón Maveroff y en el Círculo Fomento de Bellas Artes. En 1933 inauguró el taller Estudios de Artes Plásticas y en 1943 comenzó a dictar clases en la Escuela Nacional de Bellas Artes. A su vez, trabajó durante varias décadas como diagramador e ilustrador del suplemento dominical de *El Día.* En 1950, gracias a la beca Alejandro Gallinal, regresó a Europa, donde permaneció hasta 1951. Recibió importantes premios, entre ellos, en 1952, la medalla de oro del XV Salón Nacional, sección Dibujo, grabado e ilustraciones para libros.

Según varias crónicas de época, Batlle y Ordóñez usaba esta casilla como lugar de lectura y escritura personal. Seguramente compartía allí momentos de lectura con sus hijos.


E. CASPAR.
LAS PERSONAS
DECENTES

CAPÍTULO III

Las páginas leídas.
La «Biblioteca de las dos» en Piedras Blancas

Ana Cuesta, Laura Irigoyen, Lucía Mariño y Clara von Sanden

En febrero de 1912 el periodista español Vicente A. Salaverri, radicado en Montevideo, definió en la revista *Elegancias*[1] lo que para él resultaba atractivo de las mujeres uruguayas:

> Es como el ambiente, sana, bien constituída; grácil en su juventud y arrogante en la madurez. Rebosa gracia, armonía… Sin tener la elegancia de la porteña, es elegante; sin la afectación de la parisien, es distinguida. […] La uruguaya es tierna, afectiva y apasionada. Su lucidez mental os maravilla, como os maravilla su enorme poder de asimilación. Es sobria, decidora, culta… Cultiva su espíritu como el jardinero sus cármenes… Lee mucho y se interesa por los autores.[2]

En esta descripción, que apareció en una revista de gran circulación entre las mujeres de los sectores altos, es sugerente el lugar que ocupa la formación intelectual en la caracterización de la «mujer uruguaya». Si bien esta representación probablemente no se aplicaba a todas las mujeres del país en el Novecientos, su aparición nos lleva a pensar en la importancia de la lectura en la construcción del arquetipo de mujer burguesa del período. Por eso podríamos suponer que más de una mujer a inicios del siglo xx contaría con una biblioteca propia o familiar a su alcance. Pero ¿cuántas de ellas se conocen o se conservan?

Una revisión en los acervos de diversas instituciones uruguayas, públicas y privadas, ha confirmado que en el país son muy escasas las bibliotecas femeninas de inicios del siglo xx que se conocen y conservan, íntegra o parcialmente.

Uno de los pocos ejemplos es el de la educadora Alicia Goyena (1897-1977), cuya biblioteca personal se conserva en el contexto de un instituto que lleva su nombre —un

[1] La revista *Elegancias* se publicó en París entre mayo de 1911 y agosto de 1914. Se definía como un periódico de «mundanidades y modas, de todo aquello que se relacione con las bellas artes, la vida femenina y la sociedad». Más allá de oficiar como medio para transmitir a las mujeres hispanoamericanas el modelo parisino en materia de artes y moda, la revista contenía publicidad y textos literarios, así como ensayos de actualidad de variadas temáticas, incluidas algunas reivindicaciones de los feminismos, como el sufragio universal. Rubén Darío fue su director responsable; además figuraron otros integrantes del modernismo, como Amado Nervo y Enrique Gómez Carrillo.

[2] *Elegancias. Revista mensual ilustrada, artística, literaria, modas y actualidad*, París, febrero 1912, p. 143.

PÁGINA OPUESTA:
Enrique Gaspar, *Las personas decentes: novela de costumbres contemporáneas*, Barcelona, Heinrich y Cía., 1891
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Enrique Gaspar (1842-1902) fue un diplomático y dramaturgo español sobresaliente por sus escritos de crítica y ética social. También escribió poesía, novela y zarzuelas. En su producción es recurrente la sátira a la burguesía, el cuestionamiento de sus intereses y presumible hipocresía.

Las personas decentes fue una comedia innovadora, escrita en tres actos, que se estrenó en Madrid en enero de 1890. Refiere a la vida de un intelectual doctorando instalado en la capital que se relaciona con un círculo de personas obsesionadas por asuntos de prestigio, lucro y poder. Harto de ese tipo de *decencia,* el protagonista opta por abandonar la ciudad.

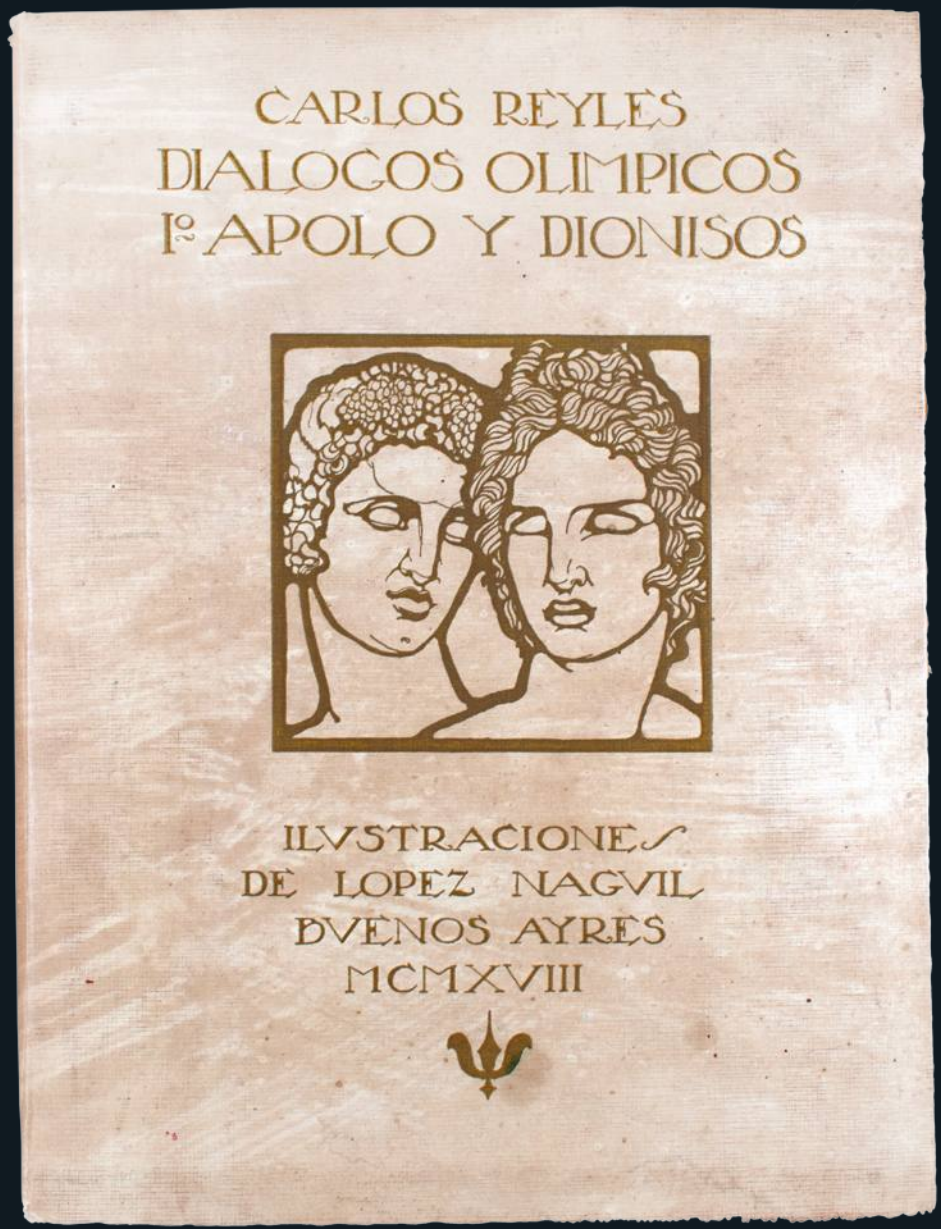
En 1891 el autor adaptó la prosa al género narrativo, y la editorial barcelonesa Heinrich y Cía. la publicó en su colección relativa a costumbres contemporáneas. En esta versión se advierten dos partes: «Antecedentes» y «Escuela Práctica». En la primera página el autor señala que «en drama o en novela las personas decentes son las mismas», y las ilustraciones del dibujante Pedro Eriz reflejan la ostentación e ironía del escritor. Este artista ilustró otras publicaciones de la editorial Heinrich y Cía., que incluso están presentes en la «Biblioteca de las dos», como *La hembra (historia de un hombre)* (1893) y *El padre nuestro: historia mundana* (1895), ambos escritos por el catalán Francisco Tusquets (1841-hacia 1915).

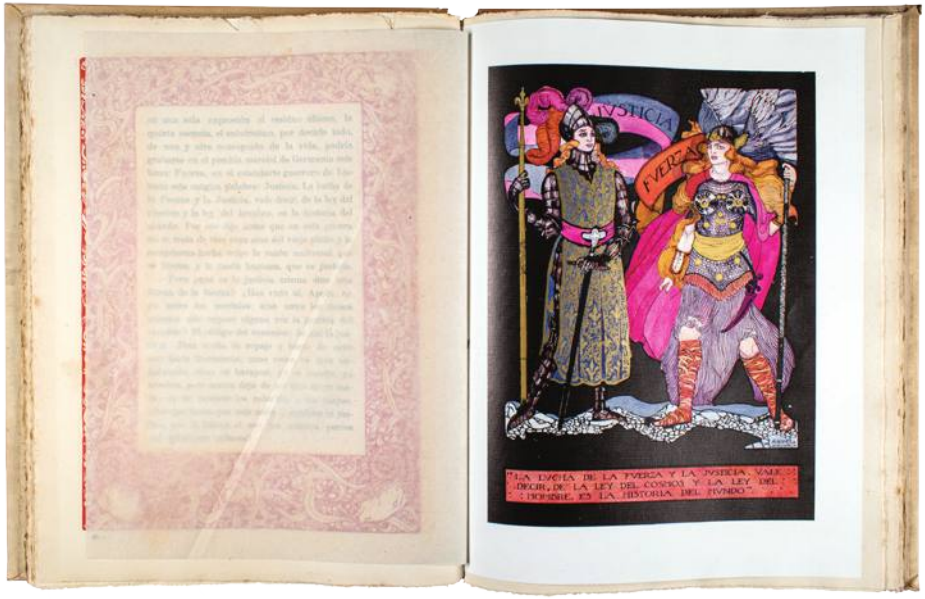
Carlos Reyles, Gregorio López Naguil (ilustrador), *Diálogos olímpicos: 1.º Apolo y Dionisos*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1918
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Carlos Reyles (Montevideo, 1868-1938) fue un escritor de novelas y ensayos de estilo realista, naturalista y modernista. Hijo de una tradicional familia de hacendados, heredó ciento treinta mil cuadras de campo. Se interesó en los negocios del agro, con ganancias y pérdidas que lo llevaron a la ruina en el ocaso de sus días. En 1915 fue uno de los fundadores de la Federación Rural del Uruguay, institución que se manifestó abiertamente en oposición al «inquietismo» batllista. En 1897 hizo un viaje a París cuyo impacto puede leerse en algunas de sus obras posteriores. Hacia 1900 escribió *La raza de Caín,* novela naturalista en la que se advierte la influencia de Émile Zola. En 1916 publicó *El terruño,* que describe la vida del campo uruguayo. En 1922 editó *El embrujo de Sevilla,* un poema sobre la ciudad andaluza tan difundido como aclamado. Y en 1932 compuso su obra cumbre, *El gaucho florido,* relativa a la vida de la pampa. Durante un largo período se instaló en Francia, Inglaterra y España. Con dificultades económicas regresó a Montevideo, donde fue docente de la Universidad en 1932 y director de la Radiodifusión Nacional en 1936.

Diálogos olímpicos es un ejemplo de su ensayística, escrita en dos tomos ilustrados por el artista argentino Gregorio López Naguil. Una de las ilustraciones muestra la diferencia entre lo que representan Apolo y Dionisos, el instinto y los placeres en contraposición con la disciplina y la razón.

La imprenta y librería Jacobo Peuser (1867-1967) se caracterizó por promover almanaques, artículos y ediciones para un amplio público lector. Con una maquinaria y tecnología sobresalientes, tuvo una amplia distribución de publicaciones, con impacto en América Latina. El diseño y las artes gráficas cumplieron un rol fundamental en las vistosas portadas, ilustraciones y publicidades. Este aspecto se refleja en el ejemplar seleccionado, que contiene diversas láminas con imágenes alegóricas de alta definición (escenas de la antigüedad) que resultan atractivas, entre otras cosas, por su color y tipografía.





espacio dependiente de la Administración Nacional de Educación Pública—. Otro caso es el de la periodista y escritora Dora Isella Rusell (1925-1990), cuya colección, conservada por la Universidad Católica del Uruguay, contiene 1349 libros de diversas materias.

Por su parte, la Biblioteca Nacional ha recibido en donación bibliotecas de personalidades como Paulina Luisi (1875-1949), médica, docente y activista uruguaya que legó sus colecciones al Estado en su testamento; de la poeta Concepción Silva Belinzón (1900-1987)[3] o de la médica, poeta, docente y ensayista Esther de Cáceres (1903-1971).[4] Sin embargo, los libros de estas colecciones personales han sido intercalados en la biblioteca general —y en la de la Sala Uruguay, especializada en publicaciones nacionales— de acuerdo con las materias de cada obra. Esta decisión, que ha permitido alimentar la mayor biblioteca del país con volúmenes de diversas procedencias, dificulta, sin embargo, conocer elementos de cada colección en particular, sus contenidos y características como conjuntos ligados a una persona o grupo que los originó.

[3] Además de los libros de su autoría, publicaciones periódicas y documentación manuscrita, la familia de Concepción Silva donó a su muerte una biblioteca de casi 500 volúmenes en la que se destacan las obras de poesía.

[4] Una selección de su biblioteca fue donada junto con la de su marido, Alfredo Cáceres (1900-1970), y se compone de más de 800 volúmenes, principalmente de poesía, filosofía, narrativa, crítica literaria y libros religiosos, editados en su amplia mayoría luego de 1930. Además de muchas obras dedicadas por sus autores, aparecen otras en las que Esther tuvo participación como crítica, poeta o prologuista, títulos dedicados a ella o con anotaciones suyas en el interior. La donación incluyó también revistas, partituras y grabaciones sonoras.

Alfonso Broqua, *Tabaré, poema de Juan Zorrilla de San Martín. Adaptación lírica al canto segundo del libro primero para voces femeninas*, París, Chartier Éditeur / Buenos Aires, J. A. Medina & Hijo, 1904
MHN, sección Musicología

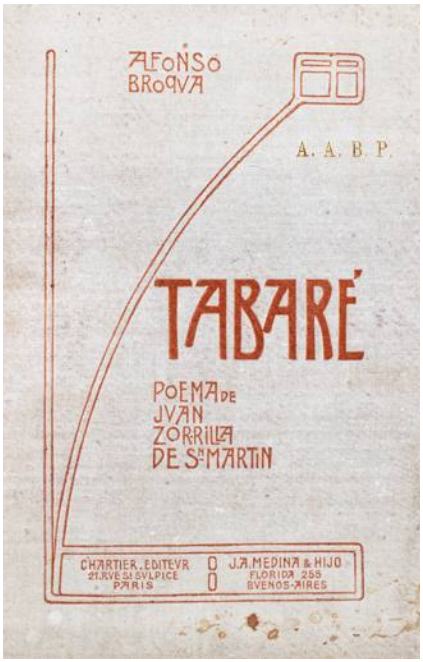
En el interior se lee: «A la señorita Ana Batlle Pacheco un homenaje y atento recuerdo de Alfonso Broqua. Montevideo, diciembre 12/911».

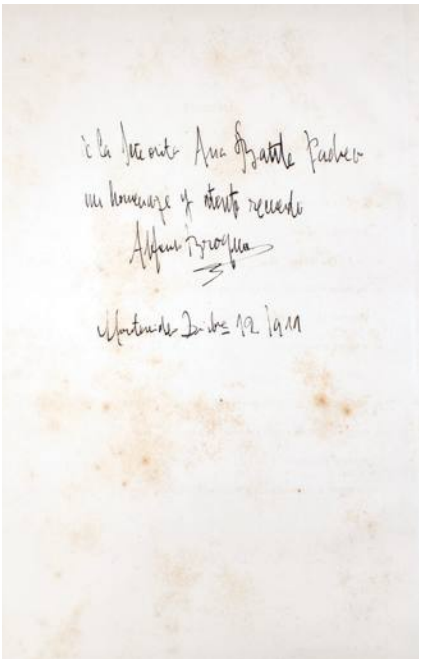
La leyenda patria (1879) y *Tabaré* (1887), escritas por el poeta y ensayista uruguayo Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931), son obras literarias fundamentales en la construcción del relato identitario nacional. En el primer caso, se destacan las hazañas conseguidas en la batalla contra la ocupación imperial brasileña que derivaron en la independencia del territorio oriental (1825). El segundo es un poema épico sobre la lucha entre dos mundos (el indígena y el español), su amalgama y mestizaje, que cobra importancia por su instalación en la memoria colectiva local y su trascendencia e identificación a escala latinoamericana.

Con el tiempo, *Tabaré* fue revisado en diversos ensayos, estudios y análisis que cuestionaron el trasfondo ideológico, racista y religioso de la obra. Sin embargo, se arraigó en la enseñanza formal y en el sentir colectivo tanto nacional como americano. Se lo considera un poema cosmopolita que tuvo la cualidad de desencadenar un paralelismo entre la figura del charrúa Tabaré y la de otros héroes indígenas del continente, trágicos mártires de etnias duramente perseguidas en el entendido de que representaban la resistencia al avance de la civilización en el continente.

Por su hermanamiento y melodrama resultó tan exitoso que fue ampliamente vendido en América y Europa. Se tradujo a varios idiomas, tuvo gran circulación y numerosas reediciones.

A partir del personaje de Tabaré, en las primeras décadas del siglo XX se dieron a conocer cuatro óperas, una pieza lírica y una película de cine mudo en Uruguay, España, México y Argentina.



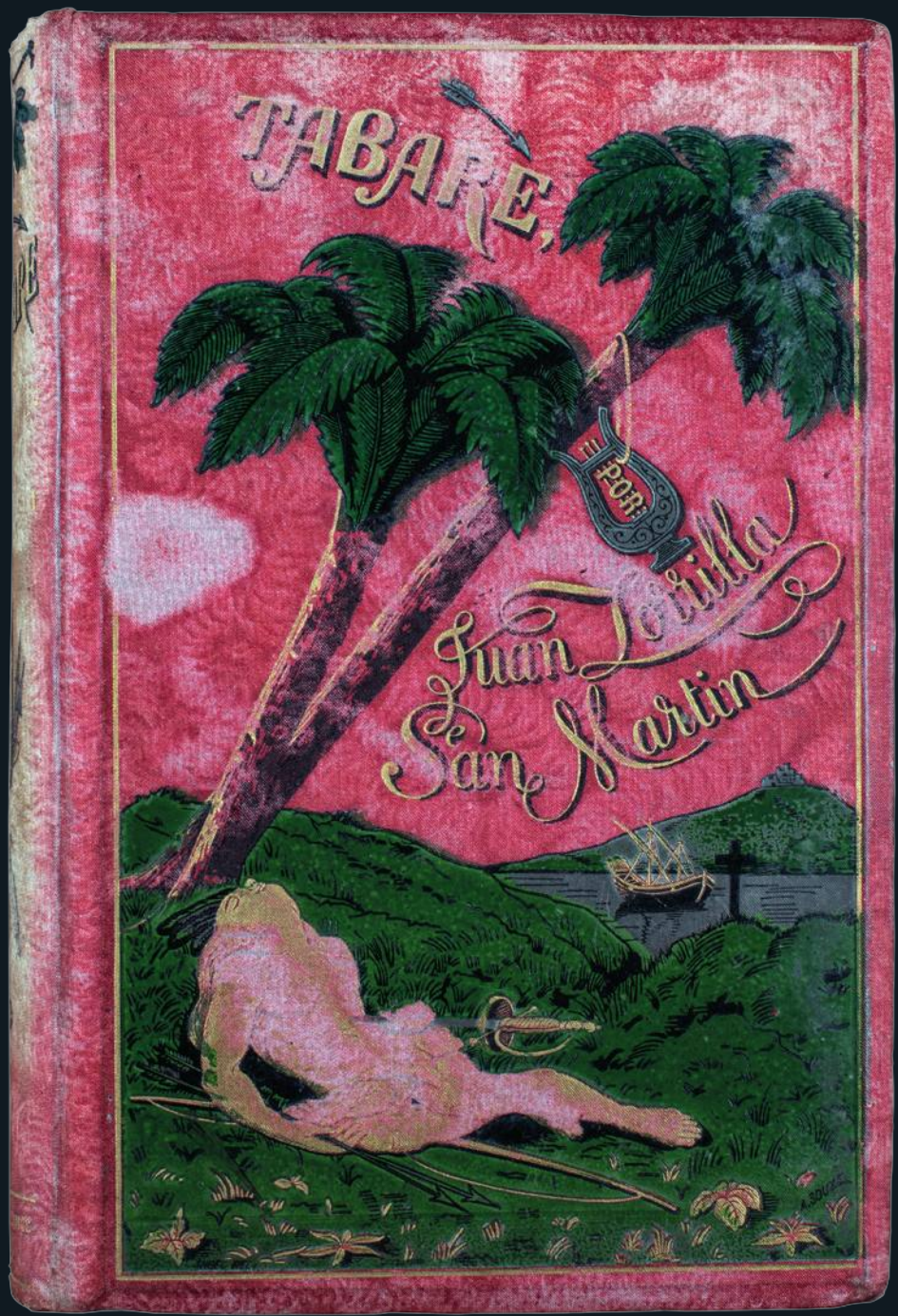


En 1910, el músico y compositor uruguayo Alfonso Broqua (1876-1946), quien fue profesor de canto de Ana Amalia, estrenó el poema lírico *Tabaré,* primero en París y luego en el Teatro Solís de Montevideo. Su contenido se centró en el llanto de la cautiva Magdalena (madre del indio), el bautismo de su hijo y su muerte. Con seis cantos compuestos para interpretación de voces femeninas, Broqua optó por una nueva estética nacionalista con armonías y sonoridades del folclore local.

Laura Malosetti, investigadora y ensayista uruguaya que ha estudiado el *Tabaré* en profundidad, señala que la presencia de esta obra marcó la «educación sentimental» de los niños uruguayos durante más de cien años. La memorización de fragmentos y su trasmisión a través de generaciones, la repetición en la cotidianidad y la escenificación en el ámbito escolar convirtieron el poema en un símbolo identitario nacional.



Juan Zorrilla de San Martín, *Tabaré*, Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1889
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»



Jacinto Octavio Picón, *La honrada: novela de costumbres contemporáneas*, Barcelona, Heinrich y Cía., 1890
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

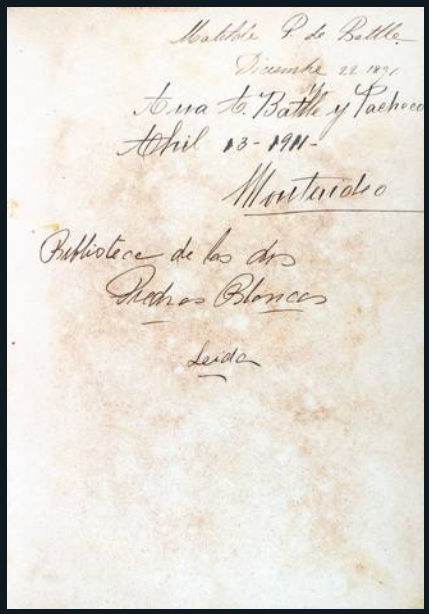
Jacinto Octavio Picón (1852-1923) fue un novelista madrileño perteneciente a una familia burguesa que inició su labor literaria en la corte y posteriormente integró las Reales Academias de la Lengua (1900) y de Bellas Artes (1902). En su obra retrató especialmente el papel de la mujer en la sociedad del siglo XIX, con una postura inspirada en los ideales revolucionarios, usos y costumbres franceses. En este sentido, recreó escenas de la vida conyugal que reflejan la violencia ejercida por algunos maridos y defendió que las mujeres tuvieran la posibilidad de decidir sobre su propio destino amoroso.

En *La honrada,* por ejemplo, reflejó el desamparo de la protagonista en un matrimonio tiránico e infeliz. Plácida, el personaje principal, es una mujer que no se destaca por su belleza física y ha sido educada (por su erudito padre) en las convicciones éticas de la época, en la moralidad de las lecturas religiosas. Se trata de una madre honrada y amorosa capaz de tolerar malos tratos, mentiras y robos de su marido antes que considerar la separación. En una carta a su madre, incluso, confiesa: «Hay ratos en que pienso que esto sería lo mejor, pero nunca tendré valor para ello. ¿Qué es una mujer separada de su marido? ¿Qué respeto merece? ¿Cómo puede decirse a todo el mundo la causa de la separación? Sobre todo, ¿qué le diré a mi hijo el día de mañana?».

A través de este texto Picón muestra el infortunio de la protagonista, a la vez que habilita la comprensión de su comportamiento y su elección de vida. Una joven llena de dudas, forzada por su madre a un casamiento que le inspira desconfianza, víctima de múltiples agresiones y atraída por un amigo siempre presente, abandona a su marido.

Finalmente comparte vida familiar con su nueva pareja e hijos, pero no deja de cuestionar las decisiones tomadas ni de sufrir la culpa heredada o aprendida por la moral burguesa.







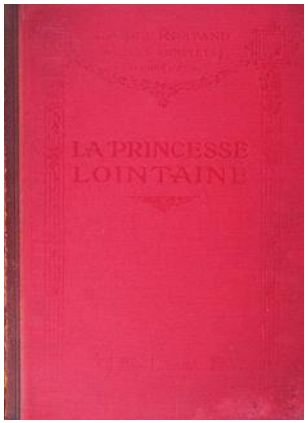
José Cuchy y Luis Pellicer, Conjunto de ilustraciones publicadas en *La honrada*, de Jacinto Picón, Barcelona, Heinrich y Cía., 1890
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

A fines del ochocientos la editorial barcelonesa Heinrich y Cía. tomó la decisión comercial de publicar novelas ilustradas de costumbres contemporáneas. Estas tuvieron un papel fundamental para describir, informar e instruir aconteceres, reglas y prácticas sociales.

En el caso de *La honrada,* el arte gráfico estuvo a cargo de dos de los más destacados dibujantes del momento: José Cuchy (1857-1925), pintor, decorador e ilustrador, fundador del semanario *Madrid Cómico* y famoso retratista en Barcelona, y Luis Pellicer (1842-1901), pintor y dibujante con gran producción visual para prensa y director artístico de la editorial Montaner y Simón.

Cuchy se encargó de las imágenes detallistas de pequeñas dimensiones que aparecen en el cierre de capítulos y revelan escenas de la protagonista en acción —durmiendo, leyendo, cuidando a su hijo, etcétera—, mientras que Pellicer se ocupó de la generalidad de dibujos en el interior, que muestran al personaje principal de manera individual y en relación con otros.

Más de ochenta imágenes pueden apreciarse en esta novela, de las que elegimos mostrar apenas un par, con el cometido de observar la difusión de usos y quehaceres atribuidos a las mujeres a fines del siglo XIX: la música (con especial énfasis en la interpretación del piano) y la lectura *liviana* en la intimidad en los momentos de ocio, con prevalencia de la novela.



Edmond Rostand, *La princesse lointaine: pièce en quatre actes, en vers*, París, Librairie Pierre Lafitte & Cie., 1910
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En su interior se lee: «Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde P. de Batlle y Ordoñez. Julio 10 - 1916 Piedras Blancas. Regalo de mi hijo Rafael para la Biblioteca de las dos».

La literatura da cuenta de la construcción de una sensibilidad entre las mujeres burguesas en la que se identifican modelos femeninos de la cultura francesa del Novecientos. Un ejemplo son los personajes ficticios de la princesa de Oriente y la condesa de Trípoli Mélissinde en la obra *La princesse lointaine*, del dramaturgo y poeta francés Edmond Rostand (1868-1918).

Situada en el medioevo, Mélissinde es la amada inalcanzable de Jauffré Rudel, príncipe de Blaye y trovador de Aquitania (suroeste de Francia); una mujer deseada, caprichosa y difícil de conquistar, que solo se humaniza con el gesto de un beso en el momento previo a la muerte del hombre que yace en sus brazos.

La pieza fue estrenada en París en 1895, protagonizada por la destacada actriz francesa Sarah Bernhardt (1844-1923). De la ocasión se conservan litografías del artista checo Alphonse Mucha (1860-1939). Posteriormente, en 1909, Margarita Xirgu (actriz y directora teatral española-uruguaya) encarnó al mismo personaje en el Teatro Principal de Barcelona.

En este contexto, la «Biblioteca de las dos», perteneciente a Matilde Pacheco y Ana Amalia Batlle y custodiada por el Museo Histórico Nacional, cobra gran valor por tratarse de una de las pocas bibliotecas femeninas que se conservan como tales en el país. No obstante, esta condición dificulta los estudios comparativos que permitan conocer de primera mano los contenidos más frecuentes —y los excepcionales— en este tipo de colecciones. Asimismo, a menudo fueron las mujeres las que se encargaron de conservar la memoria familiar y del país, debido a lo que la historiadora Lourdes Peruchena denominó «maternidad republicana». Según la autora, entre 1875 y 1905 en Uruguay se consolidó un modelo de raíz ilustrada que reservaba para la mujer-madre la doble función de contribuir al Estado-Nación con una alta fecundidad —a fin de poblarlo— y asumir «el papel nutricio y socializador de [ser] formadora de ciudadanos».[5] La mujer se convertía, según ese modelo, en la referente para la formulación de una identidad nacional y republicana desde su rol de educadora doméstica. En ese marco, muchas de las donaciones recibidas de manos de mujeres estuvieron vinculadas a su papel conservador de la memoria de sus familias y del país.

En el Museo Histórico Nacional existen colecciones de diversa naturaleza relacionadas con mujeres, mayormente pertenecientes a la élite del país.[6] Es preciso distinguir entre los casos en que las colecciones fueron creadas por mujeres[7] y los casos en que las mujeres fueron intermediarias, es decir, quienes realizaron la donación o la venta de piezas al Estado. Estos últimos fueron los más habituales; es significativo el número de mujeres entre quienes entregaron al Museo colecciones que habían pertenecido a figuras vinculadas a la historia política y militar del país o a los círculos intelectuales.

En este contexto, en 1963 comenzó el proceso de donación de la Colección José Batlle y Ordóñez al MHN, realizada por Ana Chervière Michaelsson, nuera del expresidente. El proceso tuvo varias etapas y se extendió hasta finales de la década de 1960. Se hizo en cumplimiento de la voluntad de los hijos varones de José Batlle y Ordóñez y Matilde Pacheco: César, Rafael y Lorenzo, por medio de quien fue la esposa de Rafael y nieta de Matilde por parte de su hija mayor, Sofía Michaelsson, fruto de su primer matrimonio.

---

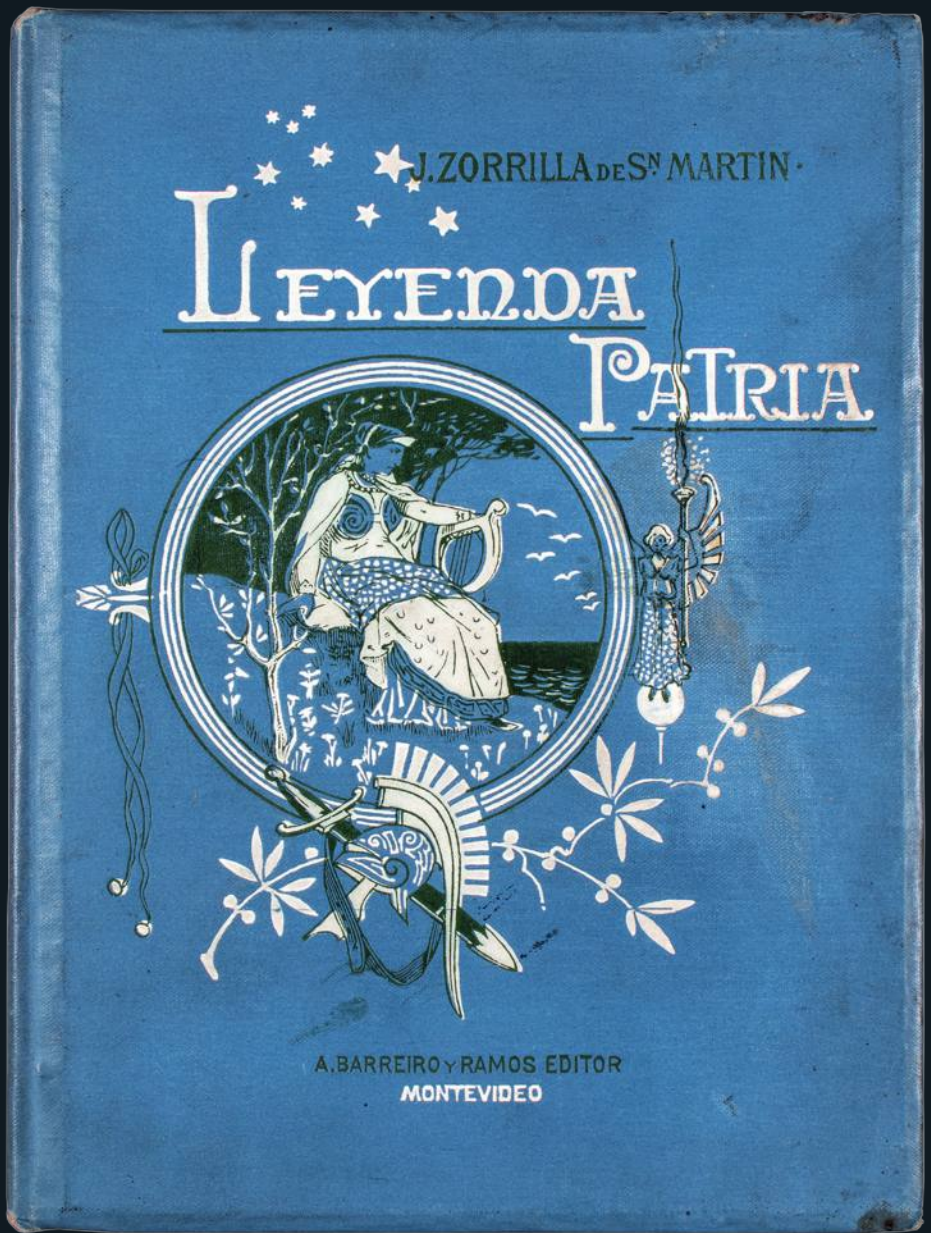
[5] Peruchena, Lourdes, *Buena madre, virtuosa ciudadana: maternidad y rol político en las mujeres de las élites (Uruguay, 1875-1905)*, Montevideo, Rebeca Linke, 2010, pp. 186 ss.

[6] Entre ellas: Teresa Santos de Bosch (1874-?), María Santos de Larravide (1876-?), Isabel Caravia de Castro (1845-?), Inés Maine Rondeau, Manuela Nebel de Herrera (1875-1952), Dolores Algorta de Fernández, María V. de Giménez de Aréchaga, Margarita Uriarte de Herrera (1868-1943), Margarita J. Jameson de Aparicio y M. Aparicio de Botto, María Cibils de Gómez, Carolina Lara de Richthofen (1850-1920), Manuela Herrera de Salterain, Matilde Idiarte Borda, Celia Idiarte Borda (1886-?) y María Ester Idiarte Borda (1891-?), Erminia G. de Berro, María Flores de Gambin y Blanca E. Flores, Ángela Cuestas de Grunwaldt (1870-1959) y Cecilia Cuestas de Quintana, María Angélica Ros, Asunción Sainz de la Peña de Tajes, Carmen Regunaga de Gutiérrez y Esther Gutiérrez de Viana.

[7] Entre las décadas de 1940 y 1960 se donaron varios álbumes pertenecientes a mujeres uruguayas del siglo XIX, que reunían pinturas, dibujos, manuscritos y varios recortes, como dictaba la costumbre. Entre ellos se encuentran los de Dolores Vidal de Pereira, las hermanas Antuña, Angelita Paullier y Mercedes Fernández Más.

Juan Zorrilla de San Martín, *La leyenda patria*, Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1896
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En el interior del libro se lee: «Matilde P. de Batlle y Ordoñez y Ana Amalia. Febrero 15, 1905. Nuestra común biblioteca».





Rubén Darío (director literario), Leo Merelo (director artístico), *Mundial Magazine. Vol. II, Núm. 7-12, noviembre de 1911 - abril de 1912* [números independientes encuadernados posiblemente por la familia], París, Leo Merelo & Guido Fils, 1911-1912
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En el interior del libro se lee: «Regalo de papá. Piedras Blancas. Octubre 10 de 1912. Montevideo. Biblioteca de las dos». Esta fue una revista de los empresarios uruguayos Alfred y Armand Guido, que tuvo como director literario al poeta, periodista y diplomático nicaragüense Rubén Darío (1867-1916). Convocó a colaboradores y escritores de España e Hispanoamérica, entre ellos Amado Nervo, Enrique Rodríguez Larreta, Ramiro de Maeztu, E. Gómez-Carrillo, Leopoldo Lugones, Francisco Gamboa, F. Villaespesa y Julio Camba. Era un espacio para la creación y divulgación de poesía, teatro y narración breve. Además, su contenido de perfil cultural reunió reportajes, crónicas y artículos sobre arte, historia, moda, literatura, ciencias, actualidad social y política, entre otros temas.

Tenía periodicidad mensual y sus destinatarios principales eran hispanohablantes. La publicación tuvo gran impacto entre los residentes de lengua castellana en París. Se caracterizó por su portada a color y más de ciento cincuenta páginas por número. Incluyó fotografías, dibujos, caricaturas e ilustraciones. También tuvo abundante publicidad de agentes de países tanto europeos como americanos.

La donación consistió en la entrega de un inmueble —la casaquinta ubicada en Piedras Blancas más dos hectáreas circundantes— y un conjunto muy diverso de objetos como mobiliario, vestimenta, pinturas, esculturas, documentos escritos, álbumes de postales y fotografías. El proceso también incluyó la donación de la biblioteca personal de José Batlle y Ordóñez, además de la de su esposa e hija. La donación de la quinta de los Batlle Pacheco culminaba el proyecto del Prof. Juan Pivel Devoto, director del Museo, quien, en el afán de constituir un complejo museístico con casas históricas representativas de diversas etapas y sectores políticos, había logrado unos años antes la incorporación de la quinta del Dr. Luis Alberto de Herrera.

Colección «Biblioteca de las dos»

La «Biblioteca de las dos», conformada por Matilde y Ana Amalia a lo largo de sus vidas, está constituida por aproximadamente 700 volúmenes. Esta biblioteca se conserva en la quinta de José Batlle y Ordóñez, lugar adonde en 1911 se mudó la familia Batlle Pacheco. Allí sus dueñas destinaron una habitación y muebles para alojar su colección, por lo que fue el lugar donde se asentó y tomó forma esta biblioteca.

La denominación más frecuente de esta colección es «Biblioteca de las dos», debido a que este nombre fue registrado así por ambas en las primeras hojas de la mayor parte de sus libros, a modo de marca de propiedad o *exlibris*.[8] Otros nombres que aparecen son: «Biblioteca común nuestra», «Nuestra biblioteca común», «Nuestra biblioteca», «Nuestra común biblioteca» y «Biblioteca de las Piedras Blancas». El propósito de reunir los libros de las dos en una sola colección se manifiesta de forma expresa precisamente a partir de 1911, cuando a las publicaciones (incluso a las datadas anteriormente) se agregaron notas manuscritas con expresiones como «Biblioteca de las dos» u otras semejantes en carácter de marca de propiedad.

Hay libros en distintos idiomas, pero predominan claramente el francés y el español. Casi un 40 % está en francés y poco más del 50 % en español, a lo que se suman dos títulos en inglés y uno en portugués. Este dato sugiere que Ana Amalia y Matilde leían

[8] Según la Real Academia Española, *exlibris* es una locución latina que refiere a una marca personal de propiedad, a la manera de la etiqueta, estampa, sello o grabado que suele colocarse en el reverso de la cubierta de los libros, en la cual consta el nombre del dueño o el de la biblioteca a la que pertenece el libro. Puede utilizarse *exbibliotheca* o *exlibris*, según el caso.
Una definición más amplia, ya en desuso, incluía en este concepto las marcas de propiedad manuscritas. En la introducción a un compendio de *exlibris* manuscritos e impresos célebres españoles editado en 1934, Bernardino de Melgar y Abreu (conocido como Marqués de Piedras Albas) hacía notar lo que define a esta costumbre proveniente de la Antigüedad (*De ex libris*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1946, p. 35): «Por *ex libris* entendemos la marca que indica la propiedad del libro o de la biblioteca a que el libro pertenece; de donde se sigue que todos los afortunados poseedores de biblioteca deben marcar los libros con sello característico que contenga el nombre de los propietarios, a cuyo sello se denomina *ex libris.* La marca o sello de que se trata equivale a un título legítimo de propiedad, notorio a cuantos manejan el libro y necesario en caso de extravío o substracción del mismo».

por igual en ambos idiomas, lo que era habitual en las clases altas uruguayas de inicios del siglo xx, reflejo de la fuerte influencia de la cultura francesa.

Como señala la historiadora Silvia Rodríguez Villamil, la avasallante cultura francesa marcó ciertas pautas que podrían considerarse secundarias, pero que distinguían la pertenencia a las élites: la vestimenta, normas que regían el trato social, los modales, las costumbres, el consumo de alimentos y bebidas y hasta los temas de conversación. Los libros y las lecturas no eran una excepción: había un claro dominio europeo, particularmente francés, algo que la «Biblioteca de las dos» refleja.[9] En ella podemos encontrar textos clásicos y contemporáneos de autores españoles, franceses y británicos, entre otros, aunque también de escritores latinoamericanos y uruguayos.

Géneros y clases de textos que componen la biblioteca

Los temas y géneros literarios presentes en la colección son variados; sin embargo, predomina la narrativa. La novela ocupa un lugar destacado: a este género corresponden 369 volúmenes, el 54 %. A ella se suman unos 14 libros de cuentos y algunas epopeyas, que abarcan desde la antigüedad hasta la contemporaneidad de Ana Amalia y Matilde: *La Ilíada* en dos tomos, *La Eneida* y *Tabaré,* del uruguayo Juan Zorrilla de San Martín. Los restantes géneros y subgéneros no alcanzan individualmente al 10 %, lo que indica, a grandes rasgos y a excepción de las novelas, cierta variedad de lecturas.

Entre las novelas hay distintos tipos: históricas, realistas, románticas, de aventuras o policiales. Las novelas históricas son las más abundantes, con autores como Walter Scott —el más frecuente en la biblioteca— y Alejandro Dumas. También hay una importante presencia de novelistas de corte realista de diversas procedencias, como el ruso León Tolstoi, el inglés Charles Dickens, el español Benito Pérez Galdós o el francés Honoré de Balzac. De estos dos últimos, en la biblioteca se conserva gran parte de sus colecciones más destacadas: de *Episodios nacionales* de Pérez Galdós hay 43 volúmenes y de *La comedia humana* de Balzac hay 39; las obras de estos dos escritores suman más de un 20 % del total de novelas.

En lo que refiere a las novelas románticas, una de las autoras más leídas por Ana Amalia y Matilde —a juzgar por la frecuencia de su aparición— fue la francesa Marcelle Tinayre, con unos 16 títulos. También se encuentran la británica Ethel M. Dell y la francesa Sophie Cottin, entre otras. Entre las novelas policiales y de aventuras se encuentran las de Sherlock Holmes, escritas por Arthur Conan Doyle, publicadas a partir de la década de 1880, lo que habla de cierta contemporaneidad en las lecturas.

Asimismo, aparecen en formato de novelas las vidas de algunos personajes históricos. En este sentido, sobresale el interés por ciertas mujeres destacadas, ya que a las

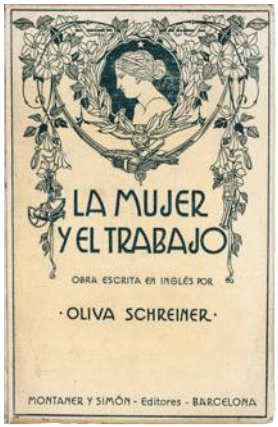
[9] Rodríguez Villamil, Silvia, *Las mentalidades dominantes en Montevideo (1850-1900),* Montevideo, Banda Oriental, 2008, pp. 120-121, 248-252.



Rafael Arlas Buccelli, *El carácter nacional: consolidado por el hogar, la escuela, el trabajo y el ideal*, Montevideo, El Nacional, 1903
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Esta obra, publicada en 1903, fue obsequiada y dedicada a Matilde por su autor, Rafael Arlas Buccelli, quien tuvo una importante actuación en el área de la educación en Uruguay. En la primera página se lee: «A la distinguida Señora Dna Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez, digna esposa de S. E. el Señor Presidente de la República. Como débil tributo a sus nobles sentimientos y virtudes. El autor».

Este libro es un ejemplo de las obras producidas en el Novecientos que fueron escritas por varones y dirigidas a mujeres, que dan cuenta de los gustos y comportamientos esperables en estas. Allí se reflejan mandatos femeninos como la maternidad, la obediencia, el recato, las buenas maneras, la sensibilidad y el decoro, que evidencian el ideal femenino ostentado por la burguesía de comienzos del siglo xx. En este caso, los mandatos femeninos entraban en diálogo con el nacionalismo, que tenía como base la educación y el trabajo.



Olive Schreiner, *La mujer y el trabajo: reflexiones sobre la cuestión feminista*, Barcelona, Montaner y Simón, 1914
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Publicada en 1914, esta traducción al español de la feminista sudafricana Olive Schreiner formó parte de la «Biblioteca de las dos». El ejemplar se incorporó a su colección el 9 de agosto de 1914.

Schreiner nació en la ciudad de Wittebergen en 1855, en el período en que Sudáfrica era colonia del Imperio británico. Trabajó como institutriz para varias familias, lo que la llevó a viajar por distintas partes del país, muchas veces en zonas rurales. Estudió enfermería y gracias a ello en 1880 pudo viajar a Edimburgo (Escocia) por una oferta laboral del Hospital Real. Al año siguiente se trasladó a Inglaterra y se dedicó a la escritura, aunque ya desde joven había comenzado a escribir cuentos y diarios personales. En 1883 publicó su primer libro, *Historia de una granja africana,* bajo el seudónimo de Ralph Iron. La obra tuvo gran éxito y en ediciones siguientes se publicó con su nombre real. Schreiner continuó escribiendo narrativa y a su regreso a Sudáfrica publicó algunos ensayos sobre racismo en varios periódicos y revistas.

En 1911 publicó *La mujer y el trabajo,* una obra fundamental en el debate feminista, en la que defiende la incorporación de las mujeres al mercado laboral. Al final dice «¡Bienaventuradas las mujeres que trabajan, porque de ellas es el reino del amor!».

novelas biográficas se suman los ensayos históricos sobre algunas figuras femeninas; María Antonieta de Austria[10] es el ejemplo más repetido. Los textos de este tipo ocupan el tercer lugar de los presentes en la colección, con 43 volúmenes, lo que representa un 6 % del total de las obras. Este interés parecería haber sido particularmente de Matilde, si atendemos a los años de adquisición, que corresponden mayormente a su juventud y su adultez posterior a la muerte de Ana Amalia.

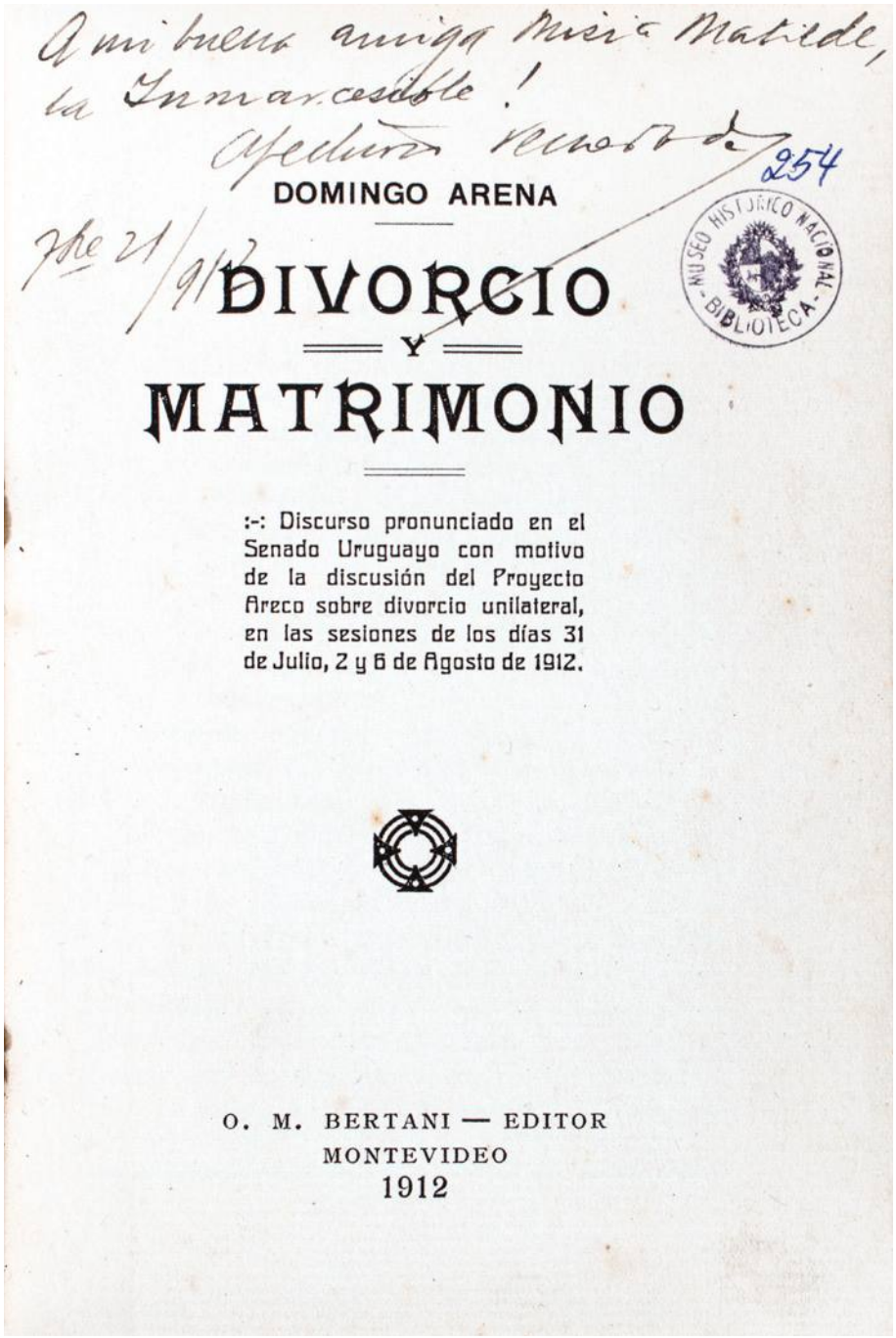
La poesía es otro de los géneros presentes en esta colección, con unos 49 volúmenes. Esta proporción resulta bastante baja en relación con lo que eran las lecturas femeninas esperables en el Novecientos. Entre los poetas se encuentran numerosos autores uruguayos y latinoamericanos. Por ejemplo, hay una antología de poetas argentinos en varios tomos; *Parnaso uruguayo,* compilado por Antonia Artucio Ferreira; *La isla de los cánticos,* de María Eugenia Vaz Ferreira, y *Lira americana,* que, según se explica, contiene «poesías de los mejores poetas del Perú, Chile y Bolivia recopiladas por Don Ricardo Palma». Entre los ejemplos europeos se encuentran las poesías completas de Victor Hugo, *Las flores del mal,* de Charles Baudelaire, y *Gritos de combate,* de Gaspar Núñez de Arce. Se destaca también una selección de poetas españoles, lo que permite inferir cierta preferencia por la lectura de este género en lengua española. Además, se evidencia cierto equilibrio en la elección de autores nacionales, americanos y europeos.

Otro de los géneros presentes es el dramático, que constituye alrededor de un 5 % del conjunto, es decir, unas 33 obras. El interés de Matilde y Ana Amalia recayó sobre los autores teatrales clásicos, como William Shakespeare, Victor Hugo, Pierre Corneille, Lope de Vega, Tirso de Molina o Johann Wolfgang von Goethe.

La historia es un área de interés evidente entre sus lecturas, a juzgar por algunos relatos y por la cantidad de obras sobre la materia que poseían: unos 55 volúmenes, que corresponden a un 8 % del total. A los libros sobre historia europea, americana e incluso asiática, de diversos períodos y con distintos énfasis —como historia del arte, de las creencias o de la literatura—, se suman las novelas históricas y biografías. Probablemente este interés también fuera satisfecho a través de la biblioteca de José Batlle y Ordóñez, donde los libros sobre esta temática abundaban.

También se destacan algunos de carácter antropológico o étnico, como *Historia y costumbres de los gitanos, Tradiciones peruanas* (en dos tomos), *Tradiciones argentinas, Las civilizaciones de la India, La sociedad japonesa, China. Dos años en la ciudad prohibida* o *Historia de las creencias* (en varios volúmenes). Muchos de estos textos pertenecen a la editorial Montaner y Simón.

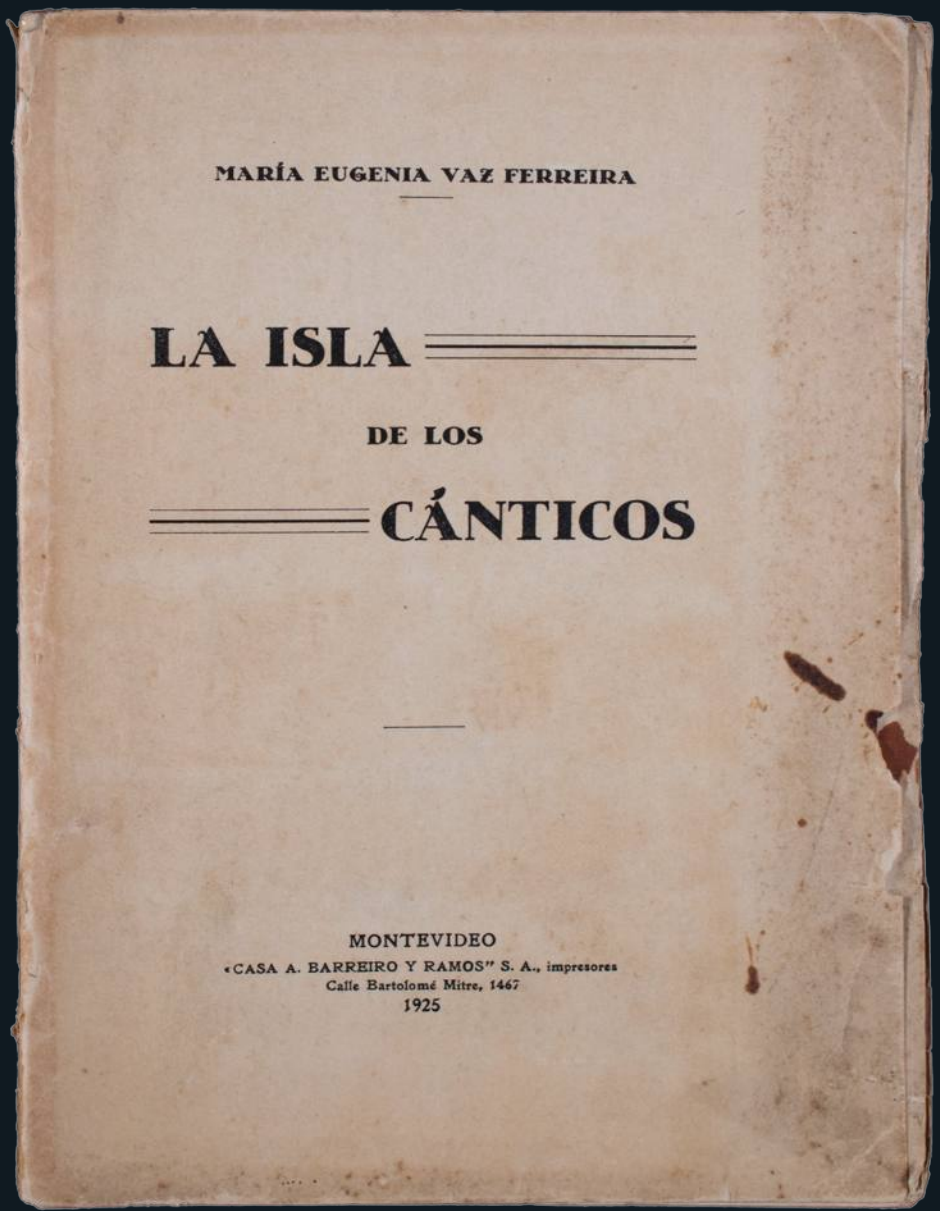
[10] En la biblioteca existen seis biografías de ficción y no ficción, a las que se suma su presencia en libros dedicados a la compilación de vidas de mujeres, como la colección Mujeres Célebres, publicada por la editorial madrileña Álvarez Hermanos.



Domingo Arena, *Divorcio y matrimonio: Discurso pronunciado en el Senado Uruguayo con motivo de la discusión del Proyecto Areco sobre divorcio unilateral, en las sesiones de los días 31 de Julio, 2 y 6 de Agosto de 1912*, Montevideo, O. M. Bertani, 1912
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

El político, parlamentario, abogado y periodista ítalouruguayo Domingo Arena (1870-1939) cultivó una estrecha amistad con la familia Batlle Pacheco y fue un referente del reformismo batllista dentro del Partido Colorado, con gran interés por la situación de la clase trabajadora y la condición de las mujeres. Esto se refleja en la publicación de uno de sus discursos parlamentarios de 1912, bajo el título *Divorcio y matrimonio*. En él se aprecian sus reflexiones sobre «los buenos y malos matrimonios» y los beneficios del divorcio en comparación con «un mal matrimonio [que] hace infinitamente más daño á la sociedad que cien divorcios». En la «Biblioteca de las dos» se encuentra este ejemplar dedicado a Matilde, donde el autor escribió: «A mi buena amiga Misia [mi señora] Matilde, la inmarcesible! [inmarchitable!] Afectuoso recuerdo de Domingo Arena […] 21/912».

Además de correligionario, fue íntimo amigo de José Batlle y Ordóñez. El vínculo de confianza entre ellos fue tal que, durante el viaje de la familia Batlle Pacheco por Europa y el norte de África, entre 1907 y 1911, Batlle enviaba por correspondencia las indicaciones para la reforma arquitectónica de la casaquinta de Piedras Blancas a Arena, quien se ocupaba personalmente de supervisar la obra. Asimismo, la cercanía entre las quintas de ambos, localizadas a menos de dos kilómetros de distancia, permitió las visitas frecuentes de uno al otro. Los libros de audiencias de la quinta de los Batlle Pacheco dan cuenta de este aspecto, ya que el registro de la visita de Arena es prácticamente diario.

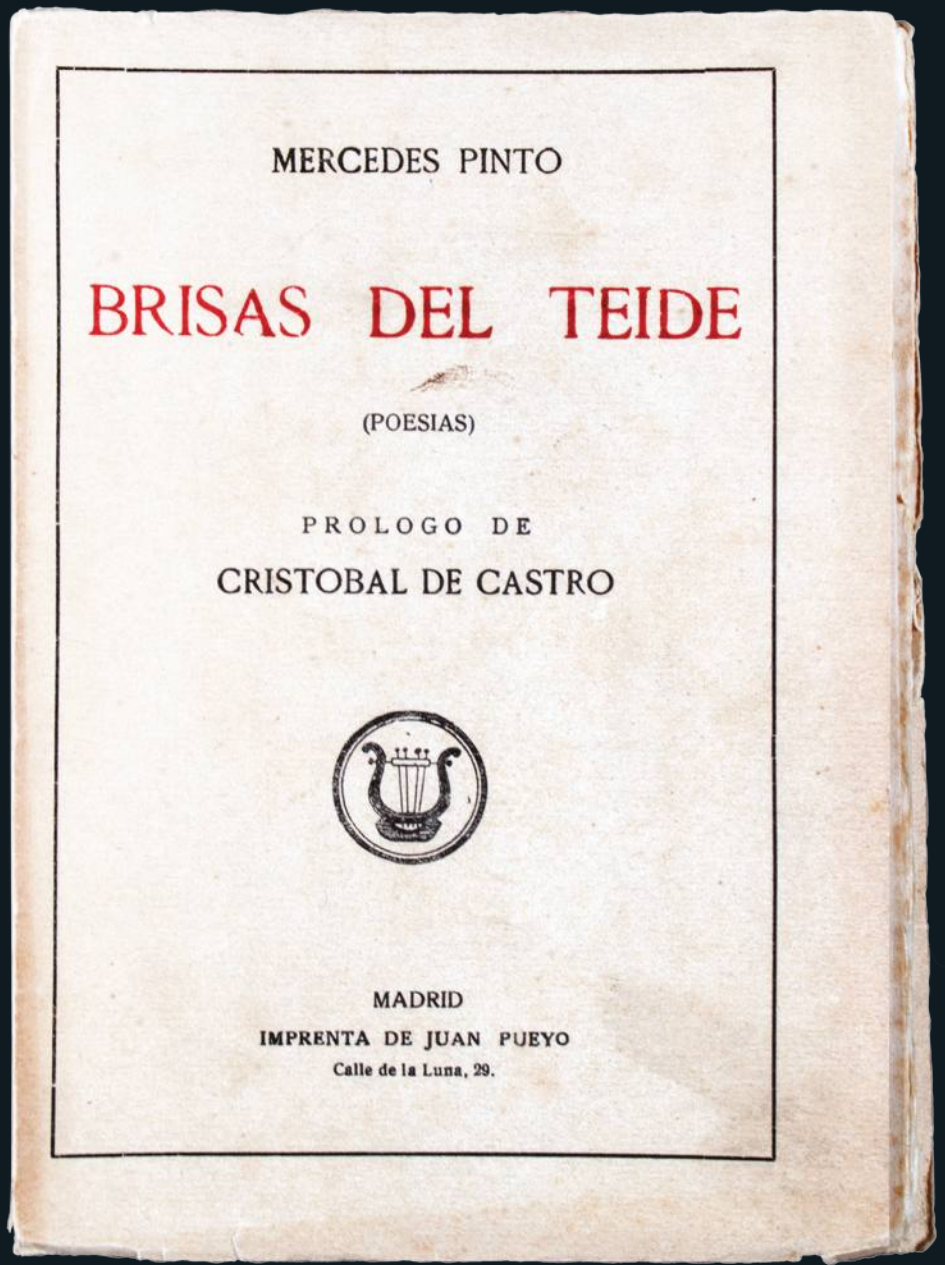


María Eugenia Vaz Ferreira, *La isla de los cánticos*, Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1925
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En el interior se lee: «Regalo de mi nieta Teresita para nuestra Biblioteca», con fecha 22 de enero de 1925. Este fue uno de los últimos libros en incorporarse a la Biblioteca, casi un año antes del fallecimiento de Matilde, gracias al obsequio de Teresita Chervière (hija de Matilde Sofía Michaelsson Pacheco, nacida en 1901). Es a la vez uno de los pocos libros dedicados por mujeres en esta colección.

María Eugenia Vaz Ferreira, una de las poetisas uruguayas más reconocidas, nació en Montevideo en 1875. Paralelamente se destacó en la música como concertista y compositora. Al principio sus poemas fueron publicados en las principales revistas de literatura rioplatenses. En 1905, Raúl Montero Bustamante publicó *El Parnaso Oriental,* que incluyó once de sus poemas. También se desempeñó en la dramaturgia y presentó tres obras en el Teatro Solís: *La piedra filosofal,* con texto y música de ella, en 1908; *Los peregrinos,* en 1909, y *Resurrexit (Idilio medieval),* en 1913, musicalizado por César Cortinas. En 1915 asumió la cátedra de Letras de la Universidad de Mujeres.

El libro que aparece aquí fue publicado de forma póstuma por su hermano, el filósofo Carlos Vaz Ferreira. Para esta edición la autora había seleccionado cuarenta poemas, a los que se agregó otro a pedido de Carlos. María Eugenia llegó a corregir algunas versiones, pero falleció tempranamente en 1924.


MERCEDES PINTO

BRISAS DEL TEIDE

(POESIAS)

PROLOGO DE

CRISTOBAL DE CASTRO

MADRID

IMPRENTA DE JUAN PUEYO

Calle de la Luna, 29.

Mercedes Pinto, *Brisas del Teide. Poesías*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, [1924]
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En las primeras páginas aparece una dedicatoria de la autora: «Almas… almas… almas… busca la autora con una luz en la mano como Diógenes… Y he aquí que me dicen que Ud es 'un alma', como las quiero yo, que sabe lo que es amor y belleza y Sol y lágrimas… ¡un alma divina! y yo saludo aquí reverente a la señora Dª Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez, como se saluda a todo lo grande y a todo lo santo…! Mercedes Pinto y Armas Clós».

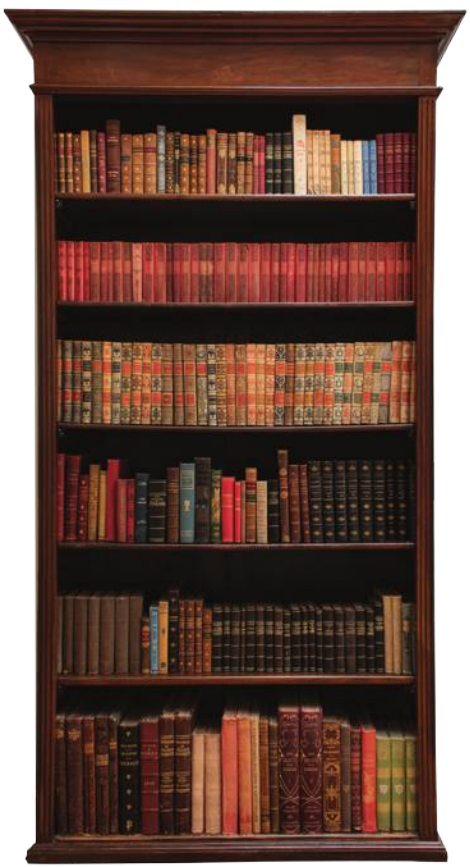
Mercedes Pinto nació en 1883 en Tenerife (España). Comenzó a escribir desde joven, publicó sus creaciones en diarios locales y ganó diversos premios, gracias a lo cual se la apodó *la Poeta Canaria.* Alrededor de 1920 se trasladó a Madrid, donde se relacionó con intelectuales y escribió para diarios y revistas. En 1924 publicó *Brisas del Teide,* su primer poemario. Ese mismo año decidió exiliarse en Uruguay, debido a que su conferencia en la Universidad Central de Madrid de 1923, *El divorcio como medida higiénica,* desencadenó su destierro por orden del dictador José Antonio Primo de Rivera.

En Uruguay diversificó su carrera y realizó una gran labor de divulgación cultural: fundó la Compañía Teatral de Arte Moderno y la Casa del Estudiante, ejerció como periodista en *Mundo Uruguayo* y *El Día* y continuó su carrera de escritora. En 1926 publicó su libro *Él* —llevado al cine en 1952 por Luis Buñuel— y en 1930 estrenó en el Teatro Solís la obra dramática *Un señor… cualquiera,* que también fue publicada como libro. A propósito del estreno de esta obra, la crítica de prensa señalaba que en uno de los personajes femeninos «la señora Mercedes Pinto coloca[ba] su ideal de escritora y de predicadora feminista».

Luego vivió en varios países de Latinoamérica, donde también continuó desarrollando su faceta periodística y de escritora. En 1943 se instaló definitivamente en México.

Biblioteca de seis estantes
Sin datos de fabricante
Sin datos de lugar ni fecha
Madera
116 × 235 × 30 cm
MHN

Este mueble pertenece a un conjunto de tres bibliotecas que, presumiblemente, se encontraban en una sala femenina ubicada en la casaquinta de Piedras Blancas, donde se realizaban actividades como leer, coser, bordar y otras de carácter recreativo u ocioso, típicas de las mujeres y niñas de la alta sociedad del Novecientos. Estos estantes albergaron la colección que Matilde y Ana Amalia denominaron «Biblioteca de las dos».



La función educativa en la formación de los hijos que se buscaba con el viaje que hicieron a Europa y África explica la aparición de títulos sobre historia, geografía, arte y literatura de diferentes países. La curiosidad por conocer culturas y espacios extranjeros más allá de los visitados se observa en la presencia de libros de la denominada *literatura de viajes,* que relatan las experiencias de viajeros en lugares diversos del globo. Se trataba de un tipo de lectura muy apreciado en el período por permitir conocer sitios que en los hechos era prácticamente imposible visitar. En esta línea se identifican una decena de volúmenes, en varios casos ilustrados y de gran formato.

La literatura llamada *didáctica* también está presente. Estos textos, que buscaban enseñar y divulgar conocimientos de diversas áreas, se pueden agrupar en la biblioteca en, por un lado, manuales, en los que se enseñaba desde métodos para aprender inglés o a escribir hasta cómo ser buena madre, esposa o elegir a la pareja adecuada para casarse. Por otro lado están los que abordan temas científicos, como astronomía, botánica y apicultura, y por último los libros enciclopédicos, sobre geografía, historia natural, astronomía popular o ciencias de la atmósfera.

Además, se distingue un conjunto de libros sobre temas debatidos en el Uruguay de principios del siglo xx. Sin embargo, las fechas de publicación de estos textos suelen ser posteriores a la muerte de la hija, por lo que en principio solo podemos identificarlos como parte de las lecturas de interés de la madre. Hay, por ejemplo, un texto de reivindicación de los derechos de las mujeres de la feminista de origen sudafricano Olive Schreiner, activista en la lucha por la igualdad femenina en materia económica y social.

Se destaca entre estos títulos también la discusión en torno al divorcio, con obras de pensadores como Domingo Arena, quien dedicó a Matilde un ejemplar de *Divorcio y matrimonio* (1912), con algunos de sus discursos en el Parlamento en defensa de un proyecto de ley presentado por el senador batllista Ricardo J. Areco para permitir el divorcio por causa unilateral.[11] Arena defendió el proyecto y participó en una extensa discusión pública al respecto. Tal como explica en el libro, y a partir de intercambios con Carlos Vaz Ferreira, sugirió como estrategia considerar primeramente la voluntad femenina, debido a su inferioridad de condiciones respecto al esposo. La causal,

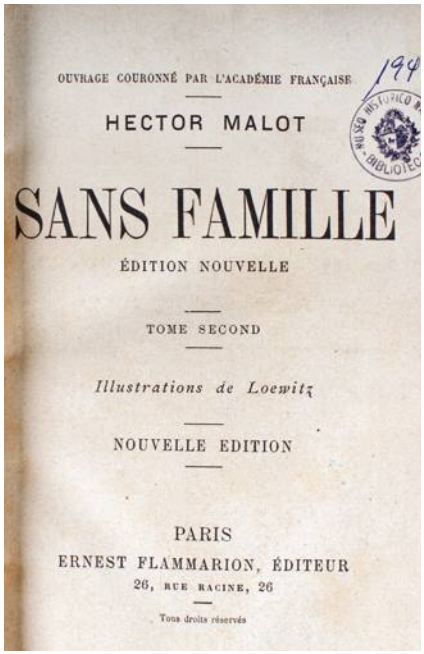
[11] El proyecto, que había sido presentado en febrero de 1912, pretendía ampliar el artículo 1.º de la ley de divorcio de 1907, conocida como la primera ley de divorcio aprobada en Uruguay. Este establecía el divorcio por mutuo acuerdo, mientras que la ampliación de Areco buscaba permitir el divorcio por «la sola voluntad de uno de los cónyuges». En su análisis de esta discusión en el marco de la moral del Novecientos, el historiador José Pedro Barrán explica que, para las mentalidades más conservadoras, este planteo significaba entregar por completo la institución matrimonial a uno solo de los esposos, lo que se consideraba peligroso. El matrimonio era concebido como la base de la familia y de esta dependía la estabilidad del Estado y la sociedad, por lo que la constitución de la familia no podía quedar librada a la decisión individual de los cónyuges. Barrán, José Pedro, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos,* Montevideo, Banda Oriental, 2008, pp. 170-194.

aprobada finalmente en setiembre de 1913 como la tercera Ley de Divorcio, se hizo conocida como «divorcio por la sola voluntad de la mujer».[12]

También hay un texto dedicado a Matilde por Mercedes Pinto, escritora española exiliada en Uruguay a partir de 1923, expulsada de su país luego de haber pronunciado una conferencia en la Universidad de Madrid sobre «El divorcio como una medida higiénica».[13] Si bien no contamos con documentos que especifiquen la postura de Matilde al respecto, su trayectoria vital, la presencia de estos libros y sus vínculos con personas como Arena o Pinto dan la pauta del interés que este tema tenía para ella.

Temas que aparecen muy escasamente son los religiosos. Solo se encuentra una hagiografía de san Luis y *Las moradas,* de santa Teresa. Si bien podría llamar la atención la ausencia de textos como misales o ejercicios espirituales en una biblioteca femenina, la historia de vida de Matilde y la resistencia de ciertos sectores católicos a su vínculo con José Batlle y Ordóñez abonaría la falta de interés en esos asuntos. En efecto, si se juzga por sus contenidos, el carácter arreligioso es más marcado en la biblioteca de Matilde y Ana Amalia que en la biblioteca personal de Batlle y Ordóñez, donde se encuentra una importante cantidad de textos de religión, entre ellos, varios ejemplares de la Biblia.

Si se consideran las fechas de publicación original de los libros y la adquisición familiar, se advierte que se trata de una biblioteca actualizada en cuanto a fechas de edición, aunque no necesariamente contemporánea en cuanto a autores o estilos de escritura. Los escritores que se hallan en la colección pertenecen en su amplia mayoría al siglo XIX y son muy escasos los ejemplos de literatura valorada como vanguardista.


OUVRAGE COURONNÉ PAR L'ACADÉMIE FRANÇAISE

HECTOR MALOT

SANS FAMILLE

ÉDITION NOUVELLE

TOME SECOND

Illustrations de Loewitz

NOUVELLE EDITION

PARIS
ERNEST FLAMMARION, ÉDITEUR
26, RUE RACINE, 26

Tous droits réservés

Hector Malot, *Sans famille,* tomo II, París, Ernest Flammarion, s.d.
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En la portada se lee: «Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde. Regalo de mamá en julio 24 1908, París. Biblioteca de las dos, Piedras Blancas».

Sellos editoriales presentes

A partir del relevamiento de la «Biblioteca de las dos» se encuentran diversas firmas editoriales. Como se mencionó, un elevado porcentaje de libros fueron escritos, publicados y leídos en francés. Algunos sellos registrados con frecuencia son Calman Lévy, Hetzel-Quantin, Flammarion, Hachette et Cie., Bibliothèque Charpentier y Nelson éditeurs.

De los libros en castellano, buena parte fueron traducidos y publicados por editoriales francesas. Es el caso de Garnier Hermanos, que merece especial atención por ser la editorial con más volúmenes (120) dentro de la colección.

Las ediciones en serie o colección, promocionadas como completas, incluían series y recopilaciones de obras literarias clásicas, manuales pedagógicos, textos de divulgación

[12] Ibidem, pp. 170-194.

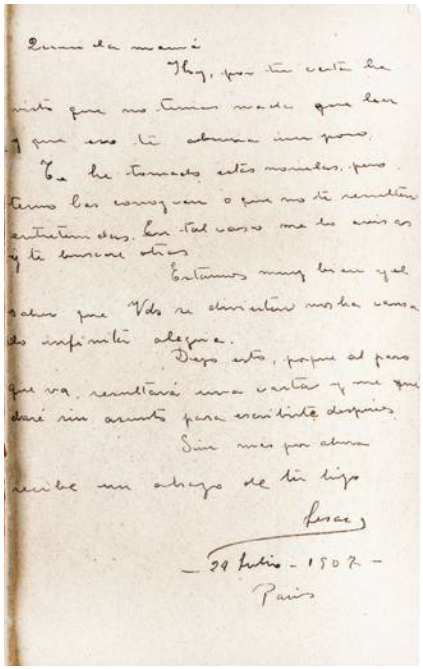
[13] Pinto, Mercedes, *El divorcio como medida higiénica* [1923], Madrid, Ediciones Torremozas, 2019.

François-René de Chateaubriand, *Atala; René; El último abencerraje*, París, Garnier Hermanos, 1898
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En el interior se lee: «Querida mamá, Hoy por tu carta he visto que no tenías nada que leer y que eso te abruma un poco. Te he tomado estas novelas, pero temo que las conozcan o que no te resulten entretenidas. En tal caso me lo avisas y te buscaré otras. Estamos muy bien y el saber que Vds se divierten nos ha causado infinita alegría. Dejo esto, porque al paso que va, resultará una carta y me quedaré sin asunto para escribirte después. Sin más por ahora, recibe un abrazo de tu hijo. César, 24 julio, 1907. París».

François-René de Chateaubriand (1768-1848) fue un aristócrata conservador, enemigo de la Revolución francesa, defensor de la monarquía absoluta, que ocupó cargos públicos durante el reinado de Luis XVIII. Se lo considera fundador del romanticismo en la literatura francesa. *Atala* (1801), *René* (1802) y *Las aventuras del último abencerraje* (1826) son tres novelas cortas publicadas en un mismo volumen. La primera se desarrolla en el delta del Mississippi (Estados Unidos), con una descripción detallada de la exuberante naturaleza y la exótica vida de los nativos natchez. La segunda refiere a un amor imposible (melancólico) que lleva al protagonista a refugiarse en la misma comunidad indígena. La tercera (más reciente), inspirada en un viaje del escritor a Granada (España), relata los amoríos entre una cristiana y un moro perteneciente a la población de los abencerrajes. En todos los casos prima la idea de lo inalcanzable, lo épico, la importancia del cristianismo y la fuerza de lo divino.





científica e histórica y libros de carácter religioso.[14] De estos materiales, en la «Biblioteca de las dos» se destacan, entre otros, los numerosos títulos de Goethe publicados por Charpentier, la colección de obras completas de Balzac y Pierre Loti con el sello editorial de Calman Lévy, las de Benito Pérez Galdós editadas por la Librería de los Sucesores de Hernando y Perlado, Paéz y Compañía, y las de Victor Hugo divulgadas por Hetzel-Quantin. Estas series podían contener más de cincuenta libros cada una.

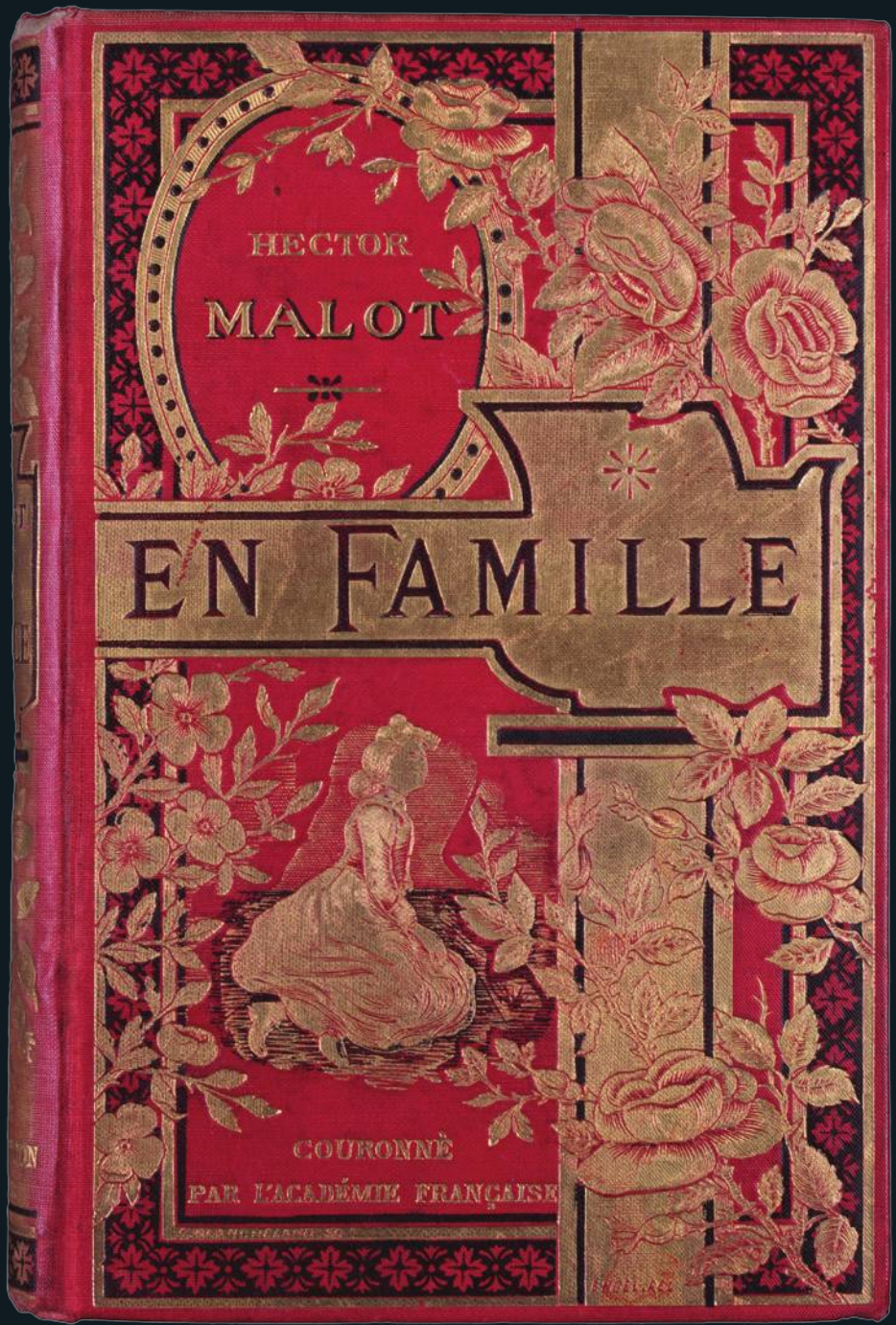
También ocuparon un lugar importante las enciclopedias como las de Librairie Larousse, que en la biblioteca de Matilde y Ana Amalia se descubren en ejemplares de historia de las artes y los museos, historia francesa, así como en atlas ilustrados de países y ciudades europeos.

De la editorial barcelonesa Montaner y Simón existen en la biblioteca más de setenta libros, que resultan especialmente representativos de un estilo de impresión moderno con énfasis en las ilustraciones y encuadernaciones. Relativos a historia se destacan algunos de carácter antropológico o étnico, como *Historia y costumbres de los gitanos*, *Tradiciones peruanas* (con dos tomos), *Tradiciones argentinas, Las civilizaciones de la India, La sociedad japonesa, China. Dos años en la ciudad prohibida, Historia de las*

[14] Fernández, Pura, *La editorial Garnier de París y la difusión del patrimonio bibliográfico en castellano en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1999.

Hector Malot, *En famille*, tomos I y II, París, Ernest Flammarion, 1900 (aprox.)
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»,

Héctor Malot (1830-1907) fue un abogado y escritor francés dedicado a la crítica y sobre todo a la producción literaria. A lo largo de cuarenta años editó más de sesenta novelas, de las cuales tres fueron traducidas al español: *Los amantes* (1859), *Sin familia* (1878, obra cumbre del autor) y *En familia* (1893). Las dos últimas fueron compradas en París durante el viaje familiar y, en su idioma original, forman parte de la «Biblioteca de las dos». En estas obras —también en otras— Malot trata una temática de gran sensibilidad social: la vulnerabilidad en la infancia y la orfandad.



Tarjeta postal enviada por Rafael Batlle Pacheco a Guillermo Michaelsson Pacheco
Sin datos de editor/a
París (Francia), 22 de febrero de 1908
Cartón impreso y manuscrito
14 × 9 cm
Colección particular

En la postal se lee: «Ahí te envío una vista de nuestra casa, de la calle Pergolèse. Las dos ventanas marcadas con tinta (X) son las que nos pertenecen. La primera es la del cuarto de Cesar y la otra es la del mío. Un fuerte abrazo de Rafael. P.D. Recibí tu carta, te la voy a contestar enseguida. Vale».





***Roma æterna: á travers de Rome 225 illustrations*, Berlín, Preuss' Institut Graphik, s.d.**
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En el interior se lee: «Este libro se lo regaló Elsa Acevedo Díaz en nuestra estadía en Roma». Probablemente la grafía corresponde a Matilde Pacheco y referencia la pertenencia a Ana Amalia, que es cercana en edad a la joven remitente. Elsa Acevedo Díaz fue la tercera hija, entre cinco varones, del matrimonio del escritor, periodista, político y diplomático Eduardo Acevedo Díaz (1853-1921) y Concepción Cuevas (1859-1939). Es presumible que madre e hija estuvieran de visita en Roma, durante la misión diplomática de aquel.







creencias (en varios volúmenes). También aquellos ligados a períodos y personalidades como *Napoleón I íntimo. El hombre, el soldado, el cónsul y el emperador en su vida privada*; *América. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos; Historia del Renacimiento*, por mencionar algunos casos. Asimismo, aparecen autores clásicos y novelas, pero tal vez los más atractivos son textos ligados a las ciencias, como *La vida de las abejas, La inteligencia de las flores, Historia natural, Astronomía popular* o *La atmósfera.*

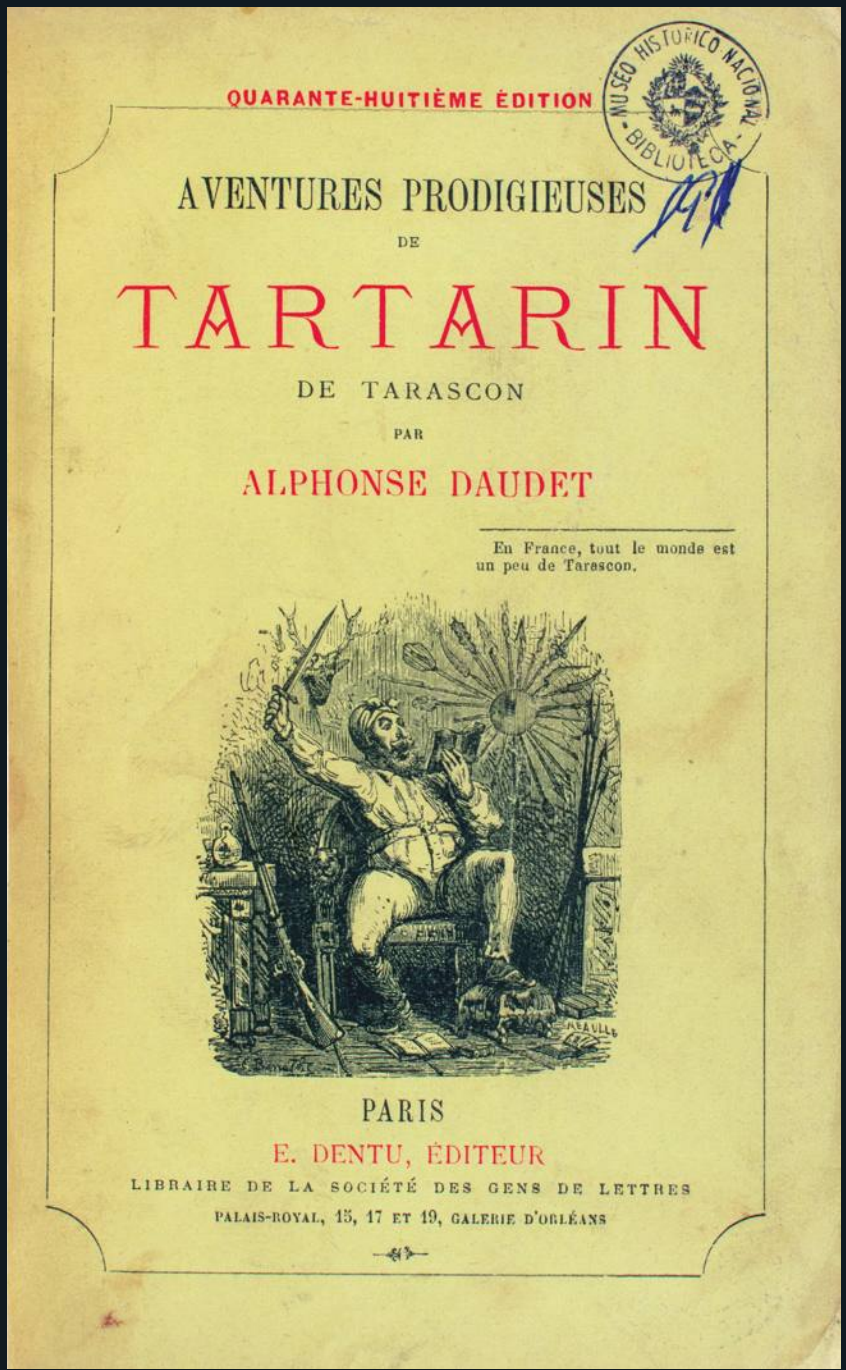
Otras editoriales de Barcelona con presencia en la «Biblioteca de las dos» son Editorial Ibérica, con libros sobre arte; Daniel Cortezo y Ca., con un par de ensayos históricos sobre el enanismo y el gigantismo; Heinrich y Cía., con novelas; Domenech Editor, también con novelas, y Salvat, con enciclopedias de historia del arte. A su vez, se destaca el Establecimiento Tipográfico de Álvarez Hermanos, con una *Galería histórica de mujeres célebres* de siete volúmenes publicados entre 1886 y 1889.

En lo que respecta a las editoriales de la región, aparecen 22 libros procedentes de Buenos Aires. Entre otras casas y textos, se relevaron: Biblioteca de la Nación, con *El Diamante negro,* de Pedro Sales; Editores Martín Viedma e Hijos, con una *Antología* de ocho tomos dedicada poetas argentinos; La Argentina. Sociedad Cooperativa de Librería y Papelería, con *Pequeñeces,* de Luis Coloma; la Librería Nueva de D. Carlos Alou, con la *Compilación de obras literarias* por Francisco Martínez de la Rosa, y Establecimiento Gráfico Robles & Cía., con *Narraciones* de Rafael Calzada. A diferencia de las grandes editoriales europeas, que aparecen de manera repetida y con numerosos títulos, para el caso americano se identifican unos pocos de cada empresa.

Entre las menciones a editoriales y librerías uruguayas, en la biblioteca se encuentran algunos textos con un sello adhesivo que indica el lugar de compra y la firma social, como la de Barreiro y Ramos, dedicada tanto a la venta como a la edición en Montevideo. Ejemplo de esto son los títulos del padre Luis Coloma *Del natural, Pequeñeces* y *Cuentos para niños,* publicados por la Administración del Mensajero de Jesús (Bilbao). También aparecen editores locales como el anarcobatllista Orsini Bertani, con *Leña seca; Cuentos camperos,* de Javier de Viana (1911), o *Divorcio y matrimonio,* de Domingo Arena (1912). Bertani puede haber sido a su vez el librero responsable de la llegada de muchos títulos extranjeros más a manos de la familia, ya que se hallaba muy cercano a la figura y el pensamiento de Batlle.

La (re)construcción de la biblioteca revelada en anotaciones

Los ejemplares corresponden a distintos momentos de la vida de sus propietarias, dato que se desprende de las inscripciones que ellas mismas hicieron en los libros. Los primeros están datados a partir de 1891 y formaban parte de la biblioteca de Matilde, con fechas que corresponden a su infancia-juventud, y desde principios de 1900 empezaron a incorporarse los libros de su hija. Entre 1907 y 1910, durante la estadía de la familia en Europa y África, se advierte la intención de conformar una biblioteca. Colecciones completas llevan los nombres de Ana Amalia y Matilde.



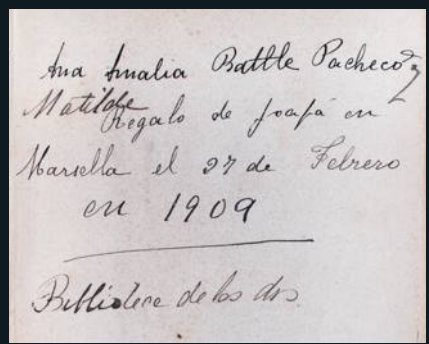
Alphonse Daudet, *Tartarin sur les Alpes: nouveaux exploits du héros tarasconnais*, París, C. Marpon et E. Flammarion, 1886
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En el interior se lee: «Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde. Regalo de papá en Marsella el 27 de Febrero 1909. Biblioteca de las dos. Piedras Blancas». Además, en una página interior se registra: «leída».

El escritor francés Alphonse Daudet (1840-1897) incursionó en la literatura de poesía, dramaturgia, cuentos y novelas. Alcanzó la fama con la trilogía de aventuras protagonizadas por Tartarín, héroe del poblado de Tarascón por su fama de cazador, bromista, exagerado, fantasioso y bravucón. Sus experiencias como trotamundos fueron desarrolladas en *Aventures prodigieuses de Tartarin de Tarascon* (1872); *Tartarin sur les Alpes: nouveaux exploits du héros tarasconnais* (1885) y *Port Tarascon* (1890).

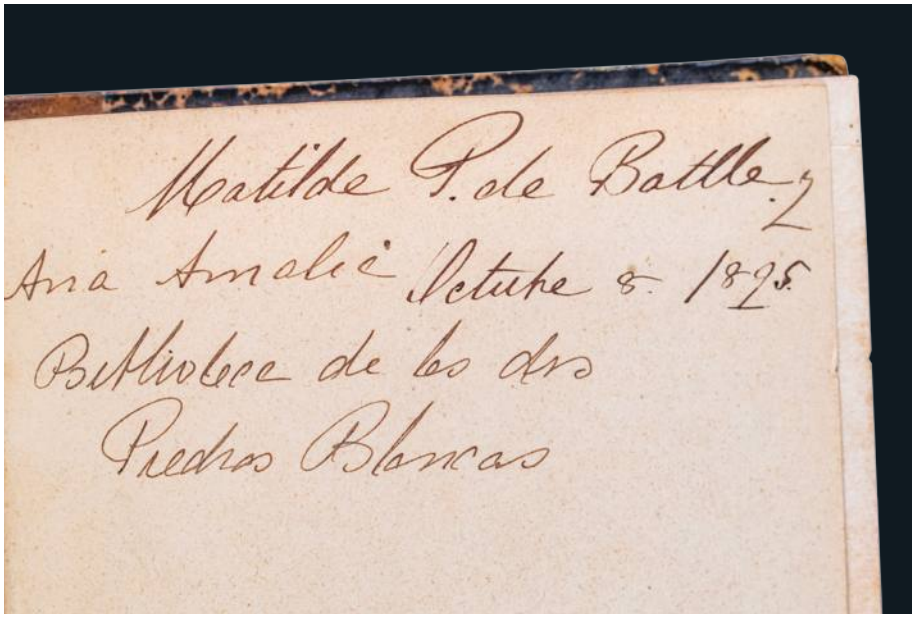
En 1909, durante su estancia en Francia, Ana Amalia Batlle recibió como obsequio de su padre, José Batlle y Ordóñez, las dos primeras novelas de la trilogía. Por la escritura en el interior de *Tartarin sur les Alpes…* queda registrado que fue «leída» e integró la «Biblioteca de las dos».

En este caso, como en muchos otros de los libros adquiridos o recibidos como obsequio durante el viaje, se destacan obras escritas en francés, la principal lengua extranjera aprendida en el Uruguay de entonces, por considerar a Francia el epicentro de la cultura occidental.



Emilio Castelar, *Mujeres célebres*, vol. 1, Madrid, Estab. Tipográfico de Álvarez Hermanos, 1886
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En la inscripción se puede ver el agregado realizado posteriormente en otra tinta y caligrafía: «Ana Amalia. Biblioteca de las dos. Piedras Blancas».



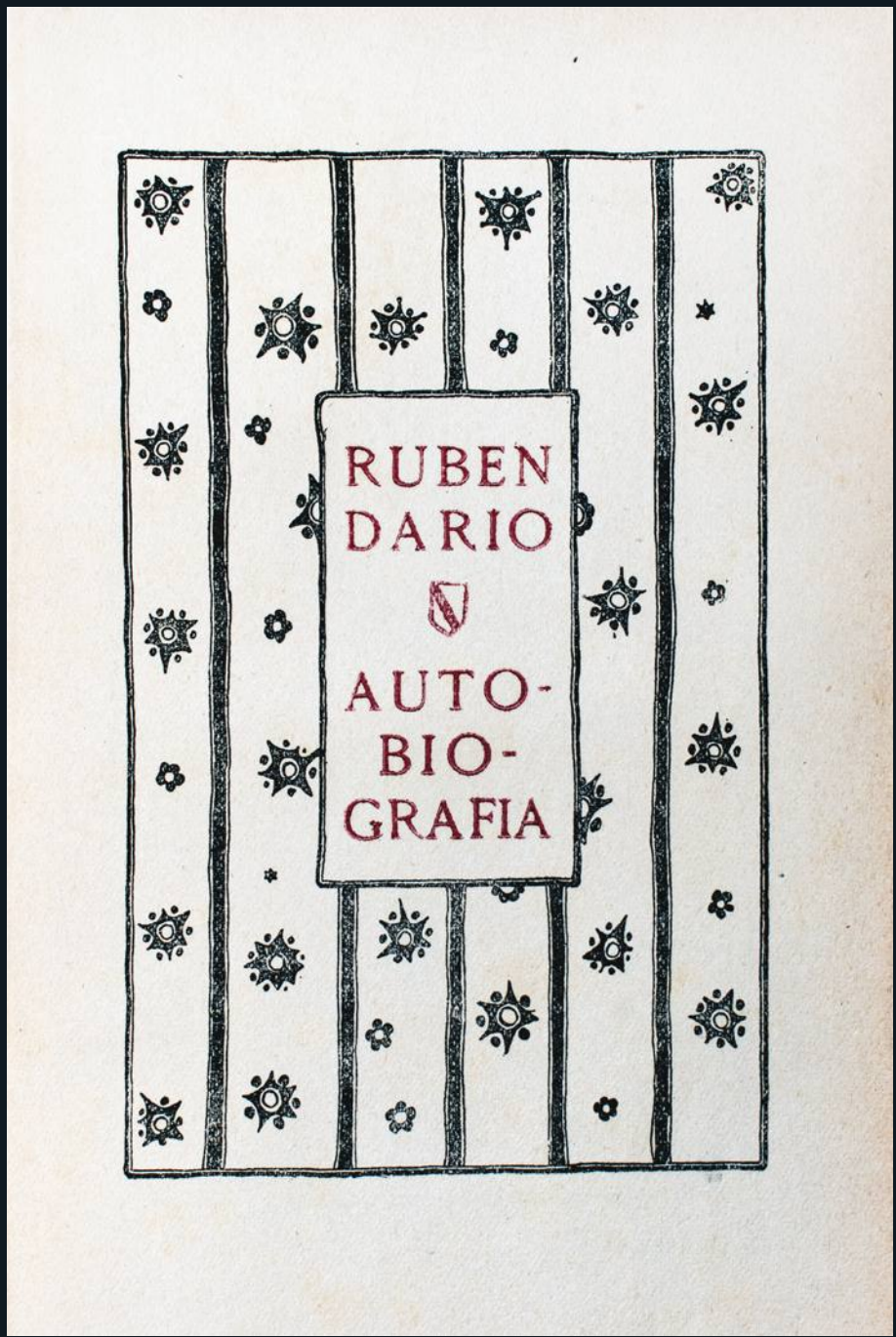
En el interior de muchos de los libros pueden notarse diferentes tintas y caligrafías, textos agregados a través del tiempo, vinculados a distintos momentos de la historia de la colección. Las publicaciones *Clave de ejercicios para aprender inglés*, *Juan Miseria* y *La cabaña del Tío Tom* son las identificadas como más antiguas en la colección, ya que las notas en su interior señalan que pertenecieron a la biblioteca personal de Matilde incluso antes de nacer su hija, y posiblemente luego fueron leídas por esta. En casos como *La cabaña del Tío Tom* y el *Catalogue illustré du salon de 1908,* se registra la intención de construcción conjunta: aparecen los nombres de madre e hija asociados a su estadía en París (1907-1911).

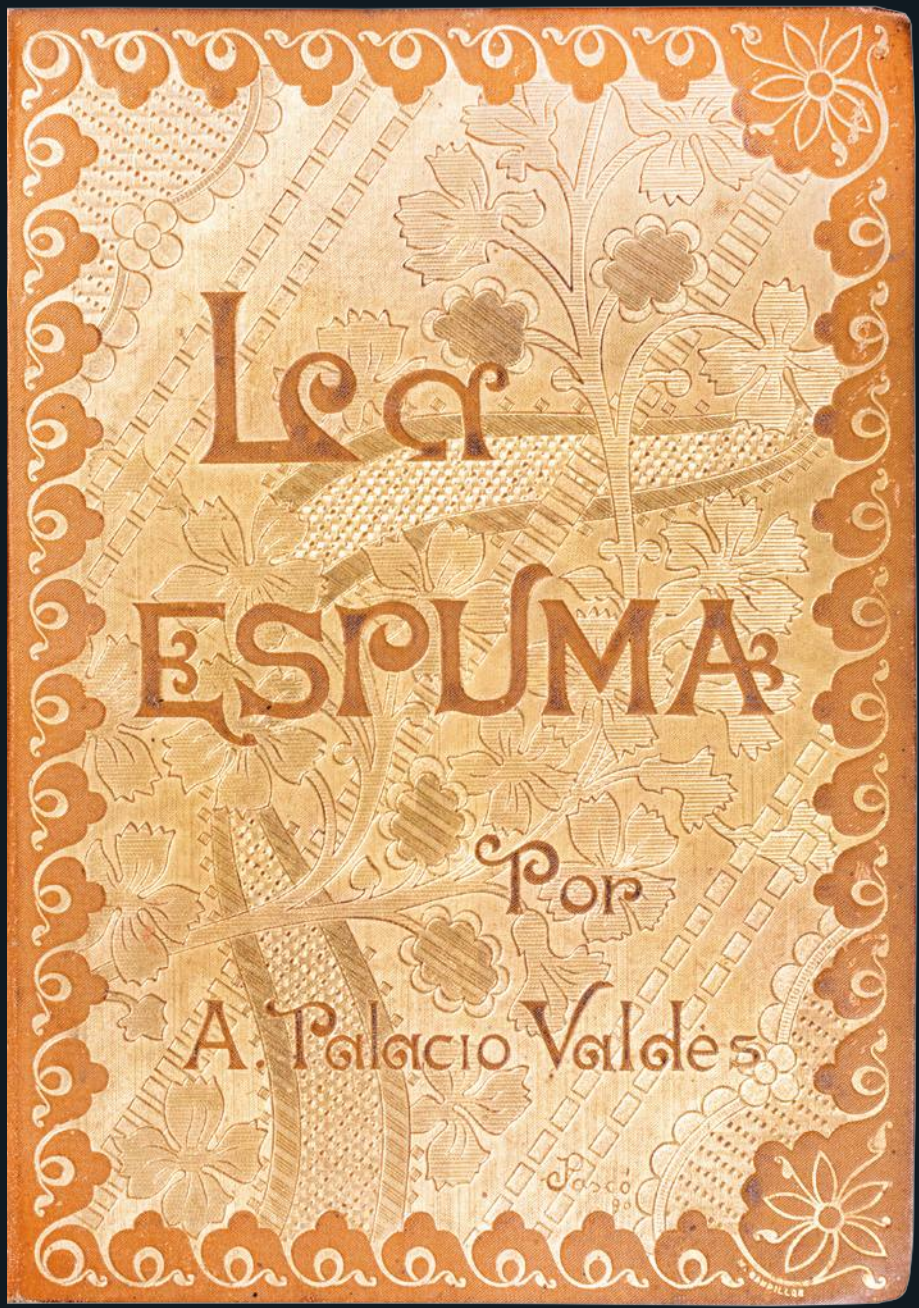
En cuanto a la pertenencia, si bien figuran los nombres de ambas, es posible apreciar formas de escritura y tipos de tinta correspondientes a distintos momentos o *capas* de la biblioteca con al menos dos registros temporales (a veces tres), que indican el nombre de la propietaria original al que se incorpora el de su compañera de lectura y coleccionismo. Son unos trazos diferenciados con la frase «y Ana Amalia» o «y Matilde», que continúan con la decisión de propiedad común «Biblioteca de las dos» y la localización en «Piedras Blancas». Más allá de que la publicación en otro período haya sido adquirida en una ciudad visitada —Nápoles, Marsella, El Cairo, Sevilla, Granada, Roma, Madrid, Milán, etcétera— o incluso habitada de acuerdo a las circunstancias familiares (París, Ciudad Vieja de Montevideo, Rincón del Pino en San José), la cita espacial de arraigo es en general la casaquinta de Piedras Blancas, un elemento en muchos casos agregado debajo (probablemente tiempo después) de otras anotaciones.

Rubén Darío, *Autobiografía*, Madrid, Mundo Latino, 1918
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

El escritor nicaragüense Rubén Darío (1867-1916) fue referente de la poesía modernista de las letras hispanoamericanas. Además, se destacó en el ámbito periodístico y diplomático. Su figura literaria trascendió en España con la publicación de su libro de cuentos y poesías *Azul* (1888) y alcanzó fama internacional con sus obras de poesía *Cantos de vida y esperanza* (1905), *El canto errante* (1907), *El poema de otoño* (1910) y la novela *El oro de Mallorca* (1913).

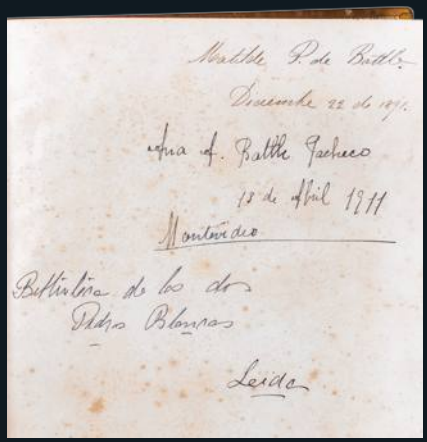
En su *Autobiografía* (1912), Darío repasa las peripecias de su vida desde la infancia y ofrece detalles sobre su familia y sus redes sociales; narra recuerdos de sus primeras lecturas infantiles, la crianza con sus tíos, sus matrimonios, el nacimiento de su hijo, los vínculos con figuras políticas, diplomáticas, escritores y periodistas. Al mismo tiempo, profundiza sobre sus viajes, con distintos propósitos, y su estancia en diversos países —entre otros, Chile, Cuba, Guatemala, Costa Rica, Argentina, España, Francia, Italia y México—, que coinciden con su producción lírica más fecunda, entre 1905 y 1910. Escribió también crítica periodística de jóvenes escritores y participó en la dirección literaria de revistas con amplia circulación en América y Europa, como *Elegancias: Revista Quincenal Ilustrada, Artística, Literaria, Modas y Actualidades* (1911-1914) y *Mundial Magazine: Arte, Ciencias, Historia, Teatros, Actualidades y Modas* (1911-1914).





Armando Palacio Valdés, *La Espuma*, Madrid, Imprenta de Heinrich y cía. en comandita, 1891
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Subrayado «leída», marca de Matilde en 1891 y de Ana Amalia en 1911.



En este sentido, se encuentran libros como *Mujeres célebres,* de Emilio Castelar, fechados por primera vez en 1895 con la rúbrica de Matilde y un agregado posterior que lleva el nombre de su hija, así como la referencia a la biblioteca en Piedras Blancas. A la inversa, ocurren las incorporaciones del nombre de la madre con la misma locación; por ejemplo, en publicaciones de Larousse relativas a historia del arte, *Le musée d'art. Des origines au XIXe siècle, L'Italie ilustrée* y en novelas de Walter Scott de la editorial Garnier, *Crónica de viaje, La novia de Lammermoor* y *El capitán aventurero*, entre otros, adquiridas u obsequiadas a Ana Amalia en París hacia 1908 y 1909.

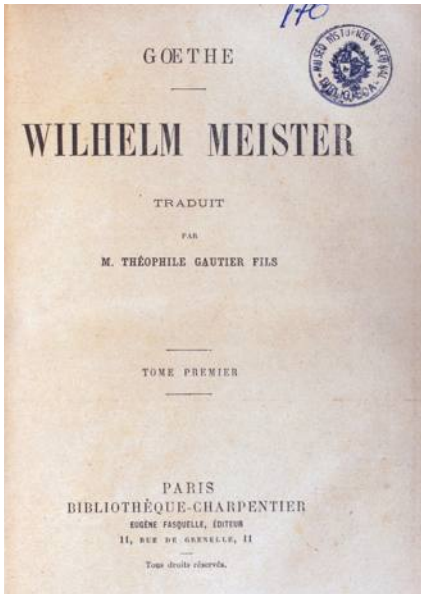
Sin embargo, las intervenciones para agregar los nombres de una y otra aparecen en libros de distintas épocas, autores, géneros y colecciones. Para 1907 y 1908 también se identifican ejemplares en los que se incorporó «y Ana Amalia» junto al nombre de su madre; por ejemplo, en escritos también de Walter Scott, como *La linda moza de Perth o El día de San Valentín*, tomo II, y *Las aventuras de Nígel*, tomo I. Esto permite visualizar que ambas compartieron la práctica de la lectura, ya fuera en simultáneo o en momentos distintos. Sin embargo, la mención del nombre de Ana Amalia junto al de su madre se evidencia con claridad en los numerosos volúmenes con fechas de inscripción (y publicación) posteriores a su muerte, entre 1913 y 1926.

En muchos casos las anotaciones incluyen fechas, lo cual permite conocer algunos detalles de la construcción de la colección, su inicio o génesis y su desarrollo, con momentos de crecimiento asociados probablemente a contextos familiares específicos (el viaje a Europa, la instalación en la quinta y la muerte de Ana).

La cronología de la biblioteca está claramente marcada por la trayectoria de vida de Matilde. Las primeras anotaciones en el interior de los libros corresponden a 1891, año del que se hallan seis ejemplos, previos al nacimiento de Ana Amalia. Las dataciones más recientes son de 1925, próximas al deceso de Matilde (1926). En algunos ejemplos figura incluso más de una fecha, lo que evidencia la costumbre de agregar a las marcas primarias de nombres y fechas otras secundarias, que registran movimientos vinculados a la coexistencia y convivencia de ambas lectoras, libros reabiertos y redescubiertos por una y otra.

Libros que se obsequian

En la primera etapa de la biblioteca (coincidente con la juventud de Matilde) y hasta 1900 no aparecen dedicatorias o aclaraciones sobre publicaciones obsequiadas y la cantidad de ejemplares es escasa. Antes de 1907, fecha de inicio del viaje, se contabilizan solo 37 libros con anotación de nombre y fecha. A partir de entonces, se reconoce un segundo momento, que concuerda con la estancia familiar en Europa, en el que es notorio el incremento, sobre todo de novelas, así como el registro de dedicatorias y regalos, principalmente de los varones de la familia. Entre 1907 y 1910 ingresó a la biblioteca un número importante de títulos (alrededor de 150), cuyo contenido se vincula a fines recreativos. La lectura de entretenimiento se hallaba probablemente asociada a momentos de paseo y traslados en barco que implicaban semanas de viaje


GOETHE

WILHELM MEISTER

TRADUIT

PAR

M. THÉOPHILE GAUTIER FILS

TOME PREMIER

PARIS
BIBLIOTHÈQUE-CHARPENTIER
EUGÈNE FASQUELLE, ÉDITEUR
11, RUE DE GRENELLE, 11

Tous droits réservés.

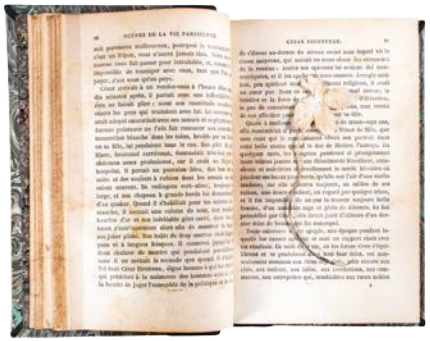
Johann Wolfgang von Goethe, *Wilhelm Meister*, tomo I, París, Bibliothèque-Charpentier, sin datos de fecha
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Joahann Wolfgang von Goethe (1749-1832) escribió dos novelas cuyo protagonista heroico es el burgués Wilhelm Meister. La primera de ellas, su segunda novela, titulada *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1795-96), es considerada una *novela de formación.* Este género asume la complejidad del doble sentido y la tradición de su calificación, dado que, por un lado, está dirigido a la educación del ciudadano y, por otro, debe entenderse como parte del aprendizaje del personaje principal. En el caso de W. Meister, su autorrealización pasa por escapar de la vida acomodada y vacía de un comerciante burgués, para transitar una serie de vivencias peregrinas y convertirse en un actor teatral. A partir de sus experiencias el personaje intenta responder la interrogante existencial de cómo alcanzar la felicidad. Además del primer ejemplar de *Wilhelm Meister...,* en la «Biblioteca de las dos» se conservan otras obras de Goethe, como *Werther* (1774) y *Hermann et Dorothée* (1782), en un mismo volumen, y *Fausto* (1808).



Hans Christian Andersen, *Contes d'Andersen*, París, Libraire Hachette et Cie., 1907.
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

En el interior aparece una inscripción en varias etapas, una inicial que dice «Regalo de Pepe», probablemente realizada por Matilde; una segunda con el texto «¡mentira! fue regalo de Lorenzo. Ana Amalia Batlle Pacheco. París. Diciembre 29.1908», con la caligrafía de Ana Amalia, y por último, igual que en muchos de los libros, el agregado «y Matilde».



Honoré de Balzac, *Grandeur et décadence de César Birotteau*, París, Calmann-Lévy, 1899.
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

entre un destino y otro. En este contexto, la novela fue el género de lectura preferido, pero también se eligieron cuentos, poesía, crónicas de viaje, biografías y autobiografías, ensayos y publicaciones de arte.

En los volúmenes de la biblioteca pertenecientes a esta etapa se hace notoria la presencia de Ana Amalia. Las anotaciones cobran frescura y en algunas páginas se advierten trazos de colores, dibujos u objetos guardados. Por ejemplo, en un libro proveniente de París, la caligrafía de Ana Amalia se reconoce en una corrección a la anotación que se hallaba en la primera página:

> Regalo de Pepe. **¡mentira! fue regalo de Lorenzo.** Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde. París. Diciembre 29. 1908[15]

De los provenientes del viaje, la mayoría de los libros fueron regalos de César y Rafael Batlle Pacheco. A propósito, en 1907 aparece una inscripción poco habitual con el nombre de ambos. Se trata de una novela en francés de Julio Verne, *L'ile mysterieuse,* escogida como presente de Navidad para su hermana Ana Amalia. Sin embargo, son especialmente notorias dos colecciones de novelas incorporadas por obsequio de César y Rafael a su madre en 1918 y 1925, correspondientes a las obras de Benito Pérez Galdós y Pierre Loti.

Es evidente el rol de los varones en el aporte de contenidos (sobre todo novelas) para la biblioteca. En la página inicial de un libro de François-René de Chateaubriand, *Atalá,* pueden leerse unas líneas de César a su madre que revelan la preocupación del hijo por procurar lecturas atractivas y novedosas para ella:

> Querida mamá: Hoy por tu carta he visto que no tenías nada que leer y que eso te abruma un poco. Te he tomado estas novelas, pero temo que las conozcan o que no te resulten entretenidas. En tal caso me lo avisas y te buscaré otras. Estamos muy bien y el saber que Vds. se divierten nos ha causado infinita alegría. Dejo esto, porque al paso que va, resultará una carta y me quedaré sin asunto para escribirte después. Sin más por ahora, recibe un abrazo de tu hijo. César, 24 julio -1907 - París.

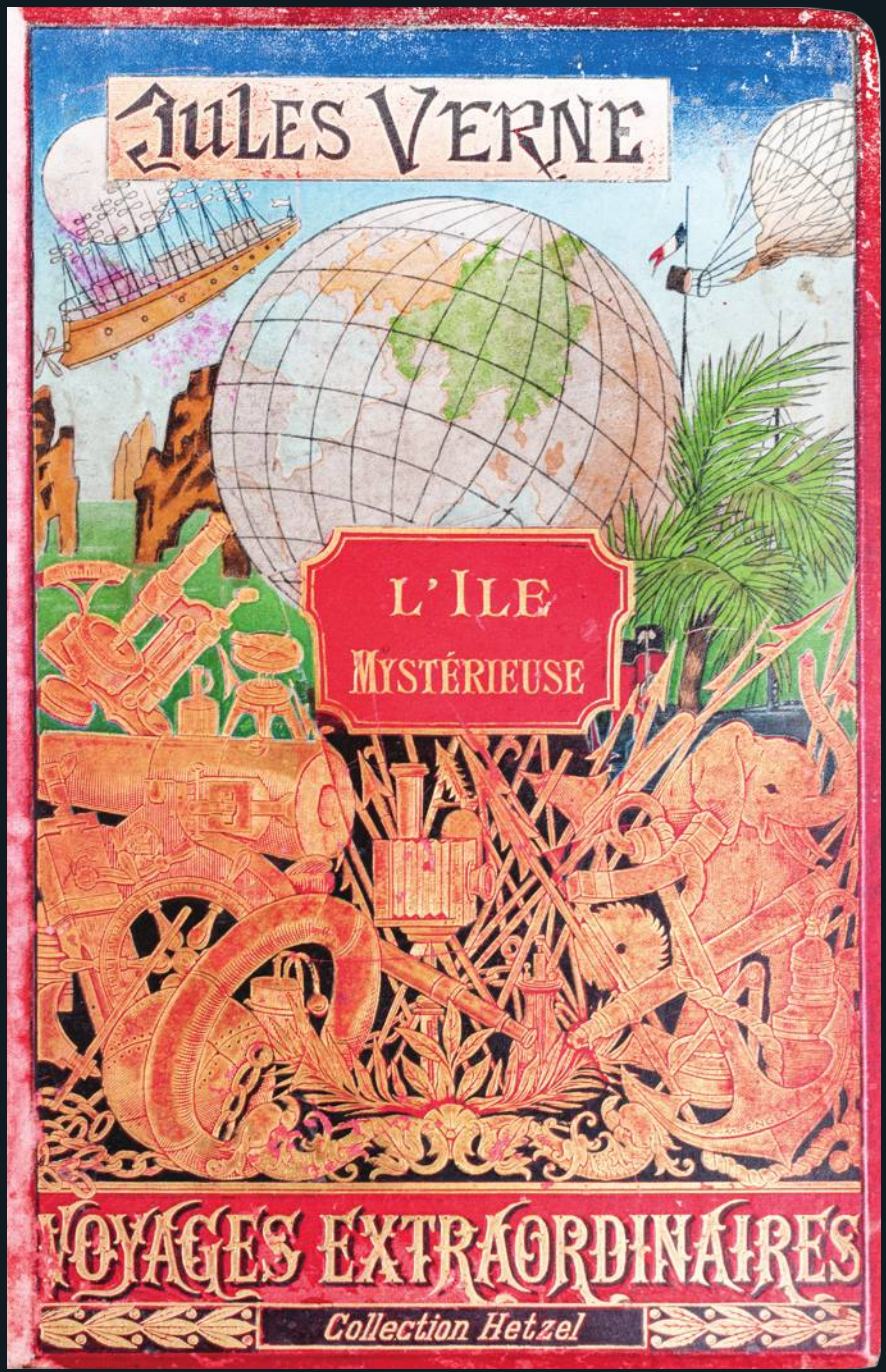
César y Rafael son los dos varones de la familia que aparecen en estas anotaciones con mayor cantidad de aportes y constancia a través del tiempo. El primero se menciona directamente en 112 libros y el segundo en 52. Sin embargo, hay casi 220 libros que no están datados y muchos de estos bien podrían tener igual procedencia.

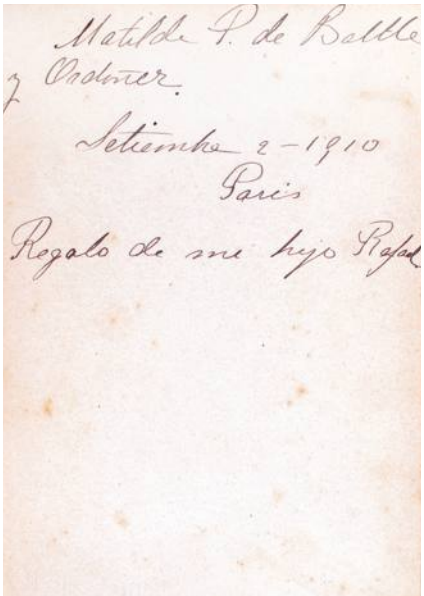
También aparece José Batlle y Ordóñez entre quienes les regalan libros o conjuntos de libros. Este es el caso de las obras de autores clásicos como Balzac y Victor Hugo.

[15] Primeras páginas de Andersen, Hans Christian, *Contes d'Andersen,* París, Hachette, 1907. Las negritas destacan lo que se insertó posteriormente.

Jules Verne, *L'ile mysterieuse*, París, Collection Hetzel
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

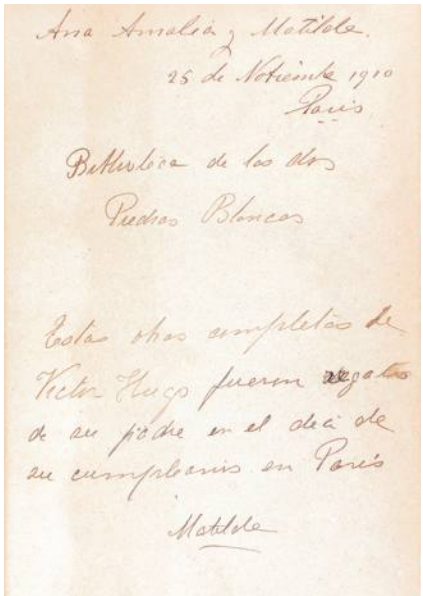
En el interior del libro aparece la inscripción: «Ana Amalia Batlle Pacheco. Regalado por Rafael y César en Diciembre 25 Nabidad. 1907. París. Biblioteca de las dos»





Albert Savine y François Bournand, *Le 9 Thermidor*, París, Louis Michaud Éditeur, 1907
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

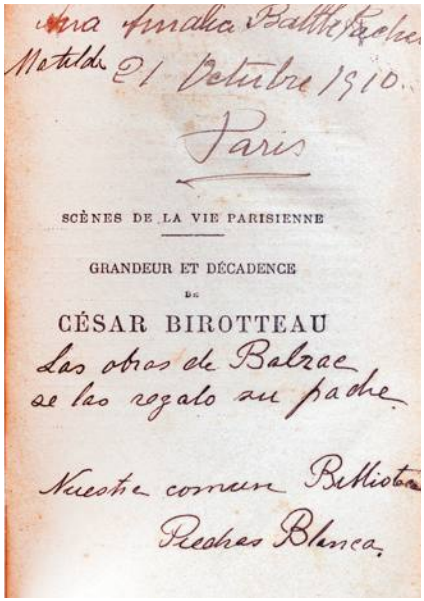
Ejemplo de una novela obsequiada por Rafael durante el viaje y estancia familiar en París con posterior agregado de su ubicación en Piedras Blancas.



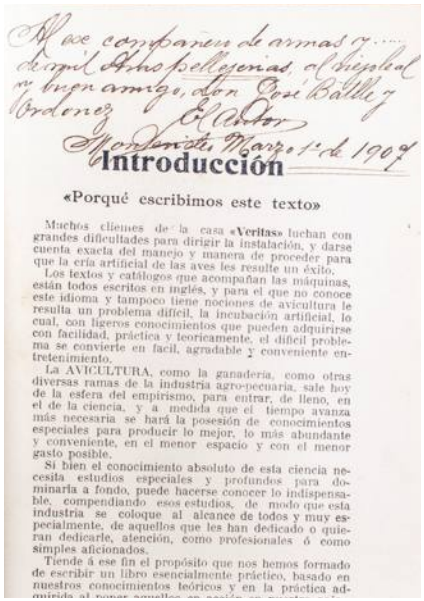
Victor Hugo, *Roman*, tomo X, en colección *Obras completas*, París, Édition Hetzel-Quantin, s.d.
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Los libros que proceden de regalos de José a su esposa e hija no parecen significativos desde el punto de vista cuantitativo, ya que ese origen se explicita solo en 13 casos. Sin embargo, es posible suponer una mayor contribución a la biblioteca en función de algunos elementos. Por un lado, hay conjuntos de libros de una misma colección en los que solo uno es atribuido al padre y esposo, mientras el resto no indica procedencia. Por otro, al parecer, libros de la biblioteca personal de Batlle pasaron a integrar los estantes de la biblioteca de las mujeres de la familia, posiblemente por resultar de interés para alguna de ellas. Ejemplos son *La avicultura,* dedicado y obsequiado por el autor a José Batlle y Ordóñez, en el que Matilde agregó su inscripción, o un manual sobre *Maternidad* de Luis Bergalli, dedicado a la redacción del diario *El Día* en 1894, en el que se añadió «Matilde P. de Batlle y Ordóñez».

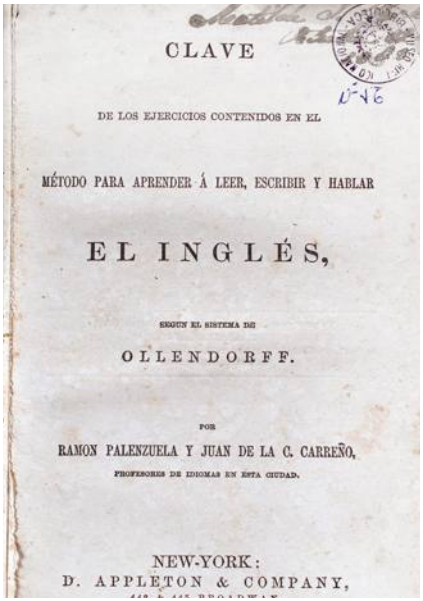
Otros integrantes de la familia que les dedicaron libros en obsequio fueron Lorenzo Batlle Pacheco y Carlos Michaelsson. Así la «Biblioteca de las dos» recibió los *Cuentos* de Hans Christian Andersen, *Cantos del hogar*, poesías de Juan de Dios Peza, o las *Obras poéticas y dramáticas* de José Mármol.



Honoré de Balzac, *Grandeur et décadence de César Birotteau*, París, Calmann Lévy, 1899
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»



J. A. Smith, *La avicultura*, Montevideo, Establecimiento Tipográfico L'Italia al Plata. 1907
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»



Ramón Palenzuela, Juan de la Cruz Carreño, *Clave de los ejercicios contenidos en el método para aprender a leer, escribir y hablar el inglés, según el sistema Ollendorff*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1863
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Este es el volumen de edición más antigua de la biblioteca. Posiblemente perteneciera a Matilde y luego haya sido incorporado a la colección que compartía con su hija.

El método Ollendorf, muy extendido en el mundo para el aprendizaje de lenguas como el inglés o el francés, se basaba en el aprendizaje inicial de la gramática y la sintaxis, de modo de generar frases correctamente formuladas, independientemente de si tenían sentido en el contexto.

Durante la conformación de la colección en el extranjero, se documentan unos pocos libros regalados por mujeres: Elsa Acevedo Díaz, amiga de Matilde, las agasajó con una crónica de viaje sobre Roma, y «Misia Amelia» (probablemente una persona allegada a la familia) les obsequió varios volúmenes de la Biblioteca de los Novelistas de Garnier Hermanos.

En el relevamiento y el análisis completo se observa (con evidencias de diferentes tintas, colores y caligrafías) una gran cantidad de anotaciones realizadas por lotes, que incluso están fechadas el mismo mes o día —por ejemplo, en 1914, 1918, 1920 y 1924—, lo que muestra que en muchos casos los obsequios correspondían a conjuntos numerosos de libros en una misma ocasión.

En la etapa final de la biblioteca se destacan obsequios de Matilde Teresa Chervière Michaelsson, hija de Sofía Michaelsson, de quien recibió *La isla de los cánticos,* de María Eugenia Vaz Ferreira, el mismo año de su publicación: 1925. En la página inicial figura: «Regalo de mi nieta Teresita para nuestra Biblioteca». Con una inscripción

similar, «Regalo de mi nieta Matilde Teresa», aparece el libro *La ciudad muerta,* de Gabriel D'Annunzio, editado en 1903.

Además de la familia, a lo largo de los años, otras personas aportaron a la construcción y conformación de la «Biblioteca de las dos». Hay libros dedicados por los autores, quienes tenían algún vínculo más o menos directo, político o social, con los Batlle Pacheco, así como amistades o allegados que con sus palabras demuestran especial aprecio por Matilde y Ana Amalia.

Entre las dedicatorias de los propios escritores figuran las del intelectual Rafael Arlas Bucelli: «A la distinguida Señora Dna Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez, digna esposa de S. E. el Señor Presidente de la República. Como débil tributo á sus nobles sentimientos y virtudes. El autor», en *El carácter nacional consolidado por el hogar, la escuela, el trabajo y el ideal.* También aparece la voz de la ya mencionada Mercedes Pinto, en su libro de poesía *Brisas del Teide,* publicado en 1924:

> Almas… almas… almas… busca la autora con una luz en la mano como Diógenes… Y he aquí que me dicen que Ud es «un alma», como las quiero yo, que sabe lo que es amor y belleza y Sol y lágrimas… ¡un alma divina! y yo saludo aquí reverente a la señora Da Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez, como se saluda a todo lo grande y a todo lo santo…! Mercedes Pinto y Armas Clós

Con relación a los vínculos por afinidad o camaradería política, se encuentran figuras como el abogado y político Mariano Ferreira (1843-1925), el diputado colorado Román Freire (1869-192?) y el diplomático Federico Moller de Berg (1900-1991), quien se desempeñó en esa función durante los gobiernos batllistas y cuyas fotografías, así como la frecuencia de su nombre en los libros de audiencia de la quinta, atestiguan una gran cercanía con la familia.[16]

Por último, interesa destacar a personas que se hicieron presentes con libros durante la enfermedad de Ana Amalia. Su afición a la lectura y la imposibilidad de realizar actividades de esparcimiento con esfuerzo físico o exponerse a las inclemencias del tiempo los convirtieron en los acompañantes ideales en aquel momento.

En las anotaciones de este tiempo se lee a Matilde recreando situaciones, personas y acciones ligadas a un doloroso proceso de duelo y a un afán por registrar detalles, tal vez para mantener viva la presencia de la hija en la biblioteca.

Alfonso Broqua, el reconocido intérprete y compositor, le hizo llegar una biografía en francés, dato del que Matilde deja la siguiente constancia: «Ana Amalia Batlle Pacheco. Junio 1911. Plaza Independencia. Recuerdo de su profesor de canto Alfonso Broqua».

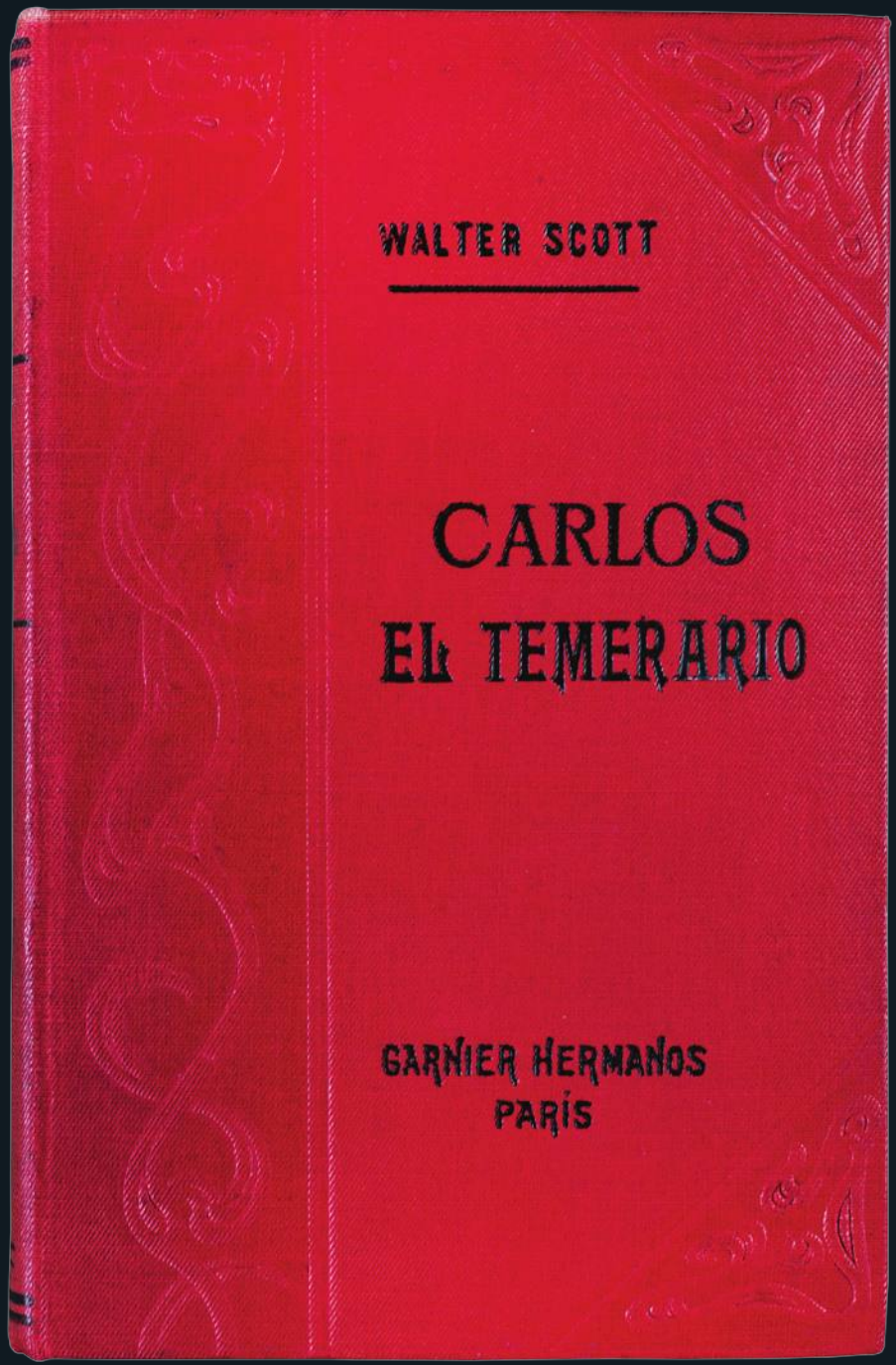
[16] Este dato es relevado a partir de numerosas postales de la colección Batlle, en las que Moller de Berg envía saludos y afectos desde distintos lugares de Europa, como Oslo, Copenhague y Westfalia, entre otros.

Walter Scott, *Carlos el Temerario, Ana de Geiersten o La hija de la niebla*, tomo II, París, Garnier Hermanos, 1909
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

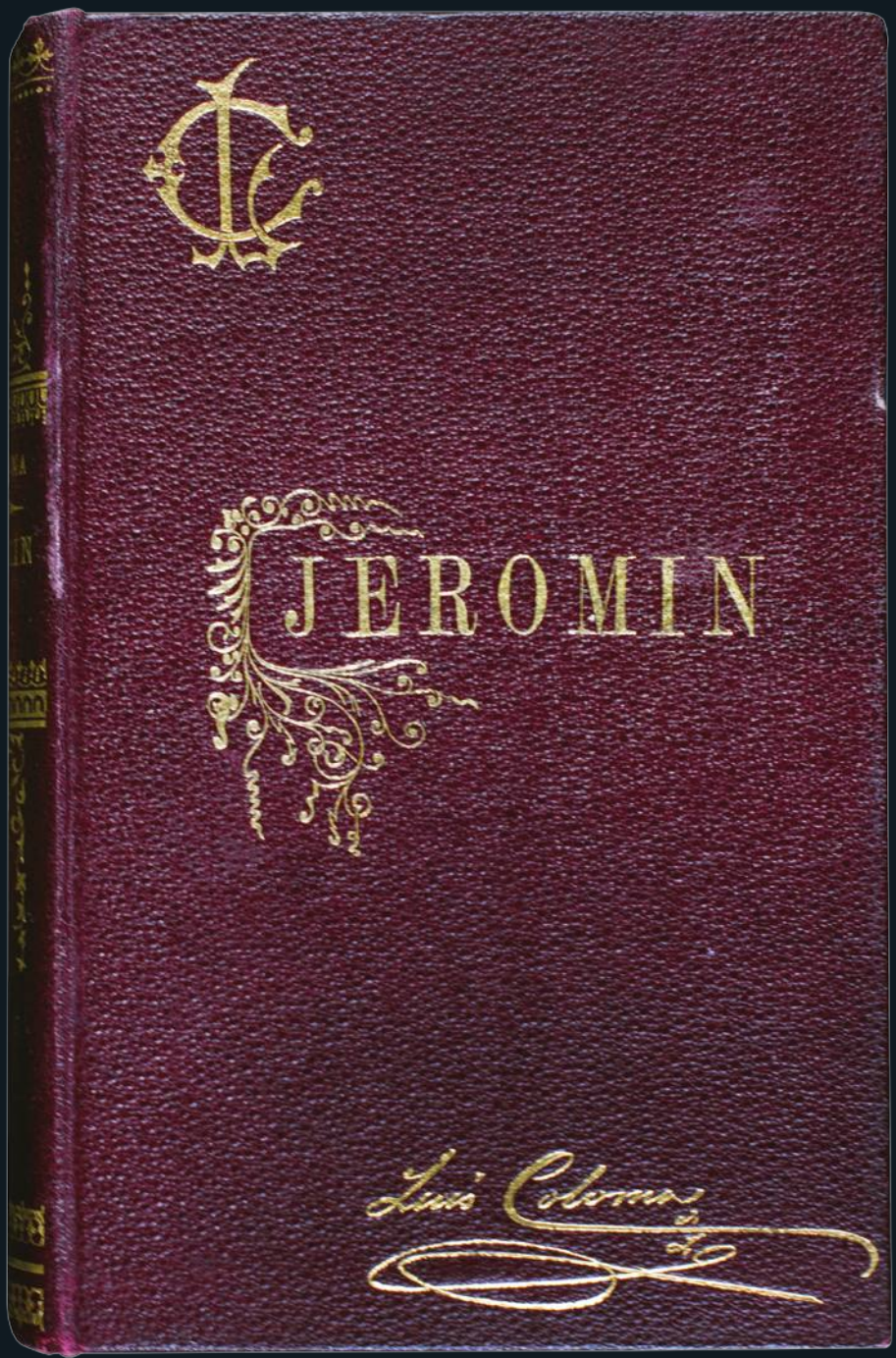
Esta novela fue conocida también como *Ana de Geiersten* o *La hija de la niebla*. Es un ejemplo de las novelas de Scott en que utilizaba hechos históricos para construir relatos ficcionales, género con el que ganó gran fama internacional. En este caso, el autor ambientó el relato en el siglo XV, en el período en que Carlos I de Borgoña gobernó dicho ducado.

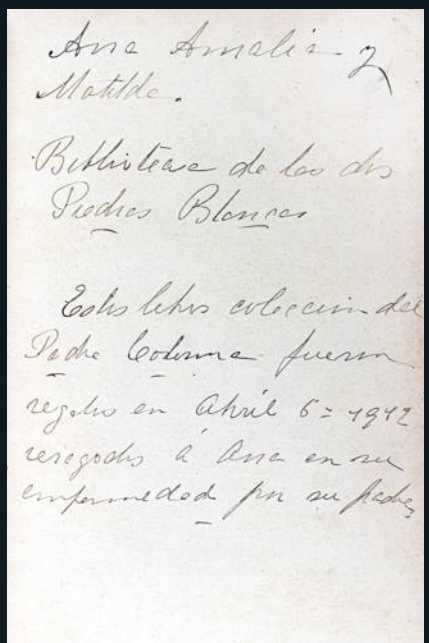
Walter Scott (1771-1831) fue un muy prolífico escritor escocés de repercusión internacional cuya obra fue influida por Miguel de Cervantes. Su estilo poético lo convirtió en referente de los novelistas de su época. Formado en derecho, fue inicialmente traductor de obras de la literatura alemana al inglés, luego editor y novelista. Su rol como autoridad de justicia en distintos cargos hizo que sus primeras novelas, consideradas indignas de una figura pública respetable, se publicaran anónimamente. Scott es considerado el fundador de la novela histórica, que supo traducir a la ficción los problemas políticos y sociales de su entorno, tanto local como europeo.

Otras obras de Scott presentes en la colección son *Ivanhoe, El abad, El enano negro, Waverley* o *Hace sesenta años, El capitán aventurero* o *La leyenda de Montrose, Kenilworth, El pirata, Los novios* o *El condestable de Chester (historia del tiempo de las cruzadas)*. La preponderancia que tienen las obras de este autor en la biblioteca sugiere que Matilde y Ana Amalia tenían un especial gusto por su estilo y por las temáticas históricas.



Luis Coloma, *Jeromín. Estudios históricos sobre el siglo XVI*, Bilbao, Imprenta del Corazón de Jesús, 1905
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»




Ana Amalia - 2
Matilde.

Biblioteca de las dos
Piedras Blancas

Estos libros colección del
Padre Coloma fueron
regalados en Abril 6 = 1942
regalados á Ana en su
enfermedad por su Padre

Los médicos que trataron la tuberculosis de Ana Amalia, Julio Ricaldoni (1906-1993) y Juan B. Morelli (1868-1947), le obsequiaron también algunos libros. Ricaldoni, un par de novelas ilustradas en 1912,[17] y Morelli, una biografía en francés, sobre la que Matilde detalla el momento de la recepción: «Este libro se lo regaló el doctor Morelli a Ana dos días antes de su muerte. Biblioteca de las dos».

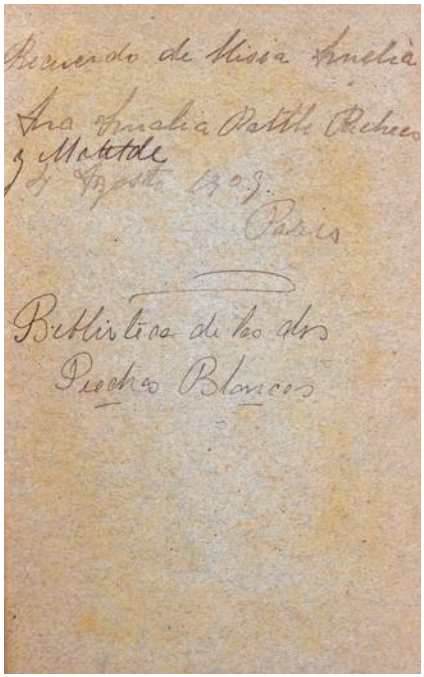
El lugar de la biblioteca en la quinta y en la vida de Matilde

El análisis de las caligrafías que se hallan en el interior de los libros permite establecer que el momento de consolidación de la «Biblioteca de las dos», denominada con ese nombre, es posterior al viaje a Europa y se vincula a la residencia de la familia en la quinta de Piedras Blancas. Incluso, en la casa se podría identificar un sector destinado al uso femenino, en el que se situaron las habitaciones de Matilde y Ana Amalia, un baño y dos salas de uso común. Una de estas salas, próxima al parque jardín, que tiene como características la luminosidad y la buena ventilación, bien podría asociarse al descanso y la lectura, entre otros fines recreativos femeninos —costura, bordado, pintura—. No existe documentación arquitectónica sobre la casa a principios del siglo XX, pero con base en el relevamiento actual puede inferirse la localización de la biblioteca (y mobiliario acorde al uso del tiempo libre) en este espacio. La otra habitación, contigua al cuarto de Matilde y al de Ana Amalia, que tiene una estufa, probablemente funcionó como lugar de reunión entre madre e hija y la recepción de visitas.

El espacio físico de la biblioteca fue disfrutado por ambas mujeres durante apenas un par de años, 1911-1913. Tras la muerte de Ana Amalia, la colección se convirtió en un recurso afectivo familiar para perpetuar su memoria y honrar el vínculo construido entre madre e hija también mediante lecturas.

En los años siguientes, los varones de la familia engrosaron los estantes con más volúmenes, que en ocasiones completaban colecciones editoriales que ellas habían comenzado. Así, los títulos con fecha de publicación y anotaciones realizadas entre 1913 y 1925 constituyen el 40 % de la biblioteca. Esto parece deberse a una estrategia para intentar acompañar a Matilde y ayudarla a aliviar su dolor.

Como analiza Graciela Batticuore para otros casos, tras la muerte de Ana Amalia, la biblioteca posiblemente cumplió para Matilde la función de «sellar un lazo amoroso y profundo» con su hija ausente.[18] El ejercicio de completar colecciones a las que les faltaban tomos, de incorporar nuevas obras y escribir en cada ejemplar los nombres de ambas demuestra una intención de prolongar materialmente el vínculo que las unía.

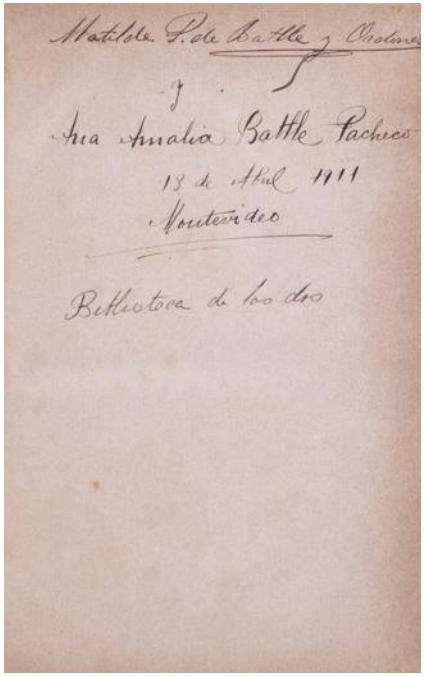


***Matilde*, de Madame Cottin, tomo I, París, Garnier Hermanos, Biblioteca de los Novelistas, 1887**
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

[17] *¡Hijo mío!,* de Salvador Farina, Daniel Cortezo, Barcelona, Biblioteca Artes y Letras, 1886; *¡Si yo fuera rico!*, de Luis M. de Larra, Barcelona, Montaner y Simón, 1896.

[18] Batticuore, Graciela, «Lectura, escritura e intimidad. Historia de las mujeres sin letra», *Confluenze*, vol. XII, N.º 2, 2020, p. 216.

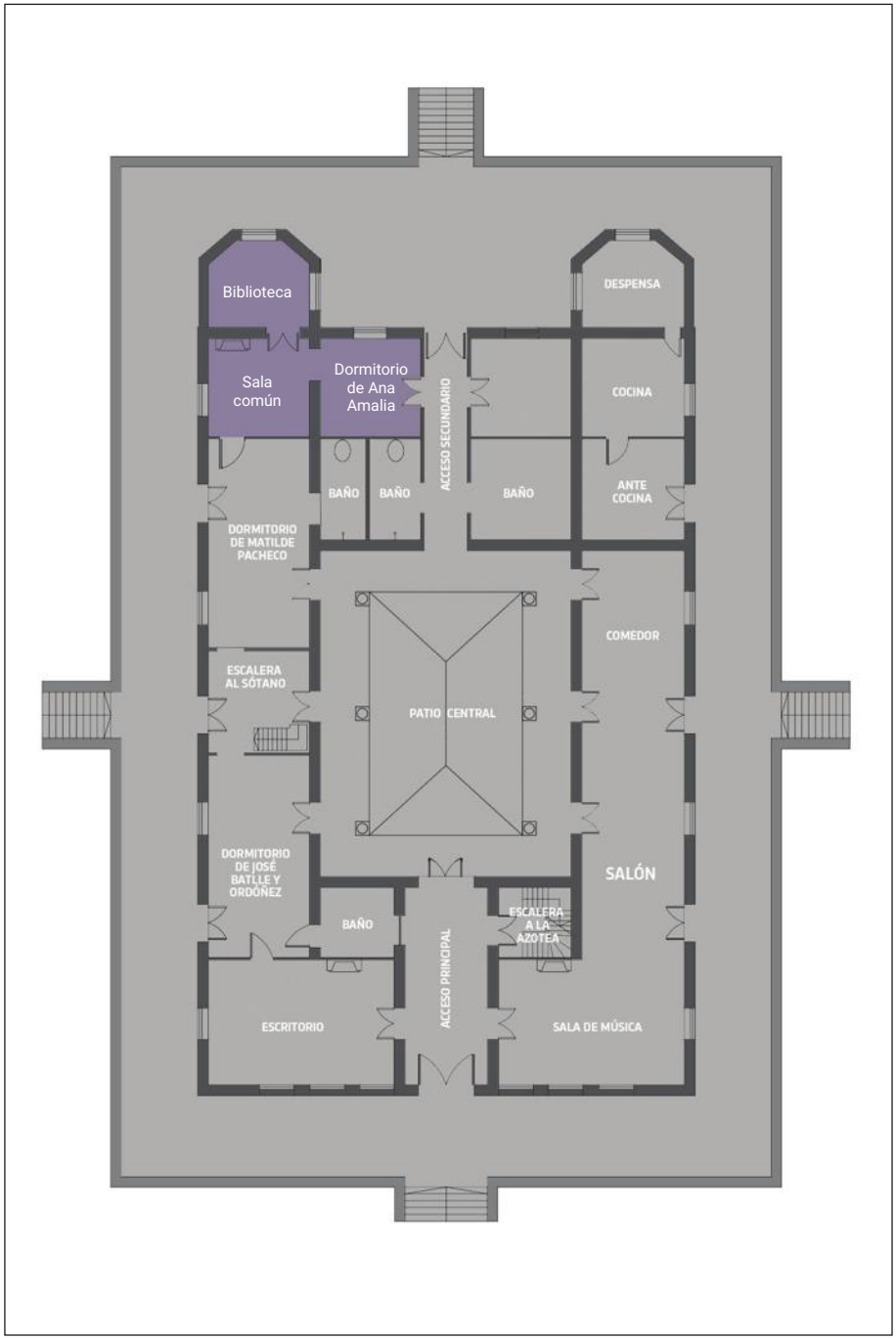
Detalle de plano actual con señalización del sector femenino de la casaquinta y destaque de la sala común y biblioteca de Matilde y Ana Amalia.



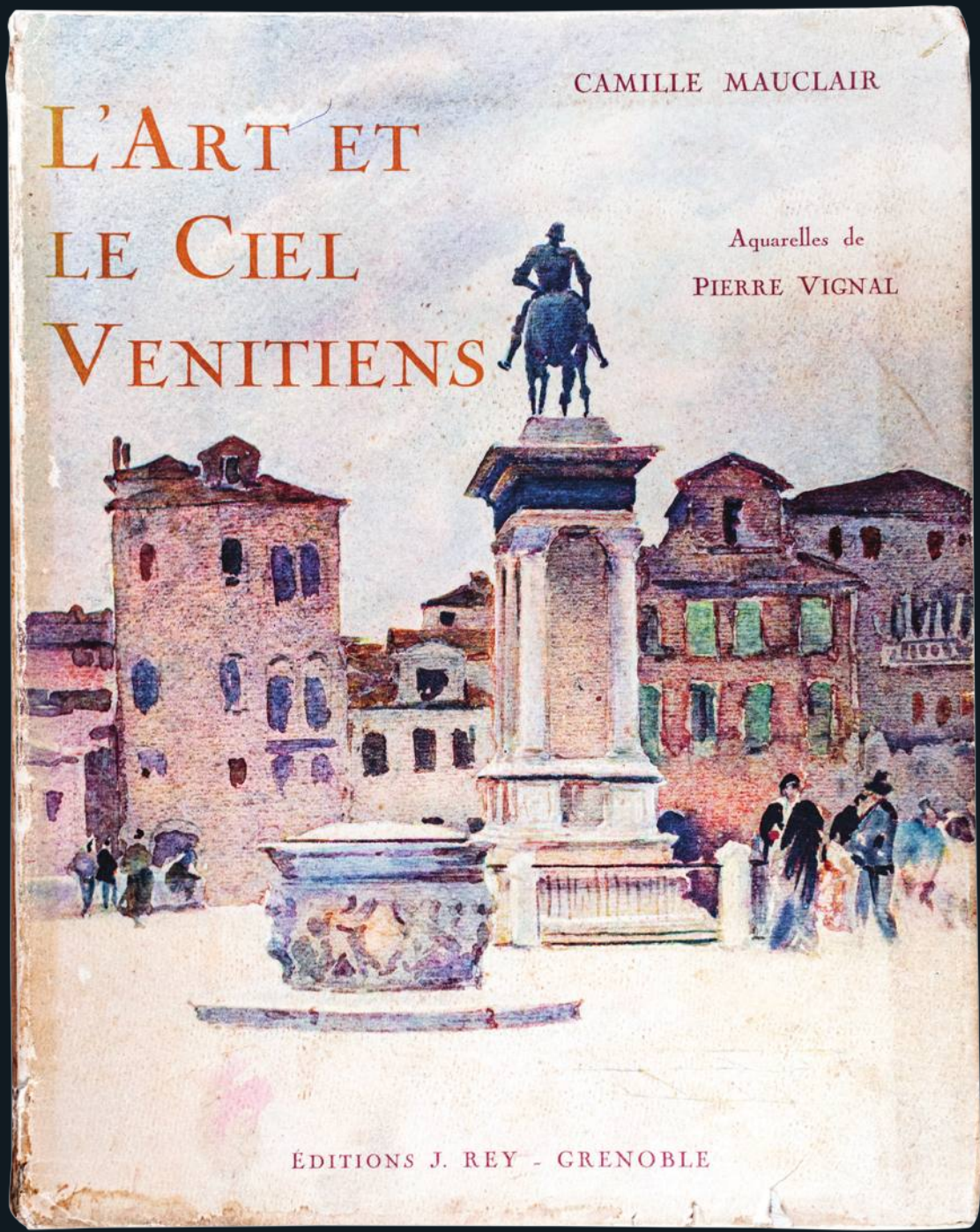
Pastor Obligado, *Tradiciones argentinas*, Barcelona, Montaner y Simón, 1903
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

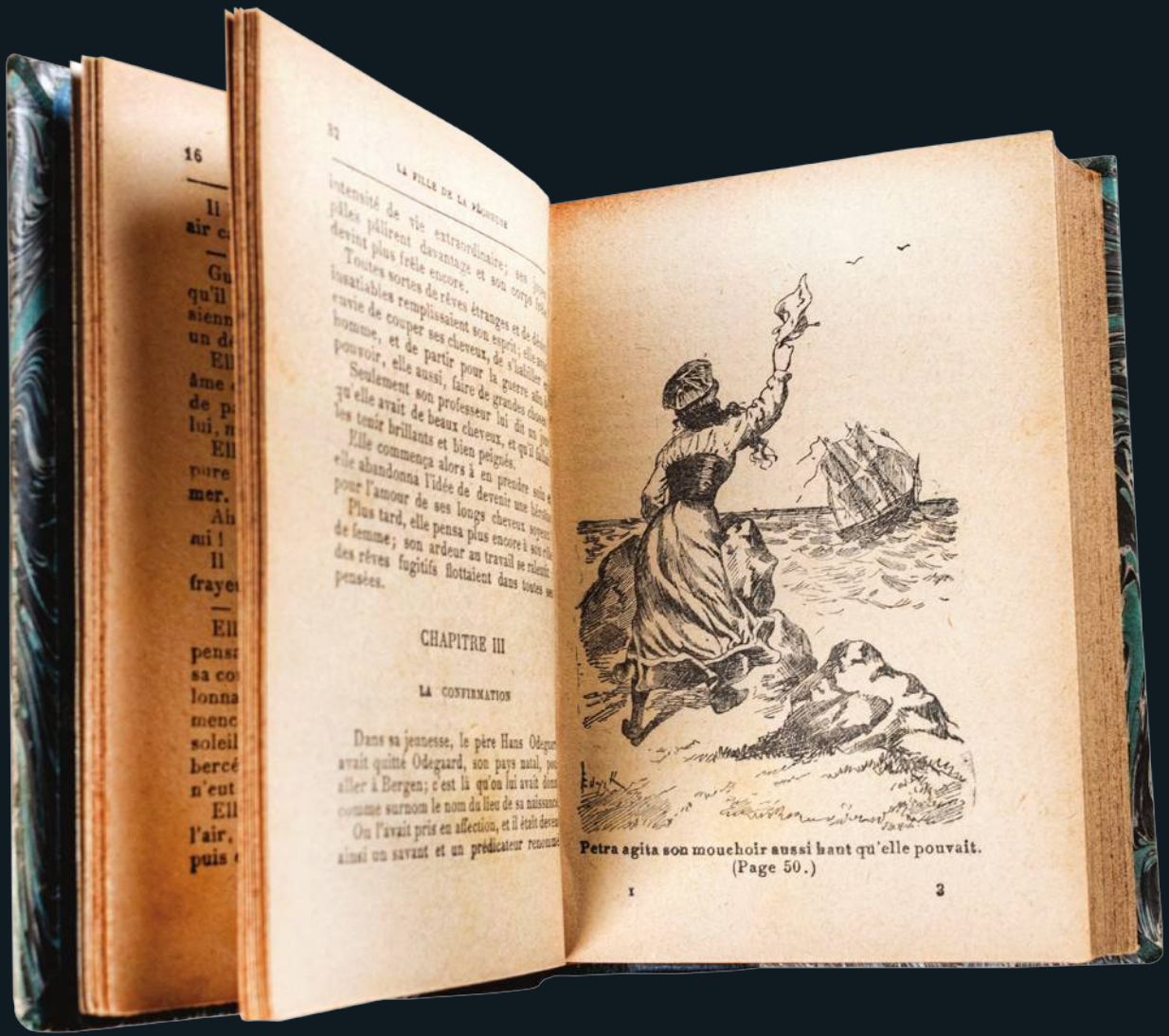
Esta obra compila relatos autobiográficos y costumbristas del argentino Pastor Servando Obligado (1818-1870), reunidos a partir de la década de 1880 y editados en tres tomos. Pastor Obligado fue un escritor y abogado argentino de filiación unitaria, gobernador de Buenos Aires.

Este ejemplar muestra distintas caligrafías en las anotaciones de su primera página, lo que sugiere varias etapas en su uso y apropiación por Matilde y Ana Amalia.



Camille Mauclair (comp.) y Pierre Vignal (acuarelista), *L'art et le ciel Vénitiens*, Grenoble, Éditions J. Rey, 1925
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»





Petra agita son mouchoir aussi haut qu'elle pouvait.
(Page 50.)

Este grabado pertenece a la edición de bolsillo de una novela en francés obsequiada por Federico Moller de Berg, sin dato de fecha. Es el tomo I de *La fille de la pêcheuse*, de Bjørnstjerne Bjørnson, publicada en París por Albert Méricant. En el interior se advierte la inscripción: «Ana Amalia y Matilde. Regalo de Moller de Berg en París. Leída».

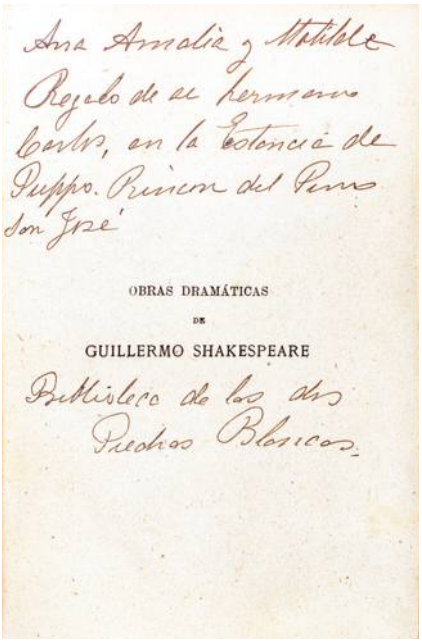
También se identifica la voz materna que recapitula situaciones biográficas («Este libro se lo regaló Román Freire durante su enfermedad»), contextos bibliográficos («para completar la colección de su hermana Ana», «comprados en su estadía en París») y huellas afectivas («Regalo de mi hijo Lorenzo: para nuestra Biblioteca»). En el libro *La Hollande ilustrée,* de la editorial parisina Larousse, se lee: «Matilde P. de Balle y Ordóñez y Ana Amalia Batlle Pacheco. Enero 14, 1914. Piedras Blancas. Biblioteca de las dos. Regalo de Pepe para las dos». Este fue probablemente un libro comprado durante el viaje a Europa, pero registrado por Matilde luego de la muerte de su hija.

En otra oportunidad, la madre agregó en la inscripción el vínculo de Ana Amalia con la persona que hizo el regalo, que tuvo un rol importante en el período final de vida de la joven: «Ana Amalia y Matilde. Nbre 25 de 1912. Rincón del Pino. Recuerdo de su hermano Carlos. Biblioteca de las dos. Piedras Blancas». Con la locación en Rincón del Pino se identifican nueve libros regalados por allegados como los que hemos mencionado y por sus hermanos Carlos Michaelsson y César Batlle Pacheco.

El dato «leída», que alude a la práctica de señalar el final de la experiencia y a menudo se colocaba en una página distinta a las inscripciones de pertenencia, se identifica al menos en 72 libros. Estos son en su mayoría novelas y a veces biografías y ensayos. Asimismo, en unos pocos casos se encuentra el escrito «inconclusa», que muestra la necesidad de tener cierto control sobre las lecturas. En este sentido, Matilde señaló en el libro ¡*Hijo mío!,* de Salvador Farina: «Este libro se lo leía a Ana cuando estaba enferma y no pudimos concluirlo». La anotación fue realizada luego del fallecimiento de Ana Amalia, con una tinta distinta a la de la marca de propiedad, que data de octubre de 1912.

Las últimas anotaciones en libros corresponden a junio y julio de 1925, unos meses antes de la muerte de Matilde, en febrero de 1926. Se trata de publicaciones francesas de arte, temática de interés frecuente en la biblioteca, obsequiadas por César y Rafael Batlle Pacheco.

Los libros, transmisores de ideas y conocimientos, fuente de entretenimiento e inspiradores de pensamiento e intercambio, son también, como hemos visto, objetos materiales, vestigios que permiten observar una serie de aspectos de la vida cotidiana y de las redes personales de sus dueñas. Con este trabajo pretendemos animar a la expansión de los estudios que indaguen sobre bibliotecas personales, y particularmente sobre las femeninas, para conocer más profundamente cómo y qué leyeron las mujeres uruguayas en distintos períodos de nuestra historia.



William Shakespeare, *Obras dramáticas.* Tomo *III* [*Otelo, Romeo y Julieta, Hamlet*], Madrid, Perlado, Páez y Compañía, 1909
MHN 3066, «Biblioteca de las dos»

Los escritos de los autores Walter Scott, Luis Coloma y una selección de William Shakespeare fueron las últimas lecturas de Ana Amalia. En ellos pueden leerse notas tales como «Regalo de Lorenzo, para completar la colección de su hermana Ana» o «Estos libros colección del Padre Coloma fueron regalo en Abril 6 -1912 [...] en su enfermedad por su padre». Incluso algunos refieren a la estadía final en Arazatí: «Regalo de su hermano Carlos, en la Estancia de Puppo. Rincón del Pino. San José», que tuvo lugar entre noviembre y enero de 1913, unos días antes de la muerte de la joven.

Segunda parte



Soleada mañana de otoño bajo el vitral
Una visita a la muestra *De ellas dos: la biblioteca de Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde Pacheco*

Lourdes Peruchena

Este texto fue elaborado a partir de lo expuesto en la visita comentada a cargo de Lourdes Peruchena en la exposición *De ellas dos...* Quinta de Batlle (MHN), 2 de abril de 2022.

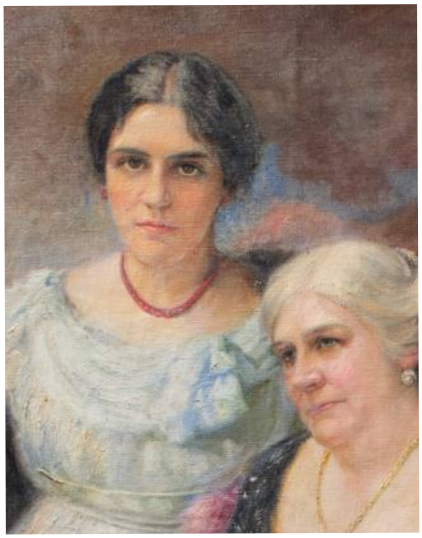
Hace tres o cuatro años, el estimado colega Andrés Azpiroz, actual director del Museo Histórico Nacional, me habló sobre la biblioteca de Matilde Pacheco y Ana Amalia Batlle Pacheco, y sobre la importancia y la pertinencia de abordarla desde distintos ángulos. Ya fuera mediante un simple acercamiento curioso, ya fuera como tema o insumo para una investigación, ya fuera en una muestra —como es el caso que nos convoca en este catálogo—, es indudable la importancia y la pertinencia de este acercamiento y de explorar tantas otras posibilidades que se abren a partir de esa biblioteca, que en su contexto fue una de porte notorio, pero que es bastante más que una biblioteca en el sentido de reunir libros. Con esto quiero subrayar la enorme valía de este reservorio de fuentes de excelencia para el estudio de una familia, una época, una ciudad; en una palabra, el Uruguay de hace cien años.

En aquella oportunidad, obstáculos de orden personal me impidieron volcarme, como hubiera querido, a tomar ese desafío. Por ello, recibir del equipo curador la propuesta de realizar una visita comentada a la muestra fue una sorpresa muy agradable, que implicó volver a constatar que los temas y problemas que investigamos nos eligen, y no al contrario, como solemos creer las y los historiadores. Tres jóvenes investigadoras, Carolina, Lucía y Clara, que en su trayecto formativo fueron estudiantes de mi curso en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, tomaron entre sus manos la conmovedora tarea de invitarnos a compartir un tiempo con otras dos mujeres uruguayas de un siglo atrás.[1] De inmediato tuve la sensación de que especialmente Ana Amalia se habría sentido muy orgullosa de que ellas hayan sido las encargadas de tejer estos hilos de su trama en la memoria y en la historia para compartirla con todas y todos.

Los invito a acompañarme en una soleada mañana de otoño a visitar la casaquinta de la familia Batlle Pacheco, donde nos esperan doña Matilde, Ana Amalia y la biblioteca «de ellas dos».

* * *

[1] Me refiero a las noveles historiadoras Carolina Luongo, Lucía Mariño y Clara von Sanden.



Entro a la casa y me detengo ante la pintura de Matilde y Ana Amalia que debemos al pincel de Carlos María Herrera,[2] que es casi como decir *me detengo ante las anfitrionas,* tan realista es la pintura. Observándola, es inevitable darse cuenta de que doña Matilde —como don Pepe Batlle— había entendido de qué venían los nuevos tiempos y educó, o más bien formó, a su hija en consecuencia. Personalmente definiría a Ana Amalia como una representante de la *mujer nueva* que se venía gestando en buena parte del mundo —occidental, al menos— y en el Río de la Plata. Y para explicar a qué me refiero con lo de *mujer nueva* sugiero, antes que nada, observar atenta y especialmente la mirada de Ana Amalia: directa hacia nosotros, sin falsos pudores, sin ingenuidades aprendidas; al contrario, una mirada franca, inteligente, desafiante. Mientras tanto, doña Matilde mantiene la mirada hacia abajo, introspectiva, lo que habla de la formación de las mujeres de tiempos precedentes, centrada en considerar como virtudes femeninas la modestia y el perfil bajo. Había aprendido los principios de una normativa social que sin embargo logró superar y se ocupó de no trasmitir a su hija; justo al contrario. Esa fue una forma de ser y actuar que superó por los avatares a los que la vida la enfrentó, pero también seguramente por desarrollar una reflexión crítica, sustentada en sus lecturas sobre lo que implicaba ser mujer en los comienzos del siglo xx. De esas lecturas encontramos numerosos y portentosos ejemplos en la biblioteca de marras.

Esta invitación a compartir con madre e hija un rato en su mundo, que las historiadoras del equipo curador de esta exposición *tramaron* para las y los visitantes, en forma sutil, delicada, captando muy bien la inteligencia y la sensibilidad de las protagonistas, devino una experiencia altamente enriquecedora. Destaca en ese mundo el envolvente trasfondo afectivo y de *continuum* de mujeres que han sabido reconstruir y revitalizar, partiendo de la «Biblioteca de las dos», que concibo como una biblioteca *conquistada* por madre e hija. Si bien se encuentra allí un abanico variado de lecturas, quisiera destacar aquellas más netamente empoderadoras y de las que se empoderaron. A esta altura pienso que aplica el título del libro de Stefan Bollman *Las mujeres que leen son peligrosas,* y para ello tomo algunas de las preguntas que se hace la escritora y editora española Esther Tusquets en el prólogo:

> ¿Son realmente las mujeres que leen peligrosas? ¿Lo fueron en otros tiempos, siguen siéndolo hasta hoy? ¿Cuál ha sido la reacción de los varones ante esto? ¿Ha contribuido la lectura a la emancipación de la mujer, ha sido un arma eficaz en nuestras reivindicaciones feministas? ¿Leemos nosotras de un modo distinto, establecemos otro tipo de relación con el libro? Y ¿por qué leen actualmente mucho más las mujeres que los hombres?[3]

Volviendo a la cuestión principal acerca de la presunta peligrosidad de las mujeres que leen, decía Tusquets que un argumento a favor se deduce de la frecuencia con que los varones, a lo largo del tiempo, la han suscrito actuando en consecuencia, y

[2] Carlos María Herrera (1875-1914) fue hijo de Lucas Herrera y Obes y Ana Martínez y Obes; por tanto, sobrino de Julio Herrera y Obes, expresidente de la República. La pintura referida es un óleo sobre tela realizado en 1913. También pintó un retrato de Ana Amalia (c. 1910, un pastel sobre papel).

[3] Tusquets, Ester, «¿Son peligrosas las mujeres que leen?», prólogo a Bollman, Stefan, *Las mujeres que leen son peligrosas*, Madrid, Maeva, 2006, p. 14.





Grupo de personas durante una recepción en el salón principal de la quinta de Batlle y Ordóñez
Sin datos de autor/a ni fecha.
Reproducción fotomecánica en la revista *Batllismo*, Montevideo, n.º 12, p. 34.
MHN, Hemeroteca

ello pensando en que si lo consideran peligroso es porque ha de ser positivo de algún modo para las mujeres:

> Durante siglos se dificultó, pues, el acceso de la mujer a la lectura y se le prohibieron determinados libros. En 1523, el humanista español Juan Luis Vives aconsejaba a los padres y maridos que no permitieran a sus hijas y esposas leer libremente. «Las mujeres no deben seguir su propio juicio [...] dado que tienen tan poco». Y habrá que llegar a la Inglaterra victoriana para que sean las madres las que elijan las lecturas de sus hijas.[4]

Es comprensible que las lectoras fueran sospechosas, porque la lectura, insumo liberador, minaba una de las cualidades más promovidas para las mujeres en todos los tiempos: la sumisión. Tusquets recuerda que cuando era niña, en la España de los años cuarenta del siglo XX, las amigas de su madre que la veían muy a menudo con un libro en las manos le advertían, escandalizadas, que se alejara de ese hábito porque ¡tendría nefastas consecuencias para con los hombres! Claramente el sentido es que ponía en riesgo sus posibilidades de casarse, destino que —junto con la maternidad— aún se percibía casi *natural* para las mujeres.

El vínculo de Ana Amalia con su madre —creo que ella confirmaría lo que voy a decir— me retrotrae a los comienzos del siglo XV, cuando la escritora Christine de Pizan (1364-c.1430) refería a las piedras preciosas de distinto valor que había recibido en herencia en dos saquitos, uno procedente de su padre y el otro de su madre. Estos saquitos representaban la relación de mujeres y varones con el mundo, dos relaciones distintas. En su obra *Libro de las suertes distintas (o de la variabilidad de la fortuna),* de 1403, presentaba a su padre como un filósofo y a su madre como Dama Naturaleza.[5] La riqueza de su padre consistía en piedras que había extraído de la Fuente de las Musas en el Monte Parnaso, de las que ella jerarquizaba dos: una que le daba el poder de adivinar el futuro y de interpretar las revoluciones de los planetas y los movimientos de las estrellas, y otra que le daba la capacidad de curar enfermedades (era astrólogo y médico). Ella, por ser mujer, no había podido heredar esas piedras y tuvo que conformarse con los fragmentos del saber paterno que logró ir recogiendo. De su madre, en cambio, recibió en herencia su propio saquito de piedras: las virtudes. Aunque no resultaban tan valiosas en el mundo como las de su padre, las piedras legadas por su madre (los valores) representaban lo simbólico y la fluidez de la lengua que enseña.

Ana Amalia Batlle Pacheco podría hablarnos de los dos saquitos con las *piedras preciosas,* el legado que recibió de sus padres, aunque considero que no serían tan diversos como los que menciona Pizan. Al contrario, aquellos legados del padre y la madre de Ana Amalia más bien coincidirían, sobre todo en algunos insumos: la valorización de la inteligencia, del acceso al conocimiento, de la ecuanimidad en la exaltación de los valores humanistas (que don Batlle había leído y sopesado a partir de una obra de

[4] Tusquets, op. cit., p. 15.

[5] Véase Rivera Garretás, María Milagros, *El fraude de la igualdad. Los grandes desafíos del feminismo hoy,* Barcelona, Planeta, 1997, pp. 29-31.

la escritora española Concepción Arenal, de la que conservaba un ejemplar en su biblioteca de Piedras Blancas por considerarla una lectura fundamental en su formación ideológica),[6] de la complementariedad de mujeres y varones en la construcción de una sociedad de bienestar. Es verdad que a esos padres, por ser personas de su tiempo, les faltarían otros insumos que hasta hoy se siguen incorporando en la lucha por la equidad entre mujeres y varones, pero es destacable cuán generosamente le habían ofrecido aquellos con los que se habían embanderado y de los que habían sido enfáticos promotores y activistas; acción aún no muy frecuente por entonces.

* * *

La lectura y las mujeres es, entonces, el eje de esta visita. Me imagino —y les propongo imaginarse— siendo recibidos por Ana Amalia y misia Matilde (con ese castizo y particular apelativo, algo pasado de moda, pero de mucho respeto afectuoso, que utilizó Domingo Arena para dirigirse a ella en la dedicatoria de su texto *Divorcio y matrimonio*). Me imagino siendo recibida con esa calidez que trasunta el vínculo entre madre e hija y que atraviesa los aires de la casa, sentándonos bajo ese vitral maravilloso y conversando largo y tendido sobre su viaje a Europa y al norte de África, pero, sobre todo, intercambiando impresiones sobre algunos libros de la «Biblioteca de las dos».

Me invitan a dar una rápida recorrida por esos volúmenes y me preguntan cuáles me interesaría leer y por qué. No tardo en señalar tres de ellos: *La mujer y el trabajo. Reflexiones sobre la cuestión feminista* (1911), de Olive Schreiner,[7] *El carácter nacional.*



Matilde Pacheco y Ana Amalia Batlle rodeadas de algunas amigas
Sin datos de autor/a ni fecha. Reproducción fotomecánica aparecida en el periódico *Fray Mocho*, Montevideo, 19 de julio de 1912. MHN, Hemeroteca

[6] Es importante recordar la alta estima que don José Batlle y Ordóñez profesaba por la obra de Concepción Arenal. Así lo relata el historiador Milton Vanger, aludiendo a una carta de don Pepe dirigida a Domingo Arena en 1908, en la que le recordaba un libro que había leído en su juventud. Ese libro era justamente *La mujer del porvenir* (1869), obra señera de Concepción Arenal. Asimismo, en la carta le sugería publicar fragmentos de la obra en el diario *El Día* debido al interés que podía despertar en torno a los derechos políticos de las mujeres. Cf. Vanger, Milton, *El país modelo. 1907-1915,* Montevideo, Arca y Ediciones de la Banda Oriental, 1986, p. 57.

[7] La escritora, pacifista y política activista Olive Emilie Albertina Schreiner (1855-1920), hija de un matrimonio misionero que vivía en Sudáfrica, recibió de su madre la mayor parte de una educación austera y que hacía hincapié en la autodisciplina. Debido a infortunios económicos de su padre, vivieron durante mucho tiempo en la pobreza. Cuando Olive tenía nueve años murió su hermana menor, con apenas 17 meses; este hecho, según declaró la propia Olive, marcó un punto de inflexión en su vida. Dedicó a esa hermana, así como a su hija, que también murió muy pequeñita, el Preludio de su obra *From Man to Man.* Desempeñándose como institutriz, conoció a Willie Bertram, quien le prestó los *Primeros principios* de Herbert Spencer, lectura que la impactó profundamente, en especial las ideas de Spencer sobre la unidad de la naturaleza y el universo teológico, principios que adoptaría en pos de crear una moral libre de una religión organizada. En 1881 viajó a Inglaterra, donde decidió que escribir sería su forma de expresarse y de ganarse la vida. Viajó por Europa y luego retornó a Sudáfrica en 1889. En 1894 se casó con Samuel Cronwright, un agricultor y activista político. La mala salud la aquejó a lo largo de su vida, lo que se incentivó en sus últimos años. Sin embargo, eso no le impidió desempeñarse activamente en defensa de diversas causas vinculadas a los derechos humanos de grupos vulnerados (negros, mujeres, etcétera). Al publicarse *Woman and Labor,* en 1911, estaba muy enferma y decidió volver a Inglaterra para tratar su salud, pero quedó atrapada por el estallido de la Primera Guerra Mundial; ello la motivó a encontrar una nueva causa de lucha: el pacifismo. Al finalizar la guerra retornó a Sudáfrica, donde falleció en 1920.

El hogar, la escuela, el trabajo y el ideal (1903), de Rafael Arlas Bucelli,[8] y el ya mencionado discurso *Divorcio y matrimonio,* pronunciado por Domingo Arena[9] en el Senado en 1912.

Quisiera detenerme brevemente en la autora del primero de estos libros, Olive Schreiner, por tratarse de una vanguardista en lo que respecta a su interés por los derechos humanos y su especial preocupación por los derechos de las mujeres, actitud que la hizo partícipe de numerosas movilizaciones a favor de las garantías e igualdades económicas y sociales entre varones y mujeres. En 1907 Schreiner se unió a la Women Enfranchisement League, de la que fue vicepresidenta, aunque retiraría su apoyo a esta organización cuando algunas delegaciones pretendieran excluir a las mujeres negras del derecho al sufragio. Su obra más importante fue *Historia de una granja africana* (1883), cuya primera edición publicó bajo el seudónimo Ralph Iron. Respecto de su novela *De hombre a hombre,* donde habla de las desventuras de dos hermanas en el contexto de la sociedad patriarcal, Schreiner declaró considerarla su favorita, pese a lo cual fue publicada en forma póstuma en 1926. Partiendo de explorar el confinamiento de las mujeres blancas a la vida doméstica a fines del siglo XIX en Sudáfrica e Inglaterra, la novela amplía su mirada hasta incluir a mujeres y niñas negras, cuya presencia informa gradualmente la lucha del personaje central para educar a sus hijos contra el racismo y el sexismo. Schreiner, una de las máximas voces del pensamiento radical y feminista de comienzos del siglo XX, fue contemporánea de Matilde y Ana Amalia, lo que permite calibrar la importancia capital para ellas de conocer las ideas de esta autora en una lectura de primera mano.

También celebro que albergaran en sus estantes *La isla de los cánticos,* un destacado poemario de María Eugenia Vaz Ferreira que se publicó póstumamente en 1924. Ana Amalia ya había fallecido, lo que indica que Matilde continuó nutriendo la biblioteca luego de su muerte.

Una vez zanjada mi selección, me atrevo a pedirles opinión sobre la peligrosidad de las mujeres lectoras. Responden que no hay duda de que la lectura, clave para acceder al mundo de la cultura o para acceder al mundo a secas, implicó un gran avance para las mujeres, al generarles confianza en su propio valor, darles autonomía y ayudarlas

[8] Rafael Arlas Bucelli fue director de la Escuela de Segundo Grado N.º 4 de Montevideo y fundó en el Paraguay la Escuela Sarmiento (gratuita para adultos) y un taller tipográfico para señoritas. Fue vicerrector del Colegio Nacional de la Liga Patriótica de Enseñanza, presidente honorario de la Asociación Liga de Obreros de Paysandú y catedrático de sus clases gratuitas. También dirigió los diarios *El Progreso* y *El Heraldo,* así como el Instituto de Melo y las escuelas de Paysandú, San Fructuoso, Sarandí y Minas.

[9] El reconocido político colorado Domingo Arena, muy cercano a don José Batlle y Ordóñez, nació en Italia en 1870; cuando contaba siete años llegó a Uruguay con su familia, que se radicó en Tacuarembó. Abogado y periodista, llegó a dirigir el diario *El Día*. Como político de reconocida filiación batllista ocupó bancas de representante y de senador e integró la comisión que redactó la Constitución de 1918, además de integrar el Consejo Nacional de Administración entre 1919 y 1922. Falleció en Montevideo en 1939.

a pensar por sí mismas, lo que conduce a la apertura de nuevos horizontes. Las tres recordamos a la poeta norteamericana Emily Dickinson diciendo «No existe mejor fragata que un libro para llevarnos a tierras lejanas»,[10] única posibilidad de recorrer mundos remotos para la mayoría de las mujeres de su tiempo, incluso para ellas, que gozaron de los beneficios de viajar físicamente. Según expresa estupendamente la escritora francesa Laure Adler, especialista en historia de las mujeres y el feminismo en los siglos XIX y XX:[11]

> El libro puede llegar a ser más importante que la vida. El libro enseña a las mujeres que la verdadera vida no es aquella que les hacen vivir. La verdadera vida está fuera, en ese espacio imaginario que media entre las palabras que leen y el efecto que estas producen […] y no se resignan a cerrar el libro sin que algo haya cambiado en sus propias vidas. El libro se convierte en iniciación.

La misma autora subraya la importancia singular de los libros para las mujeres, de lo cual esta muestra, *De ellas dos,* es un testimonio pleno:

> Los libros no son para las mujeres un objeto como otro cualquiera. Desde los albores del cristianismo hasta hoy circula entre ellos y nosotras una corriente cálida, una afinidad secreta, una relación extraña y singular, entretejida de prohibiciones, de aprobaciones, de reincorporaciones.[12]

* * *

En otro orden de cosas y a partir del nombre de Ana Amalia, importa comentar lo interesante de poder trazar una línea genealógica femenina de la historia del Uruguay, ya que en él se recogen los nombres de las dos abuelas. Una era doña Anne Stewart, esposa de Manuel Pacheco y Obes (hermano del reconocido político colorado Melchor Pacheco y Obes) y hermana del político Duncan Stewart, quien fue ministro de Hacienda de Lorenzo Batlle —el padre de don Pepe y abuelo de Ana Amalia— y que incluso ocupó el Poder Ejecutivo por un breve lapso previo a la asunción del presidente Juan Idiarte Borda. La otra, doña Amalia Ordóñez Duval, esposa del presidente Lorenzo Batlle, estaba vinculada por línea materna a la familia Bauzá (Rufino, Celestino y Francisco). Esta genealogía femenina posibilita, tan legítimamente como las genealogías masculinas al uso tradicional, un claro camino para recuperar las redes políticas del Uruguay de la segunda mitad del siglo XIX. Esposas, hermanas o hijas, todas ellas fueron formadoras de varones políticos de la primera hora, todas ellas *buenas madres*

[10] Mencionado por Tusquets, op. cit., p. 16.

[11] Citada por Tusquets, op. cit., p. 17. Laura Adler (Clauzet) (Francia, 1950), historiadora, periodista, biógrafa y productora de radio y televisión, elaboró su tesis de doctorado sobre mujeres feministas del siglo XIX, dirigida por la reconocida historiadora Michelle Perrot. Es autora de *A l'aube du féminisme: les premieres journalistes* (París, Payot, 1979) y colaboró en el volumen colectivo presentado por Jean Paul Aron *Misérable et glorieuse*: *La femme au XIX siècle* (París, Fayard, 1980).

[12] En Tusquets, op. cit., p. 18.

y virtuosas ciudadanas, para nada ajenas a la vida política del país, como intenté demostrar en mi tesis de maestría.

Fue buen pretexto para que anfitrionas y visitantes intercambiáramos sobre la maternidad y el rol de estas madres de las élites en la vida y los asuntos políticos —en el sentido de la vida y los asuntos públicos—, tema que estudié hace unos años. Si se reeditara el libro fruto de la mencionada indagación, sería imprescindible incorporar a Matilde, Ana Amalia y sus predecesoras, quienes reconfirman aquello que planteé respecto del rol político de estas *madres de las élites:*

> Mi hipótesis sugiere que, en un escenario de las características del Uruguay de la modernización, conceptos como el de maternidad y figuras socialmente paradigmáticas como la madre son necesarios a modo de ejes ordenadores y aglutinantes, tanto en el nivel privado de la familia como en el nivel público, de la familia de la nación. Se trata de la consolidación de la «maternidad republicana», noción de raíz ilustrada, instrumentalmente adecuada y por tanto utilizada desde el frontis público masculino de las élites dirigentes nacionales.[13]

En aquella investigación, ya pensaba en la pertinencia de continuar la búsqueda de respuestas a la interrogante sobre la imbricación del modelo de *madre* funcional durante lo que denominé *modernización batllista* —período al que se vincula la muestra de la que hablamos— y si dicho modelo estaba suficientemente arraigado, si aún resultaba útil, si se había resignificado y en qué sentido, así como cuántos elementos de ese modelo de maternidad heredaría el batllismo, entre otras cuestiones.[14]

* * *

Ya llegando el mediodía me despido de mis anfitrionas, no sin que antes repasáramos la increíble colección de tarjetas, postales y otras, donde tantísimo material se brinda para el conocimiento, el análisis y la reflexión acerca de la vida social y cultural, pero también económica y política de aquel Uruguay del que ellas, como tantos y tantas otras, fueron protagonistas.

Solo me resta agradecer a las responsables de haber tramado y entramado esta muestra recogiendo ese espíritu que me es tan caro y que ha expresado el historiador del arte y filósofo francés George Didi-Huberman en *Cuando las imágenes tocan lo real:*

> El archivo suele ser gris, no solo por el tiempo que pasa, sino por las cenizas de todo aquello que lo rodeaba y que ha ardido. Es al descubrir la memoria del fuego en cada hoja que no ha ardido donde tenemos la experiencia…[15]

---

[13] Peruchena, Lourdes, *Buena madre, virtuosa ciudadana. Maternidad y rol político de las mujeres de las elites (Uruguay, 1875-1905),* Montevideo, Rebeca Linke, 2010, p. 29.

[14] Ibidem, pp. 31-32.

[15] Didi-Huberman, Georges; Chéroux, Clément, y Arnaldo, Javir, *Cuando las imágenes tocan lo real,* Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2018, s/p.

Ello supone para los/as historiadores/as «ver en las fuentes el lugar donde se sufre, el lugar donde se expresan los síntomas», es decir, «discernir el lugar donde arde […]. El lugar donde la ceniza no se ha enfriado». Esto no implica *enamorarse* del objeto de estudio ni fundirse con él, pero sí, claramente, *estar en el lugar.* Y para ello es imprescindible «acercar el rostro a la ceniza [y] soplar suavemente para que la brasa, debajo, vuelva a emitir su calor, su resplandor, su peligro. Como si […] se elevara una voz: ¿No ves que ardo?».[16] Visitar la muestra *De ellas dos* es ser bienvenidos en el lugar donde arde, es la invalorable posibilidad de acercar sin miedo y sin reticencias el rostro a la ceniza y experimentar la sensación del ardor. Solo de este modo se las puede percibir a ellas dos, a Ana Amalia y Matilde, y, lo mejor de todo, solo de este modo es posible encontrar su huella aún ardiendo, es decir, encontrarse con la historia.

[16] Ibidem.

Ante la muerte, la imagen

Daniela Tomeo

En enero de 1913, a los dieciocho años, falleció en la quinta familiar de Piedras Blancas la joven Ana Amalia Batlle Pacheco, hija de Matilde Pacheco y José Batlle y Ordóñez, quien era entonces y por segunda vez presidente de la República. La tuberculosis, causante del deceso, había sido contraída por la joven luego del prolongado viaje familiar realizado a Europa y Cercano Oriente entre 1907 y 1911. El matrimonio Batlle Pacheco había perdido antes otra hija, una pequeña de tan solo dieciséis meses que murió el mismo año del nacimiento de Ana Amalia. La madre, Matilde Pacheco, había tenido diez hijos, cinco con Batlle y otros cinco de su primer matrimonio, uno de los cuales también falleció de tuberculosis. En el Uruguay del Novecientos, la muerte de un hijo en la primera infancia empezaba a ser una experiencia menos frecuente que en el siglo XIX, cuando la mortalidad infantil tenía una incidencia y unos porcentajes realmente importantes. La muerte de Ana Amalia, una joven que iniciaba su vida, sumió al matrimonio en una profunda tristeza, de la que dan cuenta los diarios y cartas que escribían.

Como estudió extensamente José Pedro Barrán,[1] la nueva sensibilidad «civilizada» empezó a ver a la muerte con más respeto, seriedad y decoro. Se fueron abandonando algunas prácticas, como la misa de cuerpo presente o la fiesta ante la muerte de un «angelito», que era el modo en que llamaban a los niños que morían. La necesidad de recordar al fallecido a través de imágenes que lo perpetuaran se mantuvo intacta, pero la forma en que esas imágenes se pensaban y producían revela esos cambios en la sensibilidad y en los modos en que la sociedad del Novecientos se enfrentó a la muerte, y en especial a la de un hijo.

Ante la muerte de Ana Amalia, la familia Batlle Pacheco encargó varias esculturas y pinturas de la hija. Aunque el archivo familiar da cuenta de un extenso registro fotográfico de Ana Amalia en distintos momentos de su vida, esos retratos, por la modernidad de su técnica, no eran suficientes para construir una imagen con la trascendencia necesaria. La fotografía era una huella del tránsito por la vida en pleno devenir. En los inventarios de obras y objetos donados al Museo Histórico Nacional por la familia Batlle

[1] Barrán, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2019.



Autorretrato de Carlos María Herrera
Óleo sobre tela, 77 × 70 cm
Museo Nacional de Artes Visuales

Pacheco se documentan muchas fotografías de la joven, con sus respectivos marcos de madera o de bronce labrado, lo que indica que estaban expuestas en la casa.[2] La pintura y la escultura, en cambio, formaban parte de las *bellas artes,* lo que le otorgaba a la imagen un estatus que la fotografía no alcanzaba aún. Los retratos y esculturas de Ana Amalia que llegaron con las donaciones parecen haber sido todos *post mortem*.

El retrato fue siempre una forma de recuperar la ausencia, y la pintura *post mortem* y la fotografía de difuntos tienen una extensa historia. El Museo Histórico Nacional conserva interesantes ejemplos,[3] como el retrato realizado por el italiano Pedro Valenzani a la familia Tarabal.[4] En esta obra, el artista incluyó a la madre ya fallecida junto a los hijos y el esposo vivos en el momento de realizar la obra. En cuanto la fotografía se difundió y sus costos bajaron, los retratos fotográficos de difuntos se hicieron más frecuentes. Las imágenes algunas veces presentaban al cadáver con los ojos abiertos o vestido como si estuviera vivo, mientras que en otras oportunidades lo registraban en el lecho de muerte o incluso dentro del féretro.[5] Era frecuente que las imágenes presentaran complejas y elaboradas puestas en escena, que empezaban a resultar incómodas en el inicio del nuevo siglo.

El matrimonio Batlle Pacheco encargó la realización de pinturas y esculturas de Ana Amalia vestida de fiesta, de niña, con la mascota familiar. Imágenes de vida realizadas luego de su muerte. Tres artistas produjeron las obras a las que me refiero: el pintor uruguayo Carlos María Herrera, el español residente en Uruguay Vicente Puig y el escultor italiano Ezio Ceccarelli.

La obra de un pintor moderno

Carlos María Herrera (1875-1914) fue uno de los pintores más destacados del modernismo uruguayo. Miembro de una familia patricia, era primo de dos artistas importantes de su generación —el escritor Julio Herrera y Reissig y el dramaturgo Ernesto Herrera— y sobrino del presidente Julio Herrera y Obes. El historiador Ernesto Laroche afirmaba que fue el «retratista oficial de toda la sociedad uruguaya y de gran parte de la sociedad argentina».[6] Un pintor moderno, cuyos retratos, al decir de la escritora

[2] MHN, Departamento de Antecedentes e Inventarios, carpeta 2976, «Colecciones de muebles, cuadros, libros, documentos y objetos diversos que pertenecieron a José Batlle y Ordóñez»; carpeta 3688, «Conjunto de muebles, dos retratos y dos arañas de luz con destino a la casa de José Batlle y Ordóñez».

[3] Véase Azpiroz, Andrés, y otros, «Nacimiento y muerte: Dos etapas de la vida no siempre tan distantes», en Azpiroz, Andrés, y otros, *Entre la vida y la muerte. Salud y enfermedad en el Uruguay de entresiglos,* Montevideo, MHN, MEC, 2020; Islas, Ariadna, y otros, *Miradas de la Banda Oriental,* Montevideo, MHN-CCE, 2011.

[4] Pedro Valenzani, *Familia Tarabal,* 1864, óleo sobre tela, 245 × 176 cm, MHN 1403.

[5] Broquetas, Magdalena, «El retrato fotográfico desde sus orígenes hasta comienzos del siglo XX». En Broquetas, M. (coord.), *Fotografía en el Uruguay. Historia y usos sociales. 1840-1930*. Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Udelar) y CMDF, 2011.

[6] Laroche, Ernesto, *Algunos pintores y escultores,* Montevideo, Morales Hnos., 1938, p. 83.

uruguaya Josefina Lerena de Blixen, «llenos de vida, de color y de luz»,[7] habían desplazado de las salas los oscuros retratos de los antepasados.

En un país en el que la formación artística solamente se impartía en talleres particulares, Carlos María Herrera inició sus estudios con el italiano Pedro Queirolo. A los veinte años cruzó a Buenos Aires, donde se formó en la novel Asociación Estímulo de Bellas Artes y trabó amistad con el pintor argentino Pío Collivadino, con quien realizó el plafón del Teatro Solís en 1908, como resultado de un concurso en el que resultaron triunfadores. Dos viajes a Europa, en usufructo de becas gubernamentales, en 1897 y 1902, lo acercaron a la pintura luminista española. Fueron sus maestros Salvador Sánchez Barbudo, Mariano Barbasán Lagueruela y el prestigioso Joaquín Sorolla y Bastida. Recordemos el éxito de la pintura española en el Río de la Plata, donde la obra de los artistas mencionados era ampliamente conocida y coleccionada.[8]

En la Exposición del Centenario, realizada en 1910 en Buenos Aires, la presencia de pintores españoles fue la más numerosa entre las representaciones extranjeras. En ella también Herrera presentó una serie de luminosos retratos femeninos e infantiles, en tiempos en que la luz natural era uno de los elementos que definían la modernidad. En 1905 integró el grupo fundador del Círculo de Bellas Artes, donde actuó como docente y director hasta su temprana muerte. La institución marcó el rumbo de las artes visuales y su enseñanza en las primeras décadas del siglo XX, cumpliendo con su objetivo de ser un centro de enseñanza y promoción de las artes a través de concursos y exposiciones. El crítico e historiador Carlos Herrera Mac Lean comentaba que el pintor incluso puso a disposición del Círculo sus propios materiales de trabajo: modelos de yeso, bancos y caballetes.[9] Puede afirmarse, por tanto, que la modernidad caracterizó su obra no solamente por los temas y lenguajes en los que incursionó, sino también por su acción como docente y promotor de las artes, en un medio limitado.

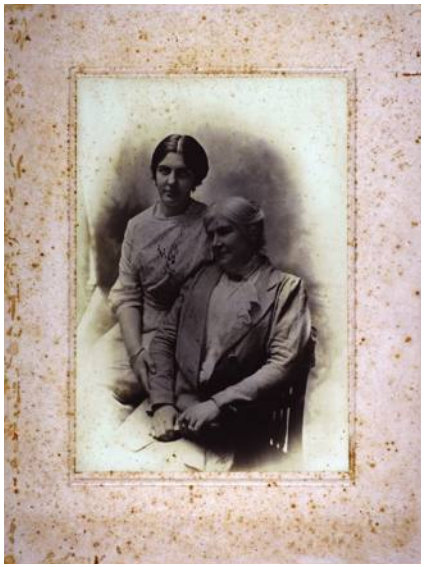
Herrera fue un pintor que compartió la nueva sensibilidad. En muchas obras presentadas en distintas exposiciones a ambos lados del Plata registró la vida familiar y doméstica, a sus propios hijos y su esposa. Esa vida familiar que proyectaban fue elogiada y comentada positivamente por la prensa una y otra vez. Son imágenes suaves, en las que la intimidad del hogar se expone ante el pintor para su registro. El pastel fue una de las técnicas preferidas por el artista y mostró en ella una increíble solvencia. Era seguramente el artista uruguayo más prestigioso del momento y el que mejor reflejó los vínculos afectivos que unían a las familias locales.

---

[7] Lerena de Blixen, Josefina, *Novecientos,* Montevideo, Ediciones Banda Oriental, 2006, p. 72.

[8] Véase Porley, Carolina, *El coleccionista. Fernando García y su legado al Estado uruguay*o. Montevideo, Estuario Editora, 2019; Baldasarre, María Isabel*, Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires,* Buenos Aires, Edhasa, 2006.

[9] Herrera Mac Lean, Carlos, *Carlos María Herrera. 1875-1914,* Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública, Comisión Nacional de Bellas Artes, 1961, s/n.



Retrato de Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde Pacheco
Estudio Damonte y Buscasso
Montevideo, 1911 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
29,5 × 35,5 cm
MHN

Fue Herrera quien pintó a la hija de la familia Batlle Pacheco fallecida en 1913. Pero el pintor estaba enfermo y fallecería casi un año después que Ana Amalia, en marzo de 1914. Fernández Saldaña señala que a fines de 1912 su enfermedad se manifestó con «síntomas alarmantes»,[10] que desembocaron en una intervención quirúrgica y una sufrida convalecencia de trágico desenlace. Quien realizó las pinturas que nos ocupan fue un pintor enfermo, cariñoso padre de familia.

La primera obra que comentaremos es un pastel de Ana Amalia de formato oval.[11] En ella vemos la imagen de la muchacha que mira al espectador con tez pálida y sombras de ojeras. La camisa blanca con un cuello apenas esbozado y la mantilla que la cubre y se anuda al frente adquieren el mismo color gris del fondo, un gris que presenta algunas tenues pinceladas blancas verticales que se continúan en las prendas. El hombro derecho (izquierda del espectador) prácticamente desaparece y sus contornos se diluyen en el fondo de la tela. El rostro, en cambio, tiene rasgos definidos, líneas precisas; el cabello pulcramente peinado con raya al medio y recogido detrás de la cabeza, la mirada intensa. Los pequeños pendientes, uno de ellos casi imperceptible, son los únicos adornos que se permite la imagen de la joven. El retrato parece tomado de una fotografía que sin duda sirvió como modelo también para la segunda obra de Herrera, en la que Ana Amalia fue retratada junto a su madre. Se trata de una foto tomada aproximadamente en 1911 por Marcelino Buscasso.[12] En la foto, Matilde está sentada en un banco, con los cabellos blancos recogidos detrás, la cabeza inclinada hacia su hija y la mirada perdida. La hija —con el mismo peinado, los mismos pendientes, la camisa blanca con un pequeño bordado en el cuello, la misma mirada— se sostiene en el apoyabrazos del banco y mira al espectador desde un nivel más elevado que la madre. La madre descansa protegida por la joven alerta que apoya su mano en el brazo de aquella. En la fotografía familiar, dice Peluffo Linari, hay «una mayor disposición a manifestar los afectos mediante la proximidad de los cuerpos: el abrazo discreto, el contacto de las cabezas entre sí».[13] Esos afectos entre madre e hija que expone la fotografía revelan también los fuertes lazos de solidaridad y cariño entre las mujeres del mismo grupo familiar. Luego de la muerte de Ana Amalia, Matilde escribió: «Dios quiera darme otra hija pues niñas mujeres son siempre la alegría del hogar, donde no están ellas la casa es fría y horrible como un desierto. Los varones crecen y se van en busca de otras reuniones y las viejas quedan solas».[14] En la pintura, el artista cambió la posición del brazo de la joven, que ya no toca el de la madre, sino que lo pasa por

[10] Fernández Saldaña, José María, *Pintores y escultores uruguayos,* Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1916, p. 83. Fernández Saldaña escribió sobre Herrera en 1916, aún impactado por su temprana muerte.

[11] *Ana Amalia Batlle Pacheco*. Carlos María Herrera, pastel sobre papel, óvalo, 76 × 60 cm, MHN 3688.

[12] *Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde Pacheco*. M. Buscasso, 1911, fotografia en gelatina y plata sobre papel entelado en marco de madera y yeso, 152 × 110 × 8 cm, MHN 3615.

[13] Peluffo Linari, Gabriel, «Construcción y crisis de la privacidad en la iconografía del Novecientos», en Barrán, José P.; Caetano, Gerardo, y Porzecanski, Teresa (dirs.), *Historias de la vida privada en el Uruguay. El nacimiento de la intimidad. 1870-1920,* Montevideo, Ediciones Banda Oriental, p. 70.

[14] Citado en textos de la exposición *De ellas dos: la biblioteca de Ana Amalia Batlle y Matilde Pacheco,* MHN, Montevideo, 2022.

encima del hombro atrayéndola hacia ella en un gesto contenedor, más cercano aún que el breve contacto de la fotografía.

La pintura que realizó Herrera de ambas[15] se inspira en esa fotografía, que es algo más que un modelo de fisonomías: es la imagen de un proyecto de familia que se vio truncado. La fotografía, como se dijo, no era suficiente. La dignidad de la pintura es necesaria, porque además permite incorporar cambios que se consideraron adecuados ante los nuevos acontecimientos. Asimismo, las prendas que visten en la pintura no son las mismas que en la foto. En el óleo de Herrera, la madre tiene un vestido negro con brillos —prenda con la que se registró en otra fotografía—,[16] pendientes, anillos y una cadena de oro. Ana Amalia no lleva el simple vestido de la foto, sino uno celeste con un adornado cuello, cintura ceñida con una rosa que parece salir del ramo que lleva en la mano derecha. El collar, la pulsera de oro y lo que parece ser una estola de piel completan los accesorios con los que la madre quiere recordarla: vestida de fiesta. El fondo es un paisaje imaginado, abocetado, con un follaje que las envuelve y es más oscuro junto a la madre y más claro en el sector de la hija.

En enero de 1914, un año después de fallecida Ana Amalia, el cuadro formó parte de una exposición del pintor en la casa Moretti y Catelli. El cronista que la comentaba en un medio de prensa señalaba la carga emocional con que fue mirado por los contemporáneos. La crónica decía:

> El Sr. Herrera, que siempre ha dado prueba de poseer un alma emotiva de poeta y un espíritu sutilísimo, ha sabido reproducir en la tela con verdadero arte, los retratos cuyas fotografías nos es grato publicar, revelándose un artista verdaderamente sentimental en la ejecución del cuadro correspondiente á la señora Matilde Pacheco de Batlle y Ordoñez y á su extinta hija la señorita Ana Amalia Batlle Pacheco. No hay duda que por lo que á esto se refiere significa un verdadero esfuerzo del autor el haber reproducido fielmente dos figuras en la misma tela, tomando una del natural y valiéndose de un original fotográfico para la otra.[17]

Una pintura con un potencial expresivo que se multiplica cuando conocemos las circunstancias que acompañan su producción.



Detalle del retrato de Ana Amalia Batlle Pacheco
Carlos María Herrera
Sin datos de lugar, 1910 (aprox.)
Pastel sobre papel
MHN 3688

[15] Carlos María Herrera, *Ana Amalia Batlle Pacheco y Matilde Pacheco,* 1913, óleo sobre tela, 176 × 150 cm, MHN 3688.

[16] Estudio Chute & Brooks, *Retrato de Matilde Pacheco en estudio,* 1907, fotografía en gelatina y plata sobre papel en marco de madera, 43 × 49,6 × 2 cm, MHN 3615. Cf. p. 25 de este catálogo.

[17] «Crónicas de arte. La exposición Herrera», *La Semana,* Montevideo, n.º 223, 1 de enero de 1914.



Vicente Puig y el retrato de Ana Amalia

Ha sido frecuente en la historiografía uruguaya señalar dos vertientes plásticas en la producción artística del Novecientos, reflejadas en la enseñanza del Círculo: la liderada por Herrera, tributaria del luminismo español, «libre de la dictadura de la línea»,[18] y la que, luego de la muerte de aquel, condujo el pintor catalán Vicente Puig, en la que el dibujo es más preciso. Más allá de los aspectos formales, la pintura de Puig tiene una cercanía con el simbolismo y una carga expresiva que se evidencia claramente en el retrato de la hija de Batlle.

Vicente Puig (1882-1965), residente por entonces en Montevideo, fue el artista que pintó el tercer retrato de Ana Amalia, obra que llegó al Museo en la primera donación, de 1967.[19] Puig tuvo activa participación en el medio artístico nacional, no solo como pintor, sino también como docente del Círculo de Bellas Artes. La temática femenina y los retratos de señoras de la sociedad fueron temas que ocuparon su extensa vida, de la que transitó las últimas décadas en Buenos Aires. El inventario de la donación registra una segunda pintura de Puig, firmada en París en 1914.[20]

El cuadro que hizo Puig de Ana Amalia[21] muestra una imagen claramente tomada de las fotografías citadas: la camisa clara con cuello bordado, el mismo peinado y pendientes. La joven mira al espectador con gesto amable frente a un cielo amplio y luminoso sobre un paisaje suburbano, similar al entorno que tendría por entonces la quinta de Piedras Blancas. Puig, un pintor de formación europea que asistió a cursos con el simbolista muniqués Franz von Stuck, incorporó un elemento singular en el cuadro. Del cuello de la joven cuelga una delgada cadena de oro con un reloj que ella sostiene en las manos. Es un elemento tradicional en la iconografía occidental, de obvias asociaciones con el paso del tiempo y con la finitud de la vida. La finísima cadena se entrelaza en sus dedos; el reloj que sostiene ya está cerrado.

La pintura está fechada en 1908. Lamentablemente no se conocen las circunstancias que llevaron a su realización.



Detalle del rostro de Ana Amalia tomado del retrato realizado por Damonte y Buscasso, hacia 1911
Estudio Damonte y Buscasso
Montevideo, 1911 (aprox.)
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
MHN

PÁGINA OPUESTA:
Retrato de Ana Amalia Batlle Pacheco
Vicente Puig
1908
Óleo sobre tela
77,5 × 83,5 cm
MHN 2976

[18] Peluffo Linari, Gabriel, *Historia de la pintura en Uruguay,* tomo I, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2015, p. 63. El primero en señalar las dos vertientes en el Círculo fue el crítico Fernando García Esteban.

[19] En 1967 la pintura se encontraba en el dormitorio del padre, quien murió luego de Matilde. Es probable que estuviera allí en vida de Batlle y sería interesante indagar las razones por las que se retiró del dormitorio del presidente el retrato de la hija y se dejó el de su padre, Lorenzo Batlle, también presidente y hombre público. El itinerario que siguieron las obras en la quinta puede ser motivo de otra investigación.

[20] «Figura de mujer de pie. Retrato al óleo. Luce vestido de amplias mangas. Firmado Vicente Puig, París 1914». MHN, Departamento de Antecedentes e Inventarios, carpeta 2976, p. 22. Memorándum donación Ana Amalia Chervière, 25 de mayo de 1967.

[21] Vicente Puig, *Retrato de Ana Amalia Batlle Pacheco,* 1908, óleo sobre tela, 77,5 × 83,5 cm, MHN 2976.

Bronce y mármol: Ezio Ceccarelli

La escultura no fue ajena al espacio doméstico en el Novecientos. Pequeñas y medianas esculturas ornamentales de bronce o mármol se ubicaban en salas e incluso en jardines. Divinidades paganas, alegorías, niños, aves eran muchas veces adquiridos en bazares o a través de catálogos. La escultura funeraria, cuyo destino fue el cementerio, había tenido un gran desarrollo en el siglo XIX, pero la sensibilidad nueva buscó otros lugares para el recuerdo; la celebración de la vida debía estar en el mundo de los vivos. El monumento que se hizo a Carlos María Herrera da cuenta de estos cambios. Como se vio, el pintor falleció un año después que Ana Amalia, por lo que un grupo de intelectuales y amigos formaron una comisión para erigir un monumento en su honor. José Belloni presentó un proyecto que, luego de algunas vicisitudes, se inauguró en 1921. El hecho reveló la importancia que tenía Herrera en el medio artístico montevideano, pero lo que interesa ahora fue que como emplazamiento para dicha escultura se eligió un parque, rechazando explícitamente el cementerio. El proyecto lo expresaba con claridad:

> El Comité de Homenaje quiere que el mármol, que eternizará la memoria de Carlos María Herrera sea erigido, lejos del solar de los muertos, en uno de nuestros paseos públicos, y es, por ello que dando forma a tal propósito, acompaño un proyecto por el que se autoriza a dicho Comité, a erigir en el Prado de Montevideo, el monumento recordatorio…[22]

Se quiso celebrar la vida de un pintor en el espacio público, en el parque, junto a la naturaleza, lugar de vida y de creación. Ana Amalia fue recordada en su casa, en el espacio en que transcurre la vida familiar y especialmente la femenina. La tragedia sacudió el hogar. Había muerto una hija joven. La situación se repetía en muchas familias cuyos hijos, gracias a los adelantos médicos, sobrevivían en mayor proporción los primeros años de vida, pero enfermaban de tuberculosis en la juventud.

El artista escogido para realizar las esculturas fue el florentino Ezio Ceccarelli (1865-1927), profesor de las academias de Florencia y Bolonia, en Italia. En 1913 Ceccarelli ya había participado en muchos concursos de alcance nacional e internacional, en los que había obtenido premios y distinciones. Dos concursos en Buenos Aires le dieron menciones destacadas: el de Cristóbal Colón en Mar del Plata y el Monumento a la Independencia en Buenos Aires, cuya maqueta estuvo expuesta en La Rural de Palermo en 1908.

El Novecientos fue un período de crecimiento de las capitales platenses, y los gobiernos impulsaron la realización de obras públicas, principalmente monumentos y edificios. Los arquitectos y artistas europeos, y en gran medida los italianos, solían presentarse a los frecuentes concursos. El volumen de maquetas que cruzó el Atlántico

[22] Proyecto de ley, carpeta 1719, de 1916. Repartido 603, junio de 1916. Cámara de Representantes de la ROU, XXV Legislatura. Consultado en *Anáforas,* «Álbum de recortes periodísticos José Belloni. 1902», p. 105.

por aquellos años fue importante. Ceccarelli fue uno de los artistas que, atentos a las posibilidades que brindaban los gobiernos americanos, presentaban proyectos en busca de oportunidades. En 1906, los uruguayos llamaron a concurso para realizar un monumento a Garibaldi, al que se presentaron cincuenta y cuatro proyectos. Como era de uso, las maquetas se expusieron para que el público las conociera. Ezio Ceccarelli presentó la maqueta número 6, descrita poco después por la prensa montevideana en estos términos:

> […] en actitud de reposo, sobre el caballo inmóvil, figura inmensa de pensador y de poeta, descubierta la frente, se inclina para ver pasar la muchedumbre oprimida que forma la base, donde el artista tuvo ocasión de modelar una porción de cuerpos de maravillosa fuerza artística, que hacen pensar en Dante y en Miguel Ángel. Esta manera rara y exacta de simbolizar al héroe de ambos mundos, arrancó gritos de admiración al pueblo y á la prensa.[23]

El jurado, sin embargo, escogió el proyecto del español Miguel Querol, fallo impugnado por público y periodistas. Se realizó un mitin en el Teatro Politeama en el que el pintor Goby y los poetas Lasso de la Vega y Frugoni defendieron la obra, y se juntaron cuatro mil firmas que fueron presentadas al gobierno, el cual respaldó el fallo del jurado. El presidente era José Batlle y Ordóñez. Siete años después, Ceccarelli seguía viviendo en Italia, sin haberse enterado del revuelo que el proyecto número 6 había causado en la capital oriental. En ese momento lo conoció el pintor Domingo Bazzurro, que estaba estudiando en Florencia, y compartió su hallazgo con el periódico *La Semana*.

«*La Semana* descubre en Florencia al autor del boceto n.º 6», fue el título de la nota, lo que evidencia la repercusión del episodio y el anonimato del artista. Ceccarelli empezó entonces a cobrar otra dimensión ante el público montevideano. La nota mencionada publica imágenes de obras suyas en Florencia, el comentado boceto y la declaración del artista de querer conocer las capitales del Plata.[24] Así lo hizo: cruzó el océano en 1913 y su proyecto para realizar el monumento a Artigas en la plaza Artigas de Paysandú fue seleccionado. Visitó la redacción de *La Semana*, que insistió en los elogios y volvió a publicar la fotografía del artista.[25] En el Salón Nacional de Artes Plásticas en Buenos Aires expuso su obra *Papiniano,* pieza comprada por el Museo Nacional de Bellas Artes argentino.[26] En junio de 1913 Ceccarelli ya no era solo el autor desconocido de un boceto entre medio centenar, sino un gran artista multipremiado, con rostro y de visita en la región.

---

[23] «*La Semana* descubre en Florencia al autor del boceto n.º 6 del concurso efectuado para levantar en Montevideo un monumento a José Garibaldi», *La Semana,* Montevideo, n.º 160, 20 de setiembre de 1912.

[24] Ibidem.

[25] «El escultor Ezio Ceccarelli de visita en nuestra casa», *La Semana,* Montevideo, n.º 197, 14 de junio de 1913.

[26] Galesio, María Florencia, «Recorridos fundacionales. Los inicios de la colección de esculturas del Museo Nacional de Bellas Artes (1895-1914)», en Galesio, María Florencia, y otros, *Memoria de la escultura. 1895-1914,* Buenos Aires, Asociación Amigos del Museo Nacional de Bellas Artes, 2013.



Ana Amalia Batlle Pacheco
Ezio Ceccarelli
Florencia, Italia, sin datos de fecha
Mármol
59 x 33 x 62 cm
MHN 2976

El libro de audiencias de la quinta de la familia Batlle Pacheco registra su presencia en dos oportunidades en 1915.[27] No se conoce hasta el momento el acuerdo hecho entre los Batlle Pacheco y el escultor, pero seguramente las obras suyas que se encuentran en la quinta son el resultado de todo ese recorrido de encuentros y desencuentros: un artista en busca de oportunidades para realizar obra pública y una familia presidencial que quiere inmortalizar la imagen de la hija ausente.

Lo cierto es que en la quinta hay varias esculturas del artista, el único con tanta cantidad de piezas: un busto del presidente en mármol sobre pedestal, otro de Ana Amalia también sobre pedestal y dos figuras de bronce, realizadas en la Fundición Vignalli de Florencia. Los bustos firmados también provienen de Florencia. El inventario realizado con motivo de la donación al Museo Histórico Nacional en 1967 registra una quinta pieza en el hall de entrada, identificada como «Ana Amalia Batlle Pacheco. Busto en mármol firmado Ezio Ceccarelli».[28]

El busto de mármol de Ana Amalia[29] sobre pedestal presenta a la joven con el peinado con el que la vimos en las pinturas y los pequeños pendientes. El escultor, como indica Laroche,[30] utilizó como modelo una fotografía, presumiblemente la misma que habían usado Herrera y Puig. La fotografía no fue suficiente para perpetuar el semblante de la joven, por lo que Ceccarelli —sigue explicando Laroche— también se valió de la máscara mortuoria en yeso que había tomado el escultor Felipe Menini. El busto tiene una flor en el vestido, de obvias asociaciones con la juventud y la femineidad.

Una de las pequeñas esculturas de bronce muestra a la joven con un perro ovejero. La otra plantea dudas en cuanto a si efectivamente se trata de Ana Amalia niña. En el inventario elaborado por el Museo al recibir la donación familiar en 1967[31] simplemente se indica «*Cabeza de niña.* Escultura en bronce firmada E. Ceccarelli Fond. Vignalli. Firenze». Podría ser la joven, presentada en su infancia a través de alguna de las tantas fotografías familiares.

La irrupción de Ceccarelli en el medio montevideano fue fugaz, pero intensa para la familia Batlle Pacheco. En 1980 el historiador Laroche lo mencionó como creador del busto

[27] MHN, Quinta de José Batlle y Ordóñez, Libro de visitas de la quinta de Batlle, MHN.

[28] «Inventario de las colecciones de muebles, cuadros, documentos, libros y objetos diversos donados al Estado por don Manuel César Batlle Pacheco y otros, 30 de enero de 1967, para ser incorporados al acervo del MHN, Departamento de Antecedentes e Inventarios, carpeta 2976. Memorándum donación Ana Amalia Chervière, 25 de mayo de 1967

[29] Formó parte de la donación de 1967. «Inventario de las colecciones de muebles, cuadros, documentos, libros y objetos diversos donados al Estado por don Manuel César Batlle Pacheco y otros, 30 de enero de 1967, para ser incorporados al acervo del MHN, Departamento de Antecedentes e Inventarios, carpeta 2976, p. 21. Memorándum donación Ana Amalia Chervière, 25 de mayo de 1967

[30] Laroche, Walter E., *Estatuaria en el Uruguay,* tomo II, Montevideo, Biblioteca del Palacio Legislativo, 1980, p. 29.

[31] «Memorándum Donación Ana Amalia Chervière», 25 de mayo de 1967, carpeta 2976, p. 23.



Ana Amalia Batlle Pacheco junto a su perro Márquez
Ezio Ceccarelli
Florencia (Italia), sin datos de fecha
Bronce
58,5 × 35,5 × 27 cm
MHN 2976

de Ana Amalia, durante mucho tiempo atribuido al uruguayo Menini, autor solamente de la máscara,[32] lo que reafirma la fugacidad y la pertinencia de su pasaje por la ciudad.

Cierre provisorio

Las imágenes ayudaron a mantener vivo el recuerdo de Ana Amalia Batlle Pacheco en el espacio doméstico que había quedado vacío. Las anotaciones de sus padres en los cuadernos de notas de su hija ya fallecida dan cuenta de ese vínculo afectuoso que la nueva sensibilidad se permitía con los hijos, del dolor y de la negación ante la muerte. Escribía Batlle:

> ¡Oh Amalia! Yo no te doy aún por perdida!... Espero! En tanto que viva en el recuerdo la suave y dulce voz de tu sonrisa, la purísima serenidad de tu mirada, tus líneas helénicas, tu aroma de flor, la claridad de tu razón, la austeridad de tu carácter; tu ser todo aureolado de lealtad, de bondad, de poesía.

La madre, por su parte, le contaba:

> Hace dos años recogimos una chica huérfana que no tiene a nadie en la vida. […] Ella sabe que tú eres su protectora y cuando se levanta besa tu retrato y lo mismo a la hora de acostarse y creo que si tú hubieras vivido, hubieras sido tú la que la hubiera recogido al verla tan chiquita y tan sola en la vida.[33]

Las imágenes, poderosos activadores de la memoria afectiva, fueron, como se ve, estrategias familiares para mitigar la ausencia y negar la muerte.

Artistas diversos, con trayectorias igualmente disímiles, en diferentes momentos de su vida fueron convocados para realizar obras que tienen un solo objeto: perpetuar la imagen del ser querido. Herrera era un artista nacional, de familia patricia y fuertes vínculos con la comunidad, pintor de familias, amoroso padre, innovador en su lenguaje, activo en la gestión y la promoción del mundo del arte, un pintor enfermo en su último año de vida. Puig fue igualmente activo en el medio montevideano, pero no tenía vínculos arraigados con la sociedad. El tercer artista, un escultor en la mitad de su vida productiva, proyectista de monumentos a héroes a lo largo y ancho del mundo, fue casi desconocido en nuestro medio y aun así polémico, pero de fugaz y oportuno pasaje por el Uruguay.

Un cúmulo de circunstancias condujo a la concreción de un singular conjunto de obras, las que exigen un abordaje de la historia del arte que atienda especialmente al diálogo y las relaciones entre artistas y comitentes. Muchas preguntas quedan planteadas. Para responderlas, la consulta al archivo familiar de los Batlle resulta imprescindible y sin duda podría abrir nuevas e interesantes reflexiones sobre el Uruguay del Novecientos y el lugar que allí tuvieron las imágenes.

Julio 2022

---

[32] Laroche, op. cit., p. 29.

[33] Citado en Sapriza, Graciela, «Matilde Pacheco», en Pereira, Cielo (coord.). *Mujeres uruguayas. El lado femenino de nuestra historia,* Montevideo, Alfaguara y Fundación Bank Boston, 2001, pp. 76-77.

La politización femenina en los inicios del siglo xx en el Uruguay[1]

Inés Cuadro Cawen

Las mujeres se fueron incorporando a la vida política lentamente, transitando por distintas etapas y escenarios. Pero su politización no se produjo por los canales formales de la política, pues hasta entrado el siglo xx estuvieron al margen del sufragio, sino por medios más próximos a sus vivencias cotidianas en el espacio público y privado.

En Uruguay podemos identificar dos momentos en el proceso de politización femenina. Uno se inicia en el último cuarto del siglo xix, como resultado de la inserción en el sistema capitalista mundial, que forzó el ingreso de las mujeres al mercado laboral, y de la consolidación estatal, que trajo consigo, entre otras cosas, la secularización y la reforma de la educación. Un segundo momento, que comienza hacia 1916, estuvo jalonado por algunas reformas jurídicas y por la creación de organizaciones feministas.

Entre la secularización y el sindicalismo

La secularización impregnó todos los aspectos de la vida del Novecientos: la educación, la moral y las relaciones de género dentro de la familia. La disputa entre católicos y anticlericales no fue solo por el control del ámbito público, sino también del privado. Correspondió a la Iglesia católica en primera instancia explotar para sí su influencia en el hogar. A medida que perdía incidencia en el espacio público, reforzaba su presencia en el ámbito doméstico, promoviendo la militancia del «sexo devoto». Los liberales-anticlericales se habían concentrado en la descatolización de la vida pública e incluso admitían cierta religiosidad en las mujeres de sus familias. Al agudizarse la secularización, también entró en juego el control del espacio privado y, con él, el rol que debían desempeñar las mujeres en la sociedad. Para unos y otros las mujeres portaban la clave del destino del país: eran las madres de los futuros ciudadanos y, por ende, indirectamente incidían en la sociedad que se quería construir. En este sentido, en esta pugna por quién controlaba a las mujeres, tanto la burguesía liberal como el clero fomentaron el proselitismo ideológico dentro del hogar. Los primeros alentaron

[1] Este capítulo recoge sintéticamente lo desarrollado en la parte iii del libro de mi autoría *Feminismos y política en el Uruguay del Novecientos. Internacionalismo, identidades de género y culturas políticas (1906-1932)*, Montevideo, audhi y Ediciones de la Banda Oriental, 2018.

a sus correligionarios a ejercer el poder que les correspondía como «jefes de familia»; los segundos apostaron a las mujeres como «reinas del hogar». Ambos, asimismo, estimularon el asociacionismo femenino como un medio por el cual podían ampliar su radio de acción en la sociedad.

De tal modo, este conflicto permitió que las mujeres asumieran un mayor protagonismo en el espacio público e incluso dentro de sus hogares. Hicieron suyas las modalidades de acción política de los hombres: el asociacionismo, la prensa, las conferencias, los mitines. También fueron tomando conciencia de sus capacidades y de lo que podían ofrecer a la sociedad, ya fuese a través de las obras filantrópicas o por las campañas proselitistas. Estas experiencias de *empoderamiento* les permitieron, tanto a católicas como a liberales, ir tomando conciencia de la desigualdad económica, social, jurídica y política en que vivían las mujeres. De ahí que la acción social devino en acción política.

Por otra parte, la reforma escolar que experimentó el país a partir del Decreto de Educación Común, de 1877, impulsó la alfabetización de la población. Si bien la educación de las niñas no fue la prioridad en la educación formal, no parece casual que una de las primeras voces a favor de la concesión de los derechos políticos a las mujeres haya sido quien llevó adelante la reforma, José Pedro Varela. El pedagogo uruguayo, influenciado por el evolucionismo social, consideraba que la igualdad política de los sexos era el paso que restaba dar en el camino del progreso hacia la igualdad de todos los seres humanos. En esa dirección, concibió la reforma de la educación como un medio para que las mujeres contaran con un mejor nivel educativo y les asignó un rol protagónico en el magisterio.

A comienzos del siglo pasado, tímidamente se avanzaba en la escolarización femenina, pero con mayor fuerza en la feminización del magisterio. Fueron algunas de aquellas maestras varelianas quienes cruzaron las puertas de la Universidad para continuar sus estudios. Y fueron las primeras universitarias quienes enunciaron los planteos feministas de corte más igualitario. Las dificultades que tuvieron que sortear para alcanzar los títulos universitarios y ejercer sus profesiones contribuyeron a su feminismo. En otras palabras, la experiencia universitaria les permitió reafirmar su *autoestima de género,* reconocerse como sujetos autónomos, con capacidades para rebelarse contra la opresión y liderar cambios sociales.[2]

En este clima de secularización y alfabetización, Uruguay experimentó un incipiente desarrollo industrial, producto de la llegada de capitales y mano de obra extranjeros. La expansión industrial incrementó la participación de las mujeres en el mercado laboral, en su mayoría en actividades asociadas con habilidades consideradas «naturales de su sexo». Según el censo de 1908, un 50 % de la población femenina económicamente

[2] Lagarde, Marcela, «Sororidad», en Gamboa, Susana (coord..), *Diccionario de estudio de género y feminismos,* Buenos Aires, Biblos, 2007.

activa se dedicaba al servicio doméstico; otras eran costureras, lavanderas, planchadoras. En la capital, solo un 12 % de los trabajadores de la industria y el comercio eran mujeres. Al respecto, la historiadora argentina Mirta Lobato sostiene que la vinculación del trabajo femenino con las funciones «propias de su sexo» incidió para que «la valoración de las destrezas femeninas fuese inferior a la de sus compañeros varones», y esta descalificación se acompañó de un salario inferior.[3] Las terribles condiciones laborales y salariales de las mujeres alarmaron a distintos sectores sociales. Para el cambio de siglo, la «cuestión femenina» era un tema que preocupaba a católicos, liberales, socialistas, anarquistas, batllistas. Pero fue sobre todo a través de las ideologías obreristas que ciertas mujeres comenzaron a ocupar espacios en el escenario sindical, en la prensa obrerista, en mitines y en proclamas públicas. En la mayoría de los casos, denunciando las condiciones de sus pares femeninas, interpelando a los obreros organizados y procurando concientizar a las mujeres sobre la necesidad de luchar por sus derechos.[4]

Las socialistas encontraron en los caminos de la democracia representativa la posibilidad de proponer una legislación que contemplara y protegiera a las mujeres obreras. También estuvo presente en los planteos de algunas obreras socialistas el doble sometimiento femenino, al capital y al varón, al patrón y al marido. Ejemplo de ello, en 1907 el periódico *El Socialista* denunciaba que la obrera, además de ser explotada en el taller por los patrones, era «maltratada en el hogar por maridos y padres de consuno, por un mal principio de autoridad concedido por las leyes de los hombres». Y concluía: «En el terreno de la explotación, la mujer lo es mucho más que el hombre».[5] Se denunciaba la doble subordinación que sufrían por su condición de reproductoras/productoras, así como la doble dominación que caía sobre ellas al formar parte de una sociedad capitalista y patriarcal.

Los anarquistas desestimaron el camino legislativo y apostaron a la educación y a la agremiación. Priorizaron la conciencia de clase sobre la de género, pues en su mayoría —hubo algunas voces disonantes de mujeres ácratas— consideraron que la emancipación femenina solo se alcanzaría una vez superado el sistema capitalista y nunca en el marco de este. Las voces más radicales en materia de emancipación femenina emergieron de ciertas mujeres que, tras haberse construido su identidad como tales, sobre la base del pensamiento ácrata pudieron tomar conciencia y denunciar, como sus pares socialistas, la doble explotación que sufrían por la condición de reproductoras/productoras. Los modos de expresar y de construir una «conciencia femenina» que incluyera a la de clase pero la trascendiera se canalizaron por la prensa. Surgió una prensa escrita por y para mujeres, así como cobró fuerza, al igual que en otros

[3] Lobato, Mirta, «El trabajo de las mujeres en Argentina y Uruguay», en Morant, Isabel (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina,* tomo IV, «Del siglo XX a los umbrales del XXI», Barcelona, Cátedra, 2006, p. 808.

[4] Zubillaga, Carlos, *Cultura popular en el Uruguay de entresiglos (1870-1910),* Montevideo, Linardi y Risso, 2011, p. 156.

[5] *El Socialista*, Montevideo, 1.º de setiembre de 1907.

Diploma a José Batlle y Ordóñez por el Comité Colorado Feminista
Montevideo, 1917
Diploma a tinta sobre papel
40,5 × 71 cm
MHN, Colección iconográfica



ámbitos ideológicos, el asociacionismo femenino. A través de este, defendieron sus derechos como trabajadoras, exigiendo mejoras en sus condiciones salariales y laborales, pero no así la igualdad en materia de derechos políticos.

La experiencia colectiva que tuvieron en estas décadas las mujeres liberales, católicas, anarquistas y socialistas les permitió desarrollar formas de actuación novedosas en el espacio público y privado, así como vivenciar las aristas más injustas de esa diferencia sexual que hasta en el plano discursivo podían defender. En tal sentido, como sostiene Ana Aguado, estas prácticas políticas fueron dotando de nuevos significados a las identidades femeninas. A algunas de aquellas mujeres, esto les permitió articular progresivamente nuevas demandas y formas organizativas autónomas.[6]

Por el camino del sufragismo

Un segundo momento en el proceso de politización femenina estuvo vinculado a las reformas que permitieron una ampliación de la ciudadanía y la representación proporcional. Dos hechos jurídicos reflejan esta predisposición a la ampliación de la ciudadanía. El primero fue la consagración del sufragio universal masculino —con la incorporación de los analfabetos como votantes— para las elecciones de la Asamblea Nacional Constituyente del 30 de julio de 1916. Este reconocimiento puso en tela de juicio todos los argumentos opuestos al sufragio femenino, que se asentaban en la supuesta inferioridad intelectual de las mujeres. El sufragio universal masculino habilitaba a votar a cualquier varón, incluidos analfabetos, alcohólicos o proxenetas, y a ninguna mujer, aunque estas fuesen honestas madres de familia, maestras, enfermeras y profesionales. Desde esta perspectiva, si las mujeres contaban con atributos superiores a muchos varones, ¿por qué se les impedía a ellas intervenir en la cosa pública y a ellos no? Esto se podía interpretar como «la demostración palmaria del abuso masculino del poder».[7]

Este clima de reforma constitucional y de consolidación de la democracia hizo posible vislumbrar el reconocimiento de los derechos políticos a las mujeres. Si en 1914, cuando se presentó el primer proyecto de reconocimiento de los derechos políticos y civiles, el motivo que paralizó el trámite parlamentario fue su inconstitucionalidad, la reforma constitucional podía eliminar esa traba. En 1919 entró en vigencia la nueva Constitución. No reconoció los derechos políticos a las mujeres como habían reclamado las diversas organizaciones femeninas y la bancada socialista, pero implicó un avance respecto a su predecesora al definir al ciudadano como «persona» y no como «hombre», lo que abría la posibilidad de conceder los derechos políticos a las mujeres mediante una ley de mayorías especiales en ambas cámaras.

[6] Aguado, Ana, «Identidades de género y culturas políticas en la Segunda República», *Pasado y Memoria*. *Revista de Historia Contemporánea*, n.º 7, 2008.

[7] Valcárcel, Amelia, *Sexo y filosofía. Sobre mujer y poder*, Barcelona, Antrhopos, 1994.



Paulina Luisi
Sin datos de autor/a ni fecha
Retrato dedicado a Hugo Barbagelata
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
MHN, Colección fotográfica

Junto con estas modificaciones legales se crearon en Uruguay dos asociaciones femeninas que tuvieron entre sus propósitos la concesión de los derechos políticos: el Consejo Nacional de Mujeres (1916) y la Alianza Uruguaya para el Sufragio (1919). Ambas formaban parte de organizaciones internacionales y se crearon a iniciativa de la Dra. Paulina Luisi, pero correspondió a la segunda liderar las campañas femeninas por los reconocimientos ciudadanos de las mujeres, ya fuese mediante la obtención del sufragio o a través de la integración de los organismos intermedios de la administración estatal.

Por medio de estas organizaciones emergió un movimiento femenino que comenzó a concebir al «feminismo» como expresión política *per se,* con su propio lenguaje y formas de acción colectiva. Se fue construyendo una cultura política feminista a través de asociaciones, congresos, conferencias, revistas, folletos, que procuraron trascender las diferencias políticas, sociales, económicas e incluso nacionales.

El Consejo Nacional de Mujeres (en adelante CNM) se fundó el 30 de setiembre de 1916 y nucleó a mujeres liberales, profesionales y de clase media en torno a una serie de reivindicaciones definidas como feministas. En sus primeros años estuvo presidido por Paulina Luisi y fue la primera asociación uruguaya en afiliarse a una organización internacional que se proclamaba feminista. En tal sentido, consideramos su creación como reflejo de la emergencia en el país del «feminismo» como una cultura política específica e independiente. Dos años después de creado, su presidenta celebraba el aniversario afirmando: «El discutido feminismo se ha impuesto con nuestro Consejo».[8]

Las actividades propuestas por el CNM en sus primeros años estuvieron enfocadas en mostrarse públicamente y, sobre todo, en actuar como un grupo de presión en el ámbito político. Una de las primeras actividades que llevó a cabo el CNM fue presentarse ante la Asamblea Nacional Constituyente y pedir la plena posesión de los derechos políticos y civiles, iniciativa que fue acompañada por el Centro de Mujeres Socialistas. No obstante, el CNM no tuvo al sufragio como finalidad. La mayoría de sus actividades estuvieron vinculadas a las tareas de «moralización» e «higiene social» que podían llevar adelante las mujeres. También comenzó a publicar *Acción Femenina,* destinada a difundir diversos conceptos sobre el feminismo —aunque la publicación aclaraba que no se hacía cargo de lo que opinaran sus autoras— e informar a las socias sobre las actividades que llevaba a cabo el Consejo o las asociaciones que lo integraban.

La historiadora Christine Ehrick sostiene que el grupo de mujeres que presentó la primera petición de sufragio femenino a la Convención Constitucional de 1917 fue, de hecho, una organización coordinadora de las sociedades de asistencia social que promovieron las mujeres de la élite. Según esta autora, la integración del Consejo da cuenta de la relación entre las iniciativas de asistencia social, la formación del Estado batllista y el feminismo liberal en sus primeros años. A estas mujeres se unieron

[8] «Informe de Paulina Luisi en setiembre de 1918», *Acción Femenina,* Montevideo, octubre de 1918.

profesionales con formación académica, como Luisi, cuyas opiniones sobre la política y el Estado solían diferir de las de las damas del grupo dedicado a la asistencia social. Por ende, tal como ocurrió en otras delegaciones nacionales del Consejo Internacional de Mujeres, la política interna del CNM fue compleja y con los años perdió su carácter más emancipatorio. Es más, para Ehrick, el Consejo devino en una organización femenina «oficialista» que buscaba el apoyo del gobierno, el cual, a cambio, reconocía el carácter representativo de los movimientos feministas uruguayos. Pero esto no fue algo exclusivo del Consejo uruguayo; en general, las mujeres que se organizaron en asociaciones feministas buscaron influir políticamente «a través de sus actividades públicas y de sus lazos con algunos parlamentarios y otros políticos».[9] ¿Qué otras opciones tenían si estaban por fuera de la vida parlamentaria?

En agosto de 1919 se fundó la Alianza Uruguaya para el Sufragio Femenino, con el objetivo de «obtener para la mujer el derecho del sufragio, al mismo título y en las mismas condiciones que el hombre». Se declaró independiente de todo partido político y de toda opinión religiosa. Para lograr su objetivo se ocuparía de organizar una intensa propaganda a través de conferencias, publicaciones, afiches, reuniones públicas, que le permitieran una «intervención constante cerca de los Poderes Públicos». También solicitó su afiliación a la Alianza Internacional para el Sufragio Femenino.[10]

En 1919 se presentó el primer proyecto para la concesión del sufragio femenino a escala municipal. Un año después, los diputados socialistas Emilio Frugoni y Pablo María Mibelli presentaron un proyecto de concesión integral de los derechos políticos. También presentaron dos proyectos similares los diputados batllistas César Miranda y Alfeo Brum. En 1923 se presentó el proyecto de derechos políticos y civiles redactado por el presidente de la República, Baltasar Brum. También estuvo en discusión un proyecto de voto municipal presentado por el diputado José Salgado.

En aquel contexto tan fructífero en iniciativas legislativas para el sufragio femenino, el trabajo de la Alianza se concentró en enviar cartas de apoyo a las Cámaras, así como a los referentes partidarios, para saber sus opiniones respecto a los proyectos en discusión. En la prensa fueron numerosos los artículos sobre la concesión de los derechos políticos a las mujeres uruguayas. Todo indicaba que era algo inminente, pero no sucedió. Los motivos fueron variados: desde los más antifeministas, que consideraban que las mujeres no tenían capacidad intelectual para actuar en la política, hasta los que temían por el futuro de la familia si las mujeres se adentraban en el ámbito público, de hegemonía masculina, pasando por quienes podían estar de acuerdo con la igualdad entre los sexos en materia de derechos políticos, pero veían con temor que la inclusión de las mujeres significara un aumento de votos para el partido católico.

---

[9] Cova, Anne, «El feminismo y la maternidad en Francia: teoría y práctica política, 1890-1891», en Bock, Gisela, y Thane, Pat (eds.), *Maternidad y política de género,* Barcelona, Crítica, 1996.

[10] Estatutos de la Alianza Uruguaya pro Sufragio Femenino, 4 de agosto de 1919. AGN, Fondo Paulina Luisi, caja 250, carpeta 3.

Entre tanto, la Alianza hizo gestiones en el ámbito nacional y municipal para que las mujeres se incorporaran a los Consejos de Enseñanza, de índole «consultiva, protec-cional y deliberante». También se solicitó al Consejo Nacional de Administración[11] que tuviese en cuenta a las mujeres en la integración del Consejo de Patronato de Delincuentes y Menores, de la misma manera que ya se había incorporado a la Dra. Aurora Curbelo Larrosa en el Consejo Nacional de Asistencia Pública. La educación, la salud y la problemática de los menores delincuentes eran espacios en los que las mujeres venían trabajando desde hacía tiempo a través de las sociedades filantrópicas, de caridad o de socorro mutuo. En un contexto de consolidación del Estado y de ampliación de la acción pública a áreas vinculadas a la higiene, la salud, la educación y la moral, la incorporación de las mujeres a esos ámbitos se asentó en la idea de que era el trabajo «natural» para su sexo. En este sentido, Pierre Rosanvallon sostiene que la incorporación de las mujeres en la administración pública y el «reformismo social, van de la mano cuando se reduce la distancia entre lo doméstico y lo político».[12]

El análisis del programa que defendió y llevó adelante la Alianza Uruguaya permite constatar que la noción de igualdad de los sexos variaba de acuerdo con el área de interés, e incluso los argumentos que podían usarse para ciertos reclamos resultaban inválidos ante otros. Así, en materia de legislación laboral, poner énfasis en la diferencia sexual resultaba contraproducente, por lo que se prescindía de ella en los argumentos a favor de los derechos económicos de las mujeres, pero resultaba clave en los reclamos vinculados a la moralidad y al sufragio. En estos casos, el esencialismo biológico estuvo muy presente. Las feministas rioplatenses, como sostiene la historiadora argentina Marcela Neri, «intentaron reformular la maternidad como una función social y política, pero sin abandonar la idea de la naturaleza maternal femenina».[13]

Ahora bien, ¿cuáles fueron los argumentos esgrimidos por las feministas nucleadas en estas organizaciones femeninas para reclamar sus derechos políticos? En sintonía con lo que propone Karen Offen, el feminismo al que aludían era de raíz liberal y se basaba en la «denegación del privilegio masculino y de la subordinación de las mujeres dentro de una sociedad dada».[14] Pero también este feminismo, con su insistencia sobre el reconocimiento de los derechos políticos, desempeñó un papel importante en la construcción de ciudadanía y en la consolidación de la democracia. Los argumentos que expusieron las mujeres uruguayas que militaron en aquellas asociaciones reflejaron las mismas «paradojas» —usando la expresión de Joan Scott para caracterizar

[11] Órgano colegiado que formaba parte del Poder Ejecutivo junto con el presidente de la República en la Constitución de 1919 (se suele utilizar la expresión *Poder Ejecutivo bicéfalo*).

[12] Rosanvallon, Pierre, *La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal en Francia*, México, Instituto Mora, 1999, p. 473.

[13] Neri, Marcela, «El feminismo frente a la cuestión de la mujer en las primeras décadas del siglo xx», en Suriano, Juan (comp.), *La cuestión social en Argentina 1870-1943,* Buenos Aires, La Colmena, 2000.

[14] Offen, Karen, *Feminismos europeos, 1700-1950. Una historia política,* Madrid, Akal, 2015, p. 58.



Estudiantes de la Sección Femenina de Enseñanza Secundaria en la fachada del instituto
En el centro, Alicia Goyena, rodeada por las estudiantes Campodónico, Müller, Peruzzoni, Sabalsagaray, Carmen Llera, Mendilaharsu, Escuder, Viotti, María Llera, Altmann y Rinaldi
Año 1937. Autora: Elena Bleier
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
MHN, Colección fotográfica

al movimiento feminista francés—, ya que reivindicaron la igualdad recurriendo a la diferencia.[15]

El pensamiento universalista ilustrado republicano construyó una noción de ciudadanía que excluía a las mujeres en un doble sentido. Por un lado, se consideró que el sujeto de derechos políticos debía ser autónomo, premisa que actuaba como una barrera infranqueable para las mujeres cuya situación jurídica las sometía a la tutela de un varón. Por otro, la diferencia sexual no era susceptible de abstracción y solo se aplicaba para las mujeres. Por lo tanto, estas, al no poder renunciar a las particularidades de su sexo, tampoco podían aspirar a la «individualidad» que se ajustaba al estándar normativo masculino.

En respuesta a estos argumentos excluyentes para las mujeres surgió un discurso feminista que apeló a redefinir la representación democrática. El análisis de los discursos de las mujeres uruguayas que reclamaron la concesión de los derechos políticos revela cómo, en lugar de negar la diferencia, lo que se hizo fue potenciarla o resignificarla como un valor positivo para la democracia. Pues hubo, como sostiene Amelia Valcárcel, «una apropiación del discurso masculino que hasta ese momento las excluía, para demostrar que podían ser incluidas justamente por esa esencia distinta».[16]

[15] Scott, Joan, *Las mujeres y los derechos de los hombres,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

[16] Valcárcel, op. cit.

Si la diferencia sexual y de género era un hecho, había que lograr que esta no fuese un hándicap sino un plus para la democracia.

En ese sentido, puede afirmarse que los argumentos esgrimidos a favor de la inclusión ciudadana se asentaron más en la diferencia que en la igualdad entre mujeres y varones. También se podría decir que la igualdad jurídica no implicaba renunciar a una identidad femenina que se definía como diferente a la del varón y que, en términos generales, en el plano discursivo no experimentó un cambio significativo en el período estudiado. La ciudadanía se concibió como una manera de aportar a la política los atributos «naturales» del sexo femenino, y el sufragio, en particular, como el instrumento más idóneo para hacer visibles las necesidades de la mujer. El universal «la mujer» no se cuestionó; por el contrario, se legitimó. Se partía de una noción de ciudadanía diferenciada por el sexo. El Parlamento se concebía como un foro donde hombres y mujeres debían aportar al gobierno sus atributos «naturales». Así, las mujeres podían ser más sensibles a los problemas vinculados a la maternidad, la infancia, la educación, la delincuencia juvenil y los «vicios» sociales.

Las reivindicaciones concretas que defendieron así lo demuestran: tener acceso a la educación; cambiar las leyes que regían el contrato matrimonial y la tenencia de los hijos; poder ejercer libremente el derecho sobre la propiedad y la propia persona; que se valorara adecuadamente el trabajo remunerado de las mujeres para que la independencia económica fuera un hecho; acceder a las profesiones liberales; cambiar las conductas sexuales y morales injustas; poner fin a la prostitución y el tráfico ilegal de mujeres; propiciar las condiciones necesarias para el control de la salud de las mujeres durante el embarazo, el parto y la crianza; exigir subvenciones estatales para las madres; tener representación en la administración pública y fomentar el antimilitarismo. Tales reivindicaciones —y la concreción de algunas de ellas— significaron un avance en la construcción de una identidad femenina diferente y un cambio para los hombres, por cuanto pusieron un límite real a sus pretensiones hegemónicas en la sociedad, la política y, fundamentalmente, en el hogar y en la sexualidad. Asimismo, evidencian que definirse como feminista, citando a Asunción Lavrin, «significaba adquirir conciencia personal de lo que quería decir ser mujer y percibir las necesidades idiosincrásicas de la mujer, pues ambas cosas eran indispensables para determinar cuáles políticas promoverían un cambio en la condición de las mujeres y en las relaciones de los sexos».[17]



Estudiante haciendo uso de la palabra durante la ceremonia de colocación de la placa con el nombre de Instituto Batlle y Ordóñez a la Sección Femenina de Enseñanza Secundaria (actual sede del Instituto de Profesores Artigas)
Enero de 1944
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
MHN, Colección fotográfica

* * *

En diciembre de 1932, finalmente, el Parlamento uruguayo sancionó la ley que reconocía los derechos políticos de las mujeres. Se concretó en un contexto político complejo, con una crisis económica profunda y con las consecuencias sociales que

[17] Lavrin, Asunción, «Cambiando actitudes sobre el rol de la mujer: experiencia de los países del Cono Sur a principios de siglo», *European Review of Latin American and Caribbean Studies,* n.º 62, junio de 1997, pp. 71-92.



Público de la ceremonia de colocación de la placa con el nombre de Instituto Batlle y Ordóñez a la Sección Femenina de Enseñanza Secundaria (actual sede del Instituto de Profesores Artigas)
Enero de 1944
Fotografía en gelatina y plata sobre papel
MHN, Colección fotográfica

ello generaba. A los pocos meses, uno de los principales grupos políticos que habían apoyado el proyecto, bajo el liderazgo del entonces presidente de la república, Gabriel Terra, dio un golpe de Estado. Varias de las mujeres que habían asumido un mayor protagonismo en ese último año, como Sofía Álvarez Vignoli y Sara Rey, mantuvieron un vínculo muy próximo al nuevo régimen. Sobre la compleja coyuntura que permitió la aprobación de la Ley de Derechos Políticos han escrito todas las investigaciones que han abordado la historia del sufragio femenino en el país. Sin dejar de valorar el esfuerzo realizado por las asociaciones, hay cierto consenso en considerar que fue una estrategia de todos los partidos políticos para contar con un nuevo caudal electoral.

Las contradicciones entre un discurso universal de igualdad y la realidad sexista siguen siendo un desafío para las democracias actuales. Claro que el problema en las últimas décadas se ha trasladado a quienes gobiernan. Las dificultades encontradas por las mujeres uruguayas para ser consideradas elegibles han dejado en evidencia que no bastaba con acceder al sufragio para fungir como representantes. Los argumentos a favor o en contra de una «ley de cuotas» y, más aún, la discusión en torno a la paridad vuelven a mostrar la vigencia del dilema entre diferencia y universalidad.

Un regalo para doña Matilde

Margarita Patrón

El 19 de junio de 1919, doña Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez acompañaba a su esposo en una visita programada a la capital maragata y se alojó en la casa de la familia Arizmendi. Con un gran ramo de flores y un pergamino, un grupo de mujeres de la sociedad local la saludaba y testimoniaba su admiración a la esposa del «gran repúblico» en estos términos:

> A la Sra. Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez, digna compañera del gran república gestor de nuestras instituciones democráticas, y primer pensador del Partido Colorado, un grupo de damas maragatas ofrenda la humildad de este pergamino que testimonia un íntimo sentimiento de admiración y respeto. Recibidlo como un recuerdo de emotividades sinceras, hondas y afectuosas y como una manifestación de los sentimientos que se aúnan en nosotras, ante la dualidad de vuestro espíritu selecto.
>
> San José, 22 de junio de 1919.[1]

Aunque no faltan los elogios, estos se formulan a través de la figura del esposo, destacado como personificación de la república, gestor y pensador referente de su partido.

¿Cómo era la ciudad de San José de Mayo en aquellos tiempos?

Al comenzar los años veinte, la ciudad era el reflejo de una actividad comercial e industrial pujante, con numerosos adelantos en materia de obra pública, principalmente en el centro de la ciudad. Allí se destacaba la amplia plaza de los Treinta y Tres, arbolada y con un monumento en recuerdo de la Paz de Abril de 1872. Frente a ella, una gran iglesia, levantada con el esfuerzo de la comunidad, inaugurada cuatro décadas atrás, y el edificio que albergaba a la Jefatura de Policía, al intendente y a la Junta Económico-Administrativa. En la plaza Nueva o Independencia, a tres cuadras de la principal, se emplazaba el primer monumento erigido a José Artigas en el país, inaugurado el 25 de agosto de 1898.



Vista general de la ciudad de San José de Mayo
Sin datos de fecha ni autor
Reproducción fotomecánica en álbum *Panorama Nacional. Vistas del Uruguay,* 41,5 × 27 cm
MHN, Colección fotográfica

[1] Pergamino de firmas dedicado a Matilde Pacheco por una agrupación de «damas maragatas». Autoras varias, San José, 1919. Papel y tinta manuscrita, 32×24 cm, MHN.



Monumento a la Paz de Abril de 1872 en la plaza de los Treinta y Tres, San José de Mayo
Sin datos de fecha ni autor
Reproducción fotomecánica en álbum *Panorama Nacional. Vistas del Uruguay*, 41,5 × 27 cm
MHN, Colección fotográfica

Se destacaban en la ciudad las finas torres de la capilla de las hermanas del Huerto, el Teatro Nacional y el Teatro Macció, inaugurado con grandes festejos en 1912. Las oficinas de correos y telégrafo, el juzgado de paz, la telefónica y la agencia del Banco de la República eran otros de los edificios más importantes, reflejo de la destacada función que cumplían en la ciudad que se modernizaba.

Las principales calles eran de adoquines y tenían un sistema de iluminación pública a cargo de la usina eléctrica.

La vida social era intensa: los maragatos se reunían en varios cafés y confiterías ubicados alrededor de la plaza y en la calle Asamblea, junto al Teatro Nacional. El Club San José tenía una pequeña sede alquilada, y el Club Fraternidad, un lujoso edificio en la calle 18 de Julio, al que concurrían las clases altas de la sociedad.

El comercio y una incipiente industria en las afueras de la ciudad aprovechaban las buenas conexiones con la capital. El puente sobre el río San José, inaugurado en 1909, iba adquiriendo notoria importancia en las comunicaciones.[2] En efecto, los comercios de ramos generales ofrecían sus productos a los clientes más exigentes, y en la ciudad y sus alrededores había industrias: molinos, curtiembres, jabonerías, fábricas de fideos, de aceite y hasta una de cerveza que además hacía hielo y lo repartía a domicilio.

La estación del ferrocarril tenía una actividad febril, con el arribo y la partida de trenes de pasajeros y el trajín de la distribución de mercadería, sumado al envío de productos a la capital en los vagones de carga. En torno a la estación, fondas y hospedajes competían en comodidades y precios, y tres importantes hoteles estaban instalados cerca de la plaza principal.

Era una ciudad inquieta en el plano cultural, con muchos profesionales, seis escuelas públicas —dos de ellas religiosas—, dos colegios particulares de enseñanza media y el Liceo Departamental, inaugurado en 1913.[3] Había cuatro periódicos maragatos y los diarios de la capital circulaban con fluidez.[4] Varios grupos de teatro se presentaban en veladas literario-musicales y se enseñaban, además, distintos instrumentos musicales.

[2] Olazábal, Héctor R., «San José en la historia», en *San José,* Montevideo, Nuestra Tierra, serie Los Departamentos, 1970, pp. 5-14

[3] Patrón, Margarita, *El Liceo Departamental de San José. Un rescate del olvido,* San José de Mayo, Imprenta La Canasta, 2013.

[4] Al respecto cf. Álvarez Ferretjans, Daniel, *Historia de la prensa en el Uruguay. Desde la Estrella del Sur a internet,* Montevideo, Fin de Siglo y Búsqueda, 2008.



Matilde Pacheco junto a un grupo de mujeres en la ciudad de San José de Mayo
Autor: Francisco Chabalgoity (?)
San José de Mayo, 1919
Fotografía en gelatina y plata sobre papel y cartón
28 × 23 cm
MHN 3615

Blancos y católicos

San José era un departamento mayoritariamente blanco. Se reconocían las hazañas de los caudillos del departamento que habían combatido en enfrentamientos diversos: los comandantes Ramón Larriera, José María Caballero, Cipriano Came,[5] Rafael Rodríguez, Ramón Batista y Cicerón Marín.

Este último, jefe de la Octava División en los levantamientos de 1897 y 1904, había fallecido en febrero de 1919, unos meses antes de la visita de Batlle y Ordóñez a la ciudad. Muchos de aquellos excombatientes recordaban de forma reiterada en sus conversaciones cotidianas los episodios vividos en los enfrentamientos, en un ambiente de dura oposición al Partido Colorado, que se hallaba en el gobierno.

En efecto, eran frecuentes las reuniones partidarias, los *fogones* donde se evocaban episodios de las guerras civiles y los desfiles a caballo en fiestas patrias nacionales. La prensa ocupaba un lugar central en el debate de ideas y en la ciudad los periódicos *El Pueblo* y *La Paz* eran los voceros blancos, opositores al gobierno.

[5] Una reseña sobre su vida en Fernández Saldaña, José María, *Diccionario uruguayo de biografías, 1810-1940,* Montevideo, Adolfo Linardi, 1945, pp. 272-273.

En otro plano, era una ciudad muy católica, que se resistía al afianzado proceso secularizador que buscaba imponer el batllismo. La vida estaba regulada por las campanas del reloj de la iglesia, que el pueblo había adquirido como un elemento preciado que realzaría la belleza del magnífico templo. Misas, congregaciones, cofradías, procesiones, comuniones y celebraciones marcaban a los feligreses y ordenaban la vida cristiana. Además, la opinión confesional se manifestaba en el periódico *Los Principios,* medio que esperaban las familias católicas para enterarse, como era debido, de los sucesos políticos nacionales y locales, el movimiento comercial, los acontecimientos sociales de la ciudad y las principales novedades. Con el lema «Dios, Patria y Libertad», que lucía en su portada, custodiaba la vida religiosa de la población.

La visita de Batlle y Ordóñez

Durante sus presidencias, Batlle y Ordóñez no visitó la ciudad de San José. En su momento sí lo hicieron los presidentes Claudio Williman (1907-1911) y Feliciano Viera (1915-1919), y dos meses antes de la llegada de Batlle, en abril de 1919, el presidente Baltasar Brum puso la piedra fundamental del puente de la picada de Varela, sobre el río San José (en uno de los accesos a la ciudad), y fue agasajado por la sociedad maragata.

La visita de Batlle se anunció para el 22 de junio de 1919. El clima en la ciudad no era el más propicio para recibirlo: los blancos lo resistían y por esos días había surgido un grupo escindido del batllismo, que respondía al expresidente Feliciano Viera, el cual había realizado su primera actividad en una quinta llamada Campo Barcelonés.

No obstante, según las crónicas de la época, los curiosos se agolparon en las veredas y siguieron el recorrido que hicieron Batlle y su comitiva hasta la plaza de los Treinta y Tres. Incluso algunos de sus adversarios quisieron asistir al Teatro Nacional para escuchar su oratoria. La visita de Batlle y Ordóñez se concretó entonces en un clima adverso, en un departamento donde el batllismo era combatido.

El tema fue tratado por los periódicos locales. *El Pueblo,* en edición del 20 de junio de 1919, se adelantaba a los acontecimientos y auguraba: «llueva o no, haya frío o calor, vendrá a esta ciudad don José Batlle y Ordóñez en gira de propaganda política. El fenómeno, como le llaman sus mismos amigos de otras horas, visitará San José». El diario agregaba que la actividad central sería una conferencia en el Teatro Nacional, pues «se marchará al siguiente día para continuar su peregrinación por otros departamentos, que según parece, no dejará sin visita, ni siquiera los más apartados rincones de la república que lo tuvo por gobernante».[6]

La crónica descriptiva parece deslizar una crítica al final, cuando asocia al expresidente y «dueño absoluto» a la falta de derechos elementales como la libertad, al referir

[6] *El Pueblo,* San José de Mayo, 20 de junio de 1922. Instituto Histórico Cultural y Museo de Bellas Artes de San José, Colección de prensa.

como consecuencia de su mandato a los «años que han tardado mucho en correr para la libertad y el patriotismo». Por esa razón y en tono de sorpresa inquisitiva añadía: «Nos debemos preguntar a qué viene al solar maragato, un hombre de la actuación y de las condiciones de Batlle y Ordóñez, adversario tenaz y cruel del nacionalismo con el que se encuentra en deuda, dentro de la política del país».[7]

Un día antes de la visita, el periódico *Los Principios,* representante de la voz de los católicos, hizo lo mismo. El título de la nota «Autor de Los apuntes entre nosotros», era una clara referencia a los conocidos *Apuntes a la Constitución uruguaya* de Batlle y Ordóñez, que habían motivado el proyecto de reforma constitucional al sistema colegiado.

El medio aludía al silencio de *El Día* respecto a la visita «del súper» a San José y a los preparativos que se desplegaban en la ciudad. Al mismo tiempo, ironizaba sobre la forma en que sus adherentes llamarían a Batlle: «cumbre, montaña, monumento, gigante, fenómeno piramidal, etc.». Sin ocultar su oposición, el diario católico describía los detalles de la visita:

> Se invita a los batllistas a «formar columna en la esquina de las calles 25 de Mayo y Yaguarón» para recibir al corpulento huésped y su comitiva a las 10 y media a. m., y se dice que «un orador le dará la bienvenida al llegar a la plaza 33» y que el súper contestaría con uno de los discursos ya publicado en *El Día.*
>
> Se dice que la familia de Batlle se hospedaría en casa del señor Arismendi siendo cumplimentada por varias damas conocidas de esta ciudad, que a las 2 de la tarde habrá asamblea en el Teatro Nacional con una serie de oradores. Él pronunciará el ya célebre discurso de Minas a pedido especial del Comité.
>
> Se asegura a grandes voces que todos los actos resultarán «un magno exponente del prestigio que tiene Batlle en este departamento».[8]

Dos días más tarde, *Los Principios*, en su edición del 24 de junio de 1919 y con el título «Un comentario», describía el acto partidario dando cuenta, según su opinión, de la participación de muchos curiosos de la oposición «nacionalista y riverista» que se acercaron al lugar para escuchar los discursos del expresidente.

La cita es interesante, pues al mismo tiempo refiere a tres connotados batllistas locales: Luis Mario Alles, Washington Fernández y Perroni Díaz. En una crítica descripción, el medio informa de la visita como un fracaso, «expuesta al ridículo» por la baja participación militante en el mitin batllista:

> En el Teatro. Repleta la sala del Nacional. Miramos la platea, la cazuela, el paraíso, y por todos lados —a no ser golillas rojas que salpicaban el ambiente con una nota

[7] Ibidem.

[8] *Los Principios,* San José de Mayo, 21 de junio de 1919. Biblioteca Departamental de San José, Hemeroteca.

Recreo en la costa del río San José hacia 1900
Autor: Juan M. Chanfrau
Fotografía en papel albuminado
33,5 × 26,5 cm
MHN, Colección fotográfica



> desacostumbrada en la cultura popular— veíamos caras conocidas de individuos que son nacionalistas y riveristas. Creemos habernos equivocado y pensamos si aquello era una asamblea de blancos y opositores.
>
> Pero cuando empezaron los discursos y se aplaudió a Luis Mario Alles, a Washington Fernández, y a Perroni Díaz, que fulminaron con rayos su oratoria peliculera, a todos los blancos y a todos los riveristas, y la concurrencia gritó a rabiar «Viva Batlle», nos convencimos que habíamos más curiosos que partidarios.
>
> A fuerza de ser sinceros opositores a la doctrina batllista, hemos de confesar que lamentamos el fracaso recibido en esta ciudad por el hombre que encarna la paternidad de esas ideas tan combatidas y tan defendidas a la vez, en veinte años de constante lucha. Batlle merecía un poco más de consideración de parte de sus propios partidarios. La figura eje del movimiento que se ha producido a su alrededor, no debería haber sido expuesta al ridículo de un par de centenares de acompañantes en una ciudad que cuenta dieciocho mil habitantes.[9]

La ironía indisimulada de la descripción demuestra una intención de minimizar en lo posible cualquier interpretación que diera trascendencia a la visita y a la multitud que en los hechos había acompañado al líder en el teatro.

[9] *Los Principios,* San José de Mayo, 24 de junio de 1919. Biblioteca Departamental de San José, Hemeroteca.

Las mujeres maragatas

El ramo de flores y el pergamino que le entregaron a doña Matilde con la firma de 52 mujeres maragatas fue, según consignaron, una manifestación de «admiración y respeto» a la esposa del «gran repúblico».

Con ese gesto, un puñado de mujeres enfrentaba de alguna manera a la mayoría de la sociedad maragata y asumía los riesgos que ello implicaba, en un contexto en el que las mujeres aún no podían actuar por sí mismas en la vida civil ni tenían derecho al sufragio.[10] La simpatía hacia Batlle y Ordóñez respondía, en algunos casos, a la adhesión al batllismo de sus esposos, padres o hermanos. En efecto, la adhesión pública de aquel grupo de mujeres debe ser ponderada en un contexto de marcada oposición al batllismo, en el que ellas representaban una expresión minoritaria de un género y grupo social en esa localidad.

Con el propósito de conocer más sobre este pergamino, se procurará en las próximas líneas avanzar sobre algunos aspectos biográficos de esas mujeres.

Identificar a las firmantes y seguir sus trayectorias ha sido difícil. Muchas de ellas pertenecían a familias que residieron poco tiempo en San José; había varias solteras, cuyos parientes conocen muy poco de su vida, e incluso los descendientes directos de aquellas que formaron familia en la ciudad no tienen datos precisos ni, menos aún, fotografías.[11]

Al tratar de rescatar su vida, encontré figuras que militaron en el batllismo a partir de 1938, año en el que comenzaron a ejercer el derecho al sufragio. En la tarea de hilar fino en las adhesiones expresadas con la firma del pergamino, hallé algunos criterios o rasgos comunes que permiten agruparlas y ayudan a comprender la simpatía por doña Matilde.

Algunas estaban vinculadas con autoridades y caudillos locales. La primera en firmar fue Adelina A. de Arribio, esposa de Santos Arribio, caudillo colorado que presidía el Comité de Homenaje a Batlle y Ordóñez. Le siguen las firmas de Juana I. de Arizmendi,[12] integrante de una familia colorada, importante en la ciudad, que hospedó en su



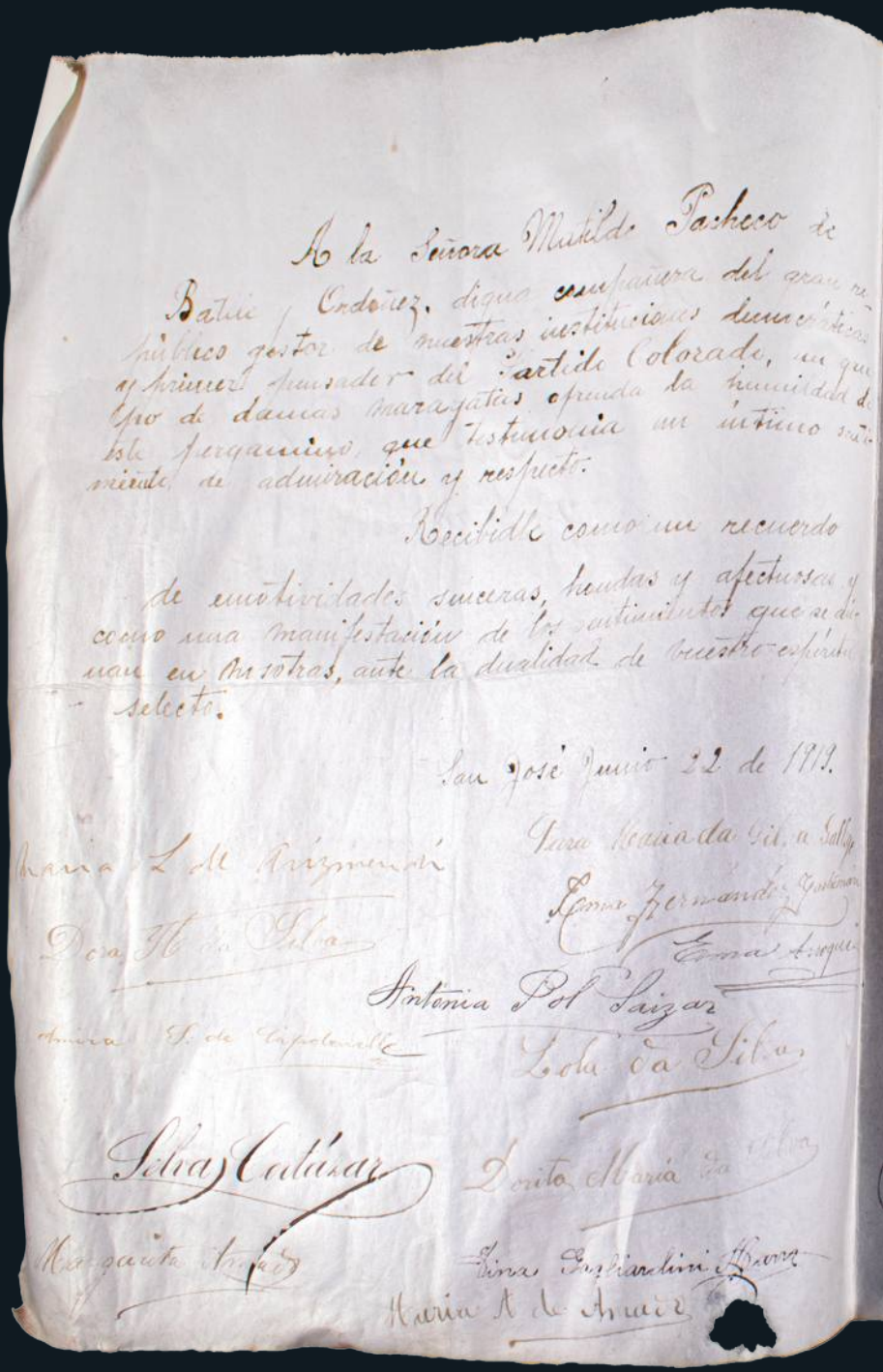
María Teresa Venosa de González
Sin datos de autor/a ni fecha
Gentileza de Silvia Arosteguy

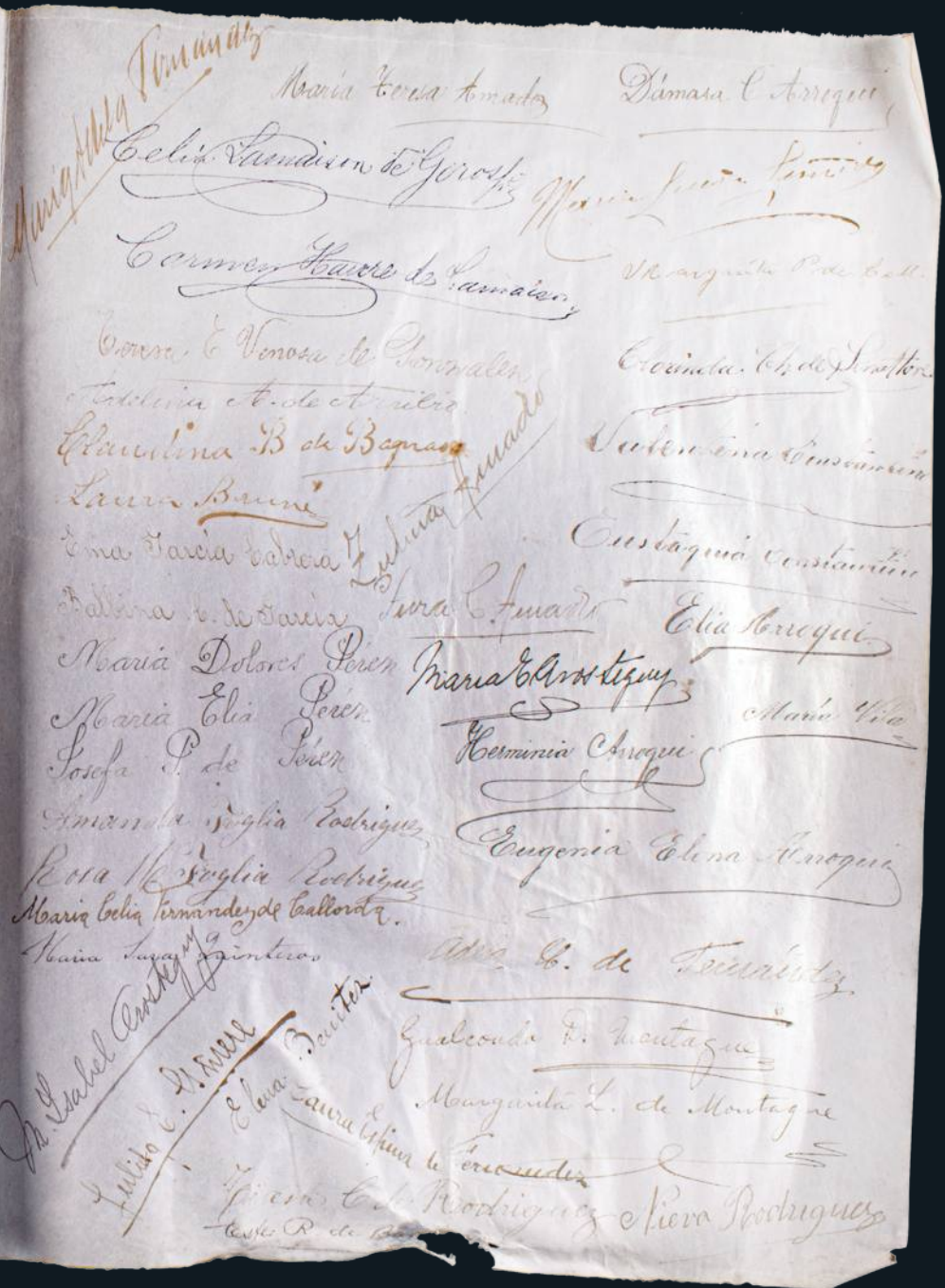
[10] Estos asuntos han sido tratados extensamente por José Pedro Barrán en su ya conocida *Historia de la sensibilidad* y más recientemente por Inés Cuadro, *Feminismos y política en el Uruguay del Novecientos (1906-1932). Internacionalismos, culturas políticas e identidades de género,* Montevideo, AUDHI y Ediciones de la Banda Oriental, 2018.

[11] En este trabajo hay tres registros fotográficos provenientes de las familias de las mujeres mencionadas. Agradezco a Cristina Callorda y Silvia Arosteguy por las fotos de sus abuelas, María Celia Fernández de Callorda y María Teresa Venosa de González, y a María Renée Cardarello por la fotografía de Dora H. Da Silva que, junto con recortes de periódicos que me aportaron datos, tenía su familia materna.

[12] En la prensa local aparece escrito en forma indistinta Arismendi o Arizmendi. Pese a diferentes indagaciones, se desconocen datos sobre esta familia. Presumiblemente el señor Arizmendi ocupó algún cargo vinculado al Gobierno nacional, razón por la cual no necesariamente era oriundo del departamento.

Pergamino de firmas dedicado a Matilde Pacheco por una agrupación de «damas maragatas»
Autoras varias
San José, 1919
Papel y tinta, manuscrito
32 × 24 cm
MHN







Retrato de Dora Silva aparecido en la prensa
Sin datos de autor/a ni fecha
Gentileza de María Renée Cardarello

casa a la familia Batlle, y las de Rosa y Amanda Foglia, hijas del comandante Antonio Foglia y Pérez, quien había ocupado la Jefatura Política de Rivera entre 1900 y 1909.[13]

La mayoría de las mujeres casadas firmaban con la inicial de su apellido paterno y agregaban el del marido, como sucede en el caso de Clorinda Chiozza de Senatore y Teresa Cabrera de Rodríguez.

Muchas de ellas pertenecían a una misma familia; como ejemplo tenemos a María A. de Amado y sus hijas Margarita, María Teresa, Pura y Zulma, o las hermanas Dámasa, Elia, Herminia, Eugenia y Ema Arroqui. Dos conocidas hermanas, Dora y Lola Da Silva, se hicieron presentes en el pergamino junto a su sobrina Dorita María Da Silva. Esta última, que entonces tenía unos 15 años, se convirtió de adulta en una figura destacada en el medio por su militancia dentro del Partido Colorado. Siempre actuó en política y años más tarde, cuando las mujeres tuvieron derecho al sufragio, integró listas de adhesión a candidatos, fue asidua a comités partidarios y repartió propaganda de su agrupación. Era dueña de un instrumento acústico muy añejo, una bocina a fuelle que se conocía como *la sirena de Dorita*, con cuyo sonido estridente se encargaba de anunciar actos y reuniones, llegada de candidatos y, por supuesto, triunfos del Partido Colorado.[14]

También figuran esposas de conocidos batllistas que agasajaron a doña Matilde: Teresa C. de Rodríguez, esposa de Juan Pedro Rodríguez, que ocupó cargos en el gobierno local; María Celia Fernández de Callorda, esposa de Julio César Callorda, y Clorinda Chiozza de Senatore, hermana de un conocido médico, Andrés J. Chiozza, que sería jefe de Policía en la década de 1930.

Hay un denominador común en otro grupo, que es la pertenencia al Liceo Departamental, centro educativo y cultural de vital importancia en la ciudad que desde sus comienzos sirvió como espacio de congregación del elemento femenino de la sociedad maragata. Amira S. de Capdevielle y Margarita P. de Coll eran esposas de conocidos profesores; Antonia Pol Saizar, hija del director del liceo, José Pol Santandreu, y María Teresa Venosa de González, esposa del secretario, J. Mario González.[15]

---

[13] Rodríguez Aiçaguer, Ana María, «Levantamientos armados y diplomacia marginal, Joan Francisco Pereira de Souza y las revoluciones políticas del gobierno uruguayo en la frontera con Brasil (1908-1910)», en *Estudios Históricos*, año XI, n.º 22, diciembre de 2019.

[14] La figura de Dorita está en mis recuerdos personales. Mujer decidida e independiente a quien se veía manejando su auto, en el que muchas veces colocaba la *sirena,* se desempeñó en varios trabajos: encargada de la boletería del Teatro Macció, profesora de manualidades en algunas escuelas y durante años *comisionista,* con un aviso en la prensa local. Como persona de confianza de muchos profesionales maragatos, viajaba diariamente a Montevideo para cumplir pedidos familiares y hacer trámites en oficinas públicas.

[15] Para un acercamiento a la vida de José Pol Santandreu y J. Mario González, cf. Patrón, *El Liceo Departamental de San José,* op. cit.

En el grupo de maestras que firmaron el pergamino se identifican mujeres que estaban comprometidas con la educación pública y los postulados varelianos.[16] Se desempeñaban en la ciudad y en el medio rural y apoyaban las reformas batllistas. Las maestras María Teresa y Zulma Amado firmaron con su familia, al igual que Herminia y Eugenia Arroqui. A ellas se sumaron Celia Lamaison de Gorospe, María Vila y María Isabel y María E. Arosteguy.

Un caso especial es el de la directora Dora H. Da Silva, mujer de gran prestigio, egresada en 1885 del Internato Normal de Señoritas que dirigía María Stagnero de Munar.[17] Ejerció la docencia en el medio rural del departamento y cuando se creó la Escuela de Primer Grado N.º 2,[18] el 8 de setiembre de 1890, se la nombró directora, cargo en el que permaneció 32 años. La escuela tuvo varios locales en un barrio de la ciudad, pero fue conocida como *la escuela de Dora Da Silva,* para niños y niñas de hasta cuarto año, en la que la directora llevó adelante una reconocida labor social y educativa. En el cincuentenario de la escuela, en setiembre de 1940, la maestra fundadora fue homenajeada por las autoridades de San José, las de Enseñanza Primaria, sus exalumnos y la población maragata. Recibió varios obsequios y un gran ramo de flores que ella pidió que fuera colocado a los pies del monumento a Artigas, en la plaza Independencia. Al terminar la ceremonia, un grupo de hombres y mujeres que habían sido sus alumnos cumplieron el deseo de la querida maestra.

Se ha procurado rescatar este singular pergamino de la vitrina de los documentos de la exposición *De ellas dos,* para situarlo en el contexto social y político de la ciudad en la que vivían aquellas mujeres que, pese a la gran presión social que implicaba declararse opositoras en un ámbito de cercanías, lograron ofrecerlo como regalo y homenaje a la esposa del que llamaron «primer pensador del Partido Colorado», doña Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez. El repaso de su vida y las pocas noticias que quedan de muchas de ellas confirma el valor de recuperar estas historias para conocer en la escala local las experiencias de algunas mujeres pioneras de la militancia política.

[16] Hace unos años trabajé con la trayectoria vital de otras educacionistas. Al respecto cf. Patrón, Margarita, *San José. Apuntes para una Historia,* San José de Mayo, Imprenta La Canasta, 2011.

[17] El Internato Normal de Señoritas comenzó a funcionar en Montevideo en 1882 bajo la dirección de María Stagnero de Munar. En 1900 dejó de funcionar como internado y se creó el Instituto Normal de Señoritas, con la misma directora.

[18] La Escuela Nº 2 de primer grado es hoy la Escuela Nº 52 de la ciudad de San José de Mayo, ubicada en Luis Batlle Berres y Dr. Emilio Frugoni, frente a la plaza Dr. Neri T. Arriaga.

Ampliar las fuentes y las discusiones. Entrevista a Graciela Sapriza

Ana Cuesta y Clara von Sanden



Graciela Sapriza en su biblioteca revisa las estanterías en busca de algunos libros mencionados a lo largo de la entrevista realizada por Clara von Sanden el 17 de agosto de 2022

—¿En qué momento comenzaste a trabajar como investigadora en la historia de las mujeres o historia de género? ¿Lo recordás?

—Sí, claro que lo recuerdo. Fue en la transición a la democracia, entre el 82 y el 85. Siempre me incliné por la historia social. Cursé la Licenciatura en Historia en la vieja Facultad de Humanidades y me interesaron particularmente las líneas innovadoras de historia de la cultura que desarrollaba el profesor Juan Antonio Oddone con el enfoque de la Escuela de los Annales, de Braudel, que se abría a temáticas diversas: modernización, el impacto de la inmigración, el desarrollo del urbanismo, etcétera, sin olvidar el contexto de crisis y de intensa actividad gremial y política en el que estábamos. No te olvides de que mientras hacía la Facultad se dio el golpe de Estado y la Universidad fue intervenida.

Los que habíamos sido expulsados de ese espacio buscamos un refugio para mantener vivo el interés y la investigación y nos reuníamos en la Biblioteca Nacional. Allí coincidíamos con algunas compañeras y compañeros; fue como un oasis que creamos. Nos reuníamos con Alcides Beretta, Raúl Jacob, Óscar Mourat, Mafalda [Ana María Rodríguez Ayçaguer], Adela Pellegrino, que se fue para Francia pronto… Óscar Mourat, ¡un ratón de biblioteca!, superactualizado en todos los debates históricos (y políticos). Él dice que nunca se recibió para no integrarse al *establishment.* Esto era en plena dictadura, ¿no?

La cuestión es que se dio como una especie de foro. Trabajábamos entre los diarios, las carpetas y las revistas, y pasaba alguno entre las mesas y decía: «¿Vamos a tomar un café?», porque allá arriba había una cantina que era una cosa chiquita así y ahí hablábamos, sobre todo del momento político. Empezamos un poquito antes del golpe de Estado. Esto te lo cuento un poco para ambientar el clima. Con el golpe de Estado, primero, empezaron a aparecer todas las *momias:* los representantes nacionales desocupados, los diputados y senadores que ya no tenían trabajo. Recuerdo a Manuel Flores Mora, Washington Guadalupe, un herrerista, Luis Hierro Gambardella… No tenían nada que hacer, estaban sin comisiones, y también estaban un poquito asustados de que los pudieran perseguir. En determinado momento incluso [el grupo] empezó a enriquecerse con gente que venía de Argentina; la actriz Norma Aleandro, por ejemplo, y otra gente perseguida por la Triple A que se vino para acá. A ella la recuerdo especialmente porque era muy accesible. Te ponías en el mostrador a pedir cosas y hablabas con ella. Esa era nuestra *Facultad outside,* el otro lugar.

—Y ahí surgían conversaciones…

—Claro, intercambiábamos cosas, bibliografía. Comentábamos lo que estábamos investigando, buscando. Por esa época hice varios trabajos para Facultad, algunos para Historia de la Cultura, uno de ellos influido por la antropología. Ya pecaba en eso de romper un poco los márgenes. Había leído *Los hijos de Sánchez,* de Oscar Lewis. Estaba relacionado con la música del arrabal, la música de los marginales (la «cumbia» de la época, que era el tango). Fue un trabajo para Historia de la Cultura y para Letras, que el profesor era Ángel Rama. Me llevó como dos años la investigación y lo que pasó fue que entregué esos trabajos después del golpe de Estado y sobre esos temas… No me los aceptaron. ¡Ni pensar!

Ese tema de la vida de los sectores marginales, la inmigración, etcétera, fue un énfasis particular de todo el grupo en esos años. Incluí un capítulo sobre el lugar de las mujeres en el mundo del tango. Si buscás dónde empezó todo, fue ahí.

Aparte estaba también muy motivada por la participación política. Marginalmente pertenecía al GAU [Grupos de Acción Unificadora]. Digo *marginalmente* porque no tenía mucho tiempo, ya tenía muchos hijos. Fui madre por primera vez a mis veinte; toda la Facultad se hizo entre pañales y mamaderas.

Después, buscando un lugar para seguir trabajando con ese grupo, nos seguimos reuniendo y presentamos un proyecto sobre inmigración. Ahí empezaron los apoyos externos; CLACSO [Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales], por ejemplo.

—¿Y eso en qué momento fue? ¿En los setenta también?

—Sí, en plena dictadura. Cuando vino el golpe de Estado, la Universidad quedó clausurada durante casi un año, luego funcionó con interventores. Por eso decía que la Biblioteca siguió siendo un lugar de resistencia. Ahí se integró Silvia Rodríguez Villamil; fue con ella que hicimos una primera presentación en CLACSO, pero ya en los ochenta. Y ahí, en un contexto más formal, apareció una investigadora que trabajaba en CIESU [Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay], Suzana Prates, que hizo los primeros trabajos de investigación sobre las mujeres en el mercado de trabajo acá, en los años 1977-1978. Suzana estaba interesada en el tema de las mujeres. Estamos hablando del 83. Habían creado un Grupo de Estudios de la Condición de las Mujeres en el Uruguay.

—¿Te referís al GRECMU?

—Sí, Suzana nos pidió a Silvia y a mí trabajar sobre qué pasaba con las mujeres inmigrantes. El primer trabajo publicado con Silvia había sido sobre la inmigración europea en Uruguay y el caso de los italianos. Y después de eso, justamente, extrajimos el papel de las mujeres. Ahí nos incorporamos al GRECMU. Justo fue un momento de mucha energía, mucho cambio y necesidad de saber sobre el tema. Saber estadísticamente cuál era la participación de las mujeres en el mercado de trabajo, qué pasaba con la educación, cuánto las había afectado la dictadura… y también conocer cuánta presencia de mujeres había en la historia. El primer trabajo que hicimos con Silvia se llamaba «En busca de nuestras huellas»; ahí hubo una producción. Te estoy hablando del 84, cuando publicamos un trabajo sobre la participación política de las mujeres en el siglo XX. Es uno de Ediciones de la Banda Oriental que se llama *Mujer, Estado y política en el Uruguay del siglo XX*. Ahí además me sentí muy demandada por la situación, digamos, por el contexto externo, por los grupos de mujeres… Todo lo que fue la eclosión.

—Una demanda de la militancia, digamos.

—Claro, sí, también la participación política en la izquierda. En mi caso duró poco, porque no me atrajo seguir ahí, pero toda esa transición fue fogosa. Después de eso, me interesó más el costado de las historias de vida. Y eso que adelanté: cualquier trabajo que hice siempre tuvo un cariz de interdisciplina, en el sentido de buscar fuentes no tradicionales, no en el archivo ni en legajos de escribanía, porque es difícil encontrar fuentes que hablen de las mujeres de forma directa.

—¿Dirías que para trabajar estas temáticas se necesitan fuentes específicas o más bien identificar nueva información en aquellas con las que ya se contaba?

—Esto te lleva de la mano a la historia oral y al testimonio, y también a buscar en las imágenes, en la producción literaria, en la producción artística. Es una apertura a otras miradas. No es un camino que yo haya hecho sola. Raúl [Jacob], en un encuentro que habíamos hecho con historiadores sobre el tema de las mujeres, decía que el feminismo (el feminismo académico, de investigación) había renovado la mirada histórica, impulsando el contacto con temáticas que se debatían en el exterior. Ahora estamos más mirando lo que se produce en nuestra América, en el *global del sur,* pero el feminismo siempre tuvo ese enfoque de trascender fronteras, no quedarse encerradas solo en lo local, ¿no?

—Mirar otros centros…

—Claro, informándote de cuáles son las discusiones, el debate histórico, el debate teórico. Porque crear tus fuentes también te complica. Es decir, cuando hablás de testimonio te preguntás: ¿qué valor se le da al testimonio?, ¿cuál es la categoría de documentación?, ¿es tratado igual que un documento de archivo o no? No descartás trabajar con el archivo; de hecho, trabajás con varias cosas. Pero una pregunta más filosófica, más de epistemología, es: ¿cómo encarás la elaboración de ese testimonio?, ¿qué proximidad establecés?, ¿cuáles son los límites del relato biográfico?

—Siguiendo con este asunto de las fuentes, ¿cómo ha sido tu experiencia de trabajo con estas temáticas en archivos uruguayos? ¿Qué valoración de elementos o documentos de figuras femeninas dirías que hay en estas instituciones o en la sociedad en general, las familias?

—Uno de los trabajos que más quiero es el de *Memorias de rebeldía*.[1] ¿Por qué? Justamente porque es como un tránsito hacia otra cosa. Tiene una cuestión afectiva, porque hubo mucha proximidad con todas las mujeres que entrevisté, entre ellas a Luce Fabbri, que fue, ¿cómo diría?, *mi Petrarca.* Pero hubo un montón, valiosísimas: Alba Roballo, Jorgelina Martínez… Este proyecto me puso en contacto con una materia muy difícil de manejar también. Y ahí me acuerdo siempre de la anécdota de una de las entrevistadas, una mujer de clase alta que me relató algo sobre su tío, que era una personalidad política. El tío era Daniel Muñoz, el primer intendente de Montevideo, que escribía con seudónimo, nada menos que *Sansón Carrasco.* Resulta que era muy enamoradizo y tuvo varios *affaires.* Cuando murió, las hijas descubrieron esas cartas y las quemaron. Ella me decía: «¿Te das cuenta? ¡Qué mamarracho!». Ese es un problema de los archivos familiares, pasa también con las fotografías. No se conservan, yo qué sé…

—Y con los libros, con las colecciones de libros. Estuvimos viendo si existen otras bibliotecas completas de mujeres de la primera mitad del siglo xx, y las que se

[1] Sapriza, Graciela, *Memorias de rebeldía. 7 historias de vida.* Montevideo, GRECMU y Puntosur, 1989.

conservan, por ejemplo, en la Biblioteca Nacional, se fragmentaron para integrarse a la colección, no se guardaron como tales.

—Claro, por ejemplo, la de Paulina Luisi, aunque está su archivo. Pero puede haber un apego demasiado religioso a decir: «Bueno, conservemos todo, todo», y también pasa que hay disputas. Antes me llamaba la atención cómo al inicio de una entrevista las personas no cuentan todo. O están contándote una cosa muy personal y terminan diciéndote «Bueno, ya, ya», como diciendo «Bueno, en algún momento vamos a hacer la verdadera entrevista, después te voy a contar la verdad». Otra cosa que me pasaba, sobre todo con mujeres obreras, era que querían saber: «Bueno, ¿y cuál es tu historia?, ¿quién sos vos?».

—Te preguntaban a vos…

—Claro, como para establecer una situación recíproca. Porque vos estás violentando a la persona de alguna forma, ¿no?, por el interés. Además, te ponés preguntona; por lo menos yo me pongo preguntona. O simplemente [el hecho de] abrirse más cuando apagás el grabador, comentar cosas más íntimas o cosas más en confianza.

Eso me pasó en *Memorias de rebeldía,* que fue más que una tesis de doctorado; fue un trabajo enorme. El tema fue después… El libro se publicó en el 89, se difundió, pero se hizo todo entre el 86 y 87. La idea era justamente hilar en todos los momentos históricos a través de distintas historias de vida. Y claro, entonces había mujeres de clase media, mujeres más adineradas o con otra cultura, mujeres intelectuales. El problema fue con las intelectuales, porque yo lo que quería era conservar el estilo coloquial de una charla, pero ellas, cuando se leían, decían: «No, pará que lo voy a corregir». Negociar todo eso fue bien difícil.

—Si volvemos a los inicios de tu trabajo en estos temas de la historia de las mujeres, ¿quiénes considerás que fueron tus referentes en esa primera etapa y más adelante? No solo personalmente, también como lecturas.

—Había una pionera en el Río de la Plata, María del Carmen Feijoó, que había publicado bastante tempranamente un trabajo sobre las feministas. Ella era de un grupo que se formó [en Argentina], igual que como sucedió acá, durante la dictadura, cuando se construyeron «refugios de intelectuales»; como decía Blanca París, *la Universidad extramuros…* ¿Cómo era?

—¿Extramuros?

—Claro, no sé si es la palabra exacta, pero es muy linda como imagen. Entonces aparecieron el CINVE [Centro de Investigaciones Económicas], el CIESU [Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay], el CIEDUR [Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo], el CLAEH [Centro Latinoamericano de Economía Humana], que ya estaba. Ahí no solo se reunían los profesores, los docentes expulsados de la Universidad, sino que además recogían apoyo de las fundaciones internacionales. Eso fue lo que

Escenas de diálogo, de compartir textos y reflexiones de la entrevistada (Graciela Sapriza) y la entrevistadora (Clara von Sanden), ocurridas en casa de la historiadora, en el barrio Buceo (Montevideo), el 17 de agosto de 2022









sostuvo esas redes. Y bueno, a través de CLACSO vinieron María del Carmen Feijoó y Elizabeth Jelin. Y yo, con esos contactos, sobre todo, descubrí que había otras mujeres, otras académicas que estaban interesadas en redescubrir esa historia.

Después, o en paralelo, leer las clásicas: Michelle Perrot, *La mujer invisible en la historia,* y todo el grupo de historia desde abajo o *from the bottom*. Esa escuela de los ingleses, Raphael Samuel, etcétera, que tenían toda esa corriente imbricada con el feminismo: Sally Alexander, Sheila Rowbotham, Maria Mies. Mies trabajaba en el archivo holandés, que es el mayor archivo del anarquismo. Confieso que me enamoré de los anarquistas de principios del siglo XX, de las y los anarquistas, porque tienen una propuesta mucho mayor, mucho más fuerte con relación a los derechos de las mujeres y toda esa historia.

—Claro, te sentías muy identificada…

—¡Y las discusiones que tenían sobre las cosas! Sobre la ortodoxia y sobre las vías de transformación, las vías revolucionarias. No solo de mujeres, no solo de feminismo, sino también dentro de una corriente emancipadora. Contar con el marco institucional de la ONG del GRECMU nos permitió también el vínculo con gente de América Latina, de Hispanoamérica y Brasil, que venía varios pasos adelante, en el plano académico también. Entonces tenés en Brasil a Margareth Rago, por ejemplo, o a Elisabeth Souza Lobo (esa sí que es una referente) y a Julieta Kirkwood, la chilena.

—¿A ellas sí las conociste personalmente?

—Sí, totalmente, amigas. Aunque fuera a distancia, de encontrarse de vez en cuando. Tipas admirables, en su composición, en su compromiso, en todo sentido. Y cada uno de esos encuentros te llevaba también a ampliar tus fuentes, tus discusiones. Fue un momento muy rico para mí y para la generación mía, sí; para la gente que estaba comprometida con esos temas. Fue duro también; nada fue gratis.

—El momento de la transición…

—Fue duro también que te aceptaran. La Universidad también fue dura. Estaba muy anquilosada. Fijate que la Red Temática de Género se creó en 2001, hace 20 años, y recién se está legitimando. Desde el 2016 y el 2017 ya es innegable la transformación y la aparición de varios feminismos, varias corrientes; como que es imposible negar la perspectiva de género, pero…

—Pero antes era más difícil.

—Y sí. Ya estaba cansada de que los propios colegas dijeran: «Ah, género… ¿Qué es?, ¿La Casa de las Telas?». Sí, y de alto nivel, no cualquiera. Y no hace tanto tiempo, diez o doce años. Bueno, todavía vas a encontrar gente que no entiende el tema, y en la Facultad de Humanidades especialmente.

—Igual lograste generar equipo…

—Sí. También contaba con el interés y el compromiso de las personas que se integraron a trabajar y con algunos espacios que se formaron, más libres, más abiertos.

—Volviendo a esto de lo militante que decías, de lo que gravita alrededor, ¿cómo es que se vinculan el ámbito de la militancia social feminista y el de la investigación académica?

—Esa es una de las cosas que llaman más la atención de las académicas extranjeras: envidiaban [de aquí] cuando veían que la producción académica de alguna forma alimentaba los movimientos sociales o que los movimientos sociales discutían con la producción académica, que había un intercambio, un diálogo.

—Yendo a tu trabajo sobre Matilde, uno de los pocos aportes biográficos que hay sobre su figura, ¿qué dificultades has encontrado para estudiar su vida en comparación con otras historias de vida que trabajaste?

—Primero, es una figura relacionada con el ámbito político, ¡y qué ámbito político!, razón que explica que el archivo no se haya liberado al público. Yo tuve el auxilio de Alba Cassina (ya fallecida), porque ella había indizado la colección. Así tuve acceso a «la Biblia», al índice de la biblioteca, algo que le agradezco infinitamente.

—¿Hay algo que te haya resultado llamativo, destacable de su figura en relación con las mujeres de su época?

—Primero, me parece que me orienté mucho hacia la fragilidad de Matilde, como una víctima que después fue o ascendió a protagonista. En su primera etapa fue así: una víctima de maltrato, y tuvo justamente una crisis muy de la época, esos ataques de histeria. Era típico de los médicos tratarlos como eso. Es un personaje romántico también, porque se trata de la historia de vida (*biografía* me queda muy grande) de Matilde y no de Batlle. Lo que pasa es que es tan poderosa su figura que se inmiscuye, y ahí también tenés que valorar el hecho de que fue una mujer que se mantuvo con su propio perfil, en diálogo con esa figura. A veces me preguntaba si sería tan poco frecuente eso o si habría más casos disruptivos.

Y después, queda solapada en la vida de ella esa relación tan estrecha con Ana Amalia y su trágica y temprana muerte. A mí ese episodio de Batlle saliendo de la Casa de Gobierno, caminando hasta el puerto para subirse al barco que lo llevará a la estancia donde está Ana Amalia para estar con ella enferma y al otro día volver a la ciudad me parece una cosa muy fuerte, novelesca. Esos rasgos son muy atractivos y muy sufridos también. Ahí me parece que se solapa la figura de Ana Amalia, que vuelve otra vez a dejar en la sombra a Matilde, porque ya no es la biblioteca de ella, sino que queda *de las dos.* Su hija tiene un gran protagonismo.

—La misma Matilde la pone en ese lugar, ¿no?

—Sí, y yo te diría que me ilustró mucho poder viajar entre los libros que tenían. Fue muy lindo como metodología incursionar en qué leían; te abre otra perspectiva. Cuando empecé a hacer entrevistas, testimonios en general, una de las preguntas que siempre hacía era qué leían. A veces las entrevistadas me decían: «A mí lo que me marcó fue tal lectura».

—Es difícil hacer una reconstrucción biográfica sin tener casi la voz de ella, porque prácticamente no tenemos documentos escritos por ella.

—Es difícil imaginarse una personalidad sin tener nada escrito por ella. Todo es referencia externa; eso habla también de la invisibilidad de las mujeres. Ella obedece un poco a un modelo de mujeres de ese período. No es Paulina Luisi, no hace Magisterio, ni rompe con la tradición, ni entra a la Facultad de Medicina. No, ella acompaña y tiene unas compañeras de viaje interesantes, sobre todo las masonas. No son solo ellas, pero sí, por supuesto, las librepensadoras. ¡Hay que ver las discusiones que se daban en ese período en los ateneos, en el Centro de Estudios Carlos Marx y en el Centro de Estudios Sociales!

—Volviendo a esto de la lectura o los libros como un punto de inflexión, ¿qué lugar tuvo la lectura en la educación de las mujeres del Novecientos en adelante, o en la reivindicación de sus derechos?

—No podría afirmarlo porque no tengo un estudio hecho que pueda sistematizar, ni siquiera una franja. De las que yo entrevisté, Alba Roballo o Amalia Polleri me hablaban de sus lecturas; fue una de las tantas líneas de interpretación, pero no podría decir eso para cualquier caso. Yo qué sé; por ejemplo, lo de Paulina se perfila no solamente en las lecturas de medicina, sino en otras, porque ella era una mujer con cabeza muy política. Participó, por ejemplo, en 1919, de la creación de la OIT en Washington; fue pionera en todos lados y ahí se informaba. Vos podés ver que *tiene vuelo,* y las lecturas tienen que haber influido. Es como misterioso meterse en eso. Y ahí está la biblioteca de Matilde y Ana Amalia, que es muy rica. Más allá de que tenga a Loti, también tiene clásicos y a su vez lecturas muy variadas, interesantes. Se nota que Matilde es una mujer inquieta, digamos, ilustrada, ¿no?

—¿Hay algo que te haya llamado la atención que no hubiera en esa biblioteca?

—No, me gustó mucho descubrir la modernidad, digamos, de sus lecturas. Como que no hacían atajos para leer cosas más crudas. No, de Zola, por ejemplo, o del autor de *La machona* (*La garçonne* o *La machona*, como la tradujeron). Los autores son dos hermanos, los Margueritte. Barrán los trabaja en el penúltimo libro suyo, en el que mira novelas. Victor Margueritte.

—Si hablamos de historia de las mujeres o historia con perspectiva de género e historia feminista, ¿cómo dirías que se aplican y se diferencian en nuestro ámbito?

¿Con cuál de estas escuelas te has identificado?

—Pah, como habrás visto, de la ortodoxia estoy bastante aparte y no me interesan mucho las etiquetas. Pero es cierto, sí, que hay campos definidos. Yo me defino como historiadora feminista por una necesidad también, casi como una militancia. Me ha costado mucho que me acepten como historiadora feminista, como historiadora y como feminista. En este momento con esta ola sí reivindico mi condición de precursora. Bueno, precursoras en realidad fueron las anteriores, pero reivindico ese valor de haber transitado ahí. El énfasis en la historia de las mujeres tuvo un momento en los noventa, ochenta. Todo ese destape que justo coincidió para nosotros con la transición y demás, que probablemente venía de antes. Pero Joan Scott, por ejemplo, para mí vino mucho más tarde. Eso lo conocí en un posgrado que hice en Canadá en el año 90. Ahí recién se empezaba a conocer. Y para nosotras acá en América Latina, América del Sur, la traducción al español de sus textos vino por ese período, 1988.

—¿Ahí se empezó a hablar de *género*?

—Y claro. En Estados Unidos, las cátedras de historia de la mujer venían desde los setenta y largos. ¿Cuándo se creó la CEDAW en las Naciones Unidas, la Convención para Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra las Mujeres? En 1978. Fijate que Naciones Unidas se pronuncia ahí, y eso tiene una réplica en las academias más prestigiosas en ese momento, aparecen espacios. Bueno, y toda la escuela inglesa y la francesa también, las italianas… Pero la historia de las mujeres hoy día podríamos cuestionarla un poquito, por la erosión que tiene el concepto de *mujer,* como un gueto, que establece fronteras. Creo que está bien. Me identifico con la historia de las mujeres un poco. La perspectiva de género también puede ser tomada como algo más lavado. Ha sido criticado por alguna feminista por decir: «Ahora dejaste todo el activismo y entonces todo el mundo tiene perspectiva de género porque es lo que se consagra», ¿no? La masculinidad también tiene una perspectiva de género. De hecho, los hombres no nacen, se hacen. Con todas esas precauciones, yo diría que me quedo con la definición de historia feminista y de historiadora feminista.

—Poniendo el énfasis en ese vínculo con la militancia…

—Claro, porque ahí entrás a pensar: ¿pero qué tipo de feminismo?, ¿el feminismo de la igualdad? Entonces empezás a revisar durante toda una trayectoria con qué te quedás. Está bueno, no es nada sencillo ni simple.

—Mirando en retrospectiva, ¿cómo dirías que ha cambiado tu forma de trabajar a lo largo de estos años? ¿Qué tiene tu trabajo ahora que no tenía en los inicios?

—Yo incorporé en estos últimos veinte años el tema *memoria del terrorismo de Estado.* Eso también te obliga a incorporar otra biblioteca, otras discusiones, sin olvidarte del tema que estás trabajando. Creo que ese fue un giro importante a partir del 99 o 98 en adelante, muy sufrido también. Eso fue un cambio interesante, trabajar el campo

de la memoria y la historia reciente, porque memoria también había estado trabajando antes. Ese terreno siempre quedó muy bien afirmado entre mis intereses.

Nunca hice historia oral pura, ni lo reivindico. Es más, siempre discuto la validez del testimonio como fuente de hechos. Eso para mí es una discusión ya superada. Siempre [los testimonios] estuvieron en diálogo con otras fuentes y con archivos. Pero ¿qué cosas cambié? ¡Qué preguntita! Pregunta muy *preguntadónica,* como decía Violeta Parra. Sería muy pedante de mi parte decir que no, que no cambié nada y que todo lo que hice y dije estaba perfecto. Justamente en el prólogo de mis *Memorias de rebeldía* escribí sobre «dar voz a los sin voz». Es una pretensión que habla de la falta que teníamos de discusiones epistemológicas. Eso es más actual, ese refinamiento de poder hablar, por ejemplo, de la violencia epistemológica. Eso es algo que fuimos incorporando más recientemente, en los últimos treinta años, no en mi formación. Justamente, en las entrevistas hay como una violencia epistémica, y está también ese tema del devolver y los riesgos de que te lo corrijan y que te empiecen a decir «¡No, esto no lo dije!».

—Dijiste que ese tipo de discusiones se daban con las entrevistadas más académicas, pero ¿con las no académicas también te pasaba?

—Hubo dos episodios que para mí fueron absolutamente gratuitos. No quiere decir que sea perfecta, pero siempre tuve el cuidado de ser respetuosa con el material y ese tipo de cosas. Por supuesto que metí la pata *n* veces, como todos, en las entrevistas, y cosas graves. La primera entrevista a Luce Fabbri no la grabé porque pensé que estaba prendido el grabador. La desesperación de salir y darte cuenta de que no estaba grabado… Me quería matar. Cuatro horas de conversación. Otro ejemplo: en Juan Lacaze, cuando hice la historia del pueblo obrero, ahí entrevisté a muchísima gente, entre ellos a un señor que tenía un diario local y era una figura de referencia. En un momento me dio material para reconstruir la historia del pueblo, y se lo devolví. Pero me reprochó, me escribió algo feo, como diciendo que me había aprovechado de su trabajo. Después le mandé o le llevé un regalo como forma de acercamiento, en un episodio que tampoco fue muy afortunado.

—En tu trabajo indagás un poco en la relación entre los feminismos del Novecientos y el batllismo. ¿Cómo dirías que se puede definir esa relación?

—El batllismo es un tipo de feminismo republicanista, igualitario. Pasado el tiempo, yo diría que el batllismo fue el gestor de un «feminismo oficial». Basta leer a Carlos Vaz Ferreira, que era un poco (y lo digo en broma, pero tiene un viso de realidad) como el intelectual orgánico. Por más que no era un gran líder, fue un tipo muy importante institucionalmente. Esas siete conferencias que menciono de feminismo en los años veinte son muy llamativas, y el feminismo de compensación y toda esa historia. Quedó como matizado el feminismo de esa época, el feminismo sufragista o igualitarista, con el batllismo. Con los dos batllismos, porque al primero, con asuntos como la condición de las mujeres y la lucha por el sufragio, le venían muy bien esas luchas así,

frontales, canalizar causas como las obreras, y después, en el segundo empuje, tienen las legisladoras.

No quiere decir que ellas tuvieran una sola línea, porque ahí podés ver a una tipa muy reaccionaria que se queda con toda la representación: Sofía Álvarez Vignoli de Demicheli, esposa del mismo que había sido ministro del Interior de Gabriel Terra. Ella se queda con todo, con la herencia del feminismo institucional batllista, aunque no era batllista, pero, bueno, era colorada. Las dos primeras legisladoras coloradas eran batllistas: Isabel Pinto de Vidal y Magdalena Antonelli. Había hasta una radio femenina en Uruguay. Si podés, preguntá a una persona muy mayor si no se acuerda de una radio en que hablaban las mujeres, una radio femenina. No sé si después no se convirtió en Radio Fénix; creo que sí. Incluso había una mujer que era relatora de fútbol. El material sobre ella está en el archivo de la Biblioteca Nacional, porque algo tuvo que ver con Blanca Luz Brum, que fue mujer de Siqueiros y de Parra del Riego también. Hay un archivo interesante. Y bueno, ¿ves?: Blanca hablaba muy mal de las feministas. Decía que parecían vacas mugiendo. Era muy agresiva.

—Otro ejemplo de mujer de armas tomar, pero no feminista.

—Sí, como que se valida con muchos de los mensajes feministas, de emancipación, pero a su vez le parecen adoctrinadas, como que han perdido esa calidad rebelde; se distancia de ellas.

—Para terminar, ¿qué consejo le darías a un joven investigador o investigadora que esté trabajando estos temas?

—Acompañar es un poco lo que he hecho en mi trabajo como docente en estos últimos veinte años. Sin influir. Tengo varias orientandas, de maestría y doctorado. Alentar la producción, eso es lo que yo hago, y me parece que es lo mejor: alentarlos a que se arriesguen a publicar, a foguearse. Esa es mi práctica, la de promover y acompañar. Insisto, no solo digo «Publiquen». Que conserven la pasión por el tema que les gusta. Y si quieren cambiar de camino, que cambien.

Así que nada; consejos no serían. Más bien alentar esta práctica, indagar, investigar. Es muy interesante seguir esa pista. Es un trabajo que se asimila al de los detectives. Tiene momentos muy lindos la investigación, y después viene el trabajo duro de escribir y corregir.

Montevideo, 17 de agosto de 2022

Las autoras

Inés Cuadro Cawen. Doctora y magíster en Historia por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla (España), profesora de Historia egresada de Instituto de Profesores Artigas y licenciada en Ciencias Históricas por la Universidad de la República (Udelar, Uruguay). Es docente e investigadora de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE-Udelar), donde se desempeña como profesora adjunta del Departamento de Historia del Uruguay en régimen de dedicación exclusiva. Integra el Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (SIN-ANII). Publicó el libro *Feminismos y política en el Uruguay del 900. Internacionalismos, culturas políticas e identidades de género* (Montevideo, EBO-AUDHI, 2018). Es responsable de los proyectos I+D «Antifeminismo y masculinidades en el Uruguay del 900» (2019-2021) y «Los dramas del amor. Violencia de género en Uruguay en las primeras décadas del siglo XX» (2023-2025), ambos financiados por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Udelar.

Ana Cuesta. Licenciada en Ciencias Antropológicas, opción Arqueología, por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (FHCE-Udelar, Uruguay) y máster en Museología por la Universidad de Granada (España). Además, se desempeña como fotógrafa independiente. Entre 2010 y 2017 trabajó como asistente de coordinación del Sistema Nacional de Museos del Ministerio de Educación y Cultura (DNC-MEC). Entre 2014 y 2020 integró el Observatorio Iberoamericano de Museos (OIM-Ibermuseos) en representación de Uruguay. Desde 2018 forma parte del Área Educativa del Museo Histórico Nacional, con perfil ligado al Programa de Educación y Acción Cultural.

Laura Irigoyen. Profesora de Historia por el Instituto de Profesores Artigas; también cursó estudios de investigación en la Licenciatura en Ciencias Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República (FHCE-Udelar). Actualmente cursa la Maestría en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense, en la FHCE-Udelar. Es docente de enseñanza media y educación técnica profesional-UTU. Desde 2017 integra el equipo técnico y el Área Educativa del Museo Histórico Nacional. Entre las tareas que desempeña en la institución, participa en actividades de investigación, atención a usuarios, curaduría y armado de exposiciones, además de trabajar en elaboración, diseño, implementación y recursos dentro del Programa Educativo.

Carolina Luongo. Licenciada en Historia y estudiante de la Maestría en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense, por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (FHCE-Udelar). Desde 2015 desempeña el cargo de ayudante en el Departamento de Historia Americana de la misma facultad. Integra el grupo de investigación «Crisis revolucionaria y procesos de construcción estatal en el Río de la Plata», financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC). Desde 2021 forma parte del equipo técnico del Museo Histórico Nacional, donde desarrolla tareas de investigación y educativas que incluyen ingreso de colecciones, curaduría de exposiciones y diseño e implementación de actividades con públicos.

Lucía Mariño. Estudiante avanzada de la Licenciatura en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (FHCE-Udelar). En la misma facultad, desde 2016 ha participado en diversos proyectos de investigación y de 2019 a 2021 se desempeñó como ayudante del Departamento de Historia del Uruguay. Es docente de Historia del Arte y de la Fotografía en Rumbo, Espacio de Formación en Fotografía. Desde 2021 forma parte del equipo técnico y del Área Educativa del Museo Histórico Nacional, donde participa en investigación, curaduría y diseño de exposiciones, así como en la planificación, la elaboración y la implementación de actividades educativas.

Margarita Patrón. Profesora de Historia de extensa actuación en el departamento de San José, donde se desempeñó en el Instituto Normal, el Liceo Dr. Alfonso Espínola, el Liceo Nocturno, el Instituto de Formación Docente y el Instituto Pre Universitario Sagrada Familia. Forzosamente alejada de la enseñanza de 1977 a 1985, trabajó en el archivo parroquial de la catedral de San José. Fue subdirectora del Liceo Dr. Alfonso Espínola (1990-1994), directora del Liceo Nocturno (1994-1998) y encargada de la Biblioteca Municipal (2005-2010). Ha publicado artículos en la revista del Instituto de Estudios Genealógicos del Uruguay, así como en la colección Geohistoria Regional. Es coautora del libro *Teatro Macció: rescate de un escenario patrimonial* (2010) y autora de diversos libros sobre historia de San José: *Apuntes para una historia* (2011), *El Liceo Departamental de San José. Un rescate del olvido* (2013), *Museo de San José. Los orígenes de la institución y la casona de Ortuño* (2017) y recientemente *Teatro Macció. El nacimiento de un escenario* (2022). Con un grupo de docentes de Historia conformó el Grupo Compartir, dedicado a la divulgación de temas de su especialidad y a la organización de actividades relacionadas con la asignatura.

Lourdes Peruchena. Licenciada en Historia con especialización en Historia Europea Moderna, magíster en Ciencias Humanas, opción Historia del Uruguay, por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (FHCE-Udelar), donde en 2020 obtuvo el Doctorado en Historia con la tesis inédita *La madre de nosotros. Maternidad, maternalismo y Estado en el Uruguay del Novecientos.* Actualmente se desempeña como profesora de Historia Moderna, investigadora y directora del Departamento de Historia Universal del Instituto de Historia de la FHCE-Udelar. Es profesora de Historia Medieval y Temprano Moderna del Instituto de Profesores Artigas (IPA). Su tesis de maestría *Buena madre, virtuosa ciudadana. Maternidad y rol político de las mujeres de las elites (Uruguay, 1875-1905)* fue publicada en 2010 y recibió en 2012 el Premio Anual de Literatura del Ministerio de Educación y Cultura en la categoría Ensayo histórico édito. Ha presentado ponencias y conferencias en eventos académicos, ha elaborado capítulos de libros y artículos y ha participado en producciones de divulgación en Uruguay y la región. Asimismo, se desempeña como evaluadora de publicaciones y proyectos de investigación histórica en Uruguay y Argentina.

Daniela Tomeo. Profesora de Historia por el Instituto de Profesores Artigas (IPA), licenciada en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE-Udelar), magíster en Didáctica de la Historia por la Universidad Claeh (UClaeh), doctoranda en Historia por la FHCE-Udelar, en etapa de redacción de tesis. Dictó cursos de historia del arte y del diseño en universidades privadas. Coordinó el Programa Arte y Patrimonio y el Postgrado en Historia del Arte y Patrimonio en la UClaeh. Es profesora efectiva de Historia e Historia del Arte en Bachillerato Artístico (Consejo de Educación Secundaria [CES]) y en Formación Docente (IPA). Ha publicado libros y artículos sobre arte y arquitectura en el Uruguay.

Clara von Sanden. Licenciada en Ciencias Históricas, cursa la Maestría en Historia Rioplatense de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (FHCE-Udelar). Es becaria del programa Posgrados Nacionales de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII). Forma parte del equipo técnico del Museo Histórico Nacional en las áreas de Investigación, Conservación, Educación y Archivo Fotográfico. Ha participado en varios equipos de trabajo en investigación y preservación de documentos visuales: fotografía, cine e iconografía en distintos soportes. Es corresponsable del proyecto de base de datos de cine uruguayo cinedata.uy —fondo concursable del Ministerio de Educación y Cultura (MEC)— y encargada del archivo fotográfico de Mario Benabbi, de gestión comunitaria. Desde 2009 integra el Núcleo de Investigación y Preservación del Patrimonio Fotográfico Uruguayo (CdF-Udelar) y es coautora del libro *Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales: 1840-1930* (I, 2011 y II, 2018).
















DE ELLAS POS





